

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y  
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**

**Maestría en Ciencias Humanas, Opción Historia Rioplatense**

**FÚTBOL, POLÍTICA Y SOCIEDAD**

**Las relaciones entre el poder político, la identidad nacional y el fútbol en el Uruguay,  
1916-1930**

**Tesis de Maestría**

**Andrés Morales**

Director de Tesis: Profesor Doctor Rafael Bayce

## ÍNDICE

### **I-Introducción**

### **II-El impulso y su freno**

#### **1-La modernidad triunfante batllista**

*1.1-Los puentes con el siglo XIX*

*1.2-El reformismo batllista*

#### **2-La república conservadora**

*2.1-La derrota del batllismo*

*2.2-Batlle y la segunda Constitución*

2.2.1-El Partido Colorado y el Partido Nacional ante la Constitución de 1918

2.2.2-Formación de un sistema de partidos

2.2.3-Elecciones, candidatos y cifras

### **III-La construcción de la identidad nacional**

#### **1-Inventar la nación**

#### **2-El primer imaginario nacionalista**

#### **3-El Uruguay del Centenario**

*3.1-La ruptura con el pasado*

*3.2-La invención de tradiciones y la formación del carácter nacional*

*3.3-La lucha por el pasado*

#### **IV-La invención de una tradición**

**1-El nacimiento del fútbol en Inglaterra y su relación con el Río de la Plata**

**2-La fundación británica y la fundación criolla**

*2.1-La hibridación cultural*

*2.2-Los orígenes*

*2.3-Rodó y el arielismo*

**3-Uruguay y el internacionalismo deportivo**

*3.1-El nacimiento de los grandes organismos internacionales deportivos*

*3.2-El nacimiento de los primeros Campeonatos Sudamericanos de Fútbol (1916-1921)*

#### **V-La generación olímpica y el sistema de partidos (1924-1928)**

**1-Julio María Sosa y la fractura del fútbol uruguayo**

*1.1-División AUF-FUF*

*1.2-Conflicto COI-AUF-CNEF*

**2-La conquista de París y el batllismo**

*2.1-Colombes en el imaginario colectivo*

*2.2-Las diferentes visiones de la conquista*

*2.3-Hegemonía, articulación y consensos*

**3-El laudo Serrato**

**4-Ámsterdam y el apogeo del estilo rioplatense**

*4.1-Telégrafos, pizarrones y altoparlantes*

*4.2-La afirmación de un estilo*

**5-La Espartakiada**

**6-Uruguay modifica el idioma del fútbol**

## **VI-El Mundial del Centenario**

### **1-Los prolegómenos**

*1.1-Negociaciones internacionales*

*1.2-La construcción del estadio*

### **2-El Campeonato del Mundo y sus diferentes visiones**

*2.1-La creación de los símbolos de la Copa del Mundo*

*2.2-La llegada de las delegaciones y el inicio del torneo*

*2.2.1-La visión oficial*

*2.2.2-La visión de la oposición*

*2.2.3-La visión de los visitantes extranjeros*

*2.3-El desarrollo del torneo*

*2.4-La inauguración del Estadio y el Uruguay del Centenario*

### **3-La final con Argentina. Imaginarios, mentalidades y estereotipos**

## **VII-Conclusiones**

## **VIII-Referencias bibliográficas**

## **IX-Otras fuentes consultadas**

## **I- Introducción**

El objeto de estudio de este trabajo es investigar el intenso proceso de construcción de identidades que se desarrolló en el fútbol uruguayo de los años veinte y comienzos de los treinta en torno a la llamada “generación olímpica”, así como también su relación con el sistema de partidos, la política y el imaginario nacional del período de 1916 a 1930.

La Generación Olímpica obtiene sus grandes triunfos entre 1924 y 1935. Pero hay que partir de los triunfos en la primera Copa América no oficial, de 1916, y los Campeonatos Sudamericanos de 1917, 1920 y 1923 para entender cómo el fútbol es apropiado como una tradición. El ciclo comienza con la obtención del primer sudamericano no oficial, en 1916, los Sudamericanos de 1917, 1920 y 1923, continúa con el Oro Olímpico de 1924 y 1928, y termina con el primer Campeonato Mundial de Fútbol, en 1930. En política el período comienza con la trascendental elección del 30 de julio de 1916 a la Convención Nacional Constituyente, sigue con la consolidación del sistema de partidos a partir de las elecciones de 1919 y 1922 (la presidencia de Serrato), culminando con la elección de Gabriel Terra en 1930. En el trabajo se busca encontrar las rupturas y continuidades que se dan dentro de nuestro objeto de estudio entre la modernidad triunfante del primer batllismo y la república conservadora, de 1916 a 1930. A su vez nos interesa estudiar el significado del Uruguay del Centenario en la construcción de la identidad nacional y el lugar que tuvo el fútbol en el fuerte proceso de invención y resignificación de tradiciones que se dio en el período estudiado.

Este trabajo es, entonces, un tríptico, en donde se van a abordar el poder político, la identidad nacional y el fútbol en el período mencionado, para luego buscar las relaciones entre ellos. Empezaremos mostrando la teoría y la metodología que utilizaremos para acercarnos a estas tres variables.

En lo que respecta al fútbol, en el Río de la Plata tradicionalmente hubo un divorcio entre fútbol y academia. Elegir el deporte como objeto de estudio de las ciencias sociales conlleva implícita la invención de un campo académicamente nuevo, lo que genera problemas dentro y fuera de la academia. Para explicar algo de esto, es importante echar mano de la teoría de los campos, del recientemente fallecido sociólogo francés Pierre Bourdieu (1966). Ante un mismo objeto de estudio como es el fútbol, el campo periodístico y el académico tienden a chocar y repelerse fuertemente. “*Los intelectuales no saben nada de fútbol*” es una de las frases que reciben frecuentemente los académicos por parte de la prensa y el público en general. La necesidad del “mito” como forma de recrear un

imaginario en crisis lleva al público, el poder político y la prensa en general a escapar de estudiar en forma objetiva el fenómeno. El lugar que reservan las sociedades a sus mitos sagrados, cercanos a un fenómeno religioso, no tolera posiciones disidentes; si existen, tienen que ser aisladas y estigmatizadas. El cientista social, a menudo, puede cumplir el papel de un verdadero aguafiestas. No olvidemos que el periodismo deportivo es fundador, a través de sus secciones especializadas, de grandes relatos nacionalistas y héroes épicos. Por otro lado, es curioso cómo la mayoría del corpus académico uruguayo ve el tema como marginal. El propio “fantasma del populismo” ha hecho que este tema sea visto como no científico y no digno de estudio. Como uno puede ver, esto se transforma claramente en un obstáculo epistemológico muchas veces difícil de superar. Peter Burke, en *Formas de historia cultural* (1997), reivindica el estudio de expresiones culturales antes consideradas marginales, pero, curiosamente no nombra al fútbol (reivindicándose sí el carnaval, por ejemplo). Esto llevó a que durante décadas la producción de sentido y la elaboración de discursos en relación al fútbol estuviesen exclusivamente a cargo del campo periodístico, en el que surgió, incluso, la reflexión en torno a lo que era el fútbol y su relación con la sociedad. El vacío dejado desde siempre por las ciencias sociales en lo que tiene que ver con estudios sobre el deporte fue llenado, así, por el campo periodístico, y un género específico dentro de él: el periodismo deportivo. El periodista se transforma en un personaje público, que se llena de prestigio, poder y dinero; su opinión en un editorial de un diario, en un programa de radio o televisión va llenando de sentido los debates de los parroquianos en los bares y cafés de la zona urbana.

En cuanto a la producción desde el campo académico, podemos encontrar dos momentos muy claros. En el primero, en la década del sesenta, la producción de Juan José Sebrelli en Argentina, Carlos Zubillaga en Uruguay y, sobre todo, los trabajos de Jean Marie Brohm en Francia parten de la idea de tomar al fútbol como un instrumento de sometimiento y manipulación de las masas. Curiosamente es en esta década que en Uruguay, desde el periodismo y desde la literatura, se mira al fútbol como reflexión. Nos estamos refiriendo al giro que en el periodismo significó la producción de Franklin Morales en sus trabajos *El fútbol, mito y realidad* (1969a), de cuadernos de Nuestra Tierra, *La garra celeste* de la Enciclopedia Uruguaya, *Fútbol y Literatura* (1969b), entre otros de sus trabajos. Y al prólogo de Eduardo Galeano en su libro *Su Majestad el fútbol* (1968). Para el segundo momento, podemos tomar un punto de partida en el espacio, Europa, y en el tiempo, la década de los setenta. En Inglaterra, la Universidad de Leicester, a través de los trabajos de Elías y Dunning (1992), puede ser tomada como pionera. El creciente

problema de la violencia en las canchas del fútbol inglés llevó a que la sociología abriera sus puertas a tomar como objeto de estudio al fútbol en particular y al deporte en general. Así como la religión, en su momento, o la literatura en otro se habían ganado un espacio dentro del debate sociológico, ahora el deporte empezaba poco a poco a pisar aulas que le habían sido ajenas, generando resistencias de todas maneras todavía muy grandes. Pronto se suman otras universidades de Inglaterra. Hoy tenemos revistas especializadas en sociología y antropología del deporte, y áreas interdisciplinarias en las que los estudios sobre el deporte son tocados desde diferentes ópticas por la sociología, la antropología cultural o la historia social. En la década del ochenta, en Argentina y Brasil, dentro de los diferentes departamentos universitarios comenzó a crecer la relación entre el deporte y las ciencias sociales, en torno a dos figuras clave, Eduardo Archetti en Argentina y Roberto Da Matta en Brasil, que fueron pioneros en el estudio de identidades sociales a través del fútbol tomando categorías de interpretación provenientes de los estudios culturales. En este marco es que surge, a finales de la década del noventa, el Área Interdisciplinaria de Estudios del Deporte (AIED), dentro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA<sup>1</sup>, que aborda el deporte a través de la relación interdisciplinaria entre diferentes ciencias sociales y, a la vez, de éstas con la educación física. Las figuras precursoras en el nacimiento de estudios interdisciplinarios sobre el fútbol en la UBA han sido Pablo Alabarces, desde la crítica literaria, la antropología y los estudios culturales, Roberto Di Giano desde la sociología y Julio Frydemberg desde la historia. En lo que tiene que ver con la producción de este trabajo, la figura de Roberto Di Giano ha sido fundamental a la hora de dar un puntapié inicial a los estudios comparados en el fútbol rioplatense. La posibilidad de confrontar diferentes visiones en la prensa uruguaya y argentina con motivo de la final de 1930 ha sido tan sólo un adelanto precursor de las cosas que se pueden lograr con el fútbol visto desde una óptica rioplatense. A veces es sólo evitando la “cantarola” y la “cháchara” del periodismo deportivo que se pueden realizar visiones desapasionadas y con un verdadero espíritu crítico. También ha sido fundamental la revista digital *Efdeportes.com* (1997-2012; [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com)) y su editor, Tulio Guterman, en el papel de difundir las investigaciones que surgían en este naciente campo.

Para este segundo momento podemos encontrar en Uruguay la producción del sociólogo Rafael Bayce, sobre todo *Deporte y sociedad (1958-1983)* (Bayce, 1983),

---

1

El AIED es un área adscripta al Programa de Investigación “Desarrollo Sociocultural y Educación Permanente” perteneciente al Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, programa que integro desde el año 2003.

fascículo dedicado a reflexionar sociológicamente sobre el papel del deporte en el Uruguay del período, y el artículo dedicado al papel jugado por el fútbol en la identidad uruguaya “Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos. Preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo” (Bayce, 2003), publicado dentro de la producción colectiva del grupo “Deporte y Sociedad” de CLACSO. Por otro lado, es importante destacar el trabajo de Pablo Roca (1991) en la búsqueda de dejar caminos abiertos de investigación en las relaciones entre literatura y fútbol. La producción de Luciano Álvarez (2004) –importante a la hora de realizar una sólida investigación sobre la historia de Peñarol– y de la antropóloga Florencia Faccio (2008) –con abordajes sobre la identidad y el fútbol uruguayo– se enmarcan también dentro de este momento.

Mis trabajos para el caso uruguayo quedan enmarcados dentro de este segundo momento. En “Batllismo y fútbol” (Morales, 2003) dejamos planteada la relación entre el sistema de partidos y el fútbol, así como el intenso proceso de construcción de identidades que se dieron en Uruguay con motivo de la obtención de la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de 1924. El trabajo deja planteados los posibles vínculos que en todo el período se podían dar entre las relaciones entre fútbol, política y sociedad.

Con respecto al tema de los cambios y permanencias que se dan entre esta época y otros períodos fundamentales de la historia del fútbol uruguayo, podemos ubicar como antecedente nuestro artículo publicado en la revista de la APHU (Morales, 2002). En él mismo aparecen desarrolladas las permanencias entre el mundial de 1930 y la copa de oro de 1980, que fue promovida por la dictadura militar<sup>2</sup>.

Han surgido trabajos vinculados al fútbol dentro del campo de la historia, por ejemplo la producción de Alejandro Giménez (2007) y Juan Carlos Luzuriaga (2009), que llevan a que dentro de la propia disciplina histórica se comience a afirmar un campo específico.

Introduzcamos algunos aspectos del debate entre Eduardo Arquetti y Juan José Sebrelli para entender más las diferencias entre este primer y segundo momento de abordaje del fútbol como objeto de estudio. Juan José Sebreli y Eduardo Arquetti tienen una visión antagónica sobre el papel del fútbol en las sociedades complejas contemporáneas. Sebreli nació en Buenos Aires en 1930. Es ensayista de temas sociológicos, de historia contemporánea, de filosofía política y de crítica literaria. Su postura con respecto al fútbol retoma la vieja posición de los partidos de izquierda, que lo veían como “el opio de los pueblos”. En sus planteos, compara los actos festivos de las

---

<sup>2</sup> También hemos trabajado algunas de estas ideas en Morales (2005).

juventudes hitlerianas viviendo a su líder en los estadios, con el comportamiento de las barras bravas ante un equipo de fútbol o el de los seguidores “fans” de un grupo de rock. Sebreli (1981, 1998) sostiene que parece llegar un momento en que todo el grupo se vuelve loco y empieza a saltar como un títere movido por un titiritero. Se entra en una irracionalidad que el autor llama “peste emocional” o “delirio de unanimidad”. El mundial de Argentina 78 y la guerra de Las Malvinas en 1982 parecen ser para el autor los ejemplos más claros. Pero va más allá todavía y quiere mostrar que la matriz cultural de todo esto está en el peronismo (Sebreli, 1983). Su producción –por ejemplo, *Fútbol y masas* (1981) y *La era del fútbol* (1998)– va en esa dirección. Se estudia al fútbol como forma de denunciar la dominación ideológica y de ver a este deporte como aparato ideológico del Estado (en la línea de Althusser, 1969). Y este término cierra con el otro, el de la sociedad de masas y los estudios de la escuela de Frankfurt liderada por Theodor Adorno. Los estudios de Adorno sobre los medios de comunicación masiva consideraban la sociedad como objeto de dominación y al público de masas como producto de la alienación. El pensar desde un escritorio a este ser humano de las grandes ciudades industriales como un alienado perdido para siempre en los mecanismos perversos de la manipulación de masas no hacía más que alimentar el divorcio y la incompreensión entre uno y otro mundo. Y se perdía de vista todo lo que la cultura tiene de disputa, como búsqueda de producción de sentido y de pertenencia simbólica entre los sectores dominantes y los subalternos, así como su papel en la articulación y los consensos. Esta postura intelectual iba de la mano con la visión de las “izquierdas” de la llamada “cultura de masas burguesa”. Ambas entran en un espíritu de gueto, aisladas de los consensos sociales, sin nexos articuladores con las masas que ellos mismos querían o decían representar. Esta tendencia tiene sus antecedentes también en la línea de investigación de Jean Marie Brohm (2006) y la revista *Partisans*, en Vinnai y su *El fútbol como ideología* (1970) y, en Uruguay, tuvo como cultor a Zubillaga, con su *Proceso al fútbol* (1966). El dominio vertical que se da en los medios de comunicación y en el poder económico que domina este juego-espectáculo es uno de los puntos fuertes de este tipo de enfoques, que muestran la asimetría que hay entre el poder hegemónico y las periferias, asimetría que, como veremos, es una de las ausencias que se dan en los estudios culturales “a la Canclini”.

La presentación del libro *Deporte y sociedad* (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996), fue fundamental en el encuentro entre la academia y el fútbol en Argentina. Este libro, prologado por el antropólogo Eduardo Archetti (pionero absoluto en este tipo de estudios en Argentina), toma distancia con los anteriores abordajes de Sebreli sobre el

fútbol, que, hasta el momento, era considerado la autoridad máxima sobre el tema:

Los intelectuales de izquierda, los historiadores profesionales y los científicos sociales han tenido, por lo general, una relación problemática con el deporte, y no sólo en Argentina. Si el deporte debía ser estudiado y analizado era para desmitificar su uso por parte del Estado y de las clases dominantes en el proceso de adoctrinamiento de las masas masculinas y la juventud con el objetivo explícito de despolitizarlas y adecuarlas al trabajo alienado, a la competencia, al fanatismo, al nacionalismo, al sexismo, al autoritarismo, al culto desmedido a los ídolos, y a la aceptación sin crítica de los valores capitalistas dominantes. Los análisis de Vinnai (1970), Brohm (1976) y Bourdieu (1984, 1978) se inscriben claramente en esta perspectiva. [...] El trabajo temprano de Sebrelí (1981) sobre la relación entre fútbol y masas en la Argentina forma parte de esta tradición crítica de la sociología europea (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996: 9).

Es desde esta perspectiva que el antropólogo Eduardo Archetti acerca a Pablo Alabarces y a todo un grupo de jóvenes investigadores a realizar estudios críticos sobre el fútbol en Argentina, estableciendo una brecha y un debate profundo con los anteriores planteamientos y buscando establecer un campo interdisciplinario. Para la invención de un campo se necesitaban encuentros académicos periódicos y revistas especializadas que difundieran lo que se estaba haciendo. Un primer encuentro realizado en 1996 en la UBA fue el que llevó a publicar el libro a que nos estamos refiriendo. El capítulo del libro correspondiente a Pablo Alabarces plantea lo siguiente:

A pesar de la persistencia de cierto sentido común (abonado periodísticamente) que señala el espacio del fútbol argentino como territorio propio de las prácticas populares (como espectadores, como actores, como eje articulador de identidades, como lugar de distinción), una lectura más atenta observa que en la actualidad tal referencia debe, por lo menos, ponerse seriamente en cuestión. Los procesos de hiperespectacularización, la institución definitiva del fútbol como mercancía privilegiada de la industria cultural, la llamada massmediatización de las sociedades, las transformaciones en la estructura de clases y en la participación de sujetos populares en la práctica deportiva exigen repensar la atribución tradicional para preguntarse si puede ser mantenida, si debe ser relativizada, e incluso, si debe ser desterrada de la interpretación cultural (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996: 259-260).

Así, a partir de algunos términos críticos de las diferentes disciplinas que conformaban los estudios culturales se buscaba construir al fútbol como objeto de estudio de las ciencias sociales dentro de los ámbitos académicos de la UBA. Pero para ello había que tomar distancia de lo ya producido, que, primero que nada, era la mirada periodística:

La mirada clásica, la mirada más visible, más reconocible, es la mirada periodística, casi contemporánea con el nacimiento del deporte en la Argentina. [...] Pero esa mirada periodística consiste básicamente en narrar una superficie anecdótica o mítica, y en el camino, construir una línea de costumbrismo argentino [...] integrando la mirada analítica al interior de la serie deportiva (tácticas, estrategias, movimientos, desempeños). [...] Entonces la mirada periodística constituye apenas un corpus, para –de manera oblicua– leer qué se

puede pensar sobre el deporte y sus relaciones y usos sociales. Corpus, pero no bibliografía (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996: 260).

El género que surgía del periodismo deportivo servía como fuente para investigar imaginarios y mentalidades pero no para tomarlo como referente bibliográfico. Ésta era una ruptura con lo que se había hecho hasta el momento con respecto al fútbol en Argentina. Y es por eso que la referencia pionera de Archetti es fundamental en la producción de Alabarces; a través de la lectura de la revista *El Gráfico* –conocido semanario fundado argentino fundado por la Editorial Atlántida en 1919–, Archetti va comprobando cómo la revista, a través del relato de sus periodistas estrella, va elaborando un imaginario nacionalista del fútbol argentino. Es la publicación periodística masiva para acercarnos a imaginarios y creencias. Alabarces, como discípulo de Archetti, continuará profundizando en esta lectura para acercarse a las narrativas de la nación en Argentina a través del fútbol. Ahora, Alabarces toma como una disputa o un terreno a ganar del campo académico al periodístico:

Así como los gurúes massmediáticos sentencian indiscriminadamente sobre cualquier espacio de lo social, aprovechando el espacio desocupado por una intervención poco eficaz del intelectual o del político, el periodismo deportivo, dueño absoluto de un territorio que la academia parece no disputar, no duda en instituir su voz como única legítima, señalando el silencio intelectual como afasia, como imposibilidad de producir sentido (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996: 261-262).

Era aquello de que los intelectuales no saben nada de fútbol y, cuando saben, es para opinar de él con desprecio. Para Alabarces, lo producido por Sebreli desde el campo intelectual, su visión crítica del fenómeno deportivo, afirmaba el estereotipo que se tenía de este tipo de miradas. Es aquí donde Alabarces toma distancia con esta visión; el autor no ve al fútbol, así como tampoco a otras expresiones masivas de las culturas populares, como algo peyorativo:

Pienso, fundamentalmente en los textos de Juan José Sebreli que aparecen entre 1966 y 1981. Donde la sociología aparecía como fuertemente prestigiosa, la disciplina encargada de leer todos los reductos de lo social, incluido lo cultural. Pero este ejercicio de Sebreli constituyó una especie de propiedad transitiva según la cual el deporte es un fenómeno de masas, por lo tanto es fenómeno de alienación, por lo tanto es un fenómeno de fascismo, por lo tanto es fenómeno de populismo (Alabarces, Di Giano y Frydenberg, 1996: 262).

Además, el autor plantea otro vacío. La ausencia de estudios culturales en América Latina en general durante décadas, llevó a que cualquiera que opinara de cultura fuera tildado de sociólogo. Ver todo fenómeno de masas como objeto de dominación por parte

del poder lleva, para Alabarces, a alejarse de un abordaje analítico de las culturas populares; no sólo para el caso del fútbol, sino también del rock, la telenovela, la historieta o la literatura de kiosko.

En lo que respecta a los estudios sobre identidad nacional, nación y nacionalismo también encontramos dos momentos muy claros. Se parte de algunos clásicos sobre el tema como Ernest Gellner (1983), Benedict Anderson (1993) y Eric Hobsbawm (1991), que profundizaron en estudios del nacionalismo como invención de la modernidad; o dios de la modernidad. Los aportes de la sociología y de la ciencia política también nos van a permitir acercarnos a los estudios sobre nación, nacionalismo e identidad nacional. Para el segundo momento es fundamental partir de la abundante bibliografía sobre el tema originada en Europa en la década de los noventa, producto, sobre todo, del resurgimiento del problema de los nacionalismos y los localismos debido a dos fenómenos paralelos. Por un lado, el tema del fin del llamado “último de los imperios”, del estallido de la URSS y sus países satélites, y el consiguiente rebrote de la reivindicación de las banderas, los himnos y los rituales nacionales en lugares tan disímiles como Ucrania, Bielorrusia, Lituania, la ex Yugoslavia, la antigua Checoslovaquia, Polonia y otros; por otro lado, el desafío que para los Estados-nación de la Europa Occidental significó el conjunto de ideas supranacionales que terminaron en la Unión Europea y una tendencia a una unión confederal de naciones, además de la reivindicación de ser un Estado de naciones que estaban dentro de Estados-naciones; nos referimos al caso del País Vasco en España y las acciones de la ETA, el caso de Irlanda del Norte y el IRA y su deseo de separatismo del Reino Unido, el caso de Córcega y los corsos en Francia, los valones dentro de Bélgica y hasta el caso de querer conformar una liga lombarda, separando regiones de Italia del norte de la Italia del sur. La bibliografía, por esa razón, creció en forma espectacular.

En América Latina, nuevas visiones como las del historiador Juan Carlos Chiaramonte (2008) o la de Francisco Guerra (1997) nos muestran el peculiar caso latinoamericano, en donde surgen naciones a la vida independiente en el siglo XIX sin un nacionalismo previo. Para el caso uruguayo se va a partir del libro fundacional sobre el tema *Identidad Nacional: ¿mito, crisis o afirmación?*, compilado por Gerardo Caetano y Hugo Achugar (1992). En el capítulo tratado por Gerardo Caetano, se plantean las tres etapas por las que pasó la conformación de una identidad nacional, y que son las que vamos a desarrollar en este trabajo: una primera etapa, a partir de 1830, en que nació el Estado pero no había nación y nacionalismo; una segunda donde surge, en la segunda mitad del siglo XIX, el primer imaginario nacionalista; y, por último, la síntesis identitaria

del Uruguay del Centenario.

Por último, la política. Es sabido el enorme interés que despertó siempre el batllismo en los estudios académicos, no sólo de la historia sino de todas las ciencias sociales en Uruguay, tanto, que se ha considerado el estudio de la historia del Uruguay como “batllismocéntrica”. Este trabajo se propone desmenuzar el período 1916-1930, en el que entró a regir la segunda Constitución y en el que se produjeron los bloqueos al impulso reformista de las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez.

Acá hay que partir de los trabajos pionero del sueco Goran Lindhal (1968) y de Carlos Real de Azúa (1964). El primero, en su libro *Batlle, fundador de la democracia*, muestra la profunda fragmentación que a la interna del Partido Colorado y del Partido Blanco generó la segunda Constitución, de 1919. Real de Azúa, se plantea en *El impulso y su freno*, por qué se había detenido el impulso reformista del batllismo y deja planteada una serie de hipótesis que luego serían claves para continuar el tema. A su vez, son muy importantes los aportes de Carlos Manini Ríos –hijo del fundador del Partido Colorado General Rivera, Pedro Manini Ríos–, que realizó una trilogía sobre estas décadas de estudio. En *Anoche me llamó Batlle* (1970) introduce todos los problemas y enfrentamientos que generó Batlle y Ordóñez con su propuesta de reforma constitucional basada en el Colegiado, las instancias del plebiscito de 1916 y los preámbulos de la elección de 1919. Con *Una nave en la tormenta, 1919-1923*, marca todos los desafíos que tendrá que enfrentar el poder político ante la vigencia de la nueva Constitución. El autor dice que la Constitución se asemejaba a una nave navegando entre la tormenta. Por último, en *La Cerrillada*, se trata el período 1923-1927. A comienzos de la década del noventa, el aporte de Gerardo Caetano, con su libro *La república conservadora 1916-1929* (1992-1993), fue clave para entender la acción de los grupos de presión como la Federación Rural para bloquear al reformismo batllista.

En cuanto a la metodología de trabajo, además el recorrido por la bibliografía especializada con respecto a las tres variables manejadas anteriormente, este trabajo maneja diferentes tipos de fuentes: se investiga las diferentes visiones de la prensa periódica con respecto al objeto de estudio de la tesis, la correspondencia oficial y privada, los debates parlamentarios y las memorias específicas del período estudiado (1916-1930).

Con respecto a los aspectos teórico-metodológicos, es desde la interdisciplinariedad desde donde se pretende abordar las diferentes visiones del tema elegido para la tesis. Es por ello que desde la historia nos apoyamos en la sociología de la cultura, en la ciencia

política, en los estudios culturales, en los estudios literarios, en los estudios sobre comunicación, en la psicología social y en la antropología social y cultural, utilizando elementos o aportes provenientes de la metodología de estas diferentes áreas del conocimiento humano.

En el trabajo se pretende un acercamiento al pensamiento de Antonio Gramsci, uno de los teóricos italianos que más ha contribuido a esclarecer las relaciones entre el marxismo y la cultura. En sus *Cuadernos de la cárcel* (1975), escritos en la década de 1930, Gramsci logra desplazar el concepto de “hegemonía” desde lo político para llevarlo hacia una centralidad ética y cultural. Para el pensador, la hegemonía de la burguesía no se produce sólo a nivel político, sino que se da en la práctica de la vida cotidiana. La forma diferente de articular con las masas debe mucho a la supremacía de un grupo social sobre los otros. Es ahí donde se producen la articulación y los consensos. Existe una cultura hegemónica de la burguesía y una de los grupos subalternos. Pero lo importante es que la cultura es un espacio de disputa; las expresiones de cultura popular muchas veces pueden manifestarse en un vehículo para afirmarse simbólicamente contra los grupos hegemónicos.

Además, se intenta reivindicar la llamada “historia antropológica”, donde se experimenta un redescubrimiento de la importancia de los símbolos en la historia (Burke, 1997). El descubrimiento de las posibilidades que da la lectura simbólica del juego vino primero a través de los trabajos de Johan Huizinga (1919, 1938). Pero el verdadero acercamiento a una lectura profunda del juego nos lo dio el estudio de Clifford Geertz sobre la riña de gallos en Bali. En 1958 este antropólogo realizaba un trabajo de campo en Bali. En un comienzo siente que lo ignoran y no logra introducirse en la sociedad balinesa. Pero todo cambia cuando el investigador se dirige a una gallera a presenciar la riña de gallos. Cuando viene la policía se escapa Geertz con sus futuros “informantes”. El trabajo etnográfico se abre a través de esta experiencia. La riña es una lucha puramente simbólica que permite leer la sociedad balinesa. Atrás del triunfo del gallo campeón se disputan el estatus, la jerarquía y los símbolos del poder (Geertz, 1973: 339-373).

La tesis está se centra en dos aspectos. En primer término, se presentan las tres variables a estudiar, a través de tres capítulos: uno sobre la historia política de la formación del sistema de partidos en la década del veinte y comienzos del treinta, contextualizando toda la época desde el punto de vista económico y social; el segundo capítulo trata sobre la construcción de la identidad nacional, centrándose en lo que fue la síntesis perdurable del

Uruguay del Centenario; el tercero abarca una breve historia del fútbol uruguayo, desde los orígenes en la segunda mitad del siglo XIX hasta las dos primeras décadas del siglo XX, centrándonos en los inicios a partir de 1916 de los primeros Campeonatos Sudamericanos de fútbol, llegando el estudio hasta la participación del seleccionado uruguayo de fútbol en el Sudamericano de 1923. En segundo término, otros dos capítulos tratan sobre las relaciones entre las tres variables: el primero trata el entrecruzamiento del fútbol con la identidad nacional y con el sistema de partidos en el período 1924-1928; el segundo abarca el Mundial de 1930 y todas sus relaciones con el Uruguay del Centenario y el batllismo agonizante.

## **II-El impulso y su freno**

A comienzos de la década del sesenta Carlos Real de Azúa (1964) se preguntaba, en su libro cuyo título tomamos para este apartado, por qué se había producido un bloqueo al impulso reformista del primer batllismo. Era la misma época en que el sueco Goran Lindhal planteaba la profunda fragmentación que se había generado en los partidos tradicionales por los efectos que la segunda Constitución, de 1919, había tenido en el Uruguay (Lindhal, 1968). A comienzos del libro Real de Azúa dejaba abierta la interrogante del porqué de la paralización:

Resulta una tarea intelectual muy complicada, muy llena de bemoles contestar la pregunta que provoca este planteo. Pues si se lanza la pregunta: ¿por qué se detuvo el impulso progresivo que un partido –el Batllismo– imprimió al Uruguay en las primeras décadas de este siglo? Tanto las dificultades metódicas como las reacciones pasionales se presentarán en bandada. Para comenzar con las segundas, muchos fieles que ese partido conserva, y sobre todo los remanentes de su guardia vieja, negarán tajantemente la realidad del hecho que ya supone la interrogación; otros señalarán –altivos, desentendidos– que si la cuestión es pertinente es porque el país no fue fiel, o bastante receptivo, a los postulados y a la acción de Batlle (Real de Azúa, 1964: 15).

Corrían en 1964, año de su primera publicación, aguas profundas vinculadas a la crisis de lo que en la Historia Uruguaya se denomina el neobatllismo. Real de Azúa, en su condición de “blanco, católico y aristócrata” (Barrán, 1964: 7) comenzaba, en forma totalmente vanguardista, a buscar las razones de esa parálisis inicial al primer impulso que había protagonizado las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez. A su vez, en ese mismo libro, toma distancia con la tesis sostenida por el historiador estadounidense Milton Vanger en *José Batlle y Ordóñez, El creador de su época (1902-1907)* (1963):

Muy recientemente, un historiador norteamericano, Milton Vanger, en su sólida monografía; [...], retorna en cierta manera a la posición original. Pero sí su actitud, debe decirse, resulta saludable en cuanto a reivindicar la libertad creadora y la contingencia de la acción política, si posee eficacia polémica contra algunos estereotipos de impregnación pseudo-marxista, difícil es, con todo, considerarla definitivamente persuasiva. Esto es porque soslaya –es probable que a causa de un imperfecto conocimiento de nuestro siglo XIX– la muy especialísima nación americana que el Uruguay, a lo largo de la pasada centuria, fue siendo (Real de Azúa, 1964: 17-18).

El historiador norteamericano Milton Vanger, había publicado en 1963 este libro, en el que básicamente sostenía que José Batlle y Ordóñez había sido el político que había creado el país modelo y el primer estado social de bienestar de América Latina. Por su parte, Carlos Real de Azúa (1964) plantea que, para poder entender al batllismo, no sólo hay que entender las rupturas que inició el camino reformista (que fueron muchas), sino las continuidades con el siglo XIX. Plantea que hay que buscar los puentes entre “la tierra purpúrea” (Hudson, 1875) y el Uruguay del novecientos, los puentes entre el Uruguay pastoril y caudillesco del siglo XIX y el Uruguay de la modernidad. Y políticamente, hay que buscar cómo se da la transición de la lanza al voto. Estos puentes son fundamentales para poder entender el impulso reformista del primer batllismo y su posterior freno.

Este primer capítulo se propone, primero, mostrar la configuración social, política y económica que hizo posibles los cambios y reformas que se llevaron adelante en estas primeras décadas del siglo, como así también los bloqueos que se dieron a éstos, caracterizando y analizando dos momentos que van a ser claves en toda la historia política del siglo XX uruguayo: por un lado, el del primer batllismo; por el otro, el período de 1916 a 1930, conocido en la historiografía uruguaya como la república conservadora

## **1-La modernidad triunfante batllista**

### *1.1-Los puentes con el siglo XIX*

¿Cómo se consolidó en Uruguay una democracia de masas y el primer Estado social de bienestar de América Latina? ¿De qué forma se fue configurando lo que se denominaría con el tiempo la Suiza de América? Para contestar estas preguntas, tenemos que adentrarnos en la llamada por nuestra historiografía primera modernización, llevada adelante por el militarismo en el siglo XIX, y en la segunda modernización, protagonizada por el batllismo a comienzos del XX. De esa manera tendemos puentes entre el Uruguay del siglo XIX y el del novecientos.

La primera modernización fue iniciada durante el militarismo a partir de 1875, con el coronel Lorenzo Latorre, y es un proceso clave en la construcción del Estado uruguayo. El ejército junto con la iglesia son las primeras organizaciones estructuradas y jerarquizadas que han existido en el Occidente. Por eso es tan importante el ejército en la consolidación de cualquier Estado-nación soberano.

José Pedro Barrán nos muestra que, desde 1830, año de nacimiento del Estado Uruguayo, hasta 1875, el poder coactivo que podía tener el gobierno estaba en un empate con cualquier caudillo rural poderoso del interior del país que decidiera levantarse en armas. Básicamente eran los caballos y las lanzas los que decidían las batallas y las guerras (Barrán, 1998: 130). En la mayoría de los casos no había ni vencidos ni vencedores. Las divisas blanca y colorada (todavía no pueden llamarse partidos porque no lo son) coparticipaban en el poder político a través del mecanismo de la guerra civil. Así, “hasta la definición de la distancia tecnológica entre el gobierno y los gobernados (1876-1904), los partidos políticos vieron en la estrategia de la guerra civil una posibilidad de acceso, de consolidación o desalojo del poder” (Caetano, 1985: 13). Luego de la paz de abril de 1872, que surgió para terminar con “la revolución de las lanzas” del caudillo blanco Timoteo Aparicio, se estableció una especie de gobierno bicéfalo que estaría destinado a perdurar más de treinta años. La única solución para gobernar, para un gobierno central colorado que no podía controlar a los caudillos blancos rurales en forma militar, era aceptar la coparticipación. Se repartían algunos departamentos y jefaturas políticas para los colorados y otras para los blancos. Daniel Pelúas (2000) plantea que esta solución inconstitucional fue lo que dio inicio a la política de coparticipación de colorados y blancos en el control del poder pero, por supuesto, con la presidencia y el manejo del Estado en manos coloradas.

El año 1865 es una fecha fundamental para entender de qué forma los colorados se apoderaron del gobierno y de los resortes básicos del Estado durante noventa y tres años. En 1865 se produjo la revolución del caudillo colorado Venancio Flores, que contó con el apoyo de Argentina y Brasil para lo que sería la guerra del Paraguay. En esa guerra, en la que también participa Uruguay, el ejército oriental se familiariza con ejércitos más modernos. De 1865 hasta 1958, fueron gobiernos colorados los que dirigieron el Estado. Y

es la caída definitiva de un ideal de gobierno de fusión y de principios, dirigido por el ala doctoral de nuestro antiguo patriciado gobernante. Además, hay que tener en cuenta dos factores fundamentales. Por un lado, durante el militarismo (1875-1890), el ejército se coloradiza. No olvidemos que Latorre y Santos fueron jóvenes oficiales del viejo caudillo general Flores. Sobre todo con Santos, la oficialidad pasó a tener un tinte colorado. Cuando se produce la transición y vuelven los civiles al poder, será Julio Herrera y Obes el vínculo fundamental entre ejército y Partido Colorado. Es a partir de este momento, como plantea Real de Azúa (1990), que el ejército pierde autonomía política corporativa. La oficialidad será colorada y responderá a los civiles colorados durante 93 años seguidos, o sea hasta el triunfo de los blancos, en 1958. Por otro lado, durante el militarismo se respeta la coparticipación política con los blancos firmada en la Paz de Abril de 1872. Así, empieza a consolidarse lo que se ha dado en llamar el Partido del Estado: un partido, el Colorado, que se comienza a afirmar en el dominio del aparato estatal. Hay un primer intento de dominación oligárquica, pautado por el apoyo y la alianza de los grandes estancieros y el capital británico con el ejército.

Esta primera modernización será protagonizada por el militarismo, que en el período 1876-1886 gobernó el país con las dictaduras de Latorre, Santos y Tajés. Es el momento en que Uruguay, como todas las naciones latinoamericanas, se inserta en el mercado mundial y se va configurando el modelo agroexportador:

Entre 1860 y 1868 ocurrió la primera gran transformación en el medio rural, la merinización, la incorporación de la explotación ovina, y en la década siguiente, sobre todo entre 1876 y 1882, el segundo elemento alterador de la estancia tradicional vacuno, el cercamiento de los campos y la aceleración del mestizaje ovino y vacuno, todos hechos que se hallan en el origen de la (sustitución del estanciero caudillo por el estanciero empresario. [...] La valoración de la carne, notoria hacia 1890, incrementada durante la instalación de los primeros frigoríficos (1905-1915), se unió al alambramiento para roerle a los sectores populares aquella insubordinación y altanería que había sido la pesadilla de los hacendados, ahora sí transformados en patrones. La opción de la vagancia terminó al mismo tiempo que el gaucho se transformaba en peón, o emigraba o se marginaba en los “pueblos de ratas”. [...] Entre 1860 y 1890, la primera revolución industrial, la del vapor, se apoderó de la industria montevideana incipiente, de la agricultura y del transporte, ocurriendo el boom de la construcción de vías férreas entre 1884 y 1892 [...] a su vez los europeos fortalecían con su exportación de hombres y capitales este orden burgués que buscaba afianzarse. Sus primeras inversiones son de 1865 (Barrán, 1991: 6).

Con la introducción de los fusiles Remington y Mauser primero, las ametralladoras

después, además del telégrafo eléctrico y el ferrocarril, el Estado lentamente comienza a imponer el monopolio de la coacción física en todo el territorio. Se pasa de un ejército premoderno a uno moderno en forma lenta y paulatina (Real de Azúa, 1969a: 5). Hasta 1904, como veremos, todavía la montonera gaucha es temible. La introducción de las ametralladoras hace que definitivamente se empiece a inclinar la balanza. Si le agregamos, ya en el siglo XX, la artillería pesada, los tanques y los aviones, el monopolio de la fuerza física contra cualquier grupo subversivo será total.

Para los historiadores Gerardo Caetano y José Rilla (2005), una vez afirmada la primera modelización militarista, tres serán los legados del siglo XIX que tendrán una influencia decisiva en el Uruguay de las tres primeras décadas del siglo XX y, más concretamente, en el impulso reformista de José Batlle y Ordóñez:

a- Por un lado la debilidad del proyecto oligárquico típico de América Latina, esto es el dominio marcado por la alianza entre los estancieros, el capital extranjero (fundamentalmente británico) dueño del aparato comercial y de servicios, las fuerzas armadas y la iglesia. En Uruguay, esta constelación de poder ya marcaba debilidades desde la propia época colonial. De este modo:

Si hay que partir de un hecho –mejor dicho de un cuadro de fenómenos– este no puede ser otro que la patente, innegable debilidad que en el Uruguay del siglo XIX presentó la constelación típica de poder del continente. La hegemonía económico-social de los sectores empresarios agrocomerciales y su entrecruzamiento con la Iglesia y las fuerzas armadas como factor de consenso y respaldo coactivo respectivamente, no asumió se decía la misma consistencia que poseyó en casi todo el resto del área latinoamericana (Caetano y Rilla, 2005: 115).

b- La otra debilidad es la de la implantación capitalista, que es débil. Para Caetano y Rilla:

fueron relativas las restricciones de la dependencia externa, ya porque la misma implantación capitalista no terminaba de afirmarse, ya porque la oferta uruguaya en el mercado mundial era relativamente diversificada dentro del marco de la monoproducción ganadera. Además de formar parte del imperio informal británico, el país no había dejado de ser frontera de la región y de las luchas interimperiales (Caetano y Rilla, 2005: 115).

c- Estas dos debilidades llevarían a la presencia de un Estado fuerte ya desde el siglo XIX:

La combinación de ambas debilidades-la de la implantación oligárquica y la de la implantación capitalista-contribuyó a reforzar la presencia del Estado en la sociedad civil y la centralidad de sus funciones en la formación social uruguaya. Hacia fines de siglo, el Estado ofrecía ya una sólida tradición intervencionista, expresada no sólo en el desarrollo del poder coactivo y administrativo sino también en el cumplimiento de tareas empresariales y arbitrales [...] en la extensión de la red ferroviaria, en la construcción del puerto de Montevideo, la administración de la energía eléctrica, y el establecimiento del primer banco con fuerte intervención estatal. El reformismo batllista encontraría [...] un estado empresario e interventor con relativa autonomía de las clases sociales [...] Esta primacía del Estado coadyuvó también a la centralidad de las mediaciones específicamente políticas en la sociedad uruguaya. Tempranamente configurados, los partidos políticos o sus formas previas sirvieron así de intermediarios idóneos entre las demandas formuladas en una sociedad civil carentes de fuertes corporaciones y el espacio público definido y ordenado por el Estado (Caetano y Rilla, 2005: 115).

### *1.2-El reformismo batllista*

La segunda modernización, protagonizada por las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez, terminó de integrar las distintas capas sociales del Uruguay a la modernidad y, a su vez, consolidó el Estado social de bienestar:

La Modernización, en síntesis, más que a través de etapas acumulativas, transcurrió por “capas” superpuestas, integrando diferente y paulatinamente a distintos grupos sociales, que aunque escasamente dependientes entre sí, coincidirían en el Estado como referencia obligada y garantía.[...] Durante el ciclo militarista se logra el monopolio de la coacción física, y también se da el comienzo del despliegue simbólico que reforzó el sentimiento de pertenencia y solidaridad que terminarían conformando el primer imaginario nacionalista. Pero gringos y paisanos pobres y desplazados tendrían su hora durante la segunda fase. Se integrarán parcialmente al proceso modernizador del reformismo batllista como una “capa” más y por la mediación estatal, a través de la expansión de las funciones primarias y secundarias del Estado (burocracia civil y militar) [...] La secuencia muestra claramente que las capas integradas durante la modernización batllista no tuvieron ligazón con el proceso productivo desatado por la estancia-empresa durante la fase latorrista (Caetano, 1985: 13).

Para abordar la segunda modernización es importante considerar los cambios económicos y sociales que nos llevan al Uruguay del novecientos y al Uruguay del Centenario. Para ello, lo primero que tenemos que entender es que en el punto de inflexión que es el novecientos se producen, además de los cambios políticos y la consolidación del Estado moderno, grandes cambios económicos, sociales y demográficos que van transformando al Uruguay pastoril y caudillesco y que alimentarán la síntesis batllista.

Empecemos con la sociedad. ¿Cómo era esa sociedad uruguaya de las primeras

décadas del novecientos? El Uruguay es, hasta 1930, una sociedad todavía acostumbrada a recibir el aluvión inmigratorio; en los años veinte la población alcanzaba ya las 1.400.000 personas. Si en 1830 la población uruguaya cabía en el Estadio Centenario (alrededor de 70.000), durante el siglo XIX prácticamente se quintuplicó, debido a la llegada de inmigrantes y al gran número de hijos que permitía el casamiento de una mujer a una edad muy joven. En el siglo XX, si bien la población ya no creció de la misma manera, el gringo continuaba llegando a nuestras costas en busca de un mejor futuro y, a su vez, cambiaba definitivamente al Uruguay, ya que la relación gringo-criollo era profundamente asimétrica. El tema de los inmigrantes, que llegaban en masa desde Europa a “hacer la América” hasta las recónditas y lejanas tierras del sur de este continente, transforma a la sociedad en su conjunto:

Los inmigrantes que habían inmigrado desde Francia, Italia y el País Vasco Español en los primeros años de la vida independiente, entre 1840 y 1890 llegaron a constituir la mitad de los habitantes de Montevideo y las  $\frac{3}{4}$  partes de la población masculina activa. Se dejaron influir por el espectáculo de la vida criolla fácil, sin duda, pero también aportaron nuevos valores y un ansia monomaniaca de ascenso social que perturbó, tal vez definitivamente, el ocio, el juego y el desenfreno de la Arcadia “bárbara” (Barrán, 1990: 18).

Criollos e inmigrantes se acostumbraron a convivir en una sociedad que también albergó minorías marginadas, como la colectividad negra, descendiente de los antiguos esclavos traídos durante la colonia.

En estas décadas es que comienza a desarrollarse una cultura urbana moderna en Montevideo, que será escenario de los grandes acontecimientos políticos, sociales y culturales de la modernidad uruguaya. La arteria símbolo de la capital, 18 de Julio, poco a poco se transforma en el centro de la ciudad y del país, desplazando al tradicional Boulevard Sarandí, de la Ciudad Vieja. En esta modernidad triunfante y alocada de estas décadas, la principal contradicción del país es entre Montevideo de asfalto y grandes edificios, y el interior, en el que la vida en sus pequeñas ciudades y en el medio rural seguía siendo premoderna, dominada por el caudillo y sus relaciones de dependencia personal. Si el fin de las guerras civiles en 1904 terminó con el enfrentamiento armado, de ninguna manera terminó con el enfrentamiento de dos formas de vivir y de imaginar el mundo.

Los historiadores Washington Reyes Abadie y Tabaré Melogno, plantean que en estas décadas se termina de configurar la sociedad que sería protagonista de la modernidad batllista.

En el transcurso de las tres primeras décadas del siglo XX y, fundamentalmente, luego de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), tuvo lugar la configuración de la sociedad [...] Como se señaló oportunamente [...] esta no fue el resultado de una síntesis superadora y comprensiva de la vieja antinomia de las formas de vida de la ciudad puerto y de la pradera, sino que constituyó una sustitución, en profundidad de la sociedad oriental por la sociedad uruguaya. [...] Mientras, por una parte, se iban agotando como tipología histórica y en sus propios sectores humanos, el antiguo patriciado y lo gauchesco, se iba configurando, por el impacto inmigratorio y los avances de la modernización, el nuevo perfil social que, sobre la apoyatura esencial de las emergentes clases medias, anhelaba repetir el modelo liberal burgués de Europa (Reyes Abadie y Melogno, 1995: 7).

La emergencia de nuevos actores sociales es otra de las características que corresponden a esta entrada en el pórtico del siglo XX. El aluvión inmigratorio, la migración interna desde el interior hacia Montevideo (que continuará en todo el siglo) y la transformación económica ya iniciada en el siglo XIX habían producido una naciente industrialización amparada por la existencia de leyes proteccionistas y un aumento del sector servicios, creando empleos en la burocracia estatal y en el comercio. Esto llevó a que en Montevideo se diera un fuerte crecimiento del proletariado y un ascenso de las clases medias. El censo industrial de 1908 había dado la existencia de 30.000 personas trabajando en la industria, entre obreros y capataces. Montevideo empezó a acostumbrarse a algo que le era desconocido antes: una fuerte conflictividad social, que se traslucía en huelgas y manifestaciones que terminaban en enfrentamiento con la policía. Los sectores políticos, sabedores de que con la reforma constitucional de 1918 el sufragio universal iba a ser inevitable, intentaron tener una política obrerista y un discurso hasta un poco populista para atraerlos.

Estos nuevos actores sociales hacen, según Barrán, pasar el miedo de la “insubordinación” del campo a la nueva ciudad de Montevideo. La capital pasa lenta y paulatinamente a tener el problema de la cuestión social:

La sociedad a la vez se estratificaba con claridad. Los observadores europeos extranjeros, ahora sí, distinguían clases y diferencias notorias. El alto comercio y los estancieros nucleados en la Asociación Rural desde 1871, comenzaban a ser llamados ya por 1880,

clases conservadoras [...] Los sectores populares eran ya observados con miedo social y no meramente político, comenzaba a temerse más a una revolución a la francesa, que la anarquía a la uruguaya. El viejo estigma de la insubordinación identificada con la holgazanería estaba desapareciendo de ellos para contento del patronato, pero al mismo, y para angustia de ese patronato, la insubordinación renacía convertida en huelgas (en 1884 ocurriría la primera de relevancia en Montevideo) (Barrán, 1990: 20).

El censo de 1908 muestra que se está en presencia de una población mayoritariamente joven. Hay un esbozo de un nuevo modelo demográfico, que, como explica Barrán (1990), muestra la transición de una familia de muchos hijos a la nuclear moderna. El batllismo no podía llegarle a toda la sociedad porque la sociedad que estaba naciendo en el novecientos, con un nuevo modelo demográfico, era una sociedad a la que hay que entender desde la diversidad: había industriales y obreros, pero también estancieros y sus peones; había barriadas populares montevidéanas pero también “pueblos de ratas” rurales; había inmigrantes y su utopía cosmopolita, pero también criollos; había blancos, pero también negros; agnósticos y ateos, pero también cristianos, católicos y protestantes; había latifundio ganadero, pero también la granja y la chacra agrícola. En definitiva, era una sociedad compleja, que estaba entrando en una modernidad de la cual su proyecto siempre quedó inconcluso. Y con todo tipo de puentes y de largas duraciones con el siglo XIX, que estaba ahí nomás, en la puerta de la esquina. Era esa sociedad la que se preparaba para entrar en el sufragio masculino universal. Como nunca antes en la historia política del país, en 1916 primero, y en 1922 después, las apelaciones a lo “popular”, al “pueblo”, a “la gente” eran lo que podía definir una elección.

Políticamente, el Uruguay del novecientos dejó un siglo XIX plagado de guerras civiles entre los dos partidos tradicionales, el Colorado y el Blanco, por un sistema de partidos moderno y adaptado a las exigencias que imponía el nuevo orden económico, social y cultural. La modernidad nació en el seno de la nación: para que el país prospera y surgieran significados nacionalistas en todo el territorio, tenía que estar unificado. La Paz de Abril de 1872, que había significado el reparto de jefaturas departamentales entre blancos y colorados, había sido respetada durante el período militarista y, a partir de 1890, con el retorno de los civiles al poder, no se pudo terminar con la realidad del país bicéfalo: una cabeza era el presidente colorado de turno y la otra, el caudillo blanco Aparicio Saravia, que desde su estancia “El Cordobés” imponía sus reglas de juego para todos los

departamentos que correspondían a los blancos. La definitiva unificación comienza con el triunfo de José Batlle y Ordóñez sobre Aparicio Saravia en la guerra civil de 1904.

José Batlle y Ordóñez fue quien, con grandes cambios, dejaría atrás un siglo XIX plagado de guerras civiles, dando nacimiento a una sociedad pacífica, moderna y a una democracia pluralista y social. La clave de la segunda modernización está en la segunda presidencia, de 1911 a 1915, cuando el Estado pasa a asumir funciones secundarias y se consolida. Uruguay es un “laboratorio social” que se anticipa a todas las demandas de los nuevos sectores emergentes y del aluvión inmigratorio, que viene a un país semivacío. El “reformismo” social se da antes de la democracia política de masas. Se crea toda la legislación social y laboral, se van ampliando las funciones secundarias del Estado, va creciendo la burocracia civil y militar, antes de que las masas voten. Se veía a las revoluciones saravistas como la prolongación del Uruguay pastoril y caudillesco. Es la “montonera” que todavía persiste, son las largas duraciones del Uruguay rural premoderno. El novecientos, en cambio, es la emergencia de una nueva sociedad y nuevos actores sociales. La clase obrera organizada en sindicatos es un ejemplo de esto. Montevideo comienza acostumbrarse al nacimiento de las huelgas.

El modelo batllista de desarrollo se basó en una serie de reformas que, en el largo plazo, fueron la base del Uruguay moderno. La primera reforma es la de la implementación de un Estado intervencionista en la economía. Para construir el país modelo, el Estado, desde la acción de la política, tenía que afirmarse en otras funciones además de las primarias –que ya cumplía bien desde la época de Latorre y los militares– y se pasa a un Estado que intervenga en la economía a través de las nacionalizaciones (pasar del capital extranjero al nacional) y estatizaciones (el Estado empresista). Este impulso estatal está orientado a los servicios básicos que tenían que estar, en la visión de José Batlle y Ordóñez, en manos públicas. Y aquí es que se da un enfrentamiento con el imperio británico y los latifundistas. Marcello Carmagnani (1982) trabajó cómo se da la formación de un proyecto oligárquico en la mayoría de los países de América Latina: la tierra en manos de los latifundistas, el aparato comercial y de servicios en manos del imperio. Ésta había sido la fórmula de la primera modernización. Una realidad monoprodutora y dependiente. Esto se quiebra con el batllismo. Los historiadores José Pedro Barrán y

Benjamín Nahum desarrollan la paulatina madurez de este enfrentamiento en su obra *Batlle, los estancieros y el imperio británico* (Barrán y Nahum, 1979-1984).

La idea de apostar a la industrialización con capital privado nacional también parte del batllismo. Y se da con apoyo del Estado, ya que lo protegía, a través de los aranceles aduaneros, de la competencia extranjera.

La segunda reforma del primer batllismo es la social. José Batlle y Ordóñez apoyó al movimiento obrero con una legislación obrerista. Con la ley de ocho horas, el batllismo se anticipa a la demanda de los nacientes sindicatos, que, como veremos, pasarán a estar dominados por anarquistas y comunistas. El partir de algo tan básico –que el obrero tuviera ocho horas para trabajar, ocho para estar con su familia y ocho horas para dormir además de un día de descanso semanal–, no estaba tan claro en la época. Para su concreción, el batllismo tuvo que vivir formidables debates no sólo con el Partido Nacional (que durante la segunda presidencia había abandonado las cámaras y fustigaba desde la prensa partidista) sino con iglesia, con los empresarios y con la burguesía agraria-industrial de vieja data, a la que también le había calzado en el dedo el anillo del poder que le había puesto el militarismo. Los historiadores oficiales del batllismo, Roberto Giudice y Efraín González Conzi, plantean que fue el día de descanso semanal rotativo, opuesto al del domingo obligatorio que defendían los sectores conservadores, uno de los centros del debate (Giudice y González Conzi, 1959: 60). También el batllismo impulsó la indemnización por accidentes de trabajo, las pensiones a la vejez, la indemnización por despido, las jubilaciones generales, la prohibición del trabajo a menores, la limitación del trabajo de la mujer, etcétera.

La tercera reforma es la secularización, o sea, el proceso paulatino de separación de la iglesia del Estado. El conflicto más fuerte del batllismo es con la Iglesia Católica y termina con la definitiva oficialización de la separación de la Iglesia del Estado y la ley del divorcio, entre otras. Pero también otro de los integrantes del bloque conservador, el Partido Nacional, se acerca y se identifica con la iglesia (*La Democracia*, Montevideo, 4 de junio de 1911, pág. 8) en esta reforma. La idea del batllismo es crear el templo laico y la moral laica vinculada a la democracia y el Estado social de bienestar. La ley del divorcio, por sí misma, lleva adelante una reforma moral en el conservador Uruguay del

novecientos. Batlle escribe en *El Día* bajo el seudónimo de Laura, su postura a favor del divorcio por sola voluntad de la mujer (*El Día*, Montevideo, 25 de agosto de 1911, pág. 6).

La cuarta es la reforma rural. La idea era eliminar el latifundio ganadero y transformar el poverío rural, que había sido carne de cañón para las revoluciones saravistas, apostando al país granja. En el relato batllista siempre se dice que Colonia fue el proyecto rural batllista que no fue (Caetano, 2002; inédito). El tema de la Colonia Valdense y los valdenses daba pistas para esto. Lugón, el líder, era protestante y batllista. Hay apoyo a proyectos de colonización, o sea, a creación de colonias agrícolas para colonizadores sin tierra, especialmente inmigrantes. Pero el batllismo no es partidario del impuesto a la renta al latifundio y quizás ésta sea su mayor debilidad. Para muchos, como por ejemplo los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, acá está su gran enemigo.

La quinta es la reforma constitucional, que comienza con las elecciones para la Convención Nacional Constituyente en 1916 y que trabajaremos en el ítem siguiente.

Barrán y Nahum nos muestran todo lo que significaba ser “batllista” hacia 1911:

En 1911 se era batllista porque se era partidario de las 8 horas, de la estatización de los servicios públicos, del ataque al “latifundio arcaizante”, y también porque se enviaba a los hijos a educarse en escuelas laicas y públicas, se aceptaba sólo el casamiento civil rechazándose el religioso, se impulsaba, a las hijas mujeres a estudiar en la Universidad, y se disculpaba a los anarquistas cuando estos se mostraban irrespetuosos ante los símbolos nacionales. Ser batllista avanzado durante estos años era adoptar una postura determinada en todos los órdenes de la vida, una militancia que por lo general, chocaba con las pautas morales imperantes (Barrán y Nahum, 1983: 147).

Ahora bien, el tan fuerte impacto de la acción del “reformismo” batllista sobre el Uruguay del novecientos llevó a que las primeras interpretaciones lo mostraran, como ya habíamos mencionado, como “el creador de su tiempo” (Vanger, 1963) y “el fundador de la democracia en Uruguay” (Lindhal, 1968). A su manera, continuaban con la mirada apologética que habían tenido los historiadores oficiales del batllismo, Giudice y González Conzi (1959). Fue Carlos Real de Azúa el primero en advertir el problema de que estas posturas no buscaban los puentes entre el batllismo y el Uruguay del siglo XIX. En *La clase dirigente* (1969), planteaba el tema de la autonomía relativa que tenía el poder político con respecto al poder económico en Uruguay, y que también lo hacía atípico dentro de la realidad tercermundista latinoamericana. Los orígenes de esa autonomía

estaban en el siglo XIX, en donde, como vimos, se dio una división del trabajo entre el patriciado y las clases conservadoras dominantes económicamente. El antiguo patriciado, en el que había apellidos que ya venían de la Colonia, se arruina económicamente durante la Guerra Grande y pasa a depender de los cargos políticos en el gobierno y en el Parlamento. A su vez, una nueva clase empresaria de origen extranjero se apropia de la tierra y de las actividades vinculadas al comercio de importación y exportación, a las finanzas, etcétera. Esto llevó a que Uruguay no generara oligarquía, si por oligarquía entendemos dominación económica y política, a la vez, de un pequeño grupo sobre todo el resto de la sociedad.

Henry Finch, en 1980, planteaba este tema:

La hipótesis que plantearemos [...] está basada en la idea de que, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, el Estado y el sistema político uruguayo se caracterizaron por detentar un importante grado de autonomía con respecto a los intereses económicos dominantes en el país. Esta autonomía no podía –por supuesto– ser absoluta ya que la lógica de un sistema liberal parecía implicar que el sector que posee los medios de producción ha de controlar, en último termino, el aparato del Estado. [...] La explicación de esta autonomía tiene que ver con la supervivencia de estructuras políticas tradicionales, es decir, no ligadas directamente a los intereses de determinados grupos sociales, en el momento del ingreso del país en la etapa de la política de masas (Finch, 1980: 40).

Un país que no construyó oligarquía en el siglo XIX. Algo atípico con respecto a América Latina. Una realidad ganadera o monoprodutora (por ejemplo, el caso de Brasil con el café), con un ejército y una iglesia fuerte es lo típico en Latinoamérica, con un poder político dividido en liberales y conservadores con respecto a un poder hegemónico de la Iglesia Católica. Salvo en Colombia, todos los partidos modernos en América Latina que quieren aceptar los desafíos que le impone el siglo XX y que buscan romper con el proyecto oligárquico nacen en el siglo XX. No son partidos modernizados del siglo. La propia *Historia rural del Uruguay moderno* de Barrán y Nahum (1967) muestra las oportunidades que la Guerra Grande y otras guerras civiles dejaron para que inmigrantes con capital pudieran acceder a la tierra. O sea que la etapa colonial, a diferencia de otros países, no dejó una burguesía agro-comercial dominante. Barrán y Nahum también hacen un análisis del divorcio de las elites del poder, desde las cámaras bizantinas del llamado principismo, en la segunda mitad del siglo XIX, hasta el batllismo. Primero hay un

acercamiento con el Estado latorrista, que luego culmina con un enfrentamiento. Esto se da con el batllismo y es trabajado en *Batlle, los estancieros y el imperio británico* (Barrán y Nahum, 1979-1984). Por último, hay una articulación que se consolida en los treinta y en los cuarenta y que comienza con en la década del veinte. Todo esto es ese “vino nuevo en odre viejo” al que se refiere Barrán. Es la tradición innovada. Es la lectura moderna de la matriz colorada.

La modernidad triunfante batllista va a terminar de consolidar una serie de anclajes o largas duraciones en la política uruguaya, que perduran hasta nuestros días.

Primero que nada, se instala la “partidocracia” (Caetano, Rilla y Pérez, 1988: 37 y ss.), o sea, la centralidad de los partidos en la vida política del país, que lo diferencia, por ejemplo, de Argentina, en donde el peso de las corporaciones como los sindicatos, la iglesia o el ejército ha sido decisivo a la largo de todo el siglo XX. En Argentina surge un ejército con autonomía corporativa de los partidos políticos modernos, que, como el Radical de Hipólito Irigoyen, busca consolidar la democracia de masas en el país vecino; el ejército es fundamental en la construcción del proyecto oligárquico argentino del siglo XIX, junto a la clase ganadera, el capital británico y la iglesia. Y será un ejército que toma conciencia de su poder político, al ver el vacío de poder que los partidos dejaban, y de una presión, no sólo de la clase alta, sino de amplios sectores de la sociedad que estaban buscando “orden y progreso”. Para el historiador norteamericano Robert Potasch (1971), es el ejército que domina a los partidos políticos y no a la inversa. En el largo período que va de 1930 a 1983, ningún gobierno civil legalmente elegido pudo terminar su mandato, ya que fue depuesto por dictaduras militares. La existencia de un servicio militar obligatorio para todos los jóvenes de 20 años a partir de 1905, lo va a transformar en un ejército de ciudadanos-soldados. Es un ejército que toma como modelo al prusiano. La mayor parte de la oficialidad se forma en Alemania. A esto tenemos que sumarle la unión de la Iglesia y del Estado y la no existencia de un proceso de secularización que el batllismo logró consolidar con la reforma de la Constitución, en 1916. El ritual del *Te Deum* en la Catedral al asumir un presidente es una permanencia en la historia argentina.

En segundo término, hay que destacar la centralidad del Estado en la configuración de toda la modernidad uruguaya. Como continuación del legado del siglo XIX, se sigue

afirmando la presencia del Estado en todos los ámbitos de la vida nacional. A través de una realidad partidocrática y estadocéntrica, todos los sectores de la sociedad, de una manera u otra, buscan influir o entrar directamente al Estado moderno, que arquitectura todo un entramado de relaciones en una modernidad como la uruguaya, que estaba –y todavía está– inconclusa. En la mayor parte de los casos es el gran capitalista sustituto. Es el gran cuerpo modernizador, que a través de su burocracia civil y militar, se va introduciendo en todos los rincones del país con un impulso transformador. A la vez, se da una estrecha relación entre el Estado moderno y el sistema de partidos:

Estrecha ligazón entre el sistema partidario y el aparato estatal, sin duda una de las permanencias en el funcionamiento del sistema. Las diversas formas de coparticipación a nivel de la Administración pública y el reparto y cuotificación de poder estatal entre ambos partidos tradicionales, no sólo ambientaron el clientelismo con fines electoralistas, sino también contribuyeron a reforzar la complementariedad recíproca al interior del sistema [...] un Estado ampliado en su acción como el nuestro, convertido en “gran empleador” para apuntalar a una economía incapaz de ofrecer por sí misma el pleno empleo (Caetano, 1985: 40).

En el Estado uruguayo se da una mezcla o hibridación entre los modelos de dominación del Uruguay pastoril y caudillesco y el Uruguay moderno, en el que la burocracia moderna, que empieza a penetrar desde Montevideo al último de los pueblos, villas, ciudades medianas y pequeñas de todo el territorio, a su vez toma caracteres del “cacicazgo” patrimonial que existía en las relaciones premodernas entre el caudillo rural y sus seguidores. Bajo el mito de los llamados a concurso y los exámenes, comienzan a entrar en él, con sueldo fijo y con derechos, personas que se transforman en funcionarios públicos a través de la influencia de los caudillos locales. En una oficina de un caserío semirural, en las dependencias del Banco República, del ejército, del Consejo de Educación Primaria, en una biblioteca municipal hay funcionarios de carrera que conviven con funcionarios para los que “la mano invisible” del caudillo local fue fundamental para que obtuvieran su puesto. Y así como antes ese caudillo local, que arrastraba consigo a sus seguidores y peones a caballo, y ofrecía “aire libre” y “carne gorda” al que entrara en la maraña de sus influencias, dependía a la vez de otro caudillo superior y de una red de caudillos que terminaban en “el gran caudillo” rural de la divisa blanca o colorada (que muchas veces aparecía en el cintillo del sombrero), podía no entenderse con los doctores

de su misma divisa. El Estado racional burocrático moderno se va consolidando en el período de 1904 a 1916. El antiguo séquito de seguidores del caudillo “local” que recibía favores y protección, continúa dentro de la innumerable cantidad de funcionarios públicos que comienzan a servir al Estado. Son personas a sueldo, pero fueron “colocadas” por el caudillo. A éste se le debe favores.

En el segundo impulso modernizador, de 1904 a 1916, se produce una nueva síntesis. Las divisas se van transformando en partidos modernos, y lo híbrido es entre lo doctoral y lo caudillesco. Es decir: tanto Batlle y Ordóñez como Luis Alberto de Herrera son “vino nuevo en odre viejo” . El Uruguay del novecientos, con su nuevo modelo demográfico, con el impacto del aluvión inmigratorio, con el empuje y la demanda de nuevos actores sociales como el proletariado fabril, con la influencia de nuevas ideologías, etcétera, no podía romper radicalmente con el país rural. Lo moderno, en su modelo más completo, tenía lugar en Montevideo en su forma más acabada. Pero el país rural, con sus antiguos valores y principios y su forma de relacionarse y hacer redes de dominación, seguía existiendo. Con el cambio, no se puede cortar radicalmente con los modelos anteriores. El cambio social, precisamente, tiene mucho de cambio y mucho de permanencia. Es entre estos dos Uruguay que las viejas divisas hacen su síntesis, disputándose el poder en la coparticipación dentro del Estado moderno. En sus formas de dominación, se va a mezclar lo rural con lo urbano.

Es a través del culto al legalismo y a las elecciones en donde el “gran caudillo” puede llegar a la cima máxima de la administración estatal: a la presidencia de la República. Esta red de solidaridad es mediada, en el caso uruguayo, por las divisas tradicionales blanca y colorada. Y el nuevo líder tiene mucho de “caudillo” rural, pero también tiene mucho de doctor de la ciudad: con el cambio social que se estaba produciendo, que había sido traumático y había llevado a la última de las guerras civiles rurales –la de 1904–, había que dominar los dos mundos. Había que saber llegarle al obrero, inmigrante de primera o segunda generación, que comenzaba a aprender a leer y escribir, a través de programas partidarios que transmitieran una legislación social y laboral que buscara atraerlos; pero también había que saber llegarle al militar, al policía, al peón rural, a la maestra de escuela, al funcionario municipal de un pueblo de un departamento

de la República. Para lograr el consenso y la articulación social con sectores mayoritarios era tan importante un discurso “obrerista” y “reformista” como un discurso “ruralista”. Por eso fue muy común, en el discurso político de la época, oponer el campo a la ciudad, creando una “cruzada ruralista” que acusara al “reformismo” batllista de todos los males de la ciudad.

Otra larga duración que fue modelando la realidad uruguaya fue el tema de la sociedad hiperintegrada (Rama, 1987) y amortiguadora del cambio (Real de Azúa, 1984). Durante décadas, la acción tentacular del Estado social de bienestar batllista y la propia democracia de masas parecía integrar a todos. Y, a su vez, como sucede con un resorte, todo intento de cambio volvía a la anterior reformulación consolidada con el primer batllismo. Es una tendencia a la homeostasis y la conservación del sistema.

Por último, dentro de los anclajes de configuración del sistema político que se empiezan a consolidar en esta época, es importante destacar la existencia de una clase obrera y de un poder sindical autónomo de los partidos políticos tradicionales, Colorado y Blanco, que gobernaron el país durante más de 150 años. La base de esta autonomía está en que los sindicatos fueron captados primero por los anarquistas. Éstos, junto con los comunistas a partir de la década del veinte, tuvieron una influencia decisiva en las nacientes centrales obreras. El peso político que tenían las llamadas “izquierdas” en el sistema político uruguayo no llegaba, por lo menos hasta las elecciones de 1971, a tener un 10% de los votos. La forma de hacer política de los partidos tradicionales no incluía entre sus estrategias la captación de los líderes sindicales. Jorge Lanzaro nos muestra hasta qué punto las esferas del Estado y los sindicatos se mantuvieron autónomas:

El Estado [...] preserva su vocación liberal. Las fórmulas populistas vernáculas no tuvieron la vitalidad, ni la amplitud de otras experiencias contemporáneas. La coloración social del batllismo [...] no llega, sin embargo, a romper la tónica burguesa. Se convoca a la clase obrera como socio relevante del compromiso nacional y se consigue en buen grado su adhesión política. Pero no se articula un discurso ni una práctica que asigne a los trabajadores un papel protagónico. En contrapartida, la dirección gremial queda en manos del sindicalismo independiente y de organización de izquierda de reciente implantación, cuyas posturas –si no constituyen una disputa efectiva del poder político– concurren en todo caso a fomentar la autonomía y a construir una fuerza diferenciada (Lanzaro, 1986: 60).

## 2-La república conservadora

La república conservadora comienza con la derrota del batllismo en las elecciones para la Convención Nacional Constituyente de 1916 y continúa hasta la formación del Comité de Vigilancia Económica, en 1929. Va a marcar el freno al impulso del reformismo batllista y va a consolidar una democracia política en la que los sectores conservadores hostiles a las políticas sociales del reformismo van a tener un peso decisivo.

Barrán, en la introducción al libro *La república conservadora*, de Gerardo Caetano (1992-1993), nos acerca a la importancia de este innovador concepto en los estudios del período. Primero, con la novedad del término “república conservadora” para la historiografía uruguaya. Él mismo plantea que este término depende del contexto y del país en que se aplique. Sostiene:

Las historiografías nacionales revelan a menudo las mentalidades dominantes en cada país. Los argentinos han llamado república conservadora al período de su historia (1880-1916) en que la oligarquía gobernó y burló los intentos populares por establecer la democracia política respetuosa de la pureza del sufragio (Caetano, 1992: 4).

A su vez, para los franceses, la “república conservadora” es una etapa de la Tercera República, que anticipó lo que luego fue llamado la república radical.

Siempre fue tradicional aceptar que el período batllista abarcaba las tres primeras décadas del siglo XX, y se consideraba el año 1916 como un hecho que no cuestionaba en lo básico lo que se denominó “la época batllista”<sup>3</sup>. El verdadero parte aguas lo marcaba Terra, con su presidencial constitucional que llevaba camino al golpe de 1933. Los diferentes planteamientos de autores tan diversos, como Goran Lindhal, Gerardo Caetano y Carlos Manini Ríos, muestran justamente hasta que punto en este período se bloqueó y cuestionó todos los cambios impulsados por las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez. Por ser un período fundamental en la tesis, para demostrar las relaciones que se dieron en el mismo con el fútbol y la identidad nacional, nos detendremos en él.

---

3

Éste fue el título del libro manual de Benjamín Nahum (1975) que marcó una época en la enseñanza en lo que respecta al batllismo.

## *2.1-La derrota del batllismo*

El año 1916 marca un parte aguas para la acción transformadora del batllismo. Por un lado, se da el freno a la reforma de la Constitución; por otro lado, el “alto” a las reformas del presidente Feliciano Viera, que había sucedido a José Batlle y Ordóñez en la primera magistratura luego de las elecciones de 1915.

El 30 de julio de 1916 se decidió llamar a elecciones por primera vez con voto secreto y universal masculino para designar los integrantes de la Convención Nacional Constituyente, que estaría encargada de reformar la Carta Magna de 1830. De todas las reformas que quería llevar adelante Batlle y Ordóñez, nada tenía más importancia y era más decisivo que la de reformar la vieja y caduca Constitución. Era la forma de encauzar definitivamente al país por la vía de la democracia de masas. Un proyecto tan polémico de reforma, que incluía la eliminación del presidente de la República por un Consejo de nueve miembros, el sufragio universal masculino, la separación de la iglesia del Estado, la representación proporcional integral y el voto secreto, se llenaría de rivalidades hacia adentro y hacia afuera del Partido Colorado. La idea del colegiado llevó a que surgieran colegialistas y anticolegialistas en los profundos debates políticos de la época. Uno de los más estrechos colaboradores de Batlle, Pedro Manini Ríos –que junto con Domingo Arena, Feliciano Viera y Julio María Sosa formaban parte de su círculo más cercano–, decide en 1913 separarse del líder dominante (Manini Ríos, 1973: 64).

Oponerse al colegiado era una “pantalla” para, en realidad, empezar a bloquear al reformismo desde adentro. Las elecciones a la Convención Nacional Constituyente de 1916, asamblea encargada de reformar la Constitución, serían una excelente oportunidad para comenzar a formar un círculo antibatllista conservador.

Al estudiar las instancias decisivas del 30 de julio y del “alto de Viera”, se recibe la impresión de que en ese preciso momento se estaba gestando en torno a la actitud de los grupos conservadores ante la esfera política un cambio y una ruptura evidente con respecto a la situación anterior (situación que podía pasar, sí no por la autonomía del sistema político frente a una separada oligarquía económica, por un marco de relación entre el poder económico y la política ciertamente atípico) (Caetano, 1983: 45).

El trabajo y la investigación de Barrán y Nahum en *Batlle, los estancieros y el imperio británico* (1979-1984) van en esa dirección. La “reacción imperial-conservadora”<sup>4</sup> se produce en forma tardía, durante las dos presidencias de Batlle, cuando se estaba llevando adelante el impulso reformista. El asedio conservador nacería en esta coyuntura y después sería incontenible. Puede decirse que, de alguna manera, Batlle se adelantó a lo que serían las fuertes presiones que el Uruguay del novecientos había prolijado. Los sectores empresariales conservadores llegaron tarde a la política. Junto a su presión al sistema de partidos y, por su mediación, al Estado, convivían en el Estado batllista otras presiones e intereses. Sobre todo los de los sectores medios y los de la clase obrera, que fueron amparados por una legislación social única en América Latina en ese entonces. Esto lleva a contradecir cualquier interpretación que viera al Estado como el representante de las clases dominantes, destinado a reprimir a las clases dominadas. Como vemos, bien distinto es el caso uruguayo. El Estado comienza a transformarse en un Estado policlasista, en el que conviven los intereses de los sectores dueños del capital con los intereses de los sectores trabajadores.

El conservador diario *El Siglo* planteaba justamente cuál sería la forma de actuar de los comerciantes y los sectores poseedores del capital frente al reformismo batllista: “Nuestros comerciantes olvidan [...] que vale más prevenir que curar, y que por lo tanto el mejor medio de impedir que sus intereses resulten lesionados es influir en la orientación política” (*El Siglo*, Montevideo, 6 de julio de 1916, “El comercio y la política”, pág. 4)

El historiador Gerardo Caetano plantea la importancia decisiva de los grupos de presión económicos a partir de estos años:

Hacia 1916 la sociedad uruguaya se encontraba en una de las encrucijadas más decisivas de su historia; [...] en el proceso de reforma constitucional [...] El anticolegialismo servía en realidad de pantalla política a una gran reacción antireformista. Las clases conservadoras, alarmadas ante el reformismo batllista [...] lanzándose a nuevos marcos de relación con el quehacer político [...] La presencia cada vez más extendida de estos grupos de presión modernos en la vida nacional se produce en primer término como consecuencia directa de las grandes transformaciones sociales y económicas vividas por el Uruguay hacia el 900 [...] el propio reformismo batllista impulsó de manera indirecta estos nucleamientos oligárquicos [...] en la conformación de la Federación Rural (fundada en 1915) [...] basta repasar sumariamente en la actuación que cupo a hombres como Luis Alberto de Herrera

---

<sup>4</sup> Éste es el título del volumen 6 de Barrán y Nahum (1979-1984).

(no nos podemos olvidar también de la acción decisiva del riverismo) [...] No buscaba la conquista del poder político, sino influir sobre las decisiones de los responsables de los poderes públicos sin sustituirlos (Caetano, 1983: 5).

En el nacimiento de la Federación Rural como grupo de presión, destaca la presencia de José Irureta Goyena. La Federación Rural se crea como un grupo de presión para enfrentar al batllismo. El discurso de Irureta Goyena era claro al respecto del accionar que este grupo iba a tomar: “la Federación no constituye un partido político, sino un centro de acción política y económica [...] Aspira a ser política, pero su acción no propende a disolver los partidos sino a acendrarlos” (Caetano, 1985: 47).

Los grupos de presión empresarial se articulan y buscan incidir en partidos que son policlasistas y formados por un conglomerado muy variado de tendencias. Esto no significa que en muchos de nuestros sectores conservadores no se hayan alimentado sueños de llevar adelante un modelo corporativo como el de la Italia fascista, o que no se hayan alimentado amenazas o deseos permanentes de golpes de Estado militares. Pero el problema, como ya vimos en párrafos anteriores, es que el ejército no tiene un espíritu corporativo independiente de los partidos políticos, como sucedía en Argentina. El ejército es colorado. La oficialidad tiene, necesariamente, una alianza con los partidos políticos. Lo cívico-militar fue estructurando la edificación del Estado moderno en Uruguay. A través de los partidos políticos es que se da la mediación con el Estado. El Partido Colorado, con el impulso de la segunda modernización (1904-1916), completa la edificación del Estado moderno. No es un estado-partido como el Partido Comunista de la Unión Soviética; es el partido del Estado, pero que comparte el poder dentro en base a la coparticipación con su tradicional adversario.

Esto también es una herencia del siglo XIX. Los sectores conservadores encuentran que desde la propia democracia partidocrática uruguaya se puede frenar el impulso reformista:

La tradicionalidad y la permanencia parecen haber sido un vehículo idóneo para el cambio del sistema partidario del Uruguay. La sociedad del 900, protagonista o testigo de la modernización, no parecía muy típicamente latinoamericana [...] variada corriente inmigratoria. [...] En ese marco es que surgió el batllismo, partido reformista que interpretó el impulso de la Modernización [...] Los sectores que promovieron y se promovieron con la primera fase de la Modernización –la oligarquía agro-comercial del militarismo– fueron

quienes bloquearon, a través de la democracia política, la segunda fase que impulsó el reformismo batllista. [...] paradoja, la democracia política sería freno al proyecto de democracia social y económica por lo menos hasta la década del veinte (Caetano, 1985: 13-18).

El poder económico y los sectores conservadores de la sociedad en el novecientos van a buscar bloquear al “reformismo” dentro de su propia lógica, o sea, dentro de la democracia política. El asedio conservador que se va dar en la década del veinte y del treinta, en el sistema de partidos, parte del paulatino acercamiento de los sectores conservadores del alto comercio, la banca, la industria y la tierra, a diferentes fracciones de los partidos Colorado y Blanco. Desde la lógica de la democracia política, se logra bloquear a la democracia social y obrerista. Este asedio conservador, que encontró en grupos de presión como la Federación Rural algunos de sus elementos más conspicuos, buscó bloquear el impulso desde dentro de los partidos políticos.

Aquí hay un cambio en el modo en que la clase dominante económica se relacionó con el poder político. Con el impulso de la primera modernización del siglo XIX, los sectores empresariales terratenientes y comerciales, así como el propio capital inglés, encontraban que el único poder realmente moderno para llevar adelante un proyecto positivo de “orden y progreso” estaba en los militares y el ejército, y no en las “divisas tradicionales coloradas y blancas”. No el antiguo patriciado dirigente. Ni “doctores” ni “caudillos” de ambas divisas se mostraban capaces de imponer orden y terminar de una vez con la dicotomía de “civilización y barbarie” de cuño sarmientino. Es así que se forma un primer esbozo de un proyecto oligárquico en Uruguay pero que fue de corto vuelo y no prosperó, por lo que explicamos anteriormente de la autonomía relativa de la clase política de los sectores empresariales y del gran capital a fines del siglo XIX. Ahora, una vez que se consolidó el sistema de partidos moderno y tendió hacia una estabilidad asombrosa si se lo compara con las repúblicas vecinas, los grupos empresariales sí encontraron en la democracia política un lugar donde establecer presión. En las trascendentales elecciones de 1916, para elegir la asamblea constituyente que iba a reformar la Constitución de 1830 –las primeras con sufragio universal masculino y un ensayo de lo que se venía–, los sectores conservadores se dieron cuenta de que juntos eran más que el batllismo y que podían bloquearlo.

Los partidos tradicionales se transforman totalmente con esta integración de los grupos de presión empresariales.

Por todo lo dicho, las elecciones para la Convención Nacional Constituyente que iba a modificar la Carta Magna de 1830 eran tan importantes:

El año 1916 marcó sin duda un antes y un después en el período hegemónico del batllismo. Se le ha llamado con acierto la bisagra del período, identificándolo como el jalón inicial del paulatino proceso de freno que iría neutralizando los iniciales impulsos reformistas del primer batllismo (Caetano, 1992: 33)

Veamos algunas de las declaraciones partidarias de esta decisiva jornada que llevaría al primer bloqueo al reformismo. Empecemos por un fragmento del manifiesto dirigido “Al país” por la Federación Rural en vísperas de las elecciones, julio de 1916: “El consejo de la Federación Rural [...] cree llegado el momento de señalar a los trabajadores rurales[...] que concurren a las urnas, para votar candidatos anticolegialistas, sea cual fuere su credo partidario” (Caetano y Alfaro, 1995: 82).

La propaganda electoral adquirió tonos que nada tenían que ver con la Constitución. En otro fragmento de la Federación Rural encontramos: “Pueblo, si el colegiado triunfa quedará suprimido el derecho de propiedad sobre la tierra y destruida la organización de la familia” (Caetano, 1995: 82).

Encontramos que con la “pantalla” de las elecciones a la Convención Nacional Constituyente se van afirmando dos bloques que son los que van a constituir, luego, la base del sistema de partidos que se irá afirmando una vez que la nueva Constitución entre en vigencia: por un lado, el bloque conservador, que estaba integrado, como dijimos, con elementos del propio Partido Colorado (y que terminarían formando, liderados por Pedro Manini Ríos, el Partido Colorado General Rivera) pero también por el Partido Nacional, con el incuestionable liderazgo de Luis Alberto de Herrera, por la Unión Cívica, que a su vez era la causa de los católicos militantes antibatllistas, y, a su vez, todos ellos con vinculaciones con grupos de presión como la Federación Rural; por el otro, el bloque reformista, liderado por el batllismo y con el acercamiento del primer Partido Socialista, el de Emilio Frugoni.

El batllismo llama despectivamente al primer bloque “el contubernio” (Giudice y

González Conzi, 1959). El batllismo tomó, desde un principio, los comicios en torno a la integración de la Convención Nacional Constituyente como un referéndum sobre la obra y las reformas llevadas adelante durante las dos presidencias de Batlle y Ordóñez.

Los resultados fueron los siguientes:

Los nacionalistas obtuvieron 68.079 votos y eligieron 105 constituyentes. Los colorados colegialistas 60.420 votos y 87 constituyentes. Los colorados anticolegialistas, con 14.548 votos, ganaron 23 constituyentes. Además el socialismo reunió 2.001 votos y obtuvo 2 bancas, y la Unión Cívica, con 1590 votos, otras dos (Manini Ríos, 1970: 89).

Los resultados de esta elección fueron una verdadera sorpresa para el batllismo: marcaron una clara mayoría para los sectores anticolegialistas. Los escaños sumados por el Partido Nacional más los del sector anticolegialista colorado fueron mayoría con el respecto al batllismo.

Las consecuencias políticas son de real significación. El Partido Nacional, como ya planteamos, tradicionalmente había encontrado en la lucha armada una forma de participar en lo político. Así, desde la lejana Paz de Abril de 1872 había logrado la coparticipación en el poder y había ayudado a consolidar la matriz pluralista del poder político en Uruguay. Victorioso en la lucha electoral de la Constituyente, el Partido Nacional consolida decisivamente su inclinación civilista, bajo el irresistible ascenso de la figura de Herrera. Por otro lado, en el Partido Colorado se afirma un sector conservador, anticolegialista, que, si bien es reducido en votos en comparación con el batllismo, es fundamental a la hora de sumar y poder derrotar electoralmente a los blancos. Esto va a llevar a una permanente tendencia a la negociación y el pacto, y a una fragmentación del poder.

El pacto entre el batllismo y el Partido Nacional lleva a que surja una nueva Constitución, en que se buscó dejar contentos a todos, esto es, a los sectores colegialistas y a los anticolegialistas<sup>5</sup>.

El Poder Ejecutivo pasa a estar integrado por dos cabezas: por un lado un presidente de la República y por otro un Consejo Nacional de Administración de nueve miembros. Ambos se repartían tareas; esto lleva a decir al politólogo Daniel Chasquetti que con la Constitución de 1918 se produce el advenimiento de la poliarquía (Chasquetti, 2003:

---

<sup>5</sup> Para profundizar en este punto, ver Manini Ríos, 1972 y 1973; Giudice y González Conzi, 1959.

66-67). El Poder Ejecutivo se reparte entre varios. La tradicional imagen del presidente actuando solo o en Consejo de Ministros a la hora de tomar decisiones desaparece. El presidente queda reducido a tener a su cargo nada más que la Defensa, la Policía y las Relaciones Internacionales. El Consejo Nacional de Administración, que era lo que pudieron rescatar los batllistas de la ambición del Colegiado, queda a cargo de los Ministerios de Hacienda, Instrucción Pública, Industria y Obras Públicas. En *Una nave en la tormenta*, Carlos Manini Ríos introduce una opinión sobre los problemas que traería el Ejecutivo bicéfalo:

Un régimen bigubernamental de tan incongruente e irracional composición es inevitable semillero de conflictos, sea de competencias, sea de influencias políticas [...] Si por cualquier circunstancia, las opiniones del Presidente de la República no coincidieran con la que patrocina el Consejo de Estado, entonces la imperfección del sistema se revelaría en toda su desnudez. Producido el antagonismo político, el choque será inevitable (Manini Ríos, 1972: 60).

El Consejo Nacional de Administración estaría formado por nueve miembros renovables por tercios cada dos años. El lema que obtenía más votos disponía de dos cargos en el Consejo por seis años. El Partido mayoritario en la Asamblea General se quedaba con seis cargos del Consejo, y los otros tres iban para el partido minoritario. Las elecciones del Consejo y las presidenciales coincidían cada cuatro años. Las elecciones del Consejo coincidían siempre con la renovación parcial del Senado. La Cámara de Diputados era electa cada tres años. De esta forma, entre 1919 y 1933, solamente no se celebraron elecciones en los años 1921, 1923, 1927 y 1929 (Lindhal, 1968: 308)

Además de estos cambios, cuatro reformas clave se establecen en la Carta Magna. Por un lado, se establece la separación de la iglesia y el Estado, finalizando con esto un proceso de secularización que ya había comenzado prematuramente en la época de la presidencia de Berro, cuando se establece la laicización de los cementerios. Además, se establecen el sufragio universal masculino, el voto secreto y la representación proporcional integral.

## 2.2-Batlle y la segunda Constitución

### 2.2.1-El Partido Colorado y el Partido Nacional ante la Constitución de 1918

Finalmente, en 1919, con la presidencia de Brum, se estrena el Ejecutivo bicéfalo, que va a durar hasta el golpe de Estado de Terra, de marzo de 1933.

El historiador sueco le atribuye una importancia enorme a la nueva Constitución de 1918 para la transformación del Partido Colorado y el Partido Nacional en partidos modernos y de masas:

Durante el siglo XIX los partidos políticos funcionaron como tales sólo en breves períodos. La mayor parte de las veces eran apenas banderas o divisas de bandos rivales en las numerosas guerras civiles. Las reuniones políticas eran convocadas por iniciativa de unos pocos líderes partidarios prominentes. En esas reuniones se elegían comités cuya tarea consistía en procurar que el partido en cuestión estableciese órganos en todos los departamentos en que fuera posible. Los organismos creados de esta forma actuaban fundamentalmente como oficinas electorales, y hasta cierto punto, como centros de propaganda durante las elecciones parlamentarias que se realizaban cada tres años (Lindhal, 1968: 303-308)

Nos parece fundamental introducir en este análisis de la modernización de los “partidos tradicionales” y su adecuación a las demandas de las primeras décadas del siglo XX las ideas de Barrán:

El uso del término “partido” puede llevar a confusiones al lector contemporáneo, por lo que aceptamos la crítica que en este sentido nos formulara Carlos Real de Azúa [...] El uso del término “partido” es una peligrosa extrapolación sólo admisible para que se capte de inmediato el sentido de la formación política aludida, ya que bastante lejos estaban los colorados y blancos del siglo XIX del concepto que hoy en día tenemos de partido político. Habrá que esperar al siglo XX, para que el Uruguay conozca, aunque sea un esbozo, el partido político moderno, con sus autoridades, sus asambleas, programas ideológicos más o menos definidos y sus medios de comunicación con las diversas capas sociales del país. [Habría que agregar a esto la existencia de grupos de presión.] En el siglo XIX los partidos son facciones o banderías, y por ello usamos indistintamente las tres palabras. Es decir agrupaciones políticas informes teñidas de personalismo. Grupos de elite que arrastraban a la población rural –más que urbana– coloreados tenuemente por diferencias sociales e ideológicas, aunque cargados de brutales distancias emocionales que se nutrían en diversas fuentes, en particular la propia dinámica histórica. ¿Secesión dentro de las clases altas del país? Es posible. ¿En torno a qué pautas? La Guerra Grande dejó firmes algunas de ellas, las que hemos citado. La identificación del bando blanco con la campaña y del colorado con la capital fue la más gravitante, aunque no cabe deducir de ello la exclusión de los colorados del campo de los blancos de Montevideo. [...] En ese plano “partidos”, caudillos y guerras civiles impidieron que cristalizara la oligarquía territorial proveniente del coloniaje, el llamado patriciado (Barrán, 1998: 78)

La Constitución de 1918 obligaba a los partidos a transformarse totalmente y organizarse desde sus bases. José Batlle y Ordóñez puede llevar adelante una total transformación del Partido Colorado, que pasará a estar conformado por sus clubes de base, su convención, su órgano ejecutivo, su programa ideológico, sus medios de comunicación masiva en las calles, etcétera. Así,

La base del Partido Batllista, estaba constituido por los clubes, en cada sección judicial, y más adelante uno en cada sección policial. Los clubes elegían comités locales y enviaban delegados a las comisiones departamentales que eran una y, más adelante, más de una en cada departamento. Las comisiones departamentales elegían a su vez, los miembros de la comisión nacional que se integraban también con los parlamentarios, los consejeros del Partido y el Presidente de la República. La Comisión Nacional designaba el Comité Ejecutivo del Partido. La suprema instancia partidaria era la Convención, integrada por todos los componentes de la comisión Nacional más otros miembros designados por las comisiones departamentales (Lindhal, 1968: 320).

La idea de Batlle era que los organismos de base del partido controlaran a los parlamentarios, a los miembros del Consejo y hasta el propio presidente. Ésa era la verdadera democracia, a su entender. El poder de la Asamblea, en donde en forma democráticamente elegida todos los ciudadanos habilitados podían llegar. Pero, como ya hemos planteado, debido al asedio conservador el Partido Colorado estaba comenzando a vivir una fuerte tendencia a dividirse en fracciones y la Constitución de 1918 no hizo más que acelerar esta tendencia.

Si los efectos de la nueva Constitución fueron muy problemáticos en los colorados, tuvieron una consecuencia positiva en el Partido Nacional. Hasta las elecciones de 1916, dos tendencias convivían dentro de él: la que seguía considerando la lucha armada como única vía de frenar a Batlle y al Partido Colorado, y la que apostaba a la lucha electoral y a las elecciones limpias como forma de conquistar el poder. Con los sorprendentes resultados de la elección de la Convención Nacional Constituyente de 1916, en donde se vio que el Partido Nacional podía derrotar al Colorado en las urnas, pasó a predominar la segunda de las posturas. Con el liderazgo incontestable de Herrera, que transformará totalmente al partido, los nacionalistas cambian totalmente su estrategia política. La frecuencia de las elecciones hizo que también sus órganos partidarios se aceptaran para los nuevos rumbos que estaban corriendo. La convención, las asambleas partidarias, el directorio, los clubes

partidarios barriales y los medios de prensa también buscaron estar cerca de las masas.

Pero lo fundamental en ambos partidos fue que surgió un político profesional dedicado totalmente a la política y a la captación de votantes para cada elección:

La reforma de la Constitución facilitó el surgimiento de una nueva especie de política. [...] a partir de entonces, la frecuencia de las elecciones hizo trabajar mucho más intensamente a los políticos para lograr su reelección, y en cada partido –con la posible excepción del riverista– surgió un pequeño grupo que dedicaba prácticamente todo su tiempo a la política o al periodismo político. Batlle, Sosa, Viera, Herrera, Brum y Ghigliani fueron tal vez los más típicos ejemplos de esta clase de políticos profesionales (Lindhal, 1968: 340).

Otro aspecto clave para entender de qué forma la nueva Constitución cambiaría la forma de actuar en política de blancos y colorados es la idea de que ésta institucionalizaba la coparticipación. El historiador Goran Lindhal nos da una idea de lo que significó la idea de coparticipación posterior a 1919:

Podemos ya dar la definición de la palabra coparticipación tal como se la empleó en los años 1919 a 1933. En primer término, significó que la oposición iba a estar siempre representada en el seno del consejo. En segundo lugar, significó una oportunidad para que la oposición controlara continuamente el accionar de las fracciones del partido de gobierno en el consejo. En el tercer término, significó el aumento de las posibilidades que tenía la oposición de emplear a sus correligionarios en la administración o darles trabajo en las empresas estatales y similares. Hasta acá la coparticipación estaba de acuerdo con Constitución o las leyes. Era una coparticipación institucional (Lindhal, 1968: 328).

## 2.2.2-Formación de un sistema de partidos

A partir de las elecciones de 1922, que son las primeras con sufragio universal masculino y en donde la segunda Constitución empieza a influir en forma determinante, es que comienza a consolidarse el sistema de partidos de las décadas del veinte y comienzos de la del treinta. Para Gerardo Caetano y José Rilla (2005), la formación del sistema de partidos moderno comienza en 1910 y tiene una primera época hasta 1934.

La amenaza de una nueva candidatura de Batlle a la presidencia, reanimó en 1910, a las pretensiones del levantamiento armado del nacionalismo, finalmente disuadidas. La abstención electoral del Partido Nacional permitió a una coalición liberal socialista llevar a la Cámara de Diputados a Pedro Díaz y Emilio Frugoni, liberal y socialista, respectivamente, que con 910 votos (muchos de ellos aportados por colorados organizados por Manini Ríos) no sólo harían más plural el Parlamento sino que poco más tarde votarían

por Batlle —electo senador por Montevideo—, para ocupar por segunda vez la Presidencia de la República. En 1934 [...] los cambios en la carta magna definieron una nueva institucionalidad (luego del golpe de Estado de marzo de 1933 de Terra). [...] el sistema político experimentó una acelerada modernización, jalonada entre otros sucesos por la implementación del modelo reformista y por un agitado proceso de reforma constitucional [...] expansión de la participación popular en el campo de la lucha electoral [...] la gestación de un sistema de partidos a comienzos de siglo (1910-1934). [...] en ese período se consolida la modernización de los “partidos tradicionales” (hoy llamados “históricos”), aparecen los llamados “partidos de ideas” modernos (el partido socialista y la Unión Cívica), se renueva la temática y los instrumentos del debate político, se electoraliza la oposición nacionalista, que abandona el recurso de la guerra civil (que era la única forma de lograr la coparticipación en el siglo XIX) (Caetano y Rilla, 2005: 40).

Debido a la importancia de captar a las masas, que tuvieron todos los partidos a partir de estas elecciones, a los efectos de este trabajo, es de destacar la importancia que asumieron todas las colectividades en construir un discurso popular que buscara captar identidades sociales mayoritarias. Este orden político que surge en 1922 seguirá sin interrupciones hasta 1933, año que se produce el golpe de Estado de Terra.

El Partido Colorado, que sigue estando dominado hasta 1929 por la enorme sombra de influencias de José Batlle y Ordóñez, vive hacia su interna fracturas y escisiones. El batllismo ya no es la única corriente dentro del partido; por el contrario, surgen agrupaciones enfrentadas al líder, como el riverismo, el vierismo y el sosismo.

La reforma constitucional de 1918 había alentado un profundo debate entre colegialistas y anticolegialistas. Detrás de este debate, encontramos profundas discrepancias también con las reformas económicas y sociales del batllismo. El riverismo surge de la idea de formar, dentro del Partido Colorado, el Partido Colorado General Rivera, que, dirigido por Pedro Manini Ríos, se expresaba a través del matutino *La Mañana*.

Para ir acercándonos al fraccionamiento que comienza a darse en el Partido Colorado a raíz de la propuesta colegialista de Batlle y que se materializa en 1916 con el surgimiento oficial del Partido Colorado General Rivera opuesto al batllismo, es interesante entender que todas las figuras que van abandonando el batllismo eran de la total confianza de Batlle, empiezan su carrera política bajo su sombra y con una total admiración al viejo líder. Se trata de toda una generación de jóvenes políticos que siguen, en sus comienzos, todas las reformas de Batlle y Ordóñez. Durante su viaje a Europa, luego de su primera presidencia (1903-1907), Batlle sabe que su principal apoyo dentro del

partido y durante la presidencia de Claudio Williman son tres hombres: Feliciano Viera, Domingo Arena y Pedro Manini Ríos. Es tanta la admiración de Manini Ríos por Batlle y Ordóñez, que, además de preparar todo los tejidos y alianzas políticas dentro del Partido Colorado para permitir la reelección de Batlle para su segunda presidencia, decide pasar su noche de bodas en Europa, con el viejo caudillo, en 1907. ¿Quién era Pedro Manini Ríos?

Nacido en Montevideo el 21 de julio de 1879, era hijo de Lorenzo Manini, un piamontés de Domodossola [...] se sintió desde la primera adolescencia colorado, y como tal, ya en la revolución de 1897 acude a enrolarse al frente de campaña junto con sus condiscípulos y entrañables amigos Héctor R. Gómez y Emilio Frugoni, quien empeñando su reloj de oro, proporciona el dinero para el viaje de los tres. [...] Acuciado por la necesidad de contribuir a sostener el hogar de su madre y hermanas mayores, se presenta resueltamente en *El Día* para pedir a sus directores, don Antonio Bachini y el doctor Juan Campisteguy. Allí se inició en el conocimiento de Batlle y Ordóñez, su vinculación con él, la admiración y colaboración. [...] Terminada la guerra de 1904, que vive totalmente en el frente de campaña [...] y recién casado, en viaje de bodas, va a Europa con Batlle y Ordóñez en 1907 [...] A nadie extrañó que el 1º de marzo de 1911, al formar su gabinete, Batlle y Ordóñez designara a Manini Ríos su ministro del Interior (Manini Ríos, 1970: 220).

Los apuntes colegialistas de la reforma de la Constitución, conocidos y hechos públicos en 1913, llevan a Manini Ríos a liderar un movimiento de oposición en el Senado, que contó con el apoyo de 11 senadores. Es con gran dolor que Batlle y Ordóñez ve alejarse a un amigo y uno de sus principales colaboradores de las filas del batllismo. Manini Ríos pasó a acaudillar a los colorados opuestos al colegiado, que se denominaron colorados anticolegialistas. La derrota del 30 de julio de 1916 puso en la mira de todos los colorados colegialistas y seguidores de Batlle y Ordóñez la figura, supuestamente traidora de Manini Ríos. Claramente fue tomando el ala derecha del partido, que se llenó de apoyos de militares, jefes policiales, estancieros y hombres de presión vinculados a la Federación Rural, es decir, el bloque conservador. Para Manini Ríos había llegado la hora de oficializar en un partido tanto apoyo y adhesión. El Partido Colorado General Rivera se oficializa en 1916.

Por su parte, fiel seguidor de Batlle y Ordóñez como vimos, Feliciano Viera es elegido presidente para el período de 1916 a 1919. Ocuparía la primera magistratura luego de la trascendental segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez (1911-1915). El giro conservador de su presidencia y el choque con Batlle tuvo un punto de inicio en el “alto” de Viera, dado a la Convención Nacional Colorada en agosto de 1916, que fue el gran

bloqueo que en ese año sufría el reformismo batllista. Éstas son algunas de sus declaraciones:

Las avanzadas leyes económicas y sociales sancionadas durante los últimos períodos legislativos, han alarmado a muchos correccionistas, y son ellos los que nos han negado su concurso en las elecciones del treinta. Bien, señores: no avancemos más en materia de legislación económica y social; conciliemos el capital con el obrero. Hemos marchado bastante aprisa; hagamos un alto en la jornada. No patrocinemos nuevas leyes de esta índole, y aún paralicemos aquellas que están en tramitación en el Cuerpo Legislativo, o por lo menos, si se sancionan, que sea con el acuerdo de las partes directamente interesadas (Manini Ríos, 1972: 180).

Feliciano Viera era otro de los hombres que surgió del riñón de Batlle:

Durante este tiempo, el doctor Feliciano Viera, joven senador por Rivera y presidente del Senado, que había movido los hilos a favor de la candidatura de Williman, pero que era al mismo tiempo de la total confianza de Batlle y Ordóñez, quedó en Montevideo como el contemporizador que minimizaría discrepancias y evitaría rupturas. [...] En el mismo período tenía Batlle y Ordóñez en Montevideo dos colaboradores, amigos y admiradores, que eran allí sus ojos y oídos. Domingo Arena y Pedro Manini Ríos, a quienes había cometido el manejo del diario *El Día*, durante la prolongada ausencia, pero también la vigilancia de la gestión gubernativa de Williman, la custodia de los principios y las orientaciones del partido y la conducción de los planes políticos que en lo esencial, consistían en resguardarle a Batlle y Ordóñez la sucesión presidencial. Tenía Arena por entonces 40 años, y Manini 30, eran redactores ambos de *El Día* y socios en su estudio de abogados y el primero nunca se dirigía al segundo sino como el hermano Pedro (Manini Ríos, 1970: 80).

En mayo de 1919, el grupo que lidera se separa de José Batlle y Ordóñez, formando el Partido Colorado Radical. Es en este período que se termina de alejar definitivamente de Batlle y Ordóñez. Esto lleva a que el presidente Baltasar Brum quede en el medio de la disputa y que fuera tan compleja la elección de los ministros que quedaban bajo su influencia:

el doctor Feliciano Viera (miembro del Consejo y Presidente del Cuerpo también) había logrado hábilmente fortificar su posición con tres consejeros de su amistad política (Ricardo Areco, Santiago Rivas, y Francisco Soca), y un compromiso según el cual los seis consejeros colorados deberían acatar lo que resolviera la mayoría de ellos, es decir cuatro. Batlle contaba en ese primer Consejo con Domingo Arena y Pedro Cosío (Manini Ríos, 1972: 84).

Se consuma una nueva división dentro del Partido Colorado: el cisma entre Batlle y

Viera, que ya se venía gestando desde su “alto” de 1916. Como había pasado con Manini Ríos, una nueva figura se fragmentaba del batllismo y tomaba distancias con él, buscando llegar a la raíz del Partido Colorado y a las tradiciones que supuestamente el batllismo había planteado. Éstas son sus declaraciones:

Hasta ayer hemos estado de acuerdo con el señor Batlle, realizando esa obra común, que ha dado en llamarse batllista, pero que es la obra de todos, porque se debe al esfuerzo de la representación partidaria, yo adentro de ella. [...] Es posible que aceptemos de sus ideas todas aquellas que encuadren dentro del programa del Partido Colorado. Pero lo que es indudable es que no lo acompañaremos en un avacismo a *outrance*. El Partido Colorado no es socialista, ni va camino al socialismo. A mi juicio, su misión ahora es conciliar el Capital con el trabajo, sin hostigar a ninguno de estos dos factores de cuyo acuerdo depende el bienestar nacional. [...] Negamos el vierismo, yo el primero. Habrá en adelante batllistas y colorados. Yo formo entre los últimos y quiénes sean mis amigos espero que se agrupen en torno a la vieja y gloriosa bandera de la Defensa (Manini Ríos, 1972: 28).

Por último el sosismo, el grupo que liderado por Julio María Sosa, termina conformando a partir de 1928 el Partido Colorado por la Tradición. Esta fracción del partido del poder será fundamental para entender las relaciones entre el fútbol, la política y la sociedad del período estudiado.

Julio María Sosa llegó a disputar el liderazgo del batllismo al propio José Batlle y Ordóñez. Como todos los políticos colorados del momento, Sosa había crecido en las filas del diario *El Día* y de las convenciones y asambleas batllistas. Había comenzado a emerger dentro de las filas del batllismo, cuando se habían ido dos figuras clave, como Manini Ríos y Feliciano Viera:

Julio María Sosa había estado junto a Batlle y Ordóñez desde el comienzo. Como legislador desde 1905, como periodista desde 1908, acompañó siempre su política. Había visto alejarse sucesivamente a Manini Ríos y sus amigos anticolegialistas en 1913, a Feliciano Viera y los suyos en 1918. Ahora él se consideraba el número dos del Partido y así lo veía gran parte del batllismo. [...] Pensándolo así, Sosa se lanzó de lleno a los trabajos para el primer cargo en la lista colorada al Consejo Nacional, que implicaba la presidencia del mismo por dos años (Manini Ríos, 1972: 72).

Había realizado una meteórica carrera dentro del Partido Colorado:

Pertenecía Julio María Sosa a la generación del 79 [...] No siguió estudios más allá de Secundaria, haciendo desde muy joven periodismo político colaborando con *El Día*. [...] En 1904 se incorporó a las filas gubernistas que combatían la revolución de Aparicio Saravia.

Terminada la guerra fue uno de los jóvenes que Batlle y Ordóñez hizo incorporar a la Cámara de Diputados. [...] Fue reelegido hasta que el mismo Batlle lo señala en 1915 para la senaturía por Artigas. [...] Fue constituyente en 1916. Ingresó como redactor en *El Día* en 1908; en 1913 Batlle lo nombró director, pero en 1919 le asoció en la dirección a Francisco Ghigliani y Francisco Shinca; dejó el diario en 1921, para incorporarse al Consejo Nacional como suplente de Batlle y Ordóñez. Fue elegido primer titular del mismo Consejo en 1922 y por lo tanto presidió hasta 1925. Fue candidato a la presidencia en una de las listas coloradas en 1926 (resultó elegido Campisteguy); formó partido propio definitivamente apartado del Batllismo (Por la tradición Colorada), y controló desde 1925 los diarios *La Razón* y *El Telégrafo*. En noviembre de 1928, tuvo un serio contraste electoral [...] en 1929, terminado su mandato de consejero, viajó a Europa, por un par de años. [...] falleció repentinamente a raíz de un ataque cerebral el 27 de setiembre de 1931 (Manini Ríos, 1972: 73).

El comenzar a realizar periodismo político en *El Día*, que era el diario fundado por José Batlle y Ordóñez, era una forma de relacionarse con el viejo caudillo y, de esa manera, comenzar a entrar en una lista para candidato a un puesto de diputado. Luego, el ascenso incontenible: senador, consejero, director de *El Día*. Pasaría lo mismo que con todos los políticos prohijados por Batlle. La ambición y sus vínculos con sectores conservadores lo llevaron a querer ser presidente de la República, idea que no era compartida por Batlle y Ordóñez, que no quería que ninguno de sus correligionarios se catapultara a la primera magistratura sino que se acostumbraran a convivir en los órganos colegiados del partido. Finalmente, su enfrentamiento con el viejo líder se hace tan grande, que Julio María Sosa forma partido aparte del batllismo, aunque siempre dentro del lema Partido Colorado: el Partido Colorado por la Tradición. Los enfrentamientos con Batlle dentro de la convención del batllismo primero y luego dentro del Partido Colorado tendrán una influencia muy grande en la dirigencia del fútbol uruguayo, como veremos más adelante.

Dentro del núcleo de seguidores que rodean al gran caudillo, comienza a darse una atomización del Partido Colorado. O sea, todo un bloque conservador políticamente se sitúa a la derecha del partido y, por otro lado, se situaron hacia la izquierda todo un conjunto de jóvenes que quieren continuar con la utopía que cargaba la ideología batllista. Si el batllismo era un salto hacia el futuro y contra el pasado, las otras fracciones buscarán apelar a la tradición del partido, a lo que era el partido antes del impulso del reformismo; por eso los nombres: Partido Colorado General Rivera liderado por Manini Ríos, Partido Colorado Radical liderado por Viera, Partido Colorado por la Tradición liderado por Julio María Sosa. Y por otro lado, surge el que se autodenomina Partido Colorado Batllista, o

batllistas “netos”, que también buscará, en estas décadas, acercarse a las tradiciones coloradas del siglo XIX, a las glorias de la Defensa en la Guerra Grande, al General Rivera y al General Flores. Pero es la tradición innovada. Es vino nuevo en odre viejo.

La hegemonía del batllismo es tan grande que influye en todas las manifestaciones de lo social, salvo lo sindical y lo religioso<sup>6</sup>. La hegemonía del batllismo, en los anclajes de larga duración que se dan fuertemente en esta época, se da en el universo de los símbolos (Caetano, 2002: inédito)

Luis Alberto de Herrera, fue el político-caudillo blanco que reformularía al Partido Nacional, llevándolo a desafiar al batllismo con un proyecto moderno. Herrera encauzó las masas blancas a la civilidad. Vivian Trías, intelectual de la izquierda uruguaya, decía que Herrera hace la transición entre la lanza y el voto. Lo que nunca había logrado Batlle, considerado por los blancos como un matador de la población rural, lo lograría Herrera. El herrerismo se basó en la creación de un populismo nacionalista y antibatllista, dirigido básicamente a la población rural y del interior del país (fundamentalmente los departamentos dominados por la estancia cimarrona). Se usa el mito muerto, Aparico Saravia, como símbolo, así como todo tipo de tradiciones basadas en la oposición campo-ciudad<sup>7</sup>. En el herrerismo no hay una hegemonía cultural tan clara como en el batllismo (la hegemonía simbólica del Uruguay es batllista).

En las propuestas políticas y económicas hay una relación especular con el batllismo. Herrera tiene una propuesta económica inversa. El desarrollo del país está en la captación de capital extranjero británico (no norteamericano). En esto coincide con la visión de la oligarquía argentina. No cree en la industria, sí en el agro.

En el universo simbólico, Batlle era el asesino de Saravia, del gran caudillo que muere “por la patria”. Ese discurso, con el que Herrera recorre los pueblos del interior del país, es fácilmente aceptado en un mundo rural y semirural que recién entraba al derecho ciudadano de poder votar. Lo que no se podía derrotar con las lanzas se podía derrotar con

---

<sup>6</sup> Algunos aspectos de esta idea aparecen en Zubillaga, 1979.

<sup>7</sup> Así como el sector batllista del Partido Colorado tuvo al diario *El Día* como su vocero, los blancos también tuvieron diarios dirigidos a las masas, que buscaban quebrar la hegemonía colorada. *La Democracia*, *La Tribuna Popular* y *El País* son algunos de ellos. El herrerismo concretamente tendrá en *El Debate* a su diario principal. Los principales acontecimientos del fútbol uruguayo de los años veinte, así como el propio Mundial del treinta, no tuvieron un medio blanco como protagonista mediático del evento.

los votos. Ahora no lo decía un hombre a caballo y con poncho y chambergo, lo decía un hombre de traje, corbata, sobretodo y sombrero a tono; pero que si era necesario, entre la paisanada pobre, podía vestirse de “gaucho” y bailar una vidalita comiéndose luego un asado con cuero con todos. Esta idea de como se podía utilizar un tren para poder llegar a todos los rincones del país, y de como se podía realizar una especie de “marketing electoral” entre las masas la había captado Herrera en su viaje a Estados Unidos. El discurso dado en la plaza del pueblo, cara a cara con el paisano, convocaba multitudes. Y, a su vez, al igual que en el Partido Colorado, también cultivaba la política de hacer “favores” a través del caudillo local para poder ser integrado al Estado burocrático desarrollado en forma tentacular en estas primeras décadas del siglo XX y que ya tratamos. El impulso del batllismo con el Estado social de bienestar, con sus funciones primarias pero también secundarias y con la apuesta a la democracia de masas con sufragio universal masculino, podía transformarse en su propia sombra con el herrerismo. La espectacular votación en las elecciones de 1916 primero, y luego de 1922, lo mostraron.

Herrera, para ser “vino nuevo en odre viejo”, tenía que transformar al Partido Blanco hundiéndolo sus raíces en el siglo XIX, en la lógica del país pastoril y caudillesco, así como Batlle las hundió en la Montevideo de la Defensa de la Guerra Grande. Sustituir la lanza por el voto es encauzar las masas rurales y semirurales en la lógica del ciudadano que vota. Lidera la convención de un partido que lucha en las urnas, que quiere estar dentro del Estado y que quiere innovar una tradición. Una tradición innovada, al igual que el batllismo en el Partido Colorado, lo es el herrerismo en el Partido Nacional. Hay que partir de la articulación del ala caudillista, oribista y saravista, y el ala doctoral de Eduardo Acevedo Díaz. Es una síntesis. Es el caudillo, pero también es el doctor. Es un hombre de campo, pero vive en Montevideo. Ya no quiere enfrentar al Estado colorado a caballo y lanza, sino que lo quiere conquistar desde adentro de su propia lógica partidocrática. Tendrá que articular dentro del partido, a líderes tan disímiles como Nepomuceno Saravia, que seguía con la idea de una revolución a la vieja usanza, Carlos Quijano y Lorenzo Carnelli.

Así, volvemos a la idea inicial de este capítulo: el bipartidismo que había surgido con la modernización de los partidos históricos escondía, dentro de ellos, un

multipartidismo, que no hacía más que reflejar una realidad que también era profundamente diversa y no bipolar. La fracción que dominaría la convención de cualquiera de los partidos era la que pudiera captar más votos. Y así como el batllismo era la que captaba más votos en el Partido Colorado, el herrerismo lo era en el Partido Nacional. Los dos caudillos dominaban la escena de la política de los años veinte. Uno, José Batlle y Ordóñez, desde su quinta de Piedras Blancas. El otro, Luis Alberto de Herrera, desde su quinta de Brazo Oriental. De ellos dependía que ambos partidos no se fragmentaran y se rompiera la unidad. Uno tenía que tener en cuenta que el otro era su enemigo. Eran dos patrias subjetivas, dos formas de “ser uruguayo”. Los ciudadanos se hacían “uruguayos” a través de la mediación de los partidos históricos, y prácticamente ningún elemento de la sociedad quedaba fuera de su influencia.

Para las elecciones de 1922, Herrera inventa el tren relámpago. No deja pueblo por recorrer en el tren político, buscando votos. Diarios como *La Democracia*, *La Tribuna Popular* y, después de 1931, *El Debate* acompañarán su prédica. Hay una visión diferente del rol del Estado en la economía y en la sociedad. El Estado no debe intervenir tanto. El herrerismo no es estatista. Crea legislación social con una filosofía mucho más anglosajona. En cambio, el batllismo es afrancesado. La idea era una presión fiscal mínima y un Estado mínimo para atraer capitales británicos (Caetano, 2002: inédito). Tampoco apuesta al país-granja y al país-chacra; apuesta al tradicional latifundio ganadero. Se apoya en el microcosmos de la estancia, en la relación paternalista del estanciero con el peón, reivindica el pasado:

Éramos una familia ordenada y discreta. Montaban guardia en las puertas las viejas costumbres criollas, que son honra y prez del tronco español. Vivíamos dichosos de nuestra austera medianía.

El patrón era el mejor amigo de los obreros. El cariño al trabajo los unía. Los hijos del antiguo peón crecían junto a los hijos del estanciero, diciéndose de “tú”; y así sería por siempre en todas las escalas de la vida.

Los pobres eran menos pobres que hoy, aunque había menos apariencia.

Creíamos en el orden y en la feliz abundancia, sin sobresaltos del corazón y sin fiebres en el cuerpo.

Pero vinieron los reformadores, y después de reírse mucho de aquella compostura patriarcal, según ellos, signo de atraso y de imbecilidad, empezaron a hacer y deshacer. La emprendieron con el patrimonio sagrado; pusieron a la venta todos los grandes recuerdos; despilfarraron el bendito haber; entraron a hacha a las costumbres; rompieron, con sus extravagancias, la organización social; pusieron bandera de remate en el viejo mobiliario, por usado y por viejo; en una palabra, entraron a “redimirnos”.

Después de veinte años de locura, ahí está a la vista el fruto de esa temeridad. Nunca ha conocido el país una situación económica más grave que la actual. Nunca fue más precaria nuestra condición. Nunca pareció más oscuro el día siguiente. Rompieron el pasado, amargaron el presente, hipotecaron el porvenir... (Herrera, "Cómo nos arruinaron. Veinte años después", *La Democracia*, 13 de agosto de 1921, pág. 4).

Hay una simpatía y un acercamiento al catolicismo. Batlle, en cambio, era secularizador. Luchó siempre por la total separación de la iglesia y del Estado.

La contraposición batllismo-herrerismo es la creación moderna de la rivalidad blanco-colorada del siglo XIX. Ambos son sintetizadores de sus tradiciones. El herrerismo es una síntesis entre lo doctoral y lo candombero caudillista. El batllismo vive una tensión entre las ideas y la tradición. Por eso las fracciones que se desprenden de su riñón reivindican la tradición en el Partido Colorado. Por eso, el Batlle de los años veinte vuelve a mencionar permanentemente los viejos mitos del Partido Colorado (Rivera, Flores, etcétera)<sup>8</sup>.

El batllismo y el herrerismo también tenían ideas dicotómicas con respecto a las relaciones internacionales. Por un lado, el batllismo cultiva el panamericanismo y procura el acercamiento con los Estados Unidos, como forma de contrarrestar la presencia británica. Estados Unidos aparece como el gran escudo protector (Rodríguez, 1996: 19) de Uruguay frente a la voracidad y prepotencia de sus vecinos. El país es pionero, bajo la acción del canciller Baltasar Brum, en generar una política panamericanista bajo el liderazgo de Estados Unidos (Turcatti, 1981: 61-67). Por el otro lado, el herrerismo es anglófilo y no panamericano, y tiene una simpatía por Argentina y no por Brasil en la región. Esto nos muestra la influencia de la política interna en la política exterior.

El fuerte liderazgo de Herrera es contestado por un movimiento que surge dentro del propio partido: el radicalismo blanco. Estas disidencias del tradicionalismo llevan al partido a una fractura (Zubillaga, 1979b). Dentro del lema Partido Nacional también surge, en 1928, una agrupación liderada por Quijano que se ubica a la izquierda del partido, con un programa basado en ejes temáticos como el nacionalismo-antiimperialismo, la democracia política y la democracia social: la Asociación Nacionalista Demócrata Social. También va tomando fuerza un embrionario Partido Nacional Independiente, que en esta

---

<sup>8</sup> Veremos más adelante esta tensión en el célebre editorial de *El Día* del 18 de julio de 1930, que trabajaremos en los capítulos del fútbol.

época vota dentro del lema pero se maneja en forma independiente a Herrera. El diario *El País*, con las figuras del doctor Leonel Aguirre, el doctor Washington Beltrán y el doctor Eduardo Rodríguez Larreta, y los diarios *El Plata* y *Diario del Plata* serán sus principales matutinos y vespertinos dirigidos a las masas. Es la vieja ala doctoral humanista, que tuvo en Eduardo Acevedo Díaz a uno de sus representantes y que, de alguna forma, el Partido Nacional Independiente continuará.

Siempre hubo dentro del partido la otra raíz, de base más principista y menos caudillista. Esa vertiente tendrá en el radicalismo blanco, liderado por Lorenzo Carnelli y en el Partido Nacional Independiente su más clara expresión.

En la construcción de nuestra modernidad política, le cabe al Partido Nacional haber establecido la coparticipación y el derecho a que existan posiciones disidentes a las hegemónicas.

No es tan fácil con el Partido Colorado y el Partido Nacional hacer análisis de clase. Y caer en el atajo perezoso de decir que los colorados son la industria y los blancos el agro. Sí es verdad que Herrera construye su discurso desde la clase alta rural, con tintes populares para llegar a las masas a las que el batllismo no llegaba. Es decir, hay un discurso “ruralista” opuesto al discurso “urbano y montevideano” del batllismo. Pero los riveristas también tuvieron fuertes vínculos con el agro (el diario *La Mañana* será su mejor ejemplo). ¿Y el Partido Blanco Radical y la figura de Lorenzo Carnelli en sus inicios? ¿Y el sector blanco liderado por Quijano? ¿Y el primer nacionalismo independiente?

En la década del veinte, el primer batllismo tenía tomada el ala izquierda y de centro izquierda dentro del Partido Colorado y era mayoritario, comparado con las fracciones que fueron desprendimientos del núcleo inicial formado por el gran caudillo, que eran la derecha del partido y franca minoría. En cambio, en el Partido Nacional, la derecha, representada por el herrerismo, era la mayoría aplastante comparada con los sectores independientes y, como en el caso de Quijano, de clara tendencia izquierdista. Si quería ganarles en las elecciones de 1926 a los llamados por Batlle “oribistas”, el batllismo no tenía otra opción que negociar y acordar con las otras fracciones para lograr la unidad; pero eso llevaba necesariamente a un bloqueo del segundo impulso reformista que muchos jóvenes nucleados dentro del ala de Batlle resistían.

En los años veinte, la figura ya anciana de Batlle y Ordóñez generaba utopías alrededor de su núcleo de seguidores y admiradores. No olvidemos que Domingo Arena, su gran aliado, había sido un anarquista; y el socialista Emilio Frugoni había estado con él. Las utopías, por ejemplo, venían de jóvenes como Julio César Grauert o Luis Batlle Berres (su sobrino), que soñaban en continuar con la expansión de las funciones secundarias del Estado. La del veinte era una década en la que en Uruguay había una idea de que todo se podía y un optimismo dominaba el imaginario. En la quinta de Piedras Blancas, muchos de estos sueños querían hacerse realidad en los debates cotidianos de todos los jóvenes admiradores con el gran caudillo. Las elecciones de 1922 y, sobre todo, las de 1925 para el Consejo Nacional de Administración, en donde el herrerismo había ganado y en donde el vierismo había votado fuera del lema, llevaron al viejo caudillo a mostrar a sus seguidores la necesidad de negociar con los “conservadores” dentro del partido, ante el peligro de que el “oribismo” llegara al poder. Esta política de negociación podía llevar al partido que había llevado adelante los dos grandes impulsos modernizadores del Estado uruguayo a la pérdida de coherencia ideológica. Pero el acercamiento al Partido Colorado General Rivera, liderado por Manini Ríos, era fundamental. Aunque esta fracción era, desde el punto de vista ideológico y de base electoral, la versión opuesta del batllismo, tenía contactos muy fuertes con grupos de presión empresarial, como la Federación Rural, o sea, con el grupo económico que era el gran enemigo del batllismo. Además, el riverismo también contaba con una fuerza enorme dentro del ejército y la policía, otros de los siempre potenciales enemigos del batllismo. Dentro de este sistema de partidos moderno que se va gestando, junto a los partidos tradicionales, tienen gran importancia los partidos Socialista y Comunista de origen marxista, junto a los anarquistas, sobre todo en el ámbito sindical y social. Para entender las diferentes izquierdas y sus diferentes ópticas de la realidad del momento, es importante partir de las repercusiones de la revolución rusa en Uruguay. La naciente clase obrera había tenido, en un principio, gran influencia del anarcosindicalismo centrado en torno a la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU). Junto a los anarquistas, eran los socialistas los que comenzaban a tener cierta influencia. En 1921, un congreso extraordinario del Partido Socialista se junta en Montevideo para discutir si aceptaban o no las 21 condiciones propuestas por la Tercera Internacional de

Proletarios, que respondía a los lineamientos dictados por Lenin y su partido revolucionario triunfante en el poder desde Moscú. Una mayoría de 1.007 votos contra 110 decide adherir; esa mayoría pasó a llamarse Partido Comunista. La adhesión de estos hombres de izquierda liderados por Mibelli, Gómez y Lazarraga al internacionalismo de Moscú es clara. A través del diario *Justicia* pasarán a defender lo que ellos consideraban como el pensamiento de vanguardia que debía llevar a las juventudes obreras a una revolución. La minoría encabezada por el Dr. Frugoni reconstruye el nuevo Partido Socialista, que editará desde 1922 el semanario *El Sol*.

Por otro lado, dentro de las “izquierdas”, hay que tener en cuenta a los anarquistas. De una enorme fuerza entre los nacientes sindicatos obreros de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en las décadas de estudio (la del veinte y el treinta) empezaron a declinar su influencia en el ámbito sindical. En la medida en que el Partido Comunista crecía, el anarcosindicalismo fue perdiendo hegemonía. El anarquismo uruguayo se mostraba totalmente ajeno a participar en las elecciones e integrarse al sistema de partidos (D'Alesandro, 1990, 57-62).

En los partidos de ideas también cabe destacar a la Unión Cívica, de origen católico, que estaba menos preocupada por el dilema institucional colegialismo-anticolegialismo que por el creciente anticlericalismo de Batlle y la probable separación de la iglesia y el Estado. En *El Bien Público* encontramos a su vocero mediático:

El Programa de la Unión Cívica aprobado en agosto de 1912 recogió algunos postulados políticos del social-cristianismo (pluralismo social y político, legislación obrera), sin duda como una concesión formal a los sectores progresistas como bandera de reclutamiento electoral entre la masa obrera católica y habida cuenta de lo poco probable que todavía aparecía el hecho de obtener alguna representación parlamentaria (Zubillaga y Cayota, 1988: 156).

Dos tendencias aparecen enfrentadas dentro del seno del catolicismo, una más progresista (representado por el discurso demócrata cristiano) y otra más conservadora (que se verá en la Unión Cívica). La confrontación “del discurso demócrata cristiano de 1915 con la posición programática de la Unión Cívica de 1919, comprueba la pluralidad de posiciones socio-políticas existentes en el catolicismo de la época” (Zubillaga y Cayota, 1988: 177). Así:

Esta idea de un partido lanzado a la arena política como adalid de la religión perseguida, convertía a la Unión Cívica en algo muy semejante a una cruzada contra el error. Ello se inscribía, por supuesto, con facilidad en la corriente eclesiológica dominante bajo Pío X, pero tenía como consecuencia insoslayable en convertir a la nueva fuerza cívica en factor político ajeno a la solución de la cuestión social y aliado eventual de la oposición conservadora al reformismo batllista (Zubillaga y Cayota, 1988: 267).

La hegemonía del batllismo se da desde el punto de vista simbólico. Pero políticamente, Uruguay parte de la matriz cultural liberal basada en la coparticipación de blancos y colorados en el gobierno, de base partidocrática y estadocéntrica. La centralidad de los partidos políticos en el sistema es resistente a los cambios y a las atracciones de otros sistemas de dominación política. El sistema político uruguayo no alimenta populismos ni corporativismos.

Hay una cultura política que se expande en la vigencia de la segunda Constitución. Una política más ciudadana que corporativa, un Estado que antecede a la sociedad civil, una política que no ambienta implantaciones populistas. Muchos de estos patrones vienen del siglo XIX. Como planteaba Real de Azúa (1964: 4), hay que tender puentes entre la tierra púrpura y el Uruguay del novecientos.

### 2.2.3-Elecciones, candidatos y cifras

Para entender el complejo panorama electoral que surgió luego de la reforma constitucional de 1916 hay que tener en cuenta que se elegía presidente de la República, miembros del Consejo Nacional de Administración, integrantes de las Cámaras de Senadores y de Diputados en diferentes años y cualquiera de estas elecciones era clave. Podía ocurrir que la Presidencia estuviera ocupada por el representante de una fracción y el Consejo por otra fracción del coloradismo, o por representantes del Partido Nacional. También podía suceder –y, efectivamente, ocurrió– que la Cámara de Senadores o la de Representantes quedaran dominadas por el Partido Nacional y el Consejo Nacional de Administración y la Presidencia por el Partido Colorado.

Además, el presidente de la República no tenía más poder que el Consejo Nacional

de Administración, en este Ejecutivo bicéfalo que empezó a rodar a partir de 1919<sup>9</sup>.

En las disposiciones transitorias de la Constitución de 1918 se conservaba el régimen de elección del Poder Ejecutivo de la Constitución de 1830. Para las elecciones de 1919 la Asamblea General eligió al colorado Baltasar Brum como presidente para el período 1919-1923, a los colorados Feliciano Viera, Ricardo Areco, Domingo Arena, Pedro Cosio, Francisco Soca y Santiago Rivas, y a los nacionalistas Alfredo Vázquez Acevedo, Carlos A. Berro y Martín C. Martínez como integrantes del Consejo Nacional de Administración. Cuando en 1919 se termina de consumir el enfrentamiento entre Viera y Batlle, el Consejo queda dominado por cuatro vieristas (Viera, Areco, Rivas y Soca), un batllista (Arena) y un neutral (Cosio) por parte de los colorados, más los tres blancos ya nombrados. Los enfrentamientos entre Batlle y Ordóñez y Viera comenzarán a ser tan fuertes, que dejarán al presidente Brum en el medio.

La figura del presidente, en este Ejecutivo bicéfalo, tenía que evitar la fragmentación y buscar la unidad y, en todo momento, mostrarse como neutral. Esta poliarquía de poder que había instalado la nueva Constitución comienza a mostrarse en toda su dimensión.

El partido que tenía el poder, el Colorado, tenía, por un lado un Consejo Nacional de Administración dominado por Viera y por su recientemente fundado Partido Colorado Radical; por el otro lado, el batllismo era por lejos la mayoría electoral del partido; a su vez, estaba el Partido Colorado General Rivera, de Manini Ríos, con poco caudal electoral pero sabedor de que el apoyo de sus votos era fundamental para derrotar al Partido Nacional; y, por último, un presidente como Baltasar Brum, que había quedado como neutral para lograr la unidad y la armonía crea una agrupación, la Unión Colorada.

A partir de 1919, con las sucesivas elecciones a las cámaras de Representantes, Senadores, a la renovación parcial del Consejo Nacional de Administración y a la presidencia de la República, el mapa político uruguayo se tornará tremendamente complejo:

---

<sup>9</sup> Recordemos que el presidente tenía, además de la importancia simbólica de su figura, muy poco peso político: nombraba y manejaba las carteras de Relaciones Exteriores, Interior y Defensa. En cambio el Consejo manejaba nada menos que Hacienda, Industrias, Obras Públicas y Educación. Era normal, como pasó, que el presidente del Consejo se sintiera con tanto poder como el del presidente de la República.

-Composición del Consejo Nacional de Administración según origen partidario de sus miembros<sup>10</sup>

	1919	1921	1923	1925	1927	1929	1931
Nacionalistas	3	3	3	4	4	4	3
Colorados	6	6	6	5	5	5	6
Batllistas	2	3	2	3	3	3	4
Vieristas	4	2	2	0	1	1	0
Riveristas	0	1	1	1	0	0	0
Sosistas	0	0	1				
Colorados neutrales	0	0	1	1	1	1	1

-Miembros del Consejo Nacional de Administración 1919-1931

1919	1921	1923	1925
Viera	Battle (1)	Sosa	Herrera
Areco	Campisteguy	Fleurquin (2)	Martínez, M. C.
Vázquez, A.	Lamas, A.	Morales, C. A. Terra, G.	
Arena	Viera	Campisteguy	Sosa
Cosio, P.	Areco	Narancio (3)	Fleurquin
Berro, C. A.	Vázquez, A.	Lamas, A.	Morales, C. M <sup>a</sup>
Soca	Arena	Viera	Campisteguy
Rivas	Cosio, P.	Areco	Narancio
Martínez, M.	Berro, C. A.	Aramendía (4)	Lamas, A.

<sup>10</sup> Todos los datos estadísticos y los cuadros sobre la composición del Consejo Nacional de Administración, la composición de la Cámara de Senadores y Diputados y los diferentes ministros del período fueron sacados de Lindhal (1968: 565-571).

<b>1927</b>	<b>1929</b>	<b>1931</b>
Caviglia	Brum	Fabini
Sorín	Martínez, V. M.	Berreta
Lussich	Cortinas	García Morales
Herrera	Caviglia	Brum
Martínez, M. C.	Sorín	Martínez, V. M.
Terra, G.	Lussich	Cortinas
Sosa	Herrera	Caviglia
Fleurquin	Martínez, M. C.	Sorín
Morales, C. M <sup>a</sup>	Terra, G.	Lussich

Como vemos, el Consejo Nacional de Administración se renovaba parcialmente cada dos años. A los efectos de este trabajo, nos interesa cruzar la elección del presidente cada cuatro años con la renovación parcial del Consejo, para así ver lo complejo de esta integración del Ejecutivo bicéfalo.

Las elecciones presidenciales y para renovación parcial del Consejo de 1922 son, además de las primeras con sufragio universal masculino, las que empiezan a delimitar claramente el sistema de partidos que se estaba conformando desde la década del diez. Veamos los resultados:

-Elecciones nacionales de 1922<sup>11</sup>

El presidente electo es el colorado neutral José Serrato.

Votantes:	246.324	
Partido Colorado:	123.279	50,05%
Partido Nacional:	116.080	47,12%
Partido Socialista:	997	0,40%
Partido Comunista:	3.179	1,29%
Partido Católico:	2.787	1,13%
Unión Industrial:	2	

<sup>11</sup> Los datos sobre las elecciones presidenciales de 1922, 1926 y 1930 fueron obtenidos de Nahum (1995: 98-139).

La lectura de estos resultados arroja un ajustado triunfo colorado, con la fórmula del presidente neutral Serrato a la primera magistratura. A su vez, entran al Consejo Nacional de Administración dos batllistas, Julio María Sosa y Atilio Narancio (éste en sustitución de Batlle), un neutral (Gabriel Fleurquin<sup>12</sup>) y un riverista, Juan Campisteguy, quedando a su vez los vieristas Viera y Areco, ya que su cargo era por seis años. Por otro lado, en minoría en el Consejo, continúan sobre todo en una función de contralor los tres consejeros representantes del Partido Nacional (Carlos María Morales, Andrés Lamas y Pedro Aramendía). El presidente del Consejo por dos años pasa a ser Julio María Sosa.

En 1925 sucederá un hecho fundamental a los efectos de este trabajo. En las elecciones para la renovación parcial de Consejo de 1925 gana el Partido Nacional, se queda con cuatro de las cinco bancas al Consejo, y con su presidencia que es ejercida por Luis Alberto de Herrera. Esto pasa a tener una carga simbólica enorme: el presidente de la República era el colorado neutral Serrato, y el presidente del Consejo el blanco líder del Partido Nacional Herrera, partido que, además, había obtenido la mayoría en la Cámara de Senadores. Es de destacar que el Partido Colorado Radical, de Viera, votó fuera del lema para esta elección. Para el historiador Gerardo Caetano, este año, 1925, marca un verdadero parte aguas del período (Caetano, 1983). Por un lado, Batlle y Ordóñez tiene que realizar acuerdos con las otras fracciones coloradas del lema. Es un año que marca el lento pero indeclinable declive del iberismo (que se terminará de consumir con su muerte, en 1927) y la importancia cada vez más grande del Partido Colorado General Rivera. Además, avanza el bloqueo de los grupos de presión como la Federación Rural, que tenía un peso muy grande en el Partido Nacional Herrerista y en el Partido Colorado General Rivera.

Es por eso que las elecciones de 1926 a presidente de la República y consejeros nacionales eran tan importantes. Carlos Manini Ríos, en *La Cerrillada* (1973) nos plantea que Batlle no sólo tenía que resolver el problema de los acuerdos con las otras fracciones coloradas sino que tenía problemas a la interna del batllismo, encabezados por Julio María Sosa, quien, todavía presidente del Consejo Nacional de Administración, apostaba a ser presidente de la República. Después de muchos cabildeos se llega a una salida, con dos

---

<sup>12</sup> Fórmula Halty.

fórmulas presidenciales coloradas. La primera tendría al riverista Campisteguy y como primer Consejero a Batlle y Ordóñez; la otra, de Julio María Sosa como presidente y Carlos María Sorín como primer consejero.

El Partido Nacional para estas elecciones no pudo retener dentro del lema a la fracción liderada por Lorenzo Carnelli, el Partido Blanco Radical. A la postre sería decisivo a la hora de los resultados:

-Elecciones nacionales de 1926

El presidente electo es el colorado riverista Juan Campisteguy.

Votantes:	289.255	
Partido Colorado:	141.581	48,95%
Partido Nacional:	140.055	48,42%
Partido Blanco Radical:	3.844	1,22%
Partido Comunista:	3.775	1,31%

Consejeros Nacionales

Votantes:	289.131	
Partido Colorado:	141.581	48,95%
Partido Nacional:	140.055	48,42%
Partido Blanco Radical:	3.844	1,22%
Partido Comunista:	3.775	1,31%

Triunfó la fórmula Campisteguy-Batlle. La ecuación de poder había cambiado, y ahora era el Partido Colorado General Rivera el que se quedaba con la Presidencia. Batlle fue presidente del Consejo por seis meses luego de los cuales renunció. Caviglia, colorado riverista, pasó a ser el presidente del Consejo. A su vez, Sosa ya se conformaba como independiente del batllismo, manteniéndose en el Consejo hasta 1928 y liderando luego su Partido por la Tradición Colorada. Entra al Consejo representando al batllismo Gabriel

Terra. El neutral Gabriel Fleurquin completa la lista de los cinco consejeros colorados que gobernaban el Consejo, en mayoría sobre los cuatro blancos.

Para las elecciones de 1930 se producen algunas novedades de importancia. Por el lado del Partido Colorado, ocurre la muerte del líder histórico del período, José Batlle y Ordóñez, en 1929. Eso va a llevar a un ruptura del equilibrio entre las distintas fracciones, que siempre había preconizado el viejo caudillo. El batllismo, paulatinamente, se va alejando del Partido Colorado General Rivera y se va acercando a los sectores antiherreristas del Partido Nacional. A los efectos de la fórmula presidencial, se plantea que, si el Partido Colorado General Rivera llegaba al 17,5 % de los votos colorados, la presidencia de la República era para Manini Ríos; de no llegar a ello, habría dos fórmulas batllistas compitiendo entre sí: la que postulaba a Terra y la de Fleurquin.

Por el lado del Partido Nacional, el herrerismo ahora enfrentaba el desprendimiento como fracción aparte pero dentro del lema del partido al grupo liderado por Lamas (que una vez más representaba el ala doctoral y principista, que se oponía a Luis Alberto de Herrera). Esta división terminaría conformando, a partir de 1931 y hasta 1958 (año en que el Partido Nacional logra la victoria electoral y alcanza el gobierno después de 97 años) el Partido Nacional Independiente. Durante todo el período de 1931 a 1958 el Partido Nacional Independiente votaría fuera del lema Partido Nacional dominado por Herrera.

-Elecciones Nacionales de 30 de noviembre de 1930

Fue electo presidente el batllista Gabriel Terra.

Habilitados: 398.169

Votantes: 318.760

		De los votantes	Del partido
-P. Colorado	165.827	52,02%	
Batllistas	136.832	42,93%	82,51%
Riveristas	28.882	9,02%	17,42%

-P. Nacional	150.642	47,26%	
Herrera	132.345	41,52%	87,85%
Lamas	18.087	5,67%	12,00%
-P. Comunista	2.291	0,72%	

Electo presidente el batllista Gabriel Terra, a su vez los batllistas dispondrían de cuatro consejeros en seis colorados (ya que el Partido Colorado había recuperado los seis consejeros en nueve del Consejo Nacional de Administración). Como veremos en el ítem siguiente, con la sombra de la crisis de 1929, la naciente democracia uruguaya viviría el 31 de marzo de 1933 un quiebre institucional.

Con respecto a los ministros del período, también estaban involucrados en la puja entre las diferentes fracciones del Partido Colorado. Hay un predominio de ministros del Partido Colorado Radical de Feliciano Viera de 1919 a 1924 (sobre todo los que eran nombrados por el Consejo de Administración que él dominaba al principio): los ministros de Finanzas, Industrias, Educación y Obras Públicas son todos del círculo de Feliciano Viera. En el Ministerio de Educación, sustituyendo a Pablo Blanco Acevedo, emergerá en 1924 la figura del Doctor Raúl Jude, que, luego terminará siendo presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) en el período clave de 1926 a 1931. Gerardo Caetano afirma que a partir de 1925 el Partido Colorado Radical (PCR) de Viera empieza un declive, hasta prácticamente desaparecer del mapa político luego de la muerte de Feliciano Viera en 1927 (Caetano, 1985a: 74). Tanto los ministros como los senadores, diputados y diferentes jerarcas de la administración que estaban vinculados al PCR quedan como figuras neutrales en la puja entre las dos grandes fuerzas de significación del partido: los batllistas y los riveristas.

Los ministros colorados neutrales son una constante de todo el período. Tenían la ventaja de estar por encima de los choques de las diferentes fracciones coloradas. Por ejemplo, cuando Manini Ríos, líder del Partido Colorado General Rivera, toma la cartera de Relaciones Exteriores en 1923, nombrado por el presidente de la República José Serrato

(que era colorado neutral), arrecian las críticas del batllismo y del diario *El Día* contra su figura (Manini Ríos, 1973:24). En 1925 es suplantado por el colorado neutral Juan Carlos Blanco y se hace la paz. En el año que Manini Ríos asume la Cancillería, se da la afiliación de la AUF a la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) gracias a la acción del Ministro Plenipotenciario en los Países Bajos (así se llamaba lo que hoy llamamos embajador) Enrique Buero. Se estaba en plena puja entre la AUF y la Federación Uruguaya de Fútbol (FUF) y de sus dos presidentes, los batllistas y consejeros, Atilio Narancio y Julio María Sosa<sup>13</sup>. Por un lado el batllismo en bloque estaba enfrentado al riverismo (hasta 1925) y a Manini Ríos; por el otro, dentro de la convención batllista ya eran insostenibles las disputas entre los seguidores de Batlle y Ordóñez y los de Julio María Sosa. A su vez, todo el Partido Colorado tenía, de diferentes maneras, la oposición del Partido Nacional Herrerista y del Partido Comunista y Socialista.

-Ministros durante el período 1919-1933

<u>Año</u>	<u>Interior</u>	<u>R. Ext.</u>	<u>Defensa</u>	<u>Finanzas</u>	<u>Industria</u>	<u>Educ.</u>	<u>Obras Públicas</u>
1919	B1 R1 B2	C1 B2 C3	C2	V1	V2	V3	V4
1920		B3	C4				
1921							
1922	B4				V5	V6	C5
1923	B5 V7	R1	C6				
1924				B6 V2		V8	
1925	C3	C7	C8	B7		R2	R3
1926		S1	C2				
1927	R4	C3	C9	B9	B10	S2	V9
1928							
1929			C10	B1	B11	B12	
1930			C11			B13	
1931	V12	C12	S3			S4	

<sup>13</sup> Una relación fuerte entre fútbol, política y sociedad se dará como veremos en el capítulo “La Generación Olímpica y el sistema de partidos” con esta singular coyuntura.

## MINISTROS VIERISTAS

V1 Vecino (Int. 1919)  
V2 Caviglia (Ind. 1919, Fin. 1924)  
V3 Mezzera (Educ. 1919)  
V4 Pittamiglio (O. P. 1919)  
V5 Arias (Ind. 1923)  
V6 Blanco Acevedo, P. (Educ. 1923)  
V7 Jiménez de Aréchaga, J. (Interior, 1923)  
V8 Jude (Educación, 1924)  
V9 Benavides (O. P. 1927)  
V10 Blanco Acevedo, D. (Fin. 1927)  
V11 Mendillo (Ind. 1927)  
V12 Espalter, J. (Int. 1931)  
V13 Jiménez de Aréchaga, E. (Ed.1932)

## MINISTROS BATLLISTAS

B1 Mendivil, J. (Int. 1919, Fin. 1929)  
B2 Terra, (R. Ext. 1919, Int. 1919)  
B3 Buero, J. A (R. Ext. 1920)  
B4 Sorín (Int. 1922)  
B5 Vicens Vives  
B6 Cosio, P. (Fin. 1924)  
B7 Cosio, R. (Fin. 1925)  
B8 Guitierrez (Ind. 1925)  
B9 Minelli (Fin. 1927)  
B10 Acevedo Alvarez (Ind. 1927, Fin. 1930)  
B11 Castillo (Ind. 1929)  
B12 Rossi (Educ. 1929)  
B13 Demichelli (Educ. 1930, Int. 1932)  
B14 Giuliani (Int. 1932)  
B15 Legnani (Ind. 1932)  
B16 Capurro (O. P. 1932)

## MINISTROS COLORADOS

### NEUTRALES

C1 Muñoz, D. (Rel. Ext. 1919)  
C2 Ruprecht (Def. 1919)  
C3 Domínguez (Rel Ext. 1919  
Int. 1925, R. Ext. 1927)  
C4 Buquet (Def.)  
C5 Calcagno  
C6 Riverós (Def. 1923)  
C7 Blanco (Rel. Ext. 1925 y 1931)

## MINISTROS RIVERISTAS

R1 Manini Ríos (Int.1919, R.Ext.1923)  
R2 Prando (Educ. 1925)  
R3 Álvarez Cortés (O. P. 1925)  
R4 Lagarmilla (Int. 1927)

## MINISTROS SOSISTAS

C8 Bazzano (Def. 195)

C9 Mendoza y Durán (Def. 1927)

C10 Dubra (Def. 1929)

C11 López Vidaur (Def. 1930)

C12 Méndivil, D. (Def. 1932)

S1 Saraleguy (R. Ext. 1926)

S2 Rodríguez Fabregat (Educ. 1927)

S3 Mañé (Def. 1931, R. Ext. 1933)

S4 Mussio Forunier (Educ. 1931)

Hemos dejado para el final el análisis de la composición de la Cámara de Senadores y de Representantes del período. El año clave es el de 1925, cuando el Partido Nacional pasa a ser mayoría en la Cámara de Senadores. Es de notar que la elección de Senadores se realizaba cada dos años y la de Diputados cada tres. También es importante tener en cuenta que se elegía un senador por cada uno de los diecinueve departamentos y no en relación proporcional a la población como sí era la elección de los representantes. Dada la fuerza muy grande que los blancos tenían en muchos departamentos del interior, era natural que pudieran alcanzar la ventaja en el Senado pero no en la Cámara de Diputados. La ventaja obtenida en 1925 de 11 a 8 aumenta en 1929, con 12 a 5.

-Composición del Senado según su origen partidario de sus miembros

	<b>1919</b>	<b>1921</b>	<b>1923</b>	<b>1925</b>	<b>1927</b>	<b>1929</b>
Vierista	8	7	6	2	2	1
Batllista	7	7	5	5	3	1
Sosista					2	1
Riverista		1	1	1	0	0

	<b>1919</b>	<b>1921</b>	<b>1923</b>	<b>1925</b>	<b>1927</b>	<b>1929</b>
PN	4	5	6	11	11	12
PC	15	14	12	8	7	5

-Composición de la Cámara de Diputados según origen partidario de sus miembros

	<b>1920</b>	<b>1923</b>	<b>1926</b>	<b>1929</b>	<b>1932</b>
Nacionalistas	56	58	57	60	55
Blancos radicales			2	1	1
Batllistas	40	49	48	37	45
Partido Unión Colorada	7				
Vieristas	7	5	3	4	3
Sosistas				9	4
Riveristas	9	8	9	9	8
Otros partidos colorados	1	1	1		
Socialistas	2			1	2
Comunistas		1	2	1	2
Católicos	1	1	1	1	1
Blancos	56	58	59	61	56
Colorados	64	63	61	59	60
Otros partidos	3	2	3	3	7

En esta cámara, los colorados mantienen la ventaja durante todo el período, salvo en la elección de 1929. Pero ese revés es rápidamente subsanado en 1932, estabilizándose en la ventaja de 60 diputados colorados contra 56 blancos. Dentro del Partido Colorado, es aplastante la mayoría de la fracción batllista con respecto a las otras que se reparten porcentajes muy menores. En los blancos, encontramos que a partir de 1926 el Partido Blanco Radical de Lorenzo Carnelli logra dos diputados, que se encuentran fuera del lema Partido Nacional.

A partir de 1923, el Partido Comunista desplaza al Partido Socialista y obtiene una banca en Diputados, que aumentará a dos en 1926. En 1929, el Partido Socialista recupera su banca y el Partido Comunista mantiene la suya. Las divisiones irreconciliables entre

estos dos partidos de la izquierda uruguaya son muy profundas y tienen en lo ideológico su punto de desencuentro más importante. El Partido Comunista, a través de su diario *Justicia*, a pesar de lo magro de la cifra de sus votantes tendrá una política de denuncia permanente de la llamada por ellos “democracia burguesa” y tomará actitudes muy cercanas al escándalo para la opinión pública mayoritaria. Tendrá una postura muy dura con la serie de éxitos de Uruguay en el fútbol mundial, como veremos en los capítulos siguientes.

Por otro lado, es interesante destacar que el Partido Católico antibatllista, la Unión Cívica, se mantiene durante todo el período con una banca en Diputados.

### **III- La construcción de la identidad nacional**

Para un individuo, una familia o un colectivo mayor como un barrio, una ciudad o una nación existe un continuo proceso de sustentación y construcción de una identidad. Los mecanismos básicos de construcción de identidades se producen en la vida social a través de la puesta en escena de rituales que permiten la afirmación simbólica de un “yo” o un “nosotros” frente a un “ellos”. En la construcción de una identidad siempre hay una alteridad. Y así encontramos identidades de género, juveniles, barriales, de localidades y municipios, de clase social, religiosas, étnicas, raciales, lingüísticas, político-partidarias, nacionales y regionales. El tema de las identidades nacionales ha dado lugar a una gran cantidad de bibliografía, sobre por los estallidos nacionalistas que en épocas de globalización todavía se siguen produciendo.

En este capítulo nos encargaremos de tratar cómo se fue construyendo la identidad uruguaya, cómo fue afirmando un relato de su origen y de su historia, para, finalmente centrarnos en donde se termina de sintetizar y afirmar lo que es el Uruguay del Centenario. Partimos de la idea, trabajada por Gerardo Caetano, de que el Uruguay nació antes que los uruguayos, el Estado precedió a la nación:

La identidad nacional se ha procesado históricamente en el Uruguay cómo fruto de una integración muy particular, entre el “afuera” y el “adentro”, proyectada en un horizonte prospectivo de viabilidad posible. [...] integración entre apertura, integración, y prospecto, ingresando por contrapartida en crisis radical cuando esa dialéctica refinada, frágil pero a menudo eficaz, resulta obstruida o dislocada.

Con esta hipótesis como punto de partida, buscaremos recorrer a continuación –en forma por demás sintética y panorámica– tres momentos claves de la historia uruguaya, en los que –por distintos motivos– la construcción de la nación se presenta como un desafío y un objetivo prioritario: el surgimiento del Uruguay como Estado independiente, el tramo inicial de la primera modernización capitalista a finales del siglo XIX, las tres primeras décadas del siglo XX y en especial los años del “Centenario”, en los que se consolida la emergencia del Uruguay moderno en su configuración más conocida (Caetano, en Achugar y Caetano, compiladores, 1992: 80-81).

#### **1-Inventar la nación**

Las naciones latinoamericanas nacen a la vida independiente sin tener una idea de nación o una identidad nacional. Hubo diferentes proyectos de nación, pero que nada tenían que ver con el actual territorio que abarcan. La historia, vista en clave rioplatense,

permite explicar la no existencia de una identidad nacional argentina y una identidad nacional uruguaya previas a la independencia. Por lo tanto, en la construcción de la identidad nacional de los dos países hay mucho de invención. El uso de la historia, para la afirmación de las dos identidades a ambos márgenes del Plata, fue fundamental: en la afirmación de las fechas patrias y de los héroes de bronce y mármol se va construyendo y formando una narrativa que es clave para entender en forma dicotómica a las dos naciones que conformaban una sola unidad. Una identidad en común y el sentimiento de formar parte de una comunidad tienen que ver con juntarnos por algo para oponernos a otra cosa. Los que marchaban juntos en sus orígenes, desde sus orígenes se muestra que marchaban separados.

La construcción de una historia patria es lo que se va a consumir en las escuelas de todo el país. Cuando damos por hecho la existencia de nacionalidades como Argentina, Brasil, Uruguay o Paraguay nos olvidamos de los orígenes y de cómo verdaderamente surgieron. La existencia de un himno, una bandera, una historia nacional compartida conformada por próceres y héroes parecería surgir como consecuencia del deseo previo de una colectividad de marchar unidos por una memoria en común a todos. Sin embargo, los diferentes testimonios escritos de la primera mitad del siglo XIX –como, por ejemplo, los diferentes poetas y dramaturgos con contenido patriótico compilados por Luciano Lira en *El Parnaso Oriental*– no coinciden con estos ideales. Nos interesa, precisamente, analizar estos discursos para después realizar un contrapunto con el romanticismo literario del primer imaginario nacionalista que surge en la segunda mitad del siglo XIX.

Los parnasos y las guirnaldas poéticas que nacen para celebrar el nacimiento de los Estados-nación latinoamericanos en la primera mitad del siglo XIX apuntan a festejar y a dar un toque poético a las grandes batallas, supuestamente ganadas para lograr la libertad. Todavía no hay un relato que muestre los orígenes de la identidad de ese grupo de personas. Es la “fundación por la palabra” de una nación; se fundan sus tradiciones:

La idea de un momento inicial o fundacional ha obsesionado desde siempre la imaginación del ser humano. La teoría del “Big-Bang” y la imagen de Dios separando la luz de las tinieblas comparten la misma necesidad de marcar un origen, un comienzo o un acto fundacional (Achugar, compilador, 1998: 6)

Artigas es el gran ausente en la compilación patriótica de Lira. En estos primeros años posteriores a 1830, en que la República estaba naciendo, la revolución artiguista es ignorada y olvidada porque en nada contribuye a generar el sentimiento “patriótico” que se quería transmitir al público lector de *El Parnaso Oriental*. Como veremos más adelante, no es en este momento sino en la “historia nacional” que se construirá a posteriori, en donde Artigas aparecerá como el mito fundador de la patria.

El paradigma estético es el neoclásico. Para Rocca (1991), esta escuela nace como una reacción contra el barroco:

Aparte de la común inorganicidad de las tres compilaciones rioplatenses, en ellas triunfa la exaltación nacional envasada en la estética neoclásica. En boga entre los poetas de la metrópoli europea desde mediados del siglo XVIII, esta escuela nació como una reacción contra el barroco; propuso la restauración de las normas de equilibrio, serenidad y armonía del arte griego y romano antiguos (Rocca, 1991: 5).

Cuando se habla de la “Patria” y la “Nación” durante el período independentista en Hispanoamérica se parte de una idea simple: había un sentimiento nacional y un nacionalismo en los hombres que lucharon por la independencia de España y de la monarquía de los Borbones. Para el historiador francés Francisco Guerra, hay que superar los lugares comunes: “Asimilar por ejemplo, la independencia de América Hispánica a una descolonización es adoptar criterios de análisis elaborados para otros tiempos y otros lugares” (Guerra, 1997: 98).

En el período 1825-1850 estamos todavía en presencia de intentos de organizar los nuevos Estados que habían surgido con la crisis de la independencia. El historiador argentino José Carlos Chiaramonte encuentra tres tipos diferentes de identidades políticas luego de la independencia:

No es propósito explicar los procesos de formación de sentimientos colectivos expresados en la afirmación de alguna forma de identidad, sino solo verificar y explicar la coexistencia, luego de la independencia, de tres formas de identidad política –hispanoamericana, rioplatense o argentina y provincial. Y la necesidad de una reinterpretación de sus significados y del significado de su coexistencia. [...] La hispanoamericana, prolongación del sentimiento español americano elaborado durante el período colonial, la provincial, asentada en el sentimiento lugareño, y la rioplatense –luego argentina–, de más compleja delimitación [...] considerar a los sentimientos americano y provincial no como residuos o adherencias extrañas a un supuestamente predominante sentimiento nacional argentino, aún ausente hacia 1810, sino como formas alternativas de satisfacer la necesidad de organizar

un nuevo Estado que suplantase el dominio hispano y a su conflictiva coexistencia, como exponente de la inexistencia de un soporte social definido para los proyectos de nuevos Estados nacionales que el desplome del poder ibérico hacía concebir (Chiaramonte, 1989: 71).

¿De que “Patria” hablan Bartomé Hidalgo, Juan Francisco Martínez, Francisco Acuña de Figueroa, Rosende de la Sierra o Juan Cruz Varela en algunos de sus textos aparecidos en *El Parnaso Oriental*?

Bartomé Hidalgo nació el 24 de agosto de 1788 en la ciudad de Montevideo. Luego,

al iniciarse la revolución de 1811, se incorporó a la misma. En 1815 el gobernador Otorgués lo designa ministro interino de Hacienda. En 1816 asumió la dirección de la Casa de las Comedias, funciones que se avenían con su vocación literaria que en Bartolomé Hidalgo se manifestó bajo formas de militancia revolucionaria al difundir los ideales de la patria en armas en el lenguaje popular de la poesía gauchesca (Pivel Devoto, 1981: 4).

Hemos seleccionado un fragmento de “Las Inscripciones Sigüientes”, que estaban colocadas en el pedestal de la pirámide que conmemora el aniversario del 25 de mayo de 1816, en la plaza de la ciudad Montevideo:

*Llegó el veinticinco, y al instante.  
¡Oh- sudamericanos!  
Desaparecieron grillos, y tiranos,  
Y el día más brillante,  
Que el Meridiano suelo visto había,  
Cual vosotros también resplandecía.*

Resulta evidente el papel fundacional del 25 de mayo como fecha de inicio de la lucha por la libertad; de una libertad para una identidad que es sudamericana primero, rioplatense y argentina después. El sol de mayo ilumina a todos los poetas que en el Parnaso aparecen hablando de la patria. Pero en la afirmación de una identidad nacional muy posterior a estas décadas nacientes para el nuevo Estado oriental ese sol del 25 de Mayo desaparece, para afirmar otras fechas patrias fundacionales. En la historia oficial de

fuerte carácter antiporteño la figura señera es la de José Artigas, precisamente el caudillo que es traicionado por los hombres de mayo y la figura en la que se comienza a notar y afirmar un deseo de caminar solos.

La identidad rioplatense y hasta argentina que se trasluce en los escritores compilados por Lira se transforma, luego de grandes enfrentamientos internos, en una identidad uruguaya.

Pero esta idea de patria manejada por los poetas orientales también es compartida por los argentinos. Por ejemplo, Juan Cruz Varela, argentino él, empieza su “Canción Guerrera” dedicada a exaltar el sentimiento patrio en el comienzo de la guerra con Brasil de 1825 de esta manera:

*¡Argentinos, unión! Y marchemos,  
A humillar al tirano insolente  
Que usurpó nuestros campos de Oriente,  
Y pretende vejar la nación.  
Escarmiente ese déspota altivo.*

Para él la nación estaba partida. Las “tierras de Oriente” habían sido usurpadas y es con esa identidad rioplatense que se va a la guerra con el Brasil. Sin embargo, la historia escolar reivindica en sus láminas a la gesta de los “Treinta y tres Orientales”, que solos comenzaban la guerra con el inmenso imperio brasileño dirigidos por el caudillo Lavalleja, un verdadero hombre-mito.

También podemos ver en el éxodo del pueblo oriental de 1811 la idea del mito bíblico de David contra Goliat. En esta imagen bíblica así como en el mito de los primeros congresos orientales, los compatriotas parecen siempre querer andar solos y tanto los argentinos (término asociado a Buenos Aires), como los españoles, portugueses y brasileños son los pueblos que quieren esclavizarlos. Juan Cruz Varela transmite la idea de que la guerra fue tomada desde el punto de vista de una identidad argentino-rioplatense, humillada por las ambiciones del imperio. Y si bien el desembarco de La Agraciada fue importante y Sarandí y Rincón también lo fueron, fue Ituzaingó la gran batalla decisiva a la

que hacen grandes loas tanto la lira argentina como la oriental. El amor a la patria es el amor a recuperar la gran patria argentina a la que se le había amputado un pedazo.

“La Despedida”, soneto de las damas argentinas a las orientales, cuando éstos pasaron desde Buenos Aires a libertar el suelo oriental, en 1825, dice.

*Céda de amor la deliciosa llama  
Cuando un grito mas noble, y penetrante,  
De las porteñas en el pecho amante  
El fuego patrio abrasador, inflama.  
Hoy por vosotros nuestro suelo clama*

En esta identidad hispanoamericana y rioplatense, “nuestro suelo” es la patria grande argentina que tenía como alteridad al Imperio de Brasil.

En “La Camapaña del Ejército Republicano al Brasil, y triunfo de Ituzaingó” también del argentino Juan Cruz Varela, continúa manejándose el ideal de patria argentino-rioplatense:

*De los mismos guerreros  
que fueron el terror de los Ibéros  
En Pichincha, en Junín, en Ayacucho;  
Guerreros argentinos, que llevaron  
Triunfantes sus banderas,  
[...]  
Salud, Banda Oriental! Salud campeones  
que desde el Sarandi poseeis la gloria!  
Fue vuestro primer paso una victoria,  
Vuestro ensayo primero hundir legiones:  
Ya la patria os saluda;  
  
Sus hijos sois; y uniendo el Occidente*

*Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.*

La guerra es un catalizador y generador de una identidad argentina que superará las identidades de pago y provinciales que tenían una tendencia a la disgregación y a la fragmentación del sueño de la patria grande. En el triunfo de Ituzaingó cantado por Varela, aparecen juntos marchando triunfantes, los entrerrianos, los tucumanos, los cordobeses, los porteños, los orientales. En Ituzaingó, la división Oriental no era más que una más del enorme ejército argentino:

*Argentinos! Triunfad. "Dijo", y benigno  
sobre la sien de Alvear en el momento  
Dejó caer el laurel que lo adornaba,  
Y la visión desapareció en el viento.*

*[...]*

*Soler, Mancilla, Lavalleja, Iriarte  
Laguna, Paz, valiente Olavaria,  
¡Cuánto os debió la patria en este día  
en que alzásteis triunfante su estandarte,  
Sirviendo con honor a su venganza!  
Y tú también, inconstable Oribe,  
El debido tributo de alabanza.*

*[...]*

*Dieron ejemplos de bravura,  
Cuál si en la escuela de la guerra dura  
Educado se hubieran*

Con la batalla de Ituzaingó hay un cambio en lo que tiene que ver con la transmisión de las grandes batallas y los grandes héroes y mitos de la historia nacional que en forma de libros de texto ha generado la memoria colectiva de los uruguayos. La historia patria para consumo escolar, profundamente masificada, generó un relato sobre la idea de

que los orientales siempre quisieron marchar solos. En la guerra de 1825 no es Ituzaingó sino que las gestas del desembarco de los treinta y tres orientales, el 19 de abril, en la playa de La Agraciada, y la batalla de Sarandí, del 12 de octubre, las que son resaltadas en la memoria colectiva como los grandes hechos míticos que deciden la balanza a favor de los “patriotas” en contra del Imperio del Brasil. Según Vidal Jiménez:

Hasta entonces las categorías del pensamiento premoderno se habían basado en una comprensión de la existencia humana centrada en la repetición cíclica de una identidad originaria arquetípica. Este tipo de pensamiento mítico estudiado, entre otros, por Mircea Eliade en obras como *El mito del eterno retorno*, convertía el tiempo en un receptáculo sagrado portador de la esencia constitutiva del ser de las sociedades. [...] La acción humana, dentro de la perspectiva de la aprehensión colectiva de un tiempo circular y eterno, quedaba, pues, determinada firmemente por las señas de identificación fijadas en los relatos de origen (Vidal Jiménez, 1999: 2).

En ese sentido premoderno del tiempo que existe en 1830, el “mito del eterno retorno” es el mito del origen épico del 25 de mayo como nacimiento de un fuerte sentido de identidad americana y rioplatense (en donde nace un nuevo ideal de patria). Se sustituye el pensamiento mítico de “un dios, un rey, una patria”, por el del sol del veinticinco de mayo que ilumina las grandes gestas heroicas. En cambio, con el nacimiento de una “historia nacional” escrita, la memoria colectiva de la nación cambia de dimensión, y el propio concepto y significado de las palabras “patria” y “nación” se transforma y se viste con otro ropaje. Así:

La cultura escrita ilustrada no se dirigirá ya hacia la conservación del orden, sino hacia los efectos futuros de la acción. Como indica Jurij M. Lotman, “característica de la conciencia ‘escrita’ es la atención a la relación causa-efecto y al resultado de la acción”. [...] A esta misma conciencia va ligada una acentuada atención a la dimensión temporal y, como resultado de ello, nace el concepto de historia. Podemos decir que la historia es uno de los subproductos de la escritura. Es, pues, una radical ruptura con este concepto premoderno del tiempo la que determina el verdadero impulso que cobra la historia como principio nuclear de la existencia humana (Vidal Jiménez, 1999: 3).

Llevado al Río de la Plata y, más precisamente, a Uruguay, la ruptura con este “concepto premoderno del tiempo” está dada por la adquisición por parte del colectivo de la idea de tener una “historia nacional”, producto de la elaboración de manuales de texto obligatorios para toda la población en edad escolar.

Ser “oriental” implicaba una cosa muy distinta a ser “uruguayo”. En el primer caso,

no hay un sueño de comunidad imaginada nacional, sino que el sentimiento es de “pago”, es provinciano (y, por esto, es similar a ser “cordobés”, al ser “entrerriano” o “tucumano”). Todavía en muchos caudillos locales, como los célebres “treinta y tres orientales” liderados por Lavalleja y Oribe, hay un deseo de la integración federal artiguista, todavía no hay tradiciones que hagan imaginarse dentro de una nación. Es el momento de “patriotas orientales”, de Artigas, o de “argentinos orientales”, del propio Lavalleja.

Ser “uruguayo” implica la existencia de una comunidad en anonimato (Anderson, 1993), comunidad formada por el aluvión inmigratorio europeo, por el criollo y por el negro descendiente de esclavos, comunidad capaz de ser constructora de una identidad nacional. Había que tener un sentido de épica, de un pasado legendario, o sea, un pasado de ficción, de fantasía, que mostrara, al último de los charrúas y al primero de los inmigrantes que había bajado de los barcos como “uruguayos”; un pasado mitológico, repetido una y otra vez en las láminas escolares, venerado en los monumentos, visualizado en los cuadros al servicio de “la patria”.

Hugo Achugar (1998) nos muestra que en la primera etapa del nacimiento del Estado oriental, hay un primer impulso de fundar tradiciones basado en grandes episodios épicos y que ésta fue la idea central de la compilación que hizo Luciano Lira con *El Parnaso Oriental*, del nacimiento del himno nacional y de los símbolos patrios. Pero será recién en la segunda mitad del siglo XIX cuando surja un primer imaginario nacionalista. Y habrá que esperar a las primeras décadas del siglo XX –en especial, a la celebración de su Centenario–, para que la sociedad uruguaya complete su proceso de construcción de la identidad nacional.

Otro autor fundamental para entender este protonacionalismo es Francisco Acuña de Figueroa. En la biografía de este autor encontramos muchas de las paradojas y los sinsentidos de los significados profundos que aparecen en la vida y obra del conjunto de líricos y dramaturgos que forman la guirnalda poética de la República uruguaya:

Nació en Montevideo el 3 de setiembre de 1791. En 1811 resistió el movimiento emancipador dentro de los muros de Montevideo. Cuando las fuerzas ocupan la ciudad, se embarca para Río de Janeiro y regresa en 1818, en donde el gobierno lusitano le da un puesto en la Real Hacienda. Al ser reconocida en forma jurídica nuestra independencia,

Acuña de Figueroa fue consciente que la patria no le debía nada a él. La entrada de los orientales en Montevideo el 1 de mayo de 1829 y la jura de la constitución el 18 de julio de 1830 le dieron oportunidad al poeta para que se identificase con la revolución (Pivel Devoto, 1981, 3).

Al poeta le debemos el himno nacional. Fue declarado precisamente “nacional” por superior decreto del 8 de julio de 1833, y dedicado al Exmo. Gobierno. Con el himno comienza el tomo 1 del *Parnaso Oriental*, y es de resaltar que Acuña de Figueroa es protagonista central en toda la obra compilada por Lira. Nos interesa la idea de patria que está detrás de las estrofas del himno. Comienza de esta forma:

*Orientales, la patria o la tumba!  
Libertad, ó con gloria morir!  
Es el voto que el alma pronuncia,  
Y que heroicos sabremos cumplir.*

Hasta aquí la idea de los “orientales” luchando solos por su libertad. Pero si avanzamos por el himno encontramos:

*[...]  
Recordemos con gloria los triunfos  
De Misiones, Rincón, Sarandi  
Dó la Patria miró su estandarte  
Cual sagrado Oriflama lucir:  
De Ituzaingó el astro Argentino  
Presidiendo á la unida legión,  
A sus rayos y luz se eclipsaron  
Las estrellas del verde pendón*

Esta idea de patria, cuyo origen estaba en el sol argentino, el sol de mayo, está presente en todos nuestros símbolos nacionales. La bandera nacional tiene ese significado,

conserva el sol y los colores de las antiguas Provincias Unidas del Río de la Plata. Las barras siguen el modelo de la bandera de Estados Unidos, cuya independencia inspiró los movimientos emancipadores de América. El escudo nacional fue aprobado el 19 de marzo de 1829. Dentro del óvalo, coronado por un sol (el sol de mayo), la balanza simboliza la igualdad y la justicia; el cerro de Montevideo, la fuerza; el caballo la libertad, y el buey, la abundancia (Maiztegui, 1997: 21-22).

Pierre Vilar (1982) nos acerca a la proyección ideal de la palabra patria:

La voz patria –escribe el *Semanario Patriótico*– tenía entre los antiguos una acepción mucho más estrecha que la que la han dado comúnmente los modernos. Con ella designamos nosotros el lugar de nacimiento de uno o muchos individuos: ellos llaman patria al estado o sociedad a la que pertenecían y cuyas leyes les aseguraban la libertad y el bienestar. [...] Por consiguiente, donde no había leyes dirigidas al interés de todos, donde no había paternal que mirase por el provecho común [...]; allí había ciertamente un país, una gente, un ayuntamiento de hombres, pero no había patria [...] Sólo en esos países favorecidos del cielo es donde se encuentra la pasión que conocemos con el nombre de patriotismo (Vilar, 1982: 216).

Domingo Faustino Sarmiento, en su obra *Argirópolis* (1850), al presenciar el drama de la Guerra Grande (que de 1839 a 1852 puso en entredicho la existencia de la débil República Oriental del Uruguay) planteaba la inviabilidad de que Argentina, Uruguay y Paraguay estuvieran separadas como Estados-nación independientes entre sí y proponía la futura creación de un gran estado, los Estados Unidos de América del Sur. Para evitar los problemas de ubicar la capital en una ciudad puerto como Buenos Aires, que inevitablemente rivalizaría con Montevideo, llevó a la idea de ubicarla en la isla Martín García y que dicha ciudad capital se llamara Argirópolis. Ideas como ésta tuvieron importancia en ambos márgenes del Río de la Plata en las primeras décadas de la vida independiente; todavía ni la identidad nacional argentina ni la uruguaya estaban afirmadas ni consolidadas.

## **2-El nacimiento del primer imaginario nacionalista**

### *2.1-El nacionalismo romántico católico*

En la segunda mitad del siglo XIX, más precisamente durante el militarismo y la primera modernización, se empezó a consolidar en Uruguay un primer anclaje identitario que buscó raíces nacionalistas que lo diferenciaron de la Argentina.

La construcción de un relato histórico y la idea de la nación como narración (Bhabha, 1990) comienzan a consolidarse con literatos como Zorrilla de San Martín, el surgimiento de una literatura gauchesca e indigenista (en este caso al igual que en Argentina) y la reivindicación de la figura de Artigas en historiadores como Carlos María Ramírez y Francisco Bauzá. A ello se le suma toda la producción en pintura de Juan Manuel Blanes y la inauguración del Monumento a la Independencia, en la Florida, en 1879.

El llamado “poeta de la patria”, Zorrilla de San Martín, crea la imagen romántica del indio que ha sido exterminado por los hermanos de su raza, con el mito de Tabaré, el indio charrúa de los ojos azules (Zorrilla de San Martín, 1888):

*Tabaré* (1888) contaba la historia de una raza muerta –la tribu charrúa– que desapareció del Uruguay en los años que siguieron a la conquista. El poeta asume la voz de la raza muerta devolviéndole su lugar en la historia (como Neruda iba a hacer con los incas en sus “Alturas de Machu Pichu”). Zorrilla de San Martín, católico ferviente, creía que sólo por la mediación del catolicismo hubieran podido estas razas salvarse de la extinción. El poema patriótico de Zorrilla de San Martín es una justificación de la conquista española y del establecimiento de la fe católica en América (Franco, 2001: 84).

El relato de los charrúas no se cierra en la lectura de *Tabaré*; no se termina de narrar en la historia oficial clásica que el hermano del primer presidente de la República y fundador del Partido Colorado, don Fructuoso Rivera, los mandó exterminar en una emboscada en la célebre batalla de Salsipuedes. Los charrúas, la tribu llevada a la altura de mito nacional por los libros de texto y por los monumentos montevideanos en su honor, eran tomadas como símbolo de la barbarie; la mayor tragedia que sufría el propietario de la estancia cimarrona de la época era el “malón”, inmortalizado en cuadros de Juan Manuel Blanes, en donde los salvajes se llevan a una bella criatura. La exterminación de la tribu charrúa entra dentro de la lucha de la civilización contra la barbarie que dominó el siglo XIX rioplatense<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Además, sabemos que los charrúas no eran la tribu más numerosa en el territorio que hoy abarca Uruguay sino los guaraníes y el tronco tupí-guaraní como etnia principal, como atestiguan los nombres de los ríos, la

Como integrante de una segunda generación romántica (Trigo, 2000) y siguiendo los pasos de Esteban Echevarría, el introductor del romanticismo en Argentina y Uruguay, Zorrilla de San Martín busca en la naturaleza las raíces del ser nacional: en los ríos, los pájaros, los montes indígenas. Así comienza el poema épico *Tabaré*:

*El Uruguay y el Plata*

*Vivían su salvaje primavera;*

*La sonrisa de Dios de que nacieron*

*Aún palpita en las aguas y en las selvas;*

*Aún viste el espinillo*

*Su amarillo tipay; aún en la yerba*

*Engendra los vapores temblorosos*

*Y la calandria en el ombú despierta*

El propio Zorrilla de San Martín afirma, en “La idea de patria”, el amor por la tierra en donde se ha nacido:

Nadie ha dejado de traslucir sin embargo, en mi amor ingenuo a mi paisaje y a mi casa rústica, el predominio, en mi vida psíquica, de un sentimiento que, como las golondrinas alrededor de las torres, se ve volar en torno a esto [...] hablo, claro está del amor a la tierra en que uno ha nacido, y que es la casa de la Patria [...] este sentimiento de patria, o *terra patrum*, o patriotismo colectivo, existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza (Zorrilla de San Martín, 1968: 68).

Esta idea de patria de la sensibilidad romántica, a través del retorno a la naturaleza y a los sentimientos por la tierra y el pago, marca un giro con respecto a la idea de patria de la poesía neoclásica del *Parnaso Oriental*, y es la que genera ese primer imaginario nacional que está empezando a buscar las raíces del ser uruguayo y oriental. Junto con *Tabaré*, es el poema patriótico “La leyenda patria” (1879) el que lo termina de catapultar a la fama y a la altura de un mito fundacional de la nación. En forma exaltada y apasionado lo recita en una lectura a los pies del Monumento a la Independencia en la ciudad de

---

fauna y la flora, y la costumbre de tomar mate (Lezama, 2008).

Florida, en el día de su inauguración. Destaca Rocca:

Para 1879, en pleno auge del proceso militarista y ya consolidada una elite patricia uruguaya, a toda la clase dirigente –civil o militar, cualquiera fuera su escalafón– le urgía diferenciarse del estado argentino. De ahí el súbito éxito de Zorrilla de San Martín con la lectura de su poema “La leyenda patria” [...] Como lo ha desarrollado María Inés De Torres, Zorrilla fue uno de los grandes gestores de esta versión de la vocación independentista del Uruguay, que desdibujaba la historia para crear una tradición de la diferencia allí donde ésta no había existido [...] una gesta que lo diferenciara de lo argentino (Rocca, 2000: 179).

Es el propio autor que asume que en el poema, aparece la Cruzada Libertadora y todavía no Artigas, como el primer paso hacia la nacionalidad:

Yo mismo, con toda mi generación en la segunda mitad del pasado siglo abrimos el alma al sentimiento patrio en aquel período que llamaremos de los Treinta y Tres e Ituzaingó. [...] Esta es la razón, amigos, porque “La leyenda Patria” tomó forma musical en el alma del poeta antes que “La epopeya de Artigas” (Rocca, 2000: 180).

Por último, en “La epopeya de Artigas”, además de la reivindicación del prócer aparecen muchas de las aristas de lo que llamamos este primer nacionalismo romántico-católico fundacional. El propio título del libro nos muestra a Artigas como un personaje mitológico, presentado como semidiós:

Yo os aconsejo que os detengáis a mirar un buen rato a este hombre original, rodeado de sus familias en el Uruguay, poniendo el arado en manos de los salvajes, y dándoles semillas que sembrar. Es la raza que poblaba América, la raza agonizante; muy pocos la quieren, muchos la execran o la desdeñan [...] Artigas sí; los creyó hombres y los amó; hasta habló su lengua [...] ellos en cambio, lo juzgaron un semidiós, le dieron toda la sangre que les pidió. Y él hizo de ellos soldados (Rocca, 2000: 181).

Si Zorrilla de San Martín es considerado “el poeta de la patria”, Juan Manuel Blanes es el pintor que inicia la zaga de una historia del Uruguay en imágenes, dándoles vida, en sus cuadros, a las escenas mitológicas de la narrativa nacionalista:

el medio intelectual uruguayo estaba lo suficientemente absorbido por la tradición literaria del romanticismo europeo [...] como para reconocer de buenas a primeras validez estética de orden superior a otras modalidades artísticas nacionales que no fueran la poesía, la prosa o la narrativa literaria. Esto le vale a Blanes tener que conquistar temerariamente un lugar para la pintura frente a la tradición secular del romanticismo literario. [...] En tanto Blanes realizaba el “Juramento de los Treinta y Tres Orientales”, Juan Zorrilla de San Martín creaba “La leyenda patria”, y algunos años después Acevedo Díaz daba a conocer “Ismael”, su primera novela nativa (Peluffo Linari, 2000: 82).

Cuando por primera vez se expuso el cuadro del Juramento:

millares de personas de todas las clases sociales desfilaron (durante más de un mes) frente al cuadro [...] coronas y ramos de flores fueron depositados a diario [...] se encendieron junto a él pastillas aromáticas en pebeteros; se colocaron sobre el tapiz cintas y ofrendas simbólicas; los poetas leyeron allí poemas que exaltaban la obra inmortal; se depositaron durante muchos días mensajes en prosa y verso, y cotidianamente se renovó la peregrinación del público (Peluffo Linari, 2000: 83).

Con *Artigas en la Ciudadela* se comienza a crear un Artigas en imágenes<sup>15</sup>. Esta imagen contribuyó, como tantas otras de Artigas, a la afirmación del Estado. En la medida en que se afirmase, a nivel oficial, la imagen de un Artigas antiporteño, se afirmaría, a través escuela pública, un naciente sentimiento “uruguayo” (y no oriental) y “desargentinizado”. Se trata del continuo Estado-Artigas-Estado, del que habla Vázquez Franco:

Entre varias obras de amplio desarrollo, este exitoso pintor rioplatense, en veinte años, entrega a la admiración general, el *Juramento de los Treinta y Tres* (1877), de difícil pero bien resuelta composición inspirada –me parece– en la solución que Leonardo le había dado a la Santa Cena. Pocos años más tarde (1884), concluye el sobrio y convencional *Artigas en la Ciudadela* que permite a los primeros uruguayos que ya empezaban a configurarse, ver al mega héroe de pie sobre el puente levadizo, imponente en su serena austeridad, aunque como jefe rebelde, nunca haya estado en ese lugar, y aunque ese “óleo, sin duda, se parece tanto al célebre caudillo como un huevo a una castaña” (según palabras escritas por el propio Blanes) (Vázquez Franco, 2010: 6).

Además de trabajar en forma muy abundante el retrato y también episodios de la vida cotidiana ciudadana, Blanes trabajó la llamada “pintura gauchesca”. También era el momento en que en las letras, en las dos orillas del Plata, surgía y se desarrollaba una literatura gauchesca y nativista. En Uruguay es la época de oro para Eduardo Acevedo Díaz y sus novelas. Para Gabriel Peluffo Linari, la visión de los gauchos de Blanes está “signada por la neutralidad en sus raíces sociológicas”:

Mientras el gaucho como primitivo tipo social desaparecía dramáticamente, carente de destino histórico, Blanes hizo de él una criatura exótica y pintoresca, creó su civilizada, es

---

<sup>15</sup> Fue tan importante la penetración de esta imagen visual fundacional de Artigas en el imaginario nacional que hasta hoy en día todos los cuadernos de escuela que dona el Consejo de Educación Inicial y Primaria a los niños la llevan.

decir, la que el doctorado urbano necesitaba para sosegar sus sentimientos de culpa, o para conciliarse con el tipo humano que fuera para el intelectual principista, una auténtica vergüenza nacional (Peluffo Linari, 2000: 84).

Del tránsito de la leyenda a la historia sólo había un paso. La idea de una historia nacional, de entrar dentro de la lógica del tiempo histórico, nos vuelve a la idea del mito de los orígenes. Pero en vez de estar basado en la épica o lo místico, entra dentro del desarrollo de un discurso histórico. El nacimiento de la historiografía uruguaya se produce con el primer historiador que articuló el principio de una historia nacional: Francisco Bauzá, con su libro *Historia de la dominación española en el Uruguay* (Bauzá, 1880-1882). Según este autor, la nacionalidad estaba predispuesta desde la época de los charrúas, que son para él “nuestros primeros aborígenes uruguayos”. El capítulo que da inicio al libro se llama “Habitantes primitivos del Uruguay”. Estos “uruguayos” reciben a los “extranjeros” españoles al principio muy bien. Pero luego el cacique Zapicán resiste a la conquista, mostrando la “garra” que luego emplearían los gauchos y sus montoneras. Las batallas y las gestas de las batallas contra los españoles son relatadas con un sentido de leyenda patria; son los primeros uruguayos luchando contra los tiranos. El primer mito de la leyenda patria que está narrando Bauzá es Zapicán, que fue el primer mártir de la lucha contra “la dominación española en el Uruguay”. Un Uruguay que ya estaba predispuesto desde los orígenes: los charrúas eran “uruguayos” y defendían el territorio contra “los extranjeros”; luego viene la dominación española sobre el territorio y, por último, lo que él llama “el levantamiento del país”, la gesta de la independencia.

Otro autor clave en el nacimiento de este primer imaginario nacionalista es Carlos María Ramírez y su *Artigas*, obra trascendente en el nacimiento de una conciencia histórica nacional. En el tránsito de la épica literaria a la historia patria había que entronar a un Mesías que liderara a todo el pueblo uruguayo en el logro de su independencia como nación. Y mejor si este mártir había sido pintado como un “bandolero”, “matón” y “gaucho malo” por la historiografía porteña. En la reconstrucción del mito, en plena mitad del siglo XIX, Ramírez parte, para su obra, de la alteridad de las obras de autores argentinos como Cavia, Sarmiento, etcétera.

El discurso de esta obra se une con la producción anterior, o sea, la de la primera mitad del siglo XIX, la del protonacionalismo, porque el discurso patrio era “argentino” y

entronizaba al 25 de mayo, al sol de mayo, como el mito de los orígenes; ya habíamos visto cómo el propio Sarmiento, en *Argirópolis*, mostraba la idea de los Estados Unidos de América del Sur, que era compartida por muchos orientales. Esta visión, que tuvo mucha fuerza sobre todo en el Montevideo de la defensa, tenía que desarticular necesariamente cualquier leyenda o mito un caudillo regional, ya fuera Artigas, como el Chacho Peñaloza o Facundo Quiroga. Cuando la idea de la diferencia entre lo argentino, lo uruguayo y lo paraguayo todavía estaba difusa en la conciencia nacional, sería clave la obra de los historiadores locales. Carlos María Ramírez mostró por primera vez un Artigas distanciado, según él, de “la leyenda negra” porteña. Se trata de un Artigas que quiere ser reivindicado como el gran caudillo. El nacimiento de una historia nacional uruguaya y para los uruguayos se afirmaba en torno a ese discurso centrado en su figura: era una historia antiporteña y en donde el eje del mal siempre iba a estar en Buenos Aires (Caetano, 2006: 16). Es natural que el nacimiento y consolidación de una historia nacional argentina tuviera a los caudillos locales en general, y a Artigas en particular, como su propio eje del mal y como causa de la desintegración de la gran nación platense soñada por tantos intelectuales a ambos lados de las dos orillas<sup>16</sup>.

Guillermo Vázquez Franco, en *La historia y sus mitos* (1994), nos deja una reflexión para la polémica. Brasil fue el único estado de la América del Sur que no se desintegró; y es ahí que arremete contra el mito de Artigas y la democracia: si en Brasil el símbolo fue el emperador, en el resto fueron los caudillos que con su fuerza centrífuga llevaron todo a que de unidades grandes se pasara a unidades pequeñas. El historiador se acerca a algunas reflexiones del propio Bolívar, que mostraba que, en sus comienzos, los nacientes Estados latinoamericanos necesitaban de gobiernos autoritarios y no estaban preparados para una democracia al estilo de las ex colonias inglesas de América del Norte. Cualquier apelación a la democracia en la inmensidad semidesértica de la pradera habitada por indios y gauchos analfabetos era una fantasía, como se vio en el primer capítulo.

---

<sup>16</sup> Algo similar pasó con la Gran Colombia soñada por Bolívar. Y lo mismo cabe para la Gran República Centroamericana soñada por Morazán. Será el imperialismo inglés, como su lema de “divide y reinarás” el gran triunfador de toda la parafernalia nacionalista que surgiría en las antiguas colonias españolas de América del Sur.

El libro de Ramírez se nos presenta como un debate contra la “leyenda negra” de Artigas. Pero este debate no es sólo con la intelectualidad porteña sino también con señeras figuras del quehacer uruguayo, como Juan Carlos Gómez; por eso se argumenta que el primer imaginario nacionalista nació en medio de un furioso debate de cómo concebir e imaginar la nacionalidad. Montevideo, la ciudad letrada, todavía no había conquistado a las masas analfabetas, por lo que estos debates eran protagonizados por una elite que nada entendía de los códigos de “la chusma”. En este sentido, comenta Vázquez Franco:

me parece ver en Ramírez, no el primero pero sí el fundador orgánico de lo que yo llamaría la teoría porteñofóbica que caracteriza, sin disimulo, toda la historiografía montevideana (Vázquez Franco, 1994: 46).

Junto con Bauzá da inicio a la construcción de una historiografía en donde el “porteño” fue el culpable de todos los males de esta comarca. Esta visión “porteñofóbica” se complementará con el nacionalismo romántico católico de otros de los protagonistas letrados de esta época. Maeso y luego Fregeiro continúan alimentando la leyenda patria en torno a Artigas. Es con él que nace por primera vez el término “éxodo del pueblo oriental”. Con vuelo literario, plagado de romanticismo, los “uruguayos” encuentran su “profeta”, que, al igual que en las escrituras bíblicas, guía a sus seguidores en un éxodo hacia el mítico campamento del Ayuí.

De esta manera, el nacimiento de una historia, cuando no la hay, va a medio camino entre la fantasía y la realidad. Lo cierto es que las primeras personas que se sintieron uruguayos “desargentinizados” encuentran una historia patria que se remonta a las heroicas luchas de Zapicán y demás caciques charrúas frente a los españoles.

## *2.2-La postura disidente*

En esta época de primera afirmación simbólica nacionalista, la República continúa fracturada entre Montevideo y el interior. La guerra civil entre la ciudad y la campaña, entre la civilización y la barbarie de raíz sarmentina que está en la base del enfrentamiento entre Batlle y Aparicio Saravia no permitía el nacimiento de un imaginario simbólico nacional consolidado, al estar la nación fracturada. Los célebres doctores de la ciudad

letrada veían con espanto el mundo rural considerado el espacio en donde habitaba la barbarie. La barbarie había estado siempre representada por el caudillaje, el gauchaje, la indiada y el malón. Aunque en vías de extinción, la temible montonera de hombres a caballo y lanza dirigidas por un caudillo todavía era temible. A su vez, la acción del proyecto de escuela laica, gratuita y obligatoria de José Pedro Varela recién empezaba y todavía no había conquistado a la masa. Esta masa analfabeta no participaba de las noticias de los diarios, estos informativos producidos por la elite y consumidos por ella en ese entonces. El gauchaje depositaba su autoridad en el caudillo, que era uno más entre los gauchos. Así, esta sociedad no tiene conciencia de sí misma como colectivo, no se imagina como “uruguaya”. La montonera a caballo era temible para los diferentes ejércitos que Montevideo mandaba para exterminarla. El primer imaginario, de la segunda mitad del siglo XIX, había nacido pero todavía no era hegemónico.

El proyecto de la modernidad nunca podía triunfar mientras el país estuviera fragmentado (AA.VV, 1995). ¿De que forma se podía transformar en “uruguayos” a estos seres desperdigados entre la inmensidad de la pradera? Para la cúpula dirigente de la ciudad puerto los caudillos, los gauchos, el malón indígena eran mala palabra y sucesivas generaciones de pensadores buscaron solucionar el problema. Visto en clave rioplatense, es en la lectura de Sarmiento y su *Facundo* (1845) donde encontramos las enormes dificultades que tuvo la región para consolidar sus proyectos nacionales. La tendencia a la fragmentación en torno a un caudillo y a una realidad local predomina sobre la tendencia a la unificación en torno a un centro que llenara de sentido y significado una realidad, la nación, que todavía estaba vacía y era totalmente artificial.

A su vez, muchos sectores de la llamada “inteligencia uruguaya” de la época, en esta etapa de nacimiento del primer imaginario nacionalista negaban la viabilidad de Uruguay. Es el caso de Ángel Floro Costa (año) es la visión de la historia de Francisco Berra que es “historia prohibida” para Vázquez Franco, son las sucesivas correspondencias investigadas por Peter Winn, de algunos sectores del viejo “patriciado uruguayo” a Inglaterra, rogándole pasar a formar parte del Imperio británico (Winn, 1988). También es el caso de Juan Carlos Gómez, que por entonces vivía en Buenos Aires, que planteaba “la Unión del Plata” (Gómez, año). Pedro Bustamante, joven principista de la época, lo apoyó

desde Montevideo. Básicamente se partía de la idea de Sarmiento en *Argirópolis* (1850), que era la creación de los “Estados Unidos del Plata”, un gran Estado-nación formado por Argentina, Uruguay y Paraguay. En el momento que el nacionalismo romántico católico estaba naciendo, hay fuertes debates en torno a la viabilidad de la nación y su destino.

Achugar plantea que “a finales del siglo XIX se seguía discutiendo si éramos o no una provincia” (Achugar, 2006: 27), si debíamos marchar solos o, por el contrario, ser una provincia de Argentina o de Brasil, o pasar a ser directamente un protectorado del imperio británico. La elite montevideana tenía temor y dudas sobre si podría imponer un orden real y un orden simbólico a todo el territorio, y si era viable un país tan pequeño y tan despoblado como proyecto moderno.

Todas estas polémicas se reavivaron cuando el gobierno de Latorre decidió crear, en 1879, un monumento en la ciudad de la Florida en homenaje a la declaración de la independencia.

Un ejemplo de esto es la obra de Francisco Bauzá, ese colorado católico que es el primero en lograr elaborar un relato que llevaba a la transición de una “leyenda patria” mitológica a una narración histórica.

La “ciudad letrada” de Rama (1984) todavía era un imaginario de ciertos sectores de las elites ilustradas del Montevideo finisecular, pero estaba lejos de llegar al resto del territorio, ya que las consecuencias de la alfabetización masiva de Varela todavía no habían empezado y, frecuentemente, las comunicaciones eran sólo con el Mauser o el Remington (Rama, 1984: 126).

Pero la primera semilla estaba echada. Cuando la República esté realmente consolidada, no sólo desde el punto económico y político, sino también desde el punto de vista simbólico, todo el discurso de este primer nacionalismo católico y romántico se consolidará en la síntesis del Centenario.

### **3-El Uruguay del Centenario**

#### *3.1-La ruptura con el pasado*

Fue durante las primeras décadas del siglo XX, y en especial en ocasión de la celebración de su Centenario, cuando la sociedad uruguaya completó su proceso de construcción de la identidad nacional. Pero nada de lo que en el momento del Centenario se intenta, ni en los años veinte se impulsa, habría sido posible sin el basamento historiográfico, artístico, literario y político del primer imaginario nacional que en las últimas décadas del siglo XIX había nacido.

En los diferentes discursos que encontramos en la abundante producción bibliográfica propagandística que ha dejado el Uruguay del Centenario, llama la atención el racismo de que hacen gala. Por ejemplo, Maeso (1910) expresa:

La República del Uruguay es un país perfectamente civilizado, de vida europea. Su organización política y social está al nivel de las naciones más adelantadas: cuenta con los resortes de una administración completa con una legislación de principios tan avanzados no la disfrutan igual; ofrece pleno goce de la libertad a todos los hombres que la habitan. [...] En el Uruguay no existen razas, ni castas, ni más privilegios que los del talento y la virtud. [...] Las tribus indígenas se han convertido en agrupaciones de millones de hombres (blancos), cultores del pensamiento moderno, atletas del trabajo [...] No se forma [...] algo étnicamente diferente, que un día pudiera ser hostil a Europa, la raza que se levanta es fundida en el mismo molde, nutrida en las mismas ideas, orientada en iguales rumbos. Se realiza acá pero por otros medios, el ideal vagamente acariciado en Europa por los apóstoles de la confraternidad humana: la concordancia de las naciones antagónicas por la fusión de los seres y los sentimientos en el seno de los hogares cosmopolitas (Maeso, 1910: 536).

En estas décadas se forja en Uruguay la idea de que se podía construir un país europeo dentro de un subcontinente, América Latina, poblado mayoritariamente por indios y negros. Curiosamente, se trabaja la idea de lo cosmopolita, pero esa idea encierra el ideal homogéneo dentro de lo europeo blanco, occidental y cristiano; dentro de lo europeo latino, proveniente de Italia y de España fundamentalmente. Ésta fue la misma época en que Batlle acuñó la frase “Uruguayos todos, vengan de donde vengan”. Dentro del mito de “todos somos descendientes de europeos” se ocultaba la diferencia no sólo de lo negro, sino de lo pardo y de lo mestizo, proveniente, sobre todo, de la mezcla entre el negro y el blanco o entre el indio y el blanco. Era mejor ocultarlo. En un libro con fines de propaganda en el exterior, patrocinado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, se hacían afirmaciones como ésta:

El Uruguay es el único país de América que no tiene población indígena, siendo casi todos

sus habitantes de raza blanca. No se le presentan pues, los inquietantes problemas del indio o del negro, que tanto preocupan a la generalidad de las naciones Americanas (Nin y Silva, 1930: 8).

Se busca construir un discurso homogéneo dentro de mito de que todos somos blancos caucásicos y europeos latinos:

La homogeneidad de la ciudadanía podía percibirse, desde el punto de vista racial, en la reivindicación de los cultores, del origen “europeo” de sus componentes. [...] se reforzaba en la afirmación de la “extinción” temprana de la población indígena, y en el “exiguo” número de “elemento” de otras razas, de acuerdo con la terminología frecuente de la época (AA.VV., 2008: 363).

El orgullo de no tener indios es expresado, incluso, resaltando que es la única nación de América que los exterminó rápidamente:

El Uruguay [...] es por otra parte, la única nación de América que puede hacer la afirmación categórica de que dentro de sus límites territoriales no contiene un solo núcleo que recuerde su población aborigen. Los últimos charrúas desaparecieron como tribu, sin dejar vestigios perdurables, en el rincón de Yacaré Curucú, en el año 1832, y desde aquel lejano entonces, casi una centuria, quedó la tierra uruguaya en posesión absoluta de la raza europea y sus descendientes (AA.VV., 1925: 6).

A la vez, esta idea se retroalimentaba con los discursos de los viajeros que visitaban las costas de Uruguay, que veían al país como la “Dinamarca de América del Sur” y lo contrastaban con el resto de los países de América Latina:

Uruguay, como la vieja Dinamarca, es un pequeño país compacto y homogéneo que vive de la agricultura, altamente progresista, ordenado y honesto. Un país que cree profundamente en las instituciones democráticas y las honra en práctica como en la teoría. Una república con una avanzada legislación social. [...] A menudo Uruguay, con sus dos millones de habitantes, es considerado un apéndice de Argentina, y en verdad la influencia de Argentina es en verdad profunda. Con más exactitud: Uruguay es un estado tapón entre Argentina y Brasil. Pero difiere de ambos profundamente. Nadie en el Uruguay es muy rico ni muy pobre. Predomina la población blanca europea. Las clases bajas tienen una verdadera visión social. La iglesia está separada del Estado y la influencia del clero es pequeña. [...] Montevideo, la capital, es parecida a muchas ciudades de Estados Unidos, con anchos bulevares, limpios suburbios, y una vida social sin formalidades (Gunther, 1938: 320).

Si este discurso buscaba ser homogéneo, desde el punto de vista de la construcción identitaria tenía que silenciar muchas voces. Tenía que excluir, por ejemplo, las

manifestaciones culturales de los afrodescendientes y el profundo mestizaje, con la etnia negra y con los descendientes de guaraníes que continuaron poblando el medio rural, sobre todo las estancias, una vez que se exterminó a los charrúas en 1832 (Lezama, 2008). También excluía a todos los marginados, que, fruto de los dos empujes modernizadores, quedaron definitivamente condenados a lo que en la época se llamaba “los pueblos de ratas”, en el interior del país. Se ocultaba también el hecho de que empezaron a surgir los primeros rancheríos en los barrios proletarios como el Cerro. También excluía la profunda diversidad que surgía de las identidades locales existentes en los diversos departamentos que formaban el mal llamado “interior” del país. Y también se excluía a las mujeres de todos los puestos de poder y decisión y a los homosexuales cuya existencia, simplemente, era ignorada. El discurso del Centenario era un discurso elaborado por hombres blancos, machos heterosexuales y de cultura occidental de base judeo-cristiana.

A través de esta identidad, el país tendía a aislarse de América Latina, a la que le daba la espalda. Se comenzaba a sentir la Suiza de América:

Podía entrar en una identidad americana sólo a través del “arielismo” expresada por José Enrique Rodó, que reivindicaba la cultura y el espiritualismo iberoamericano frente al utilitarismo sajón, en clave conservadora y elitista. También podía hacerlo en clave “panamericana”, a través de los pactos de defensa hemisférica –desde fines de la década del treinta– en el marco de su relación con los Estados Unidos, o a través de la promoción o participación en distintos organismos internacionales como el proyecto de formación de la Liga Americana, al término de la Primera Guerra Mundial, o la incorporación a la OEA en 1948(AAVV, 2010; 184).

Uruguay no se sentía formando parte de una identidad latinoamericana, y mucho menos tercermundista (este concepto no existía todavía). Esta realidad estereotipada se empezará a resquebrajar después de la segunda posguerra.

El culto a la democracia y la posibilidad de que habitantes de los más remotos confines del mundo vivieran en armonía y en base a la legalidad, era lo que llenaba de orgullo al país:

La República Oriental del Uruguay constituye un hermoso ejemplo [...] no abriga sentimientos hostiles, no aspiramos a engrandecernos a costa de nadie, nos hemos constituido en forma perfecta dentro de un sistema democrático, lo que llenaría las aspiraciones más exigentes y por un anhelo vivísimo de progreso que nos ha conducido en poco tiempo al goce de una situación feliz. Nos falta aún población: la necesitamos para

poblar nuestra campaña donde caben 15 millones de personas, y las tendremos, porque ningún país de América, como el Uruguay, ofrece al hombre trabajador una suma de ventajas iguales (Maeso, 1910: 64).

El deseo de ser más grande, de no sentirse pequeño en la población y en la superficie del territorio es permanente. Si bien se asumía que el país era minúsculo, al lado de sus dos gigantes vecinos, Argentina y Brasil, a su vez se mostraba la “grandeza” de la superficie territorial en comparación con algunos países europeos como Holanda, Bélgica, Dinamarca y Suiza (AA.VV., 1925: 8). Con respecto a la población, eran permanentes los discursos que auguraban que el crecimiento continuaría siendo constante.

En *El libro del Centenario*<sup>17</sup> aparece una gráfica de población en continuo ascenso desde que Uruguay había nacido a la vida independiente, en la que se iba dibujando un gaucho cada vez más grande a la medida que pasaban los años y la población aumentaba. Incluso se resaltaba que la densidad de población por kilómetro cuadrado era la más grande de América del Sur (AA.VV., 1925: 24). Zorrilla de San Martín, en un discurso exaltado en conmemoración del centenario del 25 de agosto de 1825 decía que en el 2025 Uruguay estaría habitado por 30 o 40 millones de personas (Caetano, 1998: 11).

Si, para Esther Díaz, “moderna es la conciencia que tiene una época de haber superado, por rupturas, sus lazos con el pasado” (Díaz, 2000: 12), para Uruguay eso era, en *El libro del Centenario*, haber superado y roto definitivamente sus lazos con la Colonia y con el Uruguay pastoril y caudillesco. Uruguay, primero que nada, se ve a sí mismo como un país en donde la “civilización” europea, blanca, culta y letrada ha triunfado sobre la “barbarie” colonial, caudillesca y gauchesca, propia del siglo XIX. A través de él se afirma un país seguro de sí mismo, que ha entrado en la modernidad y ha visto consolidado su proyecto. Hay dos mundos que se contraponen: el del Uruguay pastoril y caudillesco con el del Uruguay de la modernización. El siglo XIX ha quedado definitivamente atrás. Ahora, en *El Libro del Centenario*, el campo aparece inmortalizado en la postal de un dueño de estancia, un capataz y la peonada domesticada llevando para su faena a una tropilla de ganado Hereford mestizado con finos reproductores. Es el momento del alambrado y los potreros, delimitando la propiedad privada (AA.VV., 1925: 80). El campo se había

---

<sup>17</sup> Obra colectiva, hecha por autores varios, editada por la empresa de publicidad Capurro y Compañía, en agosto de 1925 y que contó con el apoyo oficial, apoyada por el decreto del Consejo Nacional de Administración de fecha del 18 de abril de 1923.

modernizado y esto permitió que las carnes congeladas se vendieran para el consumo europeo. Uruguay se ve a sí mismo como una tierra de promoción, en donde la riqueza de la ganadería, el porvenir de sus industrias, la fortaleza de su alto comercio y de la banca, la perfección de sus instituciones democráticas, sus leyes sociales y laborales, su sistema educativo, el aluvión inmigratorio blanco y europeo, la temprana extinción del indio, entre otros factores, hacen del país un proyecto único en América del Sur:

Su riqueza pecuaria ha sufrido una transformación radical, sometida como lo ha estado constantemente a la influencia de reproductores selectos importados de las más acreditadas cabañas universales. Sus industrias, al amparo de leyes tutelares que estimulan y defienden su desarrollo, se multiplican, y van lentamente desalojando de mercado interno de concurrencia a los diversos centros manufactureros que abastecían al país. Las exportaciones de productos de toda índole figuran en las estadísticas con centenares de millones de pesos, superando en la balanza comercial del intercambio con saldos favorables a nuestro enriquecimiento. Magníficas carreteras atraviesan el territorio nacional, facilitando la movilidad de la producción desde los centros rurales a los núcleos poblados, [...] las líneas férreas unen de uno a otro extremo del país, sus ciudades y pueblos más importantes y entroncan con las grandes vías de comunicación de los países vecinos. [...] La cabaña, la granja, la estancia modelo, la lechería, han alterado las viejas normas de explotación pastoril de los tiempos de la conquista, ampliando la capacidad productora del país [...] el organismo político e institucional se ha perfeccionado para garantizar el ejercicio igualitario de los amplios derechos democráticos. [...] Leyes liberales y avanzadas han reducido la magnitud y el encono de las luchas entre el capital y el trabajo, y detienen en límite prudente la obra del extremismo revolucionario que tanto afecta el organismo de otros pueblos ricos y prósperos. El instituto militar se ha perfeccionado, constituyendo actualmente un organismo adaptado a las exigencias prudentes de la paz y el orden internos (AA.VV., 1925: 8).

El tema de la ciudad moderna, representada en Montevideo, es también una muestra de la ruptura con el pasado. Por un lado, la cultura urbana significó un nuevo concepto de la dimensión del tiempo y del espacio. El Montevideo de las década del veinte y treinta se transforma en una gran ciudad, la experiencia de la modernidad se vive cotidianamente: el tranvía eléctrico y el automóvil permitían a sus habitantes desplazarse a las diferentes zonas de la ciudad; ir al cine los sábados de noche o al “football” los domingos llevó a que personas en absoluto anonimato compartieran la experiencia de estar sentadas junto a alguien que quizá nunca volverán a ver. El café en la gran avenida, donde personas solas acompañadas por el diario y el pocillo del estimulante contemplan el tránsito, es la verdadera postal de la época; es una imagen de una ciudad que crece, que se agiganta. A la regionalización de la ciudad a principios de siglo en centro comercial, zonas residenciales

de la clase alta en el Prado, barrios proletarios como el Cerro, etcétera, se le sumaban ahora los barrios de recreo que daban, hacia los años veinte, a la recién nacida rambla montevideana, que comienza a cambiar el imaginario montevideano. La publicidad, en forma de aviso comercial, empieza a propagandear el consumo de electrodomésticos en diferentes puntos estratégicos de la urbe, como muestran diferentes fotografías de la época (Archivo fotográfico de la IMM).

Por otro lado, la ciudad ha terminado de conquistar definitivamente a todo su *hinterland*, al que denomina despectivamente “el interior”. La modernización en las comunicaciones y la ampliación del tamaño del Estado confluyen hacia la ciudad devoradora, que centraliza todo y no deja que nada escape a su racionalidad instrumental. Las vías de los ferrocarriles confluyen en forma de mano extendida, desde la Estación Central del Ferrocarril de Montevideo hacia los puntos neurálgicos del interior. Ahora la ciudad-capital controla al campo, y no a la inversa, como vimos en el siglo XIX. Por otro lado, comienza una transformación que marca una ruptura entre la vieja ciudad colonial, que era sinónimo también del atraso, y la actual ciudad moderna:

Montevideo es en la actualidad una ciudad esencialmente moderna y confortable. De su pasado colonial muy pocos recuerdos quedan. Sus recias defensas, sus fuertes artillados, su vieja Ciudadela, en cuyos muros almendrados abriera ancha brecha el inglés invasor, sus bastiones, todo el carácter de la Plaza Fuerte que revistiera hasta los primeros días de la Independencia, ha desaparecido para dejar paso a la ciudad nueva[...]El amplio predio central donde la Ciudadela vigiló el sueño de los primeros habitantes de Montevideo contra las acechanzas de los portugueses y los malones de la población indígena [...], se anexó a la Plaza Independencia que ofrece a la población montevideana la nota alegre de sus jardines ingleses, la amplitud de sus veredones embaldosados y en el monumento a Artigas que se yergue dominante y absoluto en su centro, en el granito y bronce perdurable, el gesto de veneración de todo un pueblo a la memoria de quien consagrara su vida a la lucha por las libertades políticas y el reconocimiento de sus fronteras geográficas (AAVV, 1925:280)

Con el empuje de la modernidad, en estas décadas la ciudad se transforma totalmente y queda configurada espacialmente como es hoy en la actualidad. La vieja ciudad centrada en la Plaza Matriz y el Boulevard Sarandí deja paso a la ciudad nueva, que se extiende en los cuatro puntos cardinales. La avenida 18 de Julio, antigua calle periférica, se transforma en la gran avenida, enormemente ancha y llena de edificios majestuosos. A la transformación total de 18 de Julio, hay que agregar el surgimiento de la rambla sur y el establecimiento de Montevideo como una ciudad balneario. La playa Ramírez y el Parque

Rodó –anterior Parque Urbano, que pasó a denominarse Rodó luego de la muerte del escritor– aparecen como el paseo típico del verano para las personas que vivían en los barrios populares montevidianos (Álvarez y Montero, 2002: 6). Pocitos es la rambla nueva y, luego de la construcción del hotel del mismo nombre, el balneario para los turistas extranjeros:

La más popular de las playas montevidianas, concentra a diario desde la más temprana hora matinal una multitud de público de los barrios céntricos. Por la noche, su parque de diversiones, que ocupa una de las zonas contiguas del Parque Rodó, constituye una de las zonas más típicas y regocijantes del verano montevidiano. [...] Pocitos es obra de pocos años, no sólo a lo largo de la playa sino tierra adentro [...] esta playa es hoy el balneario más concurrido, y su capacidad, con ser considerable no es suficiente durante la estación estival [...] afluencia de turistas de Brasil y Argentina (Revista Arquitectura, Montevideo, mayo de 1927: 186).

Malvín y la lejana Carrasco comienzan a llenarse de hoteles y chalets que comienzan a perfilar un nuevo imaginario urbano. El Hotel Carrasco, en los años veinte, marca toda una época. La zona costera comienza a proyectarse como el lugar de los ensueños y, lentamente, va tomando el lugar de residencia de verano que antes tenían las casas-quinta del Prado y de Colón. Europa ponía de moda los baños de mar en los balnearios de la costa azul. La visión de hombres como Arocena o Piria de atraer a la alta burguesía montevidiana a los nuevos paraísos terrenales daba resultado. El paseo de esos señores elegantes, con mostachos abundantes y sombreros de paño importado por la naciente rambla es un nuevo hecho social:

A medida que Montevideo perfila y afirma su personalidad de centro de atracción y de turismo estival, surgen en su contorno costanero nuevas poblaciones [...] Malvín es una de las prósperas y risueñas de estas localidades [...] Carrasco, servida por un Hotel de gran lujo, es una de las más bellas y amplias playas de la ciudad y constituye el centro veraniego de mayor distinción y elegancia [...] en derredor del Hotel se está formando un barrio de chalets importantes y valiosos [...] la parte Oeste de la rambla conduce al balneario. Es el acceso para los vehículos que por la rambla Wilson, vienen hacia Carrasco, luego de recorrer las playas Ramírez, Pocitos, Buceo, Malvín y Puna Gorda. Esta serie de playas cuya belleza natural es distinta en cada trecho, hacen de esto paseo costanero uno de los más interesantes y hermosos de todo el mundo (Revista Arquitectura, mayo 1927: 187).

En plena costa de Maldonado, Piria empieza a forjar la idea de una ciudad balneario llamada Piriápolis. Inspirada en Biarritz y en las ciudades francesas de la costa azul, busca atraer un turismo de alto poder adquisitivo, sobre todo argentino. En la década

del veinte nace el espectacular Hotel Argentino.

Ésta era la imagen edulcorada que de Montevideo y del Uruguay se les daba a los turistas y visitantes extranjeros: la Ciudad Vieja con su Plaza Matriz y sus edificios típicos, la plaza Independencia, el Centro y la Avenida 18 de Julio, el Prado y sus casas-quinta, la rambla con sus barrios-balneario y los balnearios más alejados del Este del país. A través de postales y recorridos turísticos se daba la imagen de un país próspero, poblado por habitantes de raza blanca descendientes de europeos y en donde la modernidad al estilo europeo occidental y norteamericano triunfaba, dejando atrás un pasado colonial y semibárbaro. Lejos, muy lejos, hacia el norte y el noroeste, se alzaban las barriadas obreras como, por ejemplo, la del Cerro y su pujante industria frigorífica.

Pero, a la vez, entre tanta modernización y progreso, estaban los nostálgicos de un tiempo pasado y definitivamente perdido. Montiel Ballesteros rememora aquella época y muestra el desencanto que, junto con el deslumbramiento, también genera la modernidad:

No vamos a repetir como el poeta que todo tiempo pasado fue mejor. [...] Los chiquilines de 1900, que vimos los tranvías de caballos, el alumbrado de kerosene, las volantas, las galerías de felpa [...] Por aquí el martillo del rematador, que arrastra los floridos jardines [...] por allá la fría y ciega ley de los ediles que rindiendo culto al Moloch del tráfico y la velocidad, devoran con la franja de cemento o de hormigón armado la cenefa verde y fresca de los árboles, que son nuestros mejores amigos [...] la gente que ha leído, que se ha inyectado el veneno snobismo de los superficiales quiere a todo tramo peinar, europeizar, norteamericanizar a la “Tacita del Plata”. Y si bien nos llena de orgullo el pavimento liso, los balnearios elegantes, con sus hoteles monumentales, la Rambla Sur, el Prado magnífico, el Parque de los Aliados, amplio y hermoso, hubiéramos querido que la limpia y clara calle 18 de julio no se transforma en una arteria de Boston [...] tráfico congestionado y sus moles de cemento armado, sus rascacielos de diez o veinte pisos [...] De María amó su Montevideo, nosotros amamos el nuestro, el Montevideo “chato” con sus casas blancas, sus últimos miradores entre los que hubo de tanta alcurnia como la “Torre de los Panoramas” de Julio Herrera y Reissig, sus azoteas y sus balcones floridos [...] esa Plaza Matriz, con la catedral y el Cabildo [...] la ingenua fuente barroca [...] Montevideo se desmontevideaniza, como aquel poeta que habiéndose casado con la hija del millonario ya no escribe más versos (Montiel Ballesteros, 1930: 80).

La relación desigual entre el adentro y el afuera es clave para entender la proyección del país hacia el mundo. Hacia el norte, el este y el oeste comenzaba el “interior”. El montevidiano que recibía al extranjero prefería, salvo a su soñada costa turística este, ignorarlo totalmente. Al resto del país Montevideo le da la espalda. Sus habitantes quedan hipnotizados con el afuera. Así, hablar del “interior” para referirse a los

departamentos supone una simplificación que acepta la existencia de un centro a partir de lo cual todo lo demás es periferia (Núñez, 2008: 8-9). Esta visión urbana y montevideocéntrica llevará a que, muchas veces, se sepa más de París, Londres o Nueva York que de Trinidad, Durazno o Minas. Incluso en los conocimientos de geografía, era más común saberse las capitales de Europa, que los departamentos y las capitales de todo el Uruguay. Simplemente, se ignoró lo heterogéneo y lo diverso y se tuvo una visión de la historia, de la geografía y de la identidad nacional basada en la uniformización de la mirada montevideana.

El desprecio del “adentro” llevaba a que hubiera una fascinación por los viajeros. La falta de referentes locales para el desarrollo llevaba a pensar que había que imitar los modelos de desarrollo del norte. “Montevideo” pasó a ser sinónimo de soberbio y de prepotente; y “del interior”, de estrechez de miradas y de incapacidad para aceptar situaciones y posibilidades distintas de las otras. Justamente, el batllismo se mostró mucho más metropolitano que sus rivales, y su mirada es la hegemónica con respecto al interior como un todo homogéneo. Serán los caudillos locales los que verdaderamente captarán y articularán con las identidades de los “pagos”.

Montevideo, en su salto hacia la modernidad, era la gran “fábrica de los sueños” para personas que provenían de un universo premoderno, con los cines, los teatros, la universidad, las librerías, las grandes avenidas y bulevares, la rambla, el estadio, el tránsito alocado, los cafés y los bares, las grandes tiendas y comercios, e incluso la posibilidad de estar perdido en la multitud.

Esa relación asimétrica entre el adentro y el afuera, llevaba a un “afuera” muy selectivo, basado en la idealización de Europa Occidental y Estados Unidos y en la negación de América Latina. La relación más problemática y compleja, en lo que tiene que ver con la construcción de la identidad nacional, es el “afuera” representado por Argentina en general, y Buenos Aires en particular, con los que se da una relación de amor y odio, que está en la base de muchos mecanismos constructores de la “uruguayez” y profundamente ocultadores de la realidad. Si en la primera etapa de la construcción de la identidad nacional lo “uruguayo” y lo “argentino” se diluían en lo rioplatense, con el nacimiento del primer imaginario nacionalista la visión del pasado se “desargentinizó”

(Vázquez Franco, 2010) y Buenos Aires empezó a considerarse la fuente de todos los males.

Argentina y los “porteños” (calificativo que se les da a los habitantes de Buenos Aires) se transforman en el “otro” cercano y en base al cual se construye una alteridad que contribuye a afirmar la identidad uruguaya. Gustavo San Román ha investigado el papel que juega lo “argentino” y lo “porteño” en la afirmación de lo “uruguayo” (San Román, 2007: 103-120). Las principales alteridades, que se afirman en las décadas del veinte y treinta, se basan en la humildad uruguaya versus la autoconfianza y soberbia porteñas, el *glamour* y la superficialidad argentina versus la grisura uruguaya, el sentirse, como uruguayos, parecidos a los argentinos de provincia y distintos a los porteños, pero siempre partiendo de sentirse muy parecidos a los “hermanos” argentinos. Aunque también se encontraban razones de las diferencias y el rechazo a lo que viniera de la vecina orilla del Río de la Plata en la historia. Si, según el estudio, los hechos más significativos de la historia pasaban por los legados de Artigas personificadas en el Éxodo y las Instrucciones del año XIII, es justamente el patriciado porteño traicionando a Artigas lo que genera mayor diferencia.

Pero, a su vez, Buenos Aires genera una fascinación cultural en tierras orientales. En este momento –décadas del veinte y del treinta–, los principales medios gráficos argentinos tienen una gran influencia en Uruguay. Por ejemplo, las revistas *Billiken* y *El Gráfico* tenían gran número de lectores. La capital argentina también era un centro de atracción para muchos uruguayos:

Buenos Aires, la deslumbrante, ejerció desde siempre en los varones de este lado la magia de su seducción. Un hechizo que abarcó intelectuales, jockeys, actores, cantores y autores de tango, futbolistas, aún periodistas y relatores. Durante décadas, pasajeros del legendario “vapor de la carrera” que unió nuestras ciudades [...] con la travesía del “Industria” y “Federación” (Morales, Franklin, 2004: 89).

### *3.2-La invención de tradiciones y la formación del carácter nacional*

Paralelamente a esta fuerte ruptura con el pasado, como nunca en estas décadas hubo un verdadero culto por las tradiciones, de las cuales muchas de ellas eran simples fantasías. Oliven y Damo (2001) sostienen que es común que países envueltos en el

empuje de la modernización jerarquicen la importancia de las tradiciones para justificarse:

en la raíz de la construcción de naciones es necesario señalar un pasado real o imaginado que daría una substancia a la comunidad designada con esa forma política. La nación que se pretende moderna y emancipada del antiguo orden social, religioso y aristocrático, está obligada a echar mano de la tradición para justificarse. De este modo, el culto a la tradición, lejos de ser anacrónico, está perfectamente articulado con la modernidad y el progreso. La evocación de la tradición-entendida como un conjunto de orientaciones valorativas consagradas por el pasado-se manifiesta frecuentemente en épocas de cambio social, tales como la transición de un tipo de sociedad hacia otro, crisis, pérdida de poder económico y o político, etc. (Oliven y Damo, 2001: 19).

La imaginación siempre ha estado al servicio del poder. En un mundo que rompía con el universo tradicional, había que resignificar tradiciones y generar nuevas “ficciones orientadoras” que permitieran navegar por el nuevo mundo moderno que había nacido y se estaba afirmando. Por eso, en la modernidad el pasado es tan importante para el presente. Hobsbawm y Ranger (1983) introducen el término de “tradiciones inventadas” para entender este fenómeno:

El término “tradición inventada” se usa en un sentido amplio, pero no impreciso. Incluye tanto las “tradiciones” realmente inventadas, construidas y formalmente instituidas, como aquellas que emergen de un modo difícil de investigar durante un período breve y medible, quizás durante pocos años, y se establecen con gran rapidez. [...]La “tradición inventada” implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abiertamente y tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado (Hobsbawm y Ranger, 1983: 7).

Lo que buscan esas “tradiciones inventadas” es continuidad entre el pasado y un presente en permanente mutación. Por ejemplo, Hobsbawm y Ranger ejemplifican con la Tercera República francesa en la segunda mitad del siglo XIX, cuando estaba buscando cortar definitivamente con un pasado asociado a la monarquía y a los privilegios del Antiguo Régimen. Las mismas tradiciones estuvieron asociadas a todo el ritual y la simbología que había dejado la Revolución Francesa, que alcanzaba su punto máximo el 14 de julio. De esta forma se “legitimaba” un nuevo régimen que nada tenía de radical comparado con el período revolucionario pero que servía para lograr continuidad en el tiempo. A su vez, muestran que el ritual de las tradiciones inventadas, que parecen referir a

un pasado muy antiguo, es muchas veces creado con una distancia corta en el tiempo (tan sólo de décadas):

No deberíamos dejarnos confundir por una paradoja curiosa pero comprensible, las naciones modernas y todo lo que las rodea reclaman generalmente ser lo contrario de la novedad, es decir, buscan estar enraizadas en la antigüedad más remota, y ser lo contrario de lo construido, es decir, buscan ser comunidades humanas tan “naturales” que no necesiten más definición que la propia afirmación. Cualquiera que sea la continuidad histórica o de otro tipo insertada en el concepto moderno de “Francia” o “los franceses” (que nadie intentaría negar), estos conceptos en sí mismos incluyen un componente construido o “inventado”. Y justamente porque gran parte de lo que de forma subjetiva crea la “nación” moderna consiste en tales productos y se asocia a símbolos apropiados y relativamente recientes, y con un discurso creado a medida (como la “historia nacional”), los fenómenos nacionales no se pueden investigar adecuadamente sin prestar una atención cuidadosa a la “invención de la tradición” (Hobsbawm y Ranger, 1983: 21).

Para el caso uruguayo en las décadas del veinte y del treinta, se dio un fuerte proceso de invención y de resignificación de tradiciones que tenían una continuidad con las que habían sido creadas con el primer imaginario nacionalista de la segunda mitad del siglo XIX. Nos proponemos mostrar para el desarrollo de este proceso el fuerte papel que jugaron en estas décadas los medios de comunicación de masas, las diferentes publicaciones, la educación escolar masiva, la pintura patriótica, los monumentos de bronce y mármol, y el nombre de algunas de las principales avenidas, parques y plazas de la ciudad de Montevideo, como verdaderos “anclajes” que sintetizaron todo el legado anterior.

La educación laica, gratuita y obligatoria de cuño vareliano permitió tender puentes que facilitaran el acceso al sufragio universal masculino en la década del veinte. Para poder generar opinión pública de masas, la población tenía que estar alfabetizada; sólo así decodificaba los mensajes de su mediador mediático preferido<sup>18</sup>. Pero el accionar de la escuela pública no sólo les había generado la posibilidad de leer o escribir, sino también, a través de la enseñanza de la historia patria, adquirir conciencia de un pasado en común. Verónica Leone ha estudiado el papel de los manuales escolares en la formación de una identidad nacional. Los textos que circularon en la década del veinte son muestra de una historia que generaba amor a la patria y un fuerte sentimiento de identidad (Leone,

---

<sup>18</sup> En el último tramo del siglo XIX, todavía no estamos ante una alfabetización masiva. En 1905 había 228.000 niños en edad escolar en todo el país, de los cuáles sólo 70.000 (apenas 31%) concurría a la escuela.

2000: 139)<sup>19</sup>:

La función más elevada de la escuela moderna era enseñar un nuevo patriotismo más allá de los límites naturalmente reconocidos por los alumnos. La escuela era el primer agente de socialización. El mensaje se comunicaba más eficazmente junto con la lectura y la escritura. La tarea de la escuela no sólo incluía sentimientos nacionales y patrióticos sino el establecimiento de la unidad en una nación dividida durante mucho tiempo por regiones, cultura, lengua, y las persistentes divisiones sociales de clase y de riqueza. Aprender a leer y escribir implicaba la repetición constante del catecismo cívico nacional, en el que el niño era imbuido de todos los deberes que de él se esperaban: desde defender el estado, hasta pagar los impuestos, trabajar y obedecer las leyes (Graff, 1987: 265).

Como agente de socialización masivo, la escuela uruguaya podía transmitir valores “patrióticos” a toda la masa de la población y no solamente a la ciudad letrada. De esta manera, las tradiciones inventadas por Zorrilla de San Martín, Bauzá y toda la pléyade de intelectuales y artistas hijos del primer imaginario nacionalista ahora no sólo eran leídas por la elite letrada montevideana sino que, debido a la masificación de su lenguaje por los manuales escolares y libros de texto, les llegaban a todos: al montevideano que veraneaba en el Balneario de Los Pocitos, al hijo del obrero de un frigorífico en el Cerro, a un habitante de la ciudad de Melo en el Departamento de Cerro Largo, o a uno de la lejana y norteña Salto, al hijo del peón rural.

Hay una isotopía entre el discurso del primer imaginario nacionalista del siglo XIX y el de los libros escolares de las primeras décadas del siglo XX. El libro *Ensayo de Historia Patria* de Hermano Damasceno, y que estaba vigente en 1930 para uso escolar, comienza de la siguiente manera:

*Somos Orientales. Nuestra patria es la República Oriental del Uruguay. El país que más amamos.*

*Hace cinco siglos este país era completamente desconocido.*

*Lo habitaban indios salvajes* (Hermano Damasceno, 1955: 4).

Durante décadas generaciones enteras de uruguayos aprendieron que la raíz de la

---

<sup>19</sup> También hay que tener en cuenta que los símbolos en las escuelas no eran exclusivamente nacionalistas. Por ejemplo, la nomenclatura de las escuelas incorporaba a casi todos los países del mundo con los que Uruguay mantenía relaciones diplomáticas; y más aún, en 1934 se creó la bandera de la Raza, que se tenía en todas las escuelas públicas para solemnizar el 12 de octubre, Día de la Raza.

nacionalidad existía ya desde hace cinco siglos, porque los indios salvajes vivían en el país eran “uruguayos” y tenían su territorio en lo que en la contemporaneidad la cartografía moderna dibujó como Uruguay. Hay un destino que ya viene de los tiempos legendarios. En este sentido, hay un paralelismo con los discursos que historiadores como Francisco Bauzá realizaron en el siglo XIX. La gran diferencia es que ahora este discurso, a través de la escuela laica, gratuita y obligatoria, se amplificaba en círculos concéntricos para todos los rincones del país:

Conforme vayáis subiendo las diferentes edades de la patria, encontraréis al pie de esa escala a los indomables charrúas, que lucharon con denuedo contra la conquista española [...] aparece Artigas [...] el fundador de la nacionalidad oriental, nuestro orgullo, nuestra gloria! [...] a quiénes veréis vengado por los bravos treinta y tres, quienes bajo el amparo del Cielo, declararon libre e independiente a la joven república Oriental del Uruguay, ante la faz del mundo estupefacto (Hermano Damasceno, 1955: 5).

Aparecen los caudillos-próceres, que ahora pasan a servir a la mitología nacional inventada, contribuyendo a unir a Montevideo y el interior en la bandera nacional sagrada que tanto emociona al niño. La idea que se expresa en este texto es que los caudillos nos llevaron a ganar batallas imposibles contra las tropas del imperio español y portugués. Los gauchos de sus ejércitos, descalzos y con armas primitivas, a caballo criollo, resaltan en su contraste con los lustrosos uniformes de los oficiales y los soldados de la tropa imperial –al igual que antes se representaba la garra charrúa, que se destacaba ante un rival superior. Incluso podemos establecer un paralelismo entre el célebre cuadro de Artigas frente a la Ciudadela, hecho por el pintor de la patria Juan Manuel Blanes, en donde aparece con la mirada seria y cruzado de brazos, con las fotografías de los caudillos del fútbol oriental aparecidas en fascículos de colección en la década de los sesenta, en donde el caudillo del equipo aparece en la misma posición que Artigas, pero en vez de liderar a toda una nación lidera a un equipo de fútbol (Bayce, 2003: 169-170).

Hay que tener en cuenta la acción de la escuela en la difusión del imaginario nacionalista por todo el territorio. Además de la difusión de los libros de texto, es fundamental la difusión de una simbología nacional y de los rituales de la patria. El ritual de festejo de los feriados patrios, de los aniversarios de los próceres y demás efemérides,

son momentos altamente conmovedores en la rutina de la escuela<sup>20</sup>. Las banderas patrias, los himnos y los discursos alusivos nos dicen mucho de un nacionalismo fortalecido. La bandera uruguaya flameando en distintos rincones del antiguamente semisalvaje país nos dice mucho de la importancia que la ampliación de las funciones del Estado tiene en la construcción de una identidad nacional y de un sentimiento nacionalista.

La campaña de alfabetización masiva iniciada en la segunda mitad del siglo XIX estaba enmarcada en los parámetros de civilización y barbarie trabajadas por Sarmiento en su *Facundo* (1845). Era la conquista de la ciudad letrada (Rama, 1968) contra las masas analfabetas. Ello vino de la mano con el genocidio de las etnias amerindias que todavía habitaban el territorio primero y con el exterminio paulatino de la montonera gaucha alzada y malévolas. En Uruguay, la escuela avanzó paralelamente con las ametralladoras. Ambas, la letra y el fusil, consolidaron una realidad que se construyó desde el centro, o sea, desde Montevideo. La maestra, oveja blanca de la patria, y el soldado, fuerza de choque de la modernización, llevan al dominio de un territorio que antes era extraño y salvaje para Montevideo, la ciudad europea; desde una perspectiva sarmientina, llevan la antorcha de la civilización.

Pero no sólo la escuela generaba uniformidad y homogenización. Los medios masivos de comunicación tenían en el diario, en esa época, a un gran difusor de un discurso uniformizador y generador de “patrias subjetivas” políticas para amplios sectores de la población:

La prensa de gran tiraje fue posible por la difusión de la enseñanza primaria que amplió el número de lectores potenciales, el acceso de las mayorías a la vida política, y la transformación interna de los periódicos. La venta en la calle sustituyendo a la suscripción enviada por correo, el abaratamiento del costo unido a la primacía del aviso comercial, la maquinaria de impresión perfeccionada, todo ello conjugado hizo de *El Día* el primer diario de masas (Barrán y Nahum, 1979: 141).

Va surgiendo una cultura urbana, basada en el anonimato, donde la cultura escrita de elite y de masas va sustituyendo a la tradición oral. Así, “A la oposición decimonónica

---

<sup>20</sup> En el ritual del festejo de los feriados de la época hay que tener presente que también se solemnizaron fechas con un sentido mucho más cosmopolita que nacionalista y que también eran tributarias, al igual que la nomenclatura de las calles de Montevideo, del cosmopolitismo. A modo de ejemplo, 2 de mayo: día de España; 25 de mayo, revolución americana; 4 de julio; día de la libertad (de Estados Unidos); 14 de julio, día de la humanidad (Revolución Francesa); 20 de setiembre, día de Italia.

entre elite ilustrada y minoría analfabeta, sucedió en el novecientos la oposición entre dos culturas letradas, basadas ambas en la escritura” (Barrán y Nahum, 1979: 140). Por un lado, encontramos el surgimiento del intelectual de café, del escritor profesional, quejoso y crítico, o también, como lo fueron la mayoría de los escritores pertenecientes a la llamada generación del centenario, orgánico y apologista del sistema. Por el otro, estaban la gran prensa montevideana y el cine.

Había surgido un público lector de masas, con todas las implicancias políticas que esto trae. Cuando la reforma constitucional de 1918 instale el sufragio universal masculino, la gran prensa capitalina buscará poner al alcance de todos los grandes temas políticos como forma de atraer votos. Todo lo que pudiera atraer lectores y futuros votantes servía extraordinariamente (ya que, como veremos, toda la prensa estaba politizada, respondiendo cada diario a una colectividad política). De ahí la gran importancia de las novísimas crónicas policiales y deportivas. Cada diario, como veremos, forjará un orden simbólico propio, tejiendo una red de significados en torno al colectivo a que respondía y, a su vez, creando alteridades. La visión del “otro” se construía muchas veces en la lectura cotidiana del diario preferido, a la hora de acostarse o en el tranvía abarrotado. Ser batllista era comprar *El Día* de la mañana o de la tarde y enterarse de cómo le había ido a Uruguay en el “football”; ser blanco era comprar la *Tribuna Popular* o *La Democracia* y leer todos los escándalos públicos que había traído la ley de divorcio; ser comunista era comprar el diario *Justicia* a la salida de la fábrica y colaborar comprando la rifa para solventar al matutino; ser socialista era comprar el semanario *El Sol* para leer las opiniones de Emilio Frugoni; ser católico era llevar *El Bien Público* a la salida de la iglesia.

Benedict Anderson, en su libro *Comunidades imaginadas* (1993), conceptualiza la trabaja el concepto de nación como una “comunidad en anonimato”:

una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberna. Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. [...] En esta perspectiva, el periódico es “una forma extrema” del libro, un libro vendido en escala colosal pero de popularidad efímera. La obsolescencia al día siguiente de la impresión crea sin embargo justamente por esta razón, esa ceremonia masiva extraordinaria: el consumo casi precisamente simultáneo (“imaginario”) del periódico como ficción. Sabemos que las ediciones matutinas o vespertinas especiales serán consumidas abrumadoramente sólo a la hora y el día de su

publicación. Resulta paradójica la significación de esta ceremonia masiva: Hegel observó que los periódicos sirven al hombre moderno como un sustituyo de las plegarias matutinas. La ceremonia se realiza en un intimidad silenciosa en el cubil del cerebro. Pero cada comunicante está consciente que la ceremonia está siendo repetida simultáneamente por miles (o millones) de otras personas en cuya existencia confía, aunque no tenga la menor noción de su identidad (Anderson, 1993: 60-61).

Esa “comunidad en anonimato” se podía vivir en distintos lugares de la ciudad moderna. En el subte, por ejemplo, el lector de periódicos “observa réplicas exactas del suyo por sus vecinos en el metro [...] y confirma de continuo que el mundo imaginado está visiblemente arraigado en la vida diaria” (Anderson, 1993: 61).

En estas décadas es que comienza a desarrollarse una cultura urbana moderna en Montevideo, que será escenario de los grandes acontecimientos políticos, sociales y culturales de la modernidad uruguaya. Va surgiendo una cultura urbana, basada en el anonimato, donde la cultura escrita de elite y de masas va sustituyendo a la tradición oral (Barrán y Nahum, 1979: 142). La pintura nacional al servicio de la patria es una muestra de la construcción mitológica de un pasado en imágenes. Gabriel Peluffo Linari (1996) ha realizado investigaciones sobre la importancia de la iconografía en la construcción en imágenes del pasado nacional. Hay una demanda del Estado de inmortalizar nuestra leyenda patria en la pintura al óleo. Hay un condicionamiento por parte del pedido oficial (más si había llamado a concurso) al impulso creador. El pasado aparecería inmortalizado con la fuerza de la imagen y figuraría para siempre en los organismos del Estado, dándoles espesor a través de la resignificación de las tradiciones. Es el caso de Pedro Blanes Viale: una biografía reciente del artista muestra cómo en la década del veinte el creador se transforma en el nuevo “pintor de la patria” (recordemos a Juan Manuel Blanes como el primer “pintor de la patria”). Sus cuadros con motivos patrióticos coinciden con una época en que se daba una disputa por los feriados y por la historia. En 1925, con motivo de la inauguración del Palacio Legislativo, se le encarga al pintor recrear visualmente el 18 de Julio de 1830. En la pintura aparecen personas portando y agitando banderas uruguayas y contemplando a las autoridades en el balcón del cabildo (algo impensado en la época).

En estas décadas es que surge la producción en serie de monumentos públicos: en 1923 el monumento a Artigas en la Plaza Independencia, en 1925 el Palacio Legislativo, en 1927 el monumento al Gaucho, en 1928 el Palacio Salvo, en 1930 el estadio Centenario, en

1934 el monumento a la Carreta, en 1938 el Obelisco y el monumento a los últimos Charrúas en el Prado. Es de notar, como plantean las arquitectas Susana Ántola y Cecilia Ponte (2000: 157), que la ciudad colonial carecía de monumentos en el sentido en que los conocemos hoy en día. En la construcción en damero en torno a la plaza pública, sólo tenían valor de monumentos la Catedral, que representaba el poder de una Iglesia sometida al patronato real, y el Cabildo. Lucían imponentes en el centro de una ciudad formada por casitas bajas y sencillas. En cambio, en estas décadas de Centenario, se resignifica el espacio público dotándolo de monumentos que ayudaban a solidificar las tradiciones inventadas. En un trabajo anterior (Morales, 2002) hemos mostrado cómo en las décadas del veinte y del treinta surgieron los principales monumentos que hoy caracterizan a Montevideo y son el objetivo de todos los fotógrafos turistas:

En 1923, ante una multitud desbordante y frenética de nacionalismo, se inaugura en la Plaza Independencia el monumento de bronce a José Artigas. Éste es el máximo prócer de la historia nacional uruguaya, cumple una función muy similar a la de San Martín en Argentina y Bolívar en Venezuela, que es la de encontrar a un conductor símbolo que guíe a toda la comunidad por los senderos a veces tortuosos de la modernidad. Se intentó hacerle decir a Artigas cosas que él no había dicho nunca, mostrarlo al mundo como fundador de la nación uruguaya. Curiosidades de la historia: cuando surgió el país como nación independiente bajo el nombre de República Oriental del Uruguay, Artigas era visto por las principales familias dirigentes como un matón, un gaucho malo (los gauchos eran típicos personajes nómades, hombres de a caballo del campo uruguayo) y contrabandista y principal síntoma de la barbarie. Ahora aparecía ahí, majestuoso, sentado en un caballo que no tenía nada de criollo, sino que era perteneciente a los modelos equinos de la Italia del Renacimiento. Al igual que el “football” (porque todavía no se había castellanizado el término como “fútbol”), Artigas serviría en esta década del veinte para afirmar el proyecto batllista. Vale la pena detenerse en la Avenida 18 de julio, esta arteria símbolo del universo moderno uruguayo, y que no sólo era el centro de Montevideo, sino que era el centro del país. Empezaba y terminaba con el prócer Artigas: se inicia en la Plaza Independencia, lugar del monumento a Artigas, y termina en el Bulevar Artigas. En esta década se engalana la 18 de julio con todo tipo de símbolos (pensemos en el nombre de la avenida, referente a la Jura de la Constitución, el 18 de julio de 1830). El batllismo triunfante vio en esta calle la perfecta creación de una arquitectura del poder. Los significados que ésta produce parecen irradiar a todos los rincones del país y contribuyen a forjar una identidad nacional. Continuando con los monumentos, el 25 de agosto de 1925, fecha del centenario de la declaración de la independencia nacional, se decide inaugurar el palacio Legislativo, majestuoso edificio neoclásico en donde a partir de entonces se pasó a reunir el parlamento. Toda su arquitectura quedó librada a producir una estética democrática. Y una vez más, los uruguayos crean mitos y leyendas que no tienen una relación clara con lo que realmente pasó. El 25 de agosto de 1825 lo que realmente hizo Uruguay fue declararse independiente de Brasil, pero continuó unido a la Argentina hasta 1828. Otra efeméride se ve en 1927, cuando le toca al “gaucho” el derecho al bronce. Un hermoso monumento en plena 18 de julio lo ve gallardo montado en un brioso corcel. Una nueva curiosidad de la historia: El “gaucho” fue uno de los enemigos más temibles del proyecto de modernidad montevidiano, pues representaba a la llamada “barbarie” rural de los bravos jinetes salvajes

del campo. Pues bien, una vez exterminados los gauchos como real peligro, se decide levantarles un monumento en el centro de la ciudad que los exterminó (Morales, 2002: 10).

Con el tema del monumento a Artigas en la Plaza Independencia hay mucho de lo que es la historia al revés: se erige en una plaza que hace conmemoración a la independencia del Uruguay por la que, justamente, Artigas no luchó ni quiso. Artigas, como es sabido, luchó por la federación de las futuras Provincias Unidas del Río de la Plata; además, Artigas nunca quiso estar en Montevideo –y por eso estableció su campamento en Purificación, en el departamento de Paysandú. Sin embargo, ese monumento montevideano inmortaliza a un Artigas conquistador, que, desde Montevideo, se catapultaba a cada capital departamental del interior del país. En cada capital departamental, a partir de esa fecha fundacional de 1923, empiezan los proyectos para construir su propio monumento a Artigas en la plaza principal (AA.VV., 1990: 98-99). Es de hacer notar que hubo un llamado a concurso para la construcción del monumento, seleccionándose las obras Ángel Zanelli, italiano, y de Juan Manuel Ferrari, oriental. El jurado optó por una tradición académica universalista, representada por el Artigas de Zanelli, dejando de lado la versión más nativista y criolla del Artigas de Ferrari (Ántola y Ponte, 2000: 221). Para la construcción de un mito, era más valiosa la estética universalista de un Artigas similar al Gattamelata de Verrochio que un Artigas de aspecto sencillo y montado en un caballo criollo, como lo son comunes en la campaña oriental.

El miércoles 28 de febrero de 1923, el día señalado para la inauguración del monumento, correspondía al último día del mandato legal del presidente Baltasar Brum. En un acto que reunió delegaciones de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Ecuador, Colombia, Guatemala y España, Brum señaló que había empezado su mandato con una nueva Constitución y que lo terminaba con el monumento al prócer. “Yo os invito –dijo– ciudadanos, a descubriros ante esta efigie querida y formulo votos para que siempre los orientales nos inspiremos en las altas virtudes cívicas de nuestros Artigas” (Pedemonte, 1950: 5). A partir de este momento, y en el futuro, siempre fue parte del ritual de las delegaciones extranjeras realizar una visita al monumento y depositar una ofrenda floral, con los sonidos de la banda militar de fondo.

El historiador uruguayo Guillermo Vázquez Franco deja planteada la importancia

de la ecuación Artigas-Estado-Artigas; el Estado –hegemonizado, como vimos, por el Partido Colorado– utilizó la figura del prócer muerto para afianzarse simbólicamente en todo el territorio (Vázquez Franco, 2001: 4-5). Con la ayuda de la escuela vareliana uruguaya fue construyendo rituales cívicos patrióticos en torno a la figura de un Artigas de bronce:

El culto a Artigas, de corte paganizante mimetiza subrepticamente el culto al Estado. La sociedad uruguaya, que no es tan laica como parece, colma el vacío que le deja cierta prescindencia o cierta apatía religiosa tradicional con la adoración a un icono que sin advertirlo, se corporiza el Estado. La estatua en la Plaza Independencia, grandes y macizas –la plaza y la estatua– con el mausoleo debajo, punto inexcusable de la liturgia, eso es el Estado. A su frente el comienzo de la avenida más importante del país, que recuerda la jura de la Constitución del Estado. En su flanco derecho, como quién dice a la diestra del dios padre, se enarbolan en tres mástiles las tres banderas, una forma pagana de la trinidad, que son símbolos del Estado; a pocos pasos, el Palacio Esteves, símbolo del ceremonial del Estado y el Palacio de Justicia [...] monopolio del Estado. A espaldas del jinete, la puerta de la Ciudadela, símbolo del poder. [...] Pero como todo mito, también Artigas, que en su vida humana fue un caudillo argentino y federal, está desprendido de su realidad histórica, convertido en un prócer del Estado uruguayo, immaculado y unitario. Nada que ver (Vázquez Franco, 2001: 5).

Es de destacar que en el proceso de invención de tradiciones a Uruguay le pesa tanto o más que la visión del adentro la visión del afuera. Por eso la importancia de la imagen universalista del monumento a Artigas de la Plaza Independencia. Esto será una constante en todas las diferentes tradiciones que en forma de monumentos, pinturas al óleo o en letra impresa recorrerán nuestro período de estudio. El arte, con un rol civilizador, se ajustaba a los paradigmas del arte europeo –y no a un arte que surgiera con la fuerza de lo propio y lo nativo. Así parece expresarlo la publicación *Arquitectura*, la revista oficial de los arquitectos uruguayos:

Acaban de llegar de Italia y se encuentran depositadas en la Aduana un importante grupo de reproducciones escultóricas de obras célebres, estatuas, jarrones, etc., encargadas hace tiempo por la Comisión del Parque Central para embellecimiento de dicho paseo público [...] Ya era tiempo de iniciar una serie reacción contra las pueriles, ridículas y casi carnavalescas esculturas que de un tiempo a esta parte han inundado nuestros paseos, balnearios y edificios públicos y privados, y que tanto contribuyen a depravar el gusto y ofrecer a los extranjeros que nos visitan el espectáculo de un pueblo infantil e inepto en cuestiones de arte (Ántola y Ponte, 2000: 221).

La misma tensión entre universalidad y originalidad nativista aparece en torno al

monumento al Gaucho, inaugurado el 30 de diciembre de 1927 y cuyo escultor fue José Luis Zorrilla de San Martín (el hijo del poeta). En 1919, la Federación Rural, el órgano de presión política conservadora que nucleaba a los estancieros, llama a concurso para su creación. No deja de ser una paradoja que sean los estancieros, que siempre fueron los principales adversarios de esa figura anárquica y enemiga del alambrado y la propiedad privada, los que deciden elevarle un monumento: el símbolo de la barbarie y el atraso ahora merecía el derecho al bronce y a la inmortalidad en la principal avenida de aquella ciudad que, como dijimos, había dirigido su exterminio. En el discurso de la propia Federación Rural con motivo del llamado a concurso se lee:

“ofrendar al Estado, con motivo del próximo Centenario de la Gloriosa Independencia de la Patria (se refiere al Centenario de 1825 y no al de 1830), un monumento que se erigirá en la Capital de la República y en el lugar que designen las autoridades respectivas, que perpetúe a través del tiempo la figura legendaria del Gaucho uruguayo [...] el hombre que producto de acciones y reacciones sociológicas, y mezcla de razas en que ha predominado por fin la caucásica, apareció en nuestra tierra con los rasgos fisonómicos fundamentales que la propia tierra le imprimía, tomó posesión de ella por nosotros y para nosotros, y luchó por fin, con abnegación y heroísmo, para hacerla cuerpo de un alma nueva, habitación de la nueva personalidad colectiva, fuerte, robustamente constituido que hoy es la Patria que amamos.” (firman Elías Regules, Juan Zorrilla de San Martín, Francisco Ros, Carlos Arocena, y Alejandro Gallinal) (Ántola y Ponte, 2000: 223).

Lo curioso es que el ganador del concurso, José Luis Zorrilla de San Martín, diseñó y realizó el monumento en París. Si bien esta vez el caballo sí es criollo, el escultor tuvo dificultades para encontrar en la ciudad luz un modelo equino, que finalmente encontró en un caballo de un carretero parisino (Ántola y Ponte, 2000: 224).

En 1938 se construye el Obelisco en homenaje a los constituyentes que el 18 de julio de 1830 habían creado la primera Constitución de la República. Está construido en la finalización de la avenida 18 de Julio y frente a los comienzos de lo que hoy se denomina Parque Batlle. Algunas de las avenidas y calles que lo rodean llevan el nombre de los ingleses que, como Lord Ponsonby y Canning, fueron decisivos para la creación del Uruguay como “Estado tapón” y para que obtuviera su independencia, con la Convención Preliminar de Paz de 1828. Esas calles, curiosamente, desembocan en lo que era el Consulado de Inglaterra en Montevideo (Vázquez Franco, 1994: 33).

El monumento *Los últimos charrúas*, inaugurado en 1938 y obra de E. Pratti, G.

Furest Muñoz y E. Lussich, es interpretado por la antropóloga Leticia D'Ambrosio en clave muy similar a la que manejamos aquí:

Las estatuas representan a los cinco indígenas-Ramón Mataojo, Vaimaca Perú, Senaqué, Laureano Tacuabé, y Micaela Guyunusa –capturados por el presidente Rivera– luego de tratar de exterminarlos en “la masacre de Salsipuedes” y desterrados a Francia en 1832 [...] La imagen de esta obra escultórica se introduce en los textos escolares para referirse e interpretar a los indígenas que habitaron la región que actualmente conforma el Uruguay. A partir de esta imagen es que desarrollamos la idea que hemos denominado: el mito de los indígenas de bronce. La idea que constituye el mito de los indígenas de bronce es la de que “los últimos charrúas” fueron enviados a Europa, con ellos el componente indígena sale del país, queda en el afuera y reaparece años después con el relato del destino corrido por aquellos indios. Aparece entonces una estatua que lo plasma y concretiza. El acontecimiento no es problematizado ni presentado como conflictivo sino que a través de su monumentalización se naturaliza el destino de esos grupos (D'Ambrosio, 2009: 79).

Dentro de esta tendencia a la “estatuamania” que caracterizó al período de estudio de este trabajo también cabe destacar *La carreta*, obra del escultor José Belloni inaugurada en 1934 y que rememora al vehículo tradicional de los habitantes de la campaña oriental. Fue emplazada en el Parque Batlle y Ordóñez, el parque en donde se había construido el Estadio Centenario. Las otras esculturas que caracterizan a Montevideo y que también fueron obra de Belloni son *El Entrevero* (emplazada en la Plaza céntrica Fabini, en 18 de Julio), en donde “en apretado círculo, indios y gauchos se trenzan en furiosa lucha casi fusionándose con los caballos encabritados” (Álvarez y Montero, 2002: 12) y *La Diligencia*, levantada en el Prado. Ambas son posteriores al período que estamos estudiando (la primera es de 1967 y la segunda de 1951) pero refuerzan la idea de ese eclecticismo entre lo nativo y lo cosmopolita que caracteriza a los símbolos de la identidad nacional de cuño montevideano.

La principal arteria, 18 de Julio, se transforma en la avenida símbolo del país entero. El tema de la nomenclatura de la ciudad de Montevideo reflejó un eclecticismo, entre el apego a las tradiciones por un lado y el mensaje universalista por el otro (universalismo que era en buena medida tributario del cosmopolitismo batllista). Al cosmopolitismo lo encontramos en denominaciones como Lepanto, Parque de los Aliados (de la Primera Guerra Mundial), Rambla Wilson, Petain, José Bonaparte, Avenida Italia, entre otros.

Los monumentos y el nombre de nuestras principales avenidas y parques de

Montevideo son por lo demás significativos de la apropiación desordenada y confusa que desde el punto de vista de las tradiciones de la patria han realizado los partidos tradicionales. Los nombres de los principales monumentos, plazas y avenidas de esta Montevideo moderna y pujante que le daba la espalda a un interior considerado atrasado, nos suenan a Partido Colorado. La principal arteria, 18 de Julio, se transforma en la avenida símbolo del país entero, a partir del centenario de una Constitución, la jurada el 18 de julio de 1830, que quedó identificada con el caudillo fundador del partido, el General Rivera. A este general, el partido que se apropia del Estado durante prácticamente todo el siglo XX, le dedica una avenida fundamental en lo que tiene que ver con el agitado tránsito montevideano y que atraviesa la ciudad horizontalmente. Se le dedica, también, un parque que lleva su nombre y que un estadio surgido en el mismo da lugar a una increíble paradoja. El estadio, que pretende funcionar como alternativa al Centenario, se llama “Charrúa”<sup>21</sup>. Fue durante la presidencia de Rivera que se exterminó a los últimos charrúas, en la célebre batalla de Salsipuedes. A la avenida Rivera se le suma otra con nombre de prócer del panteón colorado; la General Flores lleva este nombre en honor a un general y presidente colorado considerado protagonista de uno de los episodios de sangre más terribles y brutales del siglo XIX uruguayo, el genocidio en la ciudad de Paysandú liderado por el caudillo trágico Leandro Gómez (mártir del partido blanco) producto de una traicionera e ilegal invasión a territorio oriental. El otro gran parque en importancia de la capital se llama Parque Batlle, en honor al presidente colorado que a comienzos del siglo XX no sólo transformó a su partido sino al país. Este parque es el que rodea al Estadio Centenario. La otra gran avenida de importancia, la 8 de Octubre, lleva su nombre en honor a la fecha que dio fin a la llamada Guerra Grande (1839-1851) y a la paz interna entre colorados y blancos (en una guerra que habían ganado los colorados).

Otro monumento que es interesante estudiar para realizar un análisis comparativo con el Estadio Centenario es el Palacio Legislativo: uno, el Palacio Legislativo, simbolizaba la grandeza del centenario apoyado por los blancos y el otro, el Estadio, el centenario de los colorados, evidenciando la lucha por la conquista de los símbolos que se dio en cada uno de estos dos espacios públicos, en una relación especular entre los

---

<sup>21</sup> Debo esta observación al sociólogo Rafael Bayce.

partidos.

El Palacio Legislativo, empezado a construir en 1908, fue inaugurado el 25 de agosto de 1925, durante la presidencia de Serrato, el mandatario que vivió la coronación de los olímpicos de 1924, en el día del Centenario, festejado hasta el éxtasis por los sectores herreristas del Partido Nacional, y relativizado por los batllistas del Partido Colorado. En la lucha por la memoria y por apropiarse del calendario y de los símbolos patrios que realizan ambos partidos, el que construye la historia siempre es el vencedor. Esto queda evidente, por ejemplo, en el “salón de fiestas”, utilizado para recibir y homenajear a delegaciones extranjeras y realizar grandes conferencias; en los cuadros que aparecen allí encontramos una verdadera disputa simbólica por el pasado y son un fiel testimonio de cómo se ha construido la historia y la memoria colectiva. Hay un cuadro de Oribe, uno de Lavalleja y dos de Rivera en la parte central del salón: una búsqueda de la coparticipación que además de política era simbólica, pero una coparticipación con hegemonía colorada. Artigas queda como la argamasa que hace que el discurso nacionalista siempre sea neutral, ni blanco ni colorado. En los dos costados laterales de la sala encontramos cuadros que hacen referencia al prócer; en *Las Instrucciones del año XIII*, de Blanes Viale (1920) Artigas diciendo la célebre frase símbolo de la democracia y la república uruguaya: “Mi autoridad emana de vosotros y cesa ante vuestra presencia soberana”; el otro es sobre la Batalla de Las Piedras. Es la síntesis visual del contenido de la historia patria de los textos escolares. En cuanto al estilo arquitectónico, el neoclásico inspira la obra del arquitecto italiano Gaetano Moretti. Vemos cómo escultores y arquitectos italianos contribuían a la afirmación de la identidad nacional y a la invención de las tradiciones.

El ascenso de las clases medias fue otra de las características del período y terminó afirmando algo que se forja en el carácter nacional: la idea de que todos pertenecemos a la clase media. El creciente espíritu mesócrata que empezó a alimentar el reformismo batllista llevó a que se censurara la ostentación de la riqueza económica. Más bien esta cultura batllista empezó a alimentar hombres de perfil bajo, que iban y venían de trabajar con trajes y sombreros austeros y hacían culto del ahorro. Este hombre alcanzaba su tipo ideal en el empleado público que la creciente burocracia demandaba, trabajo seguro para toda la vida, derecho a una jubilación digna, esposa e hijos. Ni mucho, ni poco, sino que en el

medio. Las propias clases altas y los sectores populares adquirieron esta lógica y entraron en el atajo perezoso de sentirse en el medio. El discurso oficial, de dirigirse siempre “a la clase media”, encerraba un profundo ocultamiento: si todos estábamos en el medio, había alguien que siempre tenía más que nosotros pero otros estaban peor; lo mejor era que todo siguiera igual.

El football también entraba en este juego imaginario, juego digno de estudio para una historia de las mentalidades en el Uruguay. Los “footballers” de la generación de los olímpicos encontraron todos empleos públicos como premio a la gloria dada al pequeño país de la cola de paja. Obreros la mayoría, cumplían el sueño del mayor ascenso social de la época: pasar de pertenecer a una familia obrera, hijos de inmigrantes, a tener un puesto en la codiciada burocracia estatal, pasando a ser un trabajador de cuello blanco. Muchos de ellos terminaron haciendo carrera dentro de la administración pública; por ejemplo, José Nasazzi terminó siendo gerente del casino municipal, y el puesto de portero fue ocupado por el otro caudillo del fútbol oriental, Obdulio Varela.

Otro de los resortes fundacionales del Uruguay moderno es el culto a la democracia y al legalismo. En una carta dirigida a su amigo y colaborador Domingo Arena y a Carlos Manini, desde su alejamiento estratégico en París y preparándose para su trascendental segunda presidencia, con fecha del 7 de febrero de 1908 Batlle y Ordóñez expresa lo siguiente:

Yo pienso aquí en lo que podríamos hacer para construir un pequeño país modelo, en el que la instrucción esté enormemente difundida, en que se cultiven las artes y las ciencias con honor, en que las costumbres sean dulces y finas (citado por Andacht, 1992: 25).

Fernando Andacht habla de “la religión mesócrata”:

Cabe preguntarse: ¿quién o qué cosa habría de ocupar en Uruguay el vacío dejado por la entrega mística, el arrojo individual, o la mano invisible del mercado que sabemos inseparable de la ética protestante? Para la sociedad uruguaya será un Estado que va a adelantarse pródigamente a las necesidades de todos sus protegidos, que habrá de proveerles de todo lo necesario para su mayor bienestar no sólo material sino también espiritual. Desde la jubilación hasta la educación superior, el ciudadano será el protegido principal del Estado poderoso, no así el empresario o el hacendado, por ejemplo (Andacht, 1992: 26).

El culto a la democracia y a los partidos que eran los mediadores de los ciudadanos (producto la mayoría del aluvión inmigratorio) con el Estado, tenía que tener una narración histórica que la legitimara. Hay un culto a un Artigas demócrata como un Moisés de la democracia.

Pero también es clave para la conformación del imaginario social la carga de signos que trae el contingente inmigratorio europeo al Río de la Plata. [...] carne abundante y barata para el ahora mismo, y título de doctor para el mañana de sus hijos. De esta atmósfera en parte proviene el espíritu de felicidad (Martínez Ces) que envuelve con generosidad a campesinos y proletariado urbano europeo en los márgenes del Plata, a comienzos del siglo XX (Andacht, 1992: 26)

Hay diferencias entre la idea de ciudadanos-soldados y un Estado unido a la Iglesia como era uno de los aspectos del proyecto moderno argentino, y el caso uruguayo, donde se forma a los ciudadanos a través del culto civil a la democracia y a un estado laico. Andacht trabaja el culto que los uruguayos tienen al Estado laico y demócrata, como una forma de religión civil que sustituyó a la antigua religión oficial católica:

El proyecto de un “pequeño país modelo” que aflora en París lo lleva en el equipaje el estadista desde el sueño colectivo de tantos españoles e italianos que viven la bonanza del Nuevo Mundo.[...] La igualdad brillaba por su ausencia en la experiencia cotidiana originaria de muchos de estos flamantes uruguayos, tanto como la carne. [...] La utopía mesócrata del fundador del batllismo intentará corregir esto. Los ritos que propone para llevarlo a la práctica tiene que ver con el Estado y sus funciones. [...] En lugar del entusiasmo desbordante de las sangrientas plazas de toros, el pensador político ofrece la visión de los entes del Estado, las instituciones de enseñanza secundaria y terciaria, el actual Banco de Previsión Social. Todos estos lugares, además de servir su cometido concreto y objetivo, devienen imágenes de culto, se cargan del mismo tipo de poder que en otros lugares tienen mezquitas y catedrales. [...] Para el ciudadano medio la vigencia de este reino que no es del todo terreno significa que a cambio de sacrificar la sed de pasiones [...] se le otorga una vida civilizada, educada, burocratizada y módicamente feliz (Andacht, 1992: 27).

Es el culto al legalismo, al escalafón, al ascenso por concurso, a la meritocracia. Dentro de ese Estado, en donde la burocracia crecía en forma tentacular, se podía hacer carrera y ascender por antigüedad. Ahora, el tema que deja planteado el antropólogo Antonio Lezama (2008) es que desde el punto de vista del imaginario, el gaucho y los valores criollos, pastoriles, el buscar no hacer nada y esperarlo todo del Estado le ganaron al inmigrante. La realidad pastoril y caudillesca se basaba en esencia en no hacer nada.

Una pradera en donde el ganado cimarrón y cuernilargo era mucho más numeroso que los jinetes a caballo ofrecía todo sin el menor esfuerzo. Era un mundo en el que lo más fácil será entrar a un ente estatal por concurso –o, directamente, por un vínculo político– y esperar tranquilamente la jubilación. A su vez, fue un Estado que amortiguó muchos impulsos de cambio. Funcionó como un resorte. Entonces,

¿Qué es la mesocracia sino una forma de credo? Tomo el término de Real de Azúa y de teorizaciones más recientes como las que llevan a cabo Carina Perelli y Juan Rial (1986). Extirpar la religión oficial, arrinconarla hasta reducirla a disidencia familiar, interna, y de poca visibilidad pública, no elimina la religiosidad, sólo una religión establecida. El Mumi sin saberlo está fundando otra forma de religión, tan potente como la que combate sin tregua. La fe católica es efectivamente desplazada del imaginario social, pero el Estado y sus dones inagotables ocupan el lugar del misterio divino. Mesocracia es la ideología que surge cuando la colectividad recibe a cambio de la religión oficial extirpada la oficialización de todo ámbito social. Esta forma de organización del ánimo se convierte en la mayor religión uruguaya del siglo XX (Andacht, 1992: 29).

### *3.3-La lucha por el pasado*

A los efectos de este trabajo, nos interesa ver cómo se posicionaron los diferentes partidos políticos frente a las tradiciones que configuraban la identidad nacional en las décadas del veinte y del treinta.

Hay una batalla simbólica por el pasado, ambos forman parte de una lucha por la tradición. Una realidad que es polifónica es monopolizada desde el presente por una sola voz, la voz de los vencedores. Esto lleva a que la identidad nacional se vaya construyendo por el grupo dominante. Básicamente la relación se da en cómo se produce la hegemonía de los diferentes grupos en torno al pasado. De esta forma, un grupo logra que el resto del colectivo social se junte en torno a algo y se oponga a otra cosa. Desde el presente se construye el pasado y el futuro; tiene que darse un choque o una escisión cultural muy fuerte para que se produzca un cambio en la articulación de las identidades sociales mayoritarias con el grupo dominante. Recordemos que en el particular caso de Uruguay, se es “uruguayo” a través de la mediación de los partidos políticos llamados, precisamente, “tradicionales”. Una enorme zanja los separó durante los diferentes episodios que hicieron la historia nacional; al enfrentamiento en las cuchillas, a caballo y lanza, sucedió un enfrentamiento a nivel simbólico por apropiarse de las tradiciones que les permitieran

liderar la nación. Se es uruguayo porque primero se es batllista o herrerista. Entre ambos partidos encontramos una fuerte disputa por la construcción de la memoria colectiva.

Los blancos y los colorados se van a disputar ese pasado artificial, para que sirva para recrear su propia imagen de la patria. En la construcción del discurso de esta historia patria, dos fechas serán fundamentales: el 25 de agosto de 1825<sup>22</sup> y el 18 de julio de 1930<sup>23</sup>. En la década del veinte se cumple el centenario del 25 de agosto, y los blancos lo tomarán como el centenario más importante de la historia del Uruguay, coronando sus festejos con la inauguración del Palacio Legislativo. El 18 de julio de 1930 se cumple el centenario de la Jura de la Constitución, tomándolo los colorados como el verdadero centenario, teniendo éste carácter oficial, y como broche de oro de los festejos la realización del primer Mundial de la historia y la inauguración de un estadio llamado, precisamente, “Centenario”. Este debate en torno a los centenarios y a cuál era la fecha más importante de la independencia nacional llegó a las cámaras de Diputados y Senadores:

El proyecto que estatúa el 25 de agosto de 1825 como fecha de la independencia nacional triunfó en diputados con los votos del partido blanco y contadísimos colorados, mientras que en el Senado con mayoría colorada y el apoyo de algún blanco, aprobó la alternativa del 18 de julio de 1830 (Caetano y Rilla, 1994: 30).

Carlos Real de Azúa (1990) investiga la fuerte politización que tuvo esta polémica parlamentaria que se dio en el año 1923:

A nivel parlamentario la iniciativa del diputado José G. Antuña de festejar el 25 de agosto de 1925 el centenario de la existencia del país independiente desencadenó una turbonada que removió a doble plano, político e historiográfico. El informe de Pablo Blanco Acevedo a nombre de la comisión “ad hoc” nombrada por la Cámara de Representantes puede bien oficiar de punto de intersección entre ambos. [...] el 25 de agosto y su antecedente de los Treinta y Tres orientales ponía en primer plano de relevancia a Lavalleja y Oribe, una razón que hizo que el Partido Nacional prácticamente en masa respaldara su adopción como fecha centenaria. La

---

<sup>22</sup> 25 de agosto de 1825: reunión de la Asamblea de Representantes en la Florida, donde se aprobaron las actas de declaratoria de independencia, de unión y de uso del pabellón de las Provincias Unidas. Este acontecimiento tuvo su origen el 19 de abril del mismo año, en donde se produce el desembarco de los “Treinta y Tres Orientales” encabezados por Juan Antonio Lavalleja para iniciar la Cruzada Libertadora de la Provincia Oriental del Imperio del Brasil. En el calendario de los feriados patrios, esta fecha es tomada como la más significativa por el partido blanco, ya que el fundador del mismo, el general Oribe, era lugarteniente de Lavalleja.

<sup>23</sup> 18 de julio de 1830: juramento de la primera Constitución uruguaya en la plaza Matriz de Montevideo. Esta fecha es la más significativa para el partido colorado, ya que su fundador, el general Rivera, fue el primer presidente de la República a raíz de la Jura de la Constitución.

misma circunstancia despertó naturalmente la oposición del Partido Colorado en todos sus matices; su implícita ortodoxia histórica imponía la intervención decisiva de Rivera como autonomista cabal frente al porteñismo de los futuros caudillos blancos y hacia de la hazaña que significó la conquista de las Misiones el acontecimiento precipitante de la paz y del nacimiento de una nación nueva (Real de Azúa, 1990: 230).

El informe de Pablo Blanco Acevedo terminó en el libro *Centenario de la Independencia. Informe sobre la fecha de celebración* (1925), en cuya introducción el autor aclara que es producto de un pase en comisión que le fue otorgado para, en régimen de investigador rentado, establecer cuál sería la fecha histórica que debía celebrar el país en sus próximos centenarios de 1925 y 1930. Blanco Acevedo falsifica y “empata” documentos, para que éstos hagan ver que el sentimiento de todos los futuros próceres de la patria en 1825 era querer y soñar con la independencia. Blanco Acevedo fue el Ministro de Instrucción Pública durante la presidencia de Serrato. Pertenecía a la fracción vierista del Partido Colorado y esto, como dice Real de Azúa (1990: 230), llevaba a matizar la idea de que todo el Partido Colorado en bloque se opuso a la idea del Centenario en el 25 (era una mínima minoría, como se demostrará en la votación en las Cámaras de Representantes y de Senadores).

En autores como Blanco Acevedo, la producción historiográfica del Centenario encuentra una continuidad con el legado de primer imaginario nacionalista del siglo XIX, que se masifica a la población a través de los manuales escolares de consumo obligatorio:

la tesis independentista clásica constituye desde Ramírez, Zorrilla de San Martín y Bauzá hasta Blanco Acevedo y Pivel Devoto la línea dominante de nuestra historiografía tradicional. Es más aun, es el núcleo organizativo central, el que estructura y da sentido a otras postulaciones también claramente mayoritarias sobre o nuestras guerras civiles, la función de los partidos, las relaciones externas del país (Real de Azúa, 1990: 53).

Esta tesis de independencia generó la réplica en la tesis unionista, que tuvo como su principal defensor a Eduardo Acevedo, con una influencia enorme en las décadas de estudio. El historiador José Rilla (2008) nos muestra el tono colorado batllista que tenía su visión. En sus *Anales Históricos del Uruguay* (Acevedo, 1933-1936), hay una contraposición colorada y blanca, de tinte de “civilización y barbarie”. Parte de la oposición del Montevideo de la Defensa colorado, doctoral y culto, opuesto al Gobierno del Cerrito del considerado en el futuro fundador del Partido Nacional, el caudillo general

Oribe. La tesis unionista, que es la que políticamente triunfa, es la que llevaba a los colorados al héroe y fundador del Partido, el general Rivera. Se partía de cómo la campaña de la conquista de las Misiones en 1828 por Rivera fue lo que precipitó el devenir de los hechos que llevarían a la independencia del Uruguay. Los trabajos recientes de Ana Frega (2011) muestran, sin embargo, cómo el general Rivera en las Misiones y durante su campaña de exitosa de 1828, lejos de querer la independencia manejaba proyectos de Estado que no coincidían con las fronteras geográficas actuales de Uruguay, Argentina y Brasil.

El condicionamiento político lo vemos en la Comisión Especial designada para el tema de la fecha del Centenario. La comisión, de nueve miembros, era multipartidaria. Es de hacer notar la oposición, en la mencionada comisión, de tres personajes centrales en este estudio: los batllistas Atilio Narancio y Julio María Sosa, y el riverista Félix Polleri:

En ella, fue que elaboró su informe tan comentado el Dr. Pablo Acevedo, el que fue aprobado por un margen estrecho de cinco votos en nueve dentro de la Comisión de Nueve Miembros (tres senadores y seis diputados). A favor de él votaron los senadores Santiago Rivas y Carlos Roxlo y los diputados Rodríguez Larreta, Ismael Cortinas Blanco Acevedo. En contra lo hicieron Atilio Narancio, Julio María Sosa y Félix Polleri (Real de Azúa, 1990: 230).

Lo discutido en la 33 sesión ordinaria, de 7 de mayo de 1923, en la Cámara de Representantes adquirió, para Real de Azúa, un verdadero tono novelesco y, finalmente, se decidió votar, no el informe de Pablo Blanco Acevedo sino el anterior, de José Antuña, que era el que había tomado la iniciativa parlamentaria para que el 25 de agosto de 1925 fuera el Centenario oficial del país. Esta propuesta fue aprobada en Diputados pero no en Senadores, quedando finalmente el 18 de julio de 1930, como el Centenario oficial.

Caetano (1997) nos muestra que incluso dentro de las distintas fracciones de los partidos Colorado y Nacional hay una disputa simbólica por el pasado y por la memoria:

El batllismo acaudilló en las cámaras legislativas y en la prensa la defensa del 18 de julio como la defensa de la independencia nacional, buscando de ese modo-entre otros motivos-salvaguardar el protagonismo histórico de Rivera, héroe fundador del Partido Colorado. En circunstancias en que los nacionalistas y cívicos los acusaban de “antinacionales” y los colorados antibatllistas arreciaban sus críticas acerca de su “amenidad” respecto de las tradiciones colorados, para los batllistas el problema de su posición frente al pasado nacional y partidario adquiría la mayor trascendencia política. [...]Para ello, en primer término, defendió la idea de una celebración más orientada al futuro que al pasado.[...]Frente a estas ideas, las

otras fuerzas políticas reaccionaron con dureza. En especial los nacionalistas-con firme apoyo de la Iglesia Católica y de la Unión Cívica-defendieron con mucho vigor la fecha del 25 de agosto como el día de la independencia nacional, denunciando lo que juzgaban como un boicot de batllistas y colorados para opacar las celebraciones vinculadas con los acontecimientos protagonizadas por la “Cruzada Libertadora” de 1825 (Caetano, 1997: 33).

Lo que se estaba consolidando era el concepto de “patrias subjetivas”, o sea, el ser uruguayo y ciudadano bajo la intermediación de los dos grandes partidos políticos tradicionales de la época:

Al resignificar y consolidar su condición tradicional de “patrias subjetivas”, blancos y colorados se convertían también en los vehículos privilegiados de la renovada identificación de la nación con el sistema político y con los partidos, afirmándose de ese modo todo un modelo de ciudadanía. [...] De esta manera, más allá de sus exotismos y caricaturas, los fastos del Centenario, terminaron por consolidar algunos legados institucionales y culturales muy importantes para el futuro: la renovación de la identificación entre la nación y los partidos; la configuración de todo un modelo moderno de ciudadanía, mucho más universalista que particularista; la “estatización” y “partidización” de lo público y el establecimiento de su primacía sobre las zonas de lo privado (Caetano, 1997: 37).

Carlos Demasi, en su libro *La lucha por el pasado* (2004), también nos muestra la disputa por la tradición en estas décadas de estudio:

La identidad partidaria entendida como la continuidad de una tradición fue un permanente tema de debate en los años veinte. Como resultado se produjo un verdadero “combate por la historia” donde cada sector se esforzó por interpretar los datos del pasado y adecuarlo a sus necesidades. Entre los blancos, Herrera es un buen ejemplo de dirigente “tradicional” que construyó su electorado creando la figura del líder de masas. El caso es especialmente interesante si se aprecia la habilidad con primero marcó distancia con el discurso guerrero [...] para después apropiarse de ese discurso cuando-ya en la década del veinte-pudo apelar a la figura de Saravia sin riesgos para la estabilidad política; de esta manera pudo acumular electorado en todas las capas sociales y proyectarse como la figura dominante dentro de su partido (Demasi, 2004: 68).

En el caso del Partido Nacional, había una pregunta que llevó tiempo resolver: ¿Partido Blanco o Partido Nacional? La resignificación de la tradición partidaria será clave para resolver el conflicto:

El Partido Nacional tenía un conflicto de tradiciones que se expresaba en la diversidad de fechas de fundación. Por un lado estaban los seguidores del “Partido Nacional” surgido en los años cincuenta del siglo XIX como expresión del fusionismo, que se identificaban con el gobierno de Berro y con el Programa del “Club Nacional” de 1872, y por otro la vertiente

“caudillista” identificada con los blancos y seguidores de Oribe. [...] El acuerdo de 1917 abrió el espacio para reconstruir la historia partidaria, integrando los episodios arabistas como una etapa de la historia del Partido, donde los levantamientos producidos desde 1896 en adelante habrían estado motivados por esas demandas que se habían incorporado al texto constitucional. De esta forma la actuación de Aparicio Saravia podía servir como fundamento para la construcción de un relato unificado donde la lucha armada-que antes aparecía en contradicción con la política-ahora era su fundamento y correlato necesario. Pero para eso hubo que implementar una política de olvido puesto que todavía estaban frescos los enfrentamientos vividos (Demasi, 2004: 68).

Sin embargo, si la figura de Saravia era controvertida, también lo era la de Oribe, ya que había actuado bajo las órdenes de Rosas. Pero había que reivindicar a Oribe si se quería que lo “blanco” y lo “nacional” se fundieran en su solo partido tradicional:

La reivindicación de la figura de Oribe parece haber tomado impulso a partir de 1912, cuando Aquiles B. Oribe hizo la primera revisión importante de la actuación de Manuel Oribe durante la Guerra Grande. En 1917, en el marco de una polémica con “El Día”, Lorenzo Carnelli publicó una serie de artículos (que luego reunió en un libro), donde defendía la actuación de Oribe; con la publicación de este libro Carnelli inscribía la reivindicación histórica del personaje[...]. Recién en noviembre de 1921 el Directorio del Partido Nacional asumió plenamente la herencia de la tradición “blanca”, cuando proclamó a Manuel Oribe como su fundador y dispuso homenajes en el aniversario de su muerte [...] desde entonces el batllismo – que eludía designar a sus adversarios políticos con la denominación de “Partido Nacional” porque en su sentido original significaba “el Partido de la nación”–, sustituyó las referencias al “partido saravista”, al que daba el significado de “montonero”, por el de “oribista” que en la época era un equivalente de “degollador” (Demasi, 2004: 69).

Las “izquierdas” formadas por los comunistas, socialistas y anarquistas tenían otra visión de la tradición. Para ellos no se trataba de ser “uruguayos” y apropiarse de un pasado legendario, sino que lo suyo era un salto hacia el futuro, sin raíces locales y apoyados en un discurso fuertemente internacionalista. Ante la creación del estadio tuvieron la misma reacción que ante otros monumentos de la época: a su manera, crearon un choque muy fuerte con las tradiciones y con la idea de patria que implicaban, y buscaron generar una cultura alternativa, donde la violencia simbólica en muchos casos se transformó en violencia real:

La izquierda no participaba en la lucha por el pasado; la adhesión a la tradición no formaba parte de su discurso y era notorio el desdén que mostraban por un pasado identificado con los vicios de “la política criolla” al que unían el rechazo al “patriotismo” desde su postura internacionalista. Desde su *Manifiesto* de 1910, Frugoni identificaba el pasado con las “deplorables revueltas” [...] y más drásticamente Celestino Mibelli, que como Secretario del Partido Socialista en su polémica con Batlle afirmaba: “Ya casi no me acuerdo del himno”

(Vanger, 1989: 46). [...] Esta actitud no es una postura circunstancial sino que responde a la forma de concebir el pasado que por mucho tiempo fue característica de la izquierda: como partidos que proponían una ruptura radical, no consideraban relevantes los condicionamientos heredados (Demasi, 2004: 73).

De esta manera, ante el continuo proceso de invención de tradiciones, las izquierdas uruguayas de la década del veinte mantuvieron una postura combativa en sus órganos de prensa. Los comunistas, por ejemplo, tendrán la misma oposición al culto a Artigas, con su monumento en 1923, con la inauguración del Palacio Legislativo el 25 de agosto de 1925, y con la del Estadio Centenario el 18 de julio de 1930.

## **IV-La invención de una tradición**

Hasta aquí hemos presentado a dos de las tres variables del tríptico de la tesis: la identidad nacional y el sistema de partidos de las décadas de estudio. Ahora nos introduciremos en el tema fútbol. Este capítulo intenta partir del origen del fútbol en Inglaterra, el nacimiento de un primer internacionalismo futbolístico en las Islas Británicas, el nacimiento de la FIFA y toda la influencia que tuvo en los orígenes del fútbol uruguayo y su primer empuje internacional. Por último, trata del nacimiento de los Campeonatos Sudamericanos y de la Confederación Sudamericana de Fútbol (CSF) en 1916 y la influencia que tuvieron la política y el contexto político y cultural uruguayo de la época. En este período, en Uruguay el fútbol se apropia como una tradición más y se convierte en un instrumento de integración simbólica de la comunidad imaginada que es la nación uruguaya.

### **1-El nacimiento del fútbol en Inglaterra y su relación con el Río de la Plata**

Tanto en Uruguay como en Argentina, el fútbol fue introducido por “aquellos ingleses locos”. En las últimas décadas del siglo XIX el fútbol tiene su primer impulso. Conjuntamente con el ferrocarril, con los intercambios con la marinería (nunca demostrados), y por la acción de los colegios ingleses, el fútbol comenzó a formar parte de los juegos de recreación de este mundo rioplatense. Por supuesto que al principio era todo cerradamente británico, desde las reglas hasta los integrantes de los equipos y los nombres de los equipos y de las noveles ligas.

El proceso por el cual se “hibridiza” una práctica cultural extranjera con las prácticas criollas es lento, como veremos más adelante. Para entender esta compleja mezcla cultural que se da en el fútbol entre lo británico y lo criollo, es necesario empezar conociendo cuál era el aporte de los “maestros” ingleses. Para ello es necesario acercarnos a los orígenes y desarrollo del fútbol en la Rubia Albión, encontrar cuáles serán los aportes decisivos que los ingleses traen al Río de la Plata y, a su vez, cómo se irán mezclando con

lo “nativo”, conformando el llamado “estilo nacional”.

El principio de reglamentación de antiguos deportes de equipo que tenían su origen en la Edad Media fue documentado por Thomas Arnold:

A partir de 1830, y bajo la influencia de la industrialización en Inglaterra, se desarrolla un proceso de cambio en las public schools, que se acompaña de una transformación decisiva del juego de pelota. La estabilidad de la sociedad inglesa se tambalea debido a la ascensión de la burguesía. Ésta consigue extender su control a los colegios, que sufren grandes cambios. [...] Thomas Arnold, director del colegio de Rugby, entre 1828 y 1840, pone tímidamente en práctica este tipo de reformas (Wahl, 1990: 16).

Este juego moderno se origina en los colegios donde se educaba la alta burguesía. En un principio, lo que conocemos como fútbol y rugby eran el mismo juego.

Nos proponemos mostrar, primero, cómo se dio en Inglaterra la lucha para acercarse al fútbol entre diferentes colectivos como la iglesia, los partidos políticos y los sindicatos, las empresas, la prensa popular, etcétera, como forma de apropiación de lo popular. Hubo diferentes móviles (higienistas, de mecenazgo, como búsqueda de acrecentar el mercado, para obtener apoyo político, entre otros) que llevaron a utilizar al fútbol para favorecer a determinado colectivo. Eric Dunning nos hace una somera muestra de la evolución de distintos juegos en Inglaterra.

En la Europa medieval, las tres modalidades de “deportes” más importantes fueron los torneos, las competiciones con arco y los juegos populares. [...] El fútbol y el rugby moderno descienden de una clase de juegos populares medievales que en Inglaterra tenían diferentes nombres como “football”, “campball”, “hurling” y “knappan”. [...] En estos juegos, la pelota era portada, lanzada y golpeada con palos y a patadas. Los partidos se jugaban lo mismo por las calles de la ciudad que en el campo. El número de jugadores variaba, no estaba restringido, y algunas veces superaba el millar. No había igualdad en el número de contendientes de cada bando. Las reglas eran orales y localmente especificadas (Dunning, 1993: 90).

Según este investigador, el proceso de civilización lleva a una baja de la violencia tolerada. En Inglaterra, el deporte es un producto histórico vinculado a la aparición de la burguesía como clase dominante. Es una invención moderna posterior a la revolución industrial. No hay instituciones deportivas previas a la modernidad. Estas institucionalizan y regularizan los deportes. Dos “momentos” significativos de dicho proceso fueron la confección, en la década de 1840, de las primeras reglas escritas y la formación, en 1863 y

1871, de la Asociación de Fútbol (FA) y de la Unión de Fútbol Rugby (RFU) (Dunning, 1993: 97). Las reglamentaciones de estos órganos legislativos y administrativos serán fundamentales para regularizar las prácticas deportivas y tendrán un peso muy grande en el Río de la Plata. Otro aspecto importante es la fase de popularización de los deportes y, a los efectos de este trabajo, principalmente el fútbol:

Fue en el amurallado universo de Tom Browm donde las clases dominantes inglesas experimentaron por primera vez el dispositivo de lo deportivo con sus propios hijos. Las “Public Schools”, en contra de lo que su nombre sugiere, eran los centros educativos más selectos (Barbero, 1993: 13).

Si bien los orígenes del fútbol están relacionados con estos aristocráticos centros educativos ingleses, se produjo luego un proceso de apropiación por parte de los sectores populares de esta práctica cultural.

Sería interesante agregar la separación de Rugby y Cambridge por las reglas del football. A partir de 1848, los seguidores de Cambridge siguieron jugando sólo con los pies y los de Rugby con las manos y los pies. Este año nace el primer reglamento de fútbol basado en el *dribbling game*, opuesto a las reglas de Rugby de poder llevar el balón con las manos.

El nacimiento de la FA, en 1863, codifica las primeras reglas del fútbol. Al comienzo el amateurismo regía sobre el naciente campeonato, que, más bien, era un juego entre alumnos y exalumnos de las “schools”. El principio aristocrático del juego, en donde el deporte es una forma de superarse a sí mismo y llegar a Dios, excluía totalmente a los jugadores de origen proletario, que, como tenían que trabajar, no podían jugar en forma dedicada al football. El secretario de la FA, Charles Alcock, propone en 1871 la creación de la Copa, y su primera versión es en 1872. En 1885 la FA autoriza el profesionalismo, que ya era practicado en los equipos procedentes del centro y el norte de Inglaterra. La mayoría de los jugadores era de origen proletario, a diferencia de los equipos de Londres formados por exalumnos de las Public Schools, como los de Eton, Harrods, etcétera, aristócratas que consideraban que la práctica del deporte no podía recibir una paga y dominaban la FA londinense. En 1883 se produce el cambio de mando. El Blackburn Olympics, compuesto enteramente por jugadores de origen proletario, derrota a los Old

Etonians en la final de la FA Cup. Ante la amenaza de formar una FA del centro-norte de Inglaterra, la FA se ve obligada a aceptar el profesionalismo. Y es así que en 1888 nace la “Premier League”, basada en un régimen de liga y de acumulación de puntos en donde todos jugaban contra todos, a diferencia de la Copa, que era por eliminación directa y con sucesivas rondas que llegaban finalmente a los octavos, cuartos, semifinal y final (AA.VV., 2004: 21-29). Su creador fue el director del Aston Villa, William Mc Gregor.

Alrededor de 1860, una vez que el mensaje deportivo estuvo reglamentado y codificado, comenzó una verdadera carrera competitiva entre los diferentes agentes e instituciones que, a través de la promoción del fútbol, buscaban asegurarse áreas de influencia y de poder. La iglesia fue una de las agencias fundamentales en la difusión del fútbol: “los curas jóvenes creían en los deportes, y descubrieron que el balón de fútbol podía ser un buen medio para atraer el pueblo hacia Dios” (AA.VV., 2004: 21) y muchos son los ejemplos en Inglaterra de clubes constituidos en torno a iglesias, como por ejemplo: el Aston Villa, el Bolton Wanderes, el Everton, el Tottenham Hotspur, etc. La fábrica también se transformó en otro importantísimo centro de propagación del fútbol. El interés y altruismo de ciertos patrones hizo del equipo de fútbol de la fábrica un lugar de recreación y sociabilidad; el Manchester United y el Arsenal son un ejemplo de esto. Por último, las escuelas de pueblo constituyeron otro lugar de importantísima difusión de la pasión por el fútbol. La mayoría de las grandes ciudades inglesas contaba con una gran red de competiciones escolares.

La prensa popular-deportiva contribuyó a difundir los partidos de la liga y de la copa inglesa (dos competiciones paralelas que se desarrollaban durante el año futbolístico). En la década de 1880 el fútbol se había transformado en un elemento fundamental de la cultura popular inglesa. El fútbol pasó a formar parte de la cultura obrera británica. La característica de pagar a los obreros el viernes hizo que el sábado se transformara en el día principal de asueto. Así:

El puritanismo hacía que las formas paganas de diversión quedaran excluidas de los domingos, aunque no podía evitar la costumbre que seguían muchos trabajadores británicos: pasarse toda la mañana en la cama leyendo periódicos que publicaban reportajes meticulosos sobre crímenes, abusos sexuales y deportes (AA.VV., 2004: 228).

Hay un vínculo muy fuerte entre religión y deporte en el mundo anglosajón. Así como en Inglaterra se jugaba la jornada de la Liga y de la Copa los sábados<sup>24</sup>, en los Estados Unidos, el béisbol tampoco se jugaba los domingos. El deporte se apoya también en la idea de “cristianos musculares”, o sea, es una forma de llegar a Dios. Además, por supuesto, se basa en el ideal del más estricto amateurismo. La idea aristocrática del deporte, que también era compartida por el protestantismo, lo concebía como forma de ser más puro y de tener fuerza espiritual para el “tiempo profano”, el tiempo del trabajo y de los negocios.

El fuerte debate que comienza en la década del ochenta del siglo XIX británico es entre “profesionalismo” y “amateurismo”. Pagar dinero a una persona para realizar deportes lo transformaba en un trabajo, en algo profano, y no en una actividad para el crecimiento espiritual. Finalmente, el cambio de signo fue el triunfo en la final de la Copa de 1883 de los Bolton Olimps, un cuadro formado por jugadores de origen proletario, remunerados, sobre los Old Etonians. Este cuadro, como lo indica su nombre, estaba formado por antiguos estudiantes de Eton y era estrictamente amateur. El profesionalismo era la consecuencia inevitable del paso del juego de las escuelas a los centros industriales (Hobsbawm y Ranger, 1983: 299). Sin embargo, la resistencia de los “viejos alumnos” de las escuelas hacia el profesionalismo siguió siendo grande y se retiran de la FA en 1907, formando una liga aparte, la Asociación de Futbolistas Amateurs.

Una vez consolidado el profesionalismo, será la propia iglesia protestante la que estará detrás de la formación de los grandes equipos profesionales ingleses. Y luego lo seguirán los católicos. Recordemos que para los protestantes el trabajo es una bendición y el comercio es una actividad digna; de modo que el fútbol, como forma de trabajo y comercio, termina siendo aceptado por la iglesia, pero siempre que fuera los sábados. Porque el ideal, en esta pujante sociedad industrial decimonónica, era la famosa “semana inglesa”, que consistía en trabajar de lunes a sábado de mañana, y luego de recibir la paga, tener para ir al *pub* o al estadio el sábado por la tarde a alentar al equipo favorito de la ciudad fabril; y el domingo ir a la iglesia.

Los equipos que competían en la Liga y en la Copa coincidían con la geografía de

---

<sup>24</sup> Hoy ya no es así, ya que las propias exigencias de la globalización televisiva han llevado a que el domingo también sea día del fútbol.

la Inglaterra industrial. El ferrocarril permitía realizar los traslados rápidamente. Los periódicos de masas dan cada vez más importancia a la página deportiva, que, junto con los pronósticos, muchas veces alimentaban la única actividad intelectual de los obreros. La competencia comenzaba en agosto, en el momento del fin del verano europeo, y continuaba hasta mayo del otro año, siendo junio y julio el receso de la temporada veraniega. Era precisamente el comienzo de esta estación que coincidía con las vacaciones anuales de muchos trabajadores y en donde la fuga masiva a las ciudades balnearias del noreste inglés comenzó a ser algo típico. Era un momento de descanso para todos, para los jugadores obreros y también para los obreros propiamente dichos<sup>25</sup>. En este sentido:

La adopción de los deportes, y en particular del fútbol, como culto proletario de masas es igualmente oscura, pero sin duda igualmente rápida. En este caso es más fácil determinar el momento. Entre mediados del decenio de 1870, como fecha más temprana, y mediados o finales del de 1880 el fútbol adquirió todas las características institucionales y rituales con las que todavía estamos familiarizados: el profesionalismo, la Liga, la Copa, con su peregrinación anual para las manifestaciones del triunfo proletario en la capital, la asistencia regular al partido del sábado, los “hinchas” y su cultura, la rivalidad ritual, entre mitades de una ciudad o conurbación industrial (Manchester City United, Notts County y Foreste, Liverpool y Everton) (Hobsbawm y Ranger, 1983: 299).

De esta manera los equipos de ciudades como Manchester, Liverpool, Newcastle, Birmingham, Nottingham, Londres, por citar algunas, que se habían convertido en gigantes producto de la revolución industrial, pasaban a integrarse en el primer campeonato nacional unificado del mundo. El fútbol, tradición de la cultura proletaria británica, prontamente se hizo nacional y abarcó todo el Reino Unido. Esto llevó a que pronto, y debido a las facilidades que daba la geografía industrial de las islas con respecto al transporte y las comunicaciones, surgieran las respectivas ligas nacionales en Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda. La curiosa división binaria entre dos clubes en las ciudades británicas obedecía, en la mayoría de los casos, a la división entre católicos y protestantes. Normalmente era la abundante inmigración irlandesa, que suministraba mano de obra para las pujantes fábricas de la revolución industrial, la que se aglomeraba en torno a un club de mayoría católica. Un ejemplo de esto es la ciudad industrial portuaria escocesa de

---

<sup>25</sup> Este tema del receso en junio y julio del campeonato de Liga y de la Copa inglés va a ser fundamental cuando entremos al tema del difícil establecimiento de un internacionalismo futbolístico por parte de la FIFA. Será el verano europeo el único espacio que tendrá la FIFA para organizar un campeonato internacional entre selecciones de fútbol, ya que era el único período que lo permitía el exigente calendario de los clubes.

Glasgow, con el clásico entre los Celtics y los Rangers: los Celtics, de mayoría católica, hasta reflejan en los colores de su camiseta la bandera verde de Irlanda; los Rangers, protestantes, la azul granate de Escocia. Lo mismo podemos decir de ciudades como Liverpool o Manchester. Pero, a la vez, estas identidades binarias intraciudad encerraban fuertes identidades locales entre ciudades, por ejemplo, evidentes en los choques entre un equipo de la ciudad de Manchester, el Manchester United, y un equipo de Liverpool, el Liverpool Football Club.

En 1923, por primera vez, la final de la Copa se juega en el recién creado Estadio Imperial de Wembley. El ritual de recibir la Copa de manos de la Reina y levantarla al público desde el palco real se repite año a año en el mes de mayo, previo al receso de verano.

Inglaterra, Escocia, País de Gales e Irlanda<sup>26</sup> pasan a jugar, ya en forma regular a partir de la temporada 1883-1884, el primer campeonato internacional de selecciones nacionales de fútbol del mundo. Para ello, la FA propone, en 1872, la unificación de las reglas del football, pero es recién en 1882 que se crea, en Manchester, la International Football Association Board (IFAB), organismo que sigue siendo reconocido por la FIFA para las modificaciones del reglamento. La IFAB permite el nacimiento del primer internacionalismo del mundo. La consolidación a partir de 1863 de The Football Association como la institución rectora del fútbol inglés, en 1873 de The Scottish Football Association en Escocia, de The Football Association of Wales para el país de Gales en 1876 y en Irlanda la Irish Football Association en 1882 llevó a que se gestara un primer internacionalismo en la década de 1880 y la posibilidad, con el nacimiento de la International Board, de lograr una unificación codificada de los reglamentos.

Todo esto posibilitó el nacimiento del Torneo Británico de Football, denominado con el tiempo Torneo de las Cuatro Naciones (en oposición al Torneo de las Cinco Naciones de Rugby, que incluía a las cuatro naciones británicas más Francia). Aquí pasó a estar en juego, no la confrontación entre ciudades o regiones industriales sino entre las naciones que abarcaban la comunidad británica de las islas. En el mundo de los símbolos, hasta el día de hoy el escudo con los tres leones representa a Inglaterra y el escudo amarillo

---

<sup>26</sup> Hasta 1921, año en que se independiza del Reino Unido, y sólo queda compitiendo en el campeonato Irlanda del Norte.

con el león rojo a Escocia y a la The Scottish Football Association. A su vez, en el momento de su enfrentamiento, las banderas no son las tradicionales del Reino Unido sino la blanca con la cruz roja para Inglaterra, y la azul granate con la cruz blanca para Escocia. Esta simbología hundía sus raíces en la Edad Media y en la rivalidad entre los clanes escoceses con Inglaterra. El escudo de la Irish Football Association es directamente una cruz católica sobre un fondo de camiseta verde. Pero, curiosamente, cuando el fútbol del Reino Unido participa en el torneo de los juegos olímpicos, a partir de 1908, su escudo y distintivo es la bandera del Reino; esto es porque en los juegos olímpicos las cuatro naciones integrantes del Reino Unido participan juntas.

En cambio, el rugby sigue otra evolución tanto dentro del Reino Unido como a nivel internacional. Con la creación de la RFU, en 1871, también nacen sus reglas codificadas. Como planteamos más arriba, ambos deportes tienen un origen común en la *public school* de Rugby bajo el influjo de Thomas Arnold. Pero es precisamente este colegio el que no se va poner de acuerdo con las reglas del football. La discusión estaba en si se permitía o no tocar al balón con las manos.

Paralelo al primer internacionalismo del fútbol, representado en el Torneo Anual británico, emergió el internacionalismo de su deporte hermano. En Gales y en Irlanda prosperó con mucha más fuerza el rugby que el fútbol en los sectores populares de la juventud. Eso no significa que también no apasionara el “football”, pero el rugby pasó a ser el deporte nacional en estos dos países, a diferencia de Escocia e Inglaterra. En cuanto a los símbolos de los equipos nacionales, en el caso de Inglaterra no son los tres leones sino que es la rosa roja; en Irlanda es el símbolo celta del trébol, con camiseta verde, símbolo que también vemos en el equipo de básquetbol de los Boston Celtic. La inmigración masiva de irlandeses, en su mayoría católicos y seguidores del mito católico de San Patricio, tanto a Escocia como a Inglaterra y Estados Unidos, tuvo una gran influencia en el arraigo popular de muchos deportes (también el club de fútbol del Glasgow Celtic es de color verde y blanco)<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Dentro de las naciones que bien forman parte de la Comunidad Británica o que tienen sus orígenes en ella, el caso de Estados Unidos e Irlanda es muy similar: si bien en tiempos distintos, ambos logran su independencia de la monarquía inglesa con una guerra y hay un rompimiento muy fuerte de ciertas raíces. Se ha escrito mucho del impacto de la inmigración irlandesa en Estados Unidos y su cálida acogida. En el deporte no podía ser de otra manera.

En los dominios del imperio británico de Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica pasó algo similar. Para el caso de Australia y Nueva Zelanda, nacieron por un lado la Australia Football Association y la New Zealand Football Association hacia finales del decenio de 1860. Sin embargo, será el rugby el que se transformará en el deporte nacional. Pero a diferencia del “football”, el rugby no logra un internacionalismo global. El rugby deja de ser deporte olímpico, y es recién en 1987, cuando, en Nueva Zelanda, se realiza el primer mundial. Esto podría haber sido el destino del football, si no hubiese surgido una federación internacional que organizara al mundo del fútbol. La IRB, institución internacional que organiza el rugby, tardó mucho en lograr romper el aislamiento europeo británico de este deporte. Como veremos más adelante, también para la naciente FIFA, será difícil lograr un internacionalismo integrado con el viejo torneo británico anual de fútbol<sup>28</sup>.

El fútbol se va transformando en el deporte más universal. Es que, dentro de los deportes que la Rubia Albión exporta al globo, es del que se apropian los sectores populares. Los demás, en muchos casos, quedarán confinados a colegios ingleses destinados a las clases altas o a determinados localismos.

## **2-La fundación británica y la fundación criolla**

El fútbol uruguayo incorporó en su discurso y en su imaginario el aporte de las narrativas de la nación del Uruguay del Centenario. Es fundamental estudiarlo bajo la teoría de la doble fundación, la británica y criolla<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Con el caso del básquetbol y las relaciones entre la FIBA y la NBA ocurre algo similar.

<sup>29</sup> Debemos la utilización de esta teoría al antropólogo argentino Eduardo Archetti. A través de un estudio sobre la creación del imaginario del fútbol argentino se permite reflexionar sobre la argentinidad. En la construcción de una identidad nacional, lo tradicional y lo moderno se van hibridizándose. El gaucho, valor criollo, se articula con lo inmigrante. El nuevo híbrido permite construir relatos nacionalistas. Con el fútbol ocurre lo mismo. Es a partir de 1913 que aparece Racing campeón y por primera vez encontramos apellidos puramente latinos en sus cuadros. El proceso de criollización va siendo gradual. A través de la lectura de la revista *El Gráfico* (conocido semanario argentino fundado en 1919 por la Editorial Atlántida) el investigador va comprobando cómo la revista, a través del relato de sus más destacados periodistas, va elaborando un imaginario nacionalista del fútbol argentino basado en la alteridad que le produce el estilo británico. El estilo rioplatense (en donde está también incluido el fútbol uruguayo) es el patrimonio de la gambeta, la finta, el quiebre de cintura y se opone al estilo de jugar como una máquina de los ingleses (en donde todo está mecanizado). La investigación de este antropólogo argentino ha sido fundamental para mi propia elaboración sobre la construcción de un imaginario del fútbol uruguayo. Debemos a Pablo Alabarces el haber accedido a este material así como a todo el restante corpus de investigación académico de autores latinoamericanos y extranjeros. Para más información sobre este tema ver Archetti (1995).

Para aproximarnos a la fundación británica del fútbol en el Uruguay en la segunda mitad del siglo XIX, es interesante contextualizarla con el origen y desarrollo de otros deportes como la gimnasia de origen nórdico, y deportes de equipo y de gimnasio cerrado como el básquetbol, el voleibol, el fútbol de salón, entre otros.

El antropólogo Eduardo Archetti nos muestra como el imperio británico trae al Río de la Plata la pasión por los deportes de equipo como el fútbol, y cómo su origen y desarrollo quedan por fuera de la acción del Estado. La expansión del deporte muestra el desarrollo de la sociedad civil con los espacios de autonomía que generaban los clubes:

Los británicos se enorgullecían de haber traído no sólo capitales, industria, nueva tecnología, nuevas razas vacunas y lanares, sino también el gusto y la pasión por los deportes que permitieron el desarrollo moral de la juventud [...]. Es obvio que los deportes de origen británicos son concomitantes con la modernización, la construcción de los estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo XIX y comienzos del siglo XX [...] los estereotipos masculinos de los nacionalismos modernos europeos [...] dependen de la definición como imperativo moral no sólo de la belleza sino del estado físico. La construcción de la masculinidad moderna depende por lo tanto, de la relación entre “cuerpo y alma, de la moralidad y de la estructura corporal[...]y deben ser garantizados tanto por el estado como por la sociedad civil. Dos modelos compiten: el de la gimnasia, de influencia alemana y nórdica, y el del deporte en donde a la competencia individual se le une el aspecto colectivo de los deportes de equipo. [...] el primero tendrá como lugares de expresión la escuela y las barracas militares, mientras que el segundo estará asociado a la creación de espacios públicos regulados (parques, plazas) o no (baldíos, potreros) y a la aparición de instalaciones deportivas de los clubes o de las municipalidades. La expansión del deporte en Argentina (y en el Río de la Plata) se puede asociar al desarrollo de la sociedad civil ya que las organizaciones y clubes deportivos generaron espacios de autonomía y participación social al margen del Estado (Archetti, 2001: 11).

En el caso uruguayo las plazas tampoco son un espacio de autonomía con respeto al estado, ya que las mismas son captadas por la Comisión Nacional de Educación Física. El fútbol queda relegado a los espacios baldíos y los potreros.

Gastón Gil nos muestra, justamente, que el Estado, expulsa el modelo de los deportes de equipo para sus programas de estudio en sus centros de educación oficiales, inclinándose, por el contrario, por el modelo de gimnasia germana de base militar:

En la Argentina (y en el Río de la Plata), el proceso de fundación de los clubes estuvo separado notoriamente del Estado, lo que también se aplica al juego mismo, desterrado de los planes de Educación Física Oficiales. Los diseños curriculares planteados por la educación normalística expusieron al deporte competitivo, prefiriendo [...] el modelo de

gimnástica germana, orientada más al disciplinamiento corporal. De ese modo, el fútbol sólo estuvo contemplado en los programas de estudio de los colegios de habla inglesa y la organización misma de las ligas de fútbol es obra de estos educadores ingleses, que consideraban al deporte competitivo y el fair play como una forma de instrucción. Esto no impidió que el deporte fuera apropiado y difundido por los sectores populares urbanos que a través de la fundación de clubes y la participación en ligas independientes transformarían parcialmente los valores sostenidos en el origen (Gil, 2002: 58).

La idea era que el deporte sirviera para disciplinar al cuerpo y preparar futuros ciudadanos soldados:

Con la definitiva construcción del Estado argentino a partir de 1880, se debió organizar la estructura educativa de un país que se estaba formando a partir del flujo inmigratorio procedente de Europa. En materia de Educación Física Escolar se enfrentaron distintas propuestas, una de las cuales se relacionaba con los deportes competitivos ingleses [...] Por otro lado, la propuesta militarista estaba asociada a la formación de ciudadanos para defender la patria, basada en una disciplina rígida de formaciones grupales. La tercera posibilidad, que finalmente se impuso, se relaciona con la fórmula de las escuelas nacionales suecas, francesas y alemanas, basadas en los dictados de la pedagogía, la fisiología y el higienismo. Esta última línea fue liderada por Enrique Romero Brest en Argentina (y en Uruguay, en sus inicios, por propio José Pedro Varela), quien al diseñar el currículum de la educación física escolar excluyó los deportes competitivos, que se consideraban como la puerta de entrada a conductas y valores corruptos expresados en la calle por el fútbol (Gil, 2002: 59).

Este modelo tenía a Ling como uno de sus paradigmas:

Ling (nacido en 1776 y muerto en 1839) y sus discípulos tuvieron la idea de clasificar metódicamente los movimientos gimnásticos según sus efectos, y según las necesidades del cuerpo. Ling era un antiguo oficial a quien sus heridas habían dejado casi imposibilitado y que tuvo él mismo necesidad de buscar en los movimientos metódicos y en ejercicios racionales y progresivos un remedio eficaz y una completa curación, e hizo que su país aprovechara el sistema. En la época en que Ling empezó a enseñar su método, la raza escandinava padecía dos grandes males: el alcoholismo y la tuberculosis. Al mismo tiempo que se formaban sociedades para luchar enérgicamente contra el alcoholismo, el método de Ling vino a fortificar la raza y arrebató a la tuberculosis muchas víctimas (Kumlien y Andre, 1957: 56).

Como veremos más adelante, los discursos higienistas vinculados al deporte y al mejoramiento de la “raza” serán predominantes y hegemónicos también en el fútbol de la sociedad uruguaya. Hasta hoy en día, el paradigma higienista vinculado al deporte y al disciplinamiento del cuerpo sigue siendo dominante en una modernidad que prioriza las recetas médicas del cuidado del cuerpo y del físico como uno de sus pilares. José Pedro Barrán en su *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* plantea:

El juego (excepto el irreductible de los niños, que fue, empero, limitado), se transformó para los adultos en ocio o gimnasia y deporte. [...] Se había pasado del país utópico del juego, la glotonería y el hartazgo del cuerpo, al decir de M. Batjín, al país burgués del endiosamiento del trabajo, la necesidad del descanso, la contención del apetito y el ascetismo corporal. El deporte y la gimnasia (o la caminata), sustituyeron al juego sin objeto determinado, mera expansión placentera, gratuita y virtualmente contenedora de la risa (Barrán, 1990: 238).

Al igual que vimos en los juegos antecedentes del fútbol de la Inglaterra preindustrial y premoderna, hubo con los juegos propios del Uruguay bárbaro como el pato, el palo enjabonado, la lidia de toros y hasta el propio Carnaval una progresiva contención y reglamentación de la violencia física permitida:

Precisamente en estos años nació el “football” y suplantó al Carnaval como gran juego popular. El joven Pedro Manini Ríos lo elogió en 1899 con el helénico argumento de la interdependencia entre la salud del cuerpo y la de la mente. De su lado, la escuela vareliana recomendaba los “ejercicios gimnásticos” desde José Pedro Varela en 1874 hasta las *Lecciones de Economía Doméstica* en 1906, por “favorecer en el niño el desarrollo de la caja torácica y el funcionamiento de los pulmones y en la edad adulta, por conservar el vigor y la agilidad”. Los médicos y moralistas, por fin, aconsejaron el ejercicio físico tanto a fin de preservar la salud del cuerpo, como de alejarse los adolescentes de la masturbación y los adultos, como decía Pedro Manini Ríos, “de los garitos, casinos y plaza de toros” que la modernidad debía suplantarse con canchas de football y club de remeros (Barrán, 1990: 238).

La Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ) tuvo también una gran importancia en el desarrollo del deporte en Uruguay y será la base, en su modelo organizativo, para la Comisión Nacional de Educación Física creada por Batlle y Ordóñez en 1911.

Otros deportes, que se jugaban en lugares cerrados, como el basquetbol y el voleibol, fueron inventados en las asociaciones de Estados Unidos (YMCA, en su sigla en inglés) e introducidos en Uruguay a partir de la creación de la sede local, el 6 de abril de 1909. [...] En 1912, Jess Hopkins es enviado desde Estados Unidos para desarrollar el departamento de Educación Física. Introduce el básquetbol y el voleibol y se hace cargo de la plaza de Deportes número 1. A través de este primer secretario fraternal, también primer director de la Comisión Nacional de Educación Física, se transformaron las plazas vecinales en plazas de deportes. Ahí se enseñaba también el básquetbol y fue así como aparecieron la mayoría de los clubes deportivos de basquetbol. Los aportes fueron muchos: la primera piscina cerrada y climatizada del Uruguay, la exigencia del examen médico para la práctica deportiva, la formación permanente de docentes calificados, los campamentos organizados, la clase de preescolares. En 1927 se inaugura el local en Río Negro y Colonia, primer edificio del país construido especialmente para ser sede de institución cultural y deportiva, con la primera piscina climatizada cerrada. En 1930, los niños, entusiasmados con las victorias de la selección uruguaya de fútbol no hacían más que patear las pelotas de

basquetbol y voleibol que había en la ACJ. Uno de sus profesores, Juan Ceriani, decidió aprovechar el interés y adoptó las reglas del juego, para que el fútbol pudiera ser practicado en un espacio pequeño y cerrado. Así se inventó el fútbol sala (o fútbol de salón). (Aguar, 2009: 3).

De esta manera el fútbol en Uruguay empezará a crecer en forma totalmente autónoma de la acción oficial del Estado, a diferencia de otros deportes. Aunque, como veremos, se producirá una fuerte articulación entre la dirigencia deportiva y la clase dirigente política.

La fundación británica del fútbol había venido con los primeros inversores británicos. En el siglo XIX los ingleses dominarán totalmente la estructura comercial y de servicios de esta novel república. La Guerra Grande (1838-1851) llevó a que el bloqueo del puerto de Buenos Aires por parte de la escuadra franco-inglesa trajera un aluvión de exiliados ya en la década del treinta. Esto tuvo grandes repercusiones en el deporte: al estar bloqueado Buenos Aires, será Montevideo el primer gran centro de inversiones en el Río de la Plata, y estos inversores traerán en sus valijas llenas de libras también los primeros instrumentos deportivos.

El 3 de diciembre de 1842 aparecía la noticia del primer club dedicado a la práctica de un deporte en nuestro país. Victoria Cricket club daba su nacimiento (Morales, Franklin, 1969c: 4). Montevideo Cricket Club, fundado el 18 de julio de 1861, sería el segundo intento de la colectividad inglesa de difundir el cricket pero sobre, todo sería, el primer núcleo que jugaría al fútbol. La característica de “círculo cerrado más otras afinidades formarían una corriente que habría de enfrentarse a los impulsos nativos para engendrar la rivalidad deportiva básica del país: Nacional y Peñarol” (Morales, Franklin, 1969c: 5).

Por supuesto que éstos no eran los únicos juegos en la pequeña república: la plaza de toros y el espectáculo sangriento de la lidia era el juego más popular en ese entonces.

Los partidos de fútbol entre Montevideo Cricket y Montevideo Rowing (el otro club inglés dedicado fundamentalmente a actividades náuticas) son los primeros que las crónicas atestiguan en nuestro suelo. La tradición oral ubica el primer partido en 1878, y la

primera crónica escrita data de 1888. Estos partidos cada vez juntaban más “criollos” en La Blanqueada (nombre de un actual barrio montevideano) que seguían los partidos ante la mirada orgullosa de los “milords”.

Los colegios ingleses, como el British School y el English High School, también se sumaron a los centros difusores del fútbol en la década del ochenta.

Hacia 1891 nacería en los talleres de villa Peñarol un centro deportivo dependiente del The Central Uruguay Railway (la red inglesa de ferrocarriles más grande de la república). El fútbol sería uno de los deportes practicados por este club; con el correr de unos pocos años era la gran pasión de la enorme cantidad de obreros que vivían radicados en la villa Peñarol y trabajaban en el ferrocarril inglés. Su primer presidente era también el gerente general del Central Railway, el enclave británico más grande del Uruguay de entonces. En el equipo, dirigentes, mandos medios y obreros encontraban una forma de unión, de sentirse todos juntos bajo los colores del ferrocarril (que recién a comienzos de siglo pasó a ser amarilla y negra). Si al principio eran apellidos ingleses los que integraban el cuadr, o entre los que destacan las ocurrencias del ingeniero de máquinas Woosley, con el tiempo fueron los apellidos latinos, ya que la única condición para formar parte del equipo era ser empleado del ferrocarril<sup>30</sup>. El CURCC (denominación del equipo) pasó a integrarse a los partidos jugados por los otros centros ingleses formando una incipiente liga.

En la última década del siglo XIX, empezaron a surgir clubes que desarrollaban la práctica del fútbol, como Albión, Deutscher o Uruguay Athletic, entre otros. El historiador Juan Carlos Luzuriaga ha trabajado en el libro *El football del Novecientos*, el origen y desarrollo de los mismos en el período 1875-1915. Nos centraremos fundamentalmente en el origen de “la League” y el nacimiento del embrión de la futura Asociación de Fútbol Uruguayo: The Uruguay Association Football League, universo cerradamente británico:

en febrero de 1900 Henry Lichtenberger, figura relevante del Albion, invita al CURCC, el Deutscher y el Uruguay Athletic a formar una asociación que organizase las competiciones de fútbol entre ellos. Luego de reunirse en la sede del Albion y en el café Cambronus, el 30 de marzo decidieron crear The Uruguay Association Football League. El torneo se disputaría en dos ruedas, como locales y visitantes, y el ganador obtendría una copa de plata

---

<sup>30</sup> Muchos empleados del Central Railway formaban parte del aluvión inmigratorio italiano y español que llegó a nuestras costas en esta década y en las primeras del siglo veinte (Álvarez, 2004).

de origen británico que costaría 46,20 pesos a cada club. Quienes conquistaran el trofeo tres veces seguidas lo conseguirían en propiedad. Las reuniones de la League se celebraban y registraban en inglés. Su primer presidente fue Percy Davison Chater, representante del CURCC. La asociación comenzó a sesionar en el local comercial de Lichtenberger, en la Ciudad Vieja. En sus inicios se manejó como una asociación exclusiva; si bien en los clubes participaban criollos, estos estaban supeditados a los criollos y sus descendientes (Luzuriaga, 2009: 77).

El interés comercial acompañó la formación de la League. El ferrocarril y los tranvías permitían llegar rápidamente a uno y a otro punto de la ciudad. La empresa del ferrocarril bajaba los precios de los boletos los días que el CURCC jugaba partidos en su predio. Las empresas de tranvías también habían advertido el negocio del traslado de pasajeros a los *fields* los días de partido:

La empresa de tranvías del Paso Molino fue la primera en ver el negocio de crear espectáculos deportivos para luego trasladar a los espectadores. En el Novecientos apoyó al Albion en la construcción de su *field* en el Prado, sobre la Avenida 19 de Abril. La Compañía de Tranvías de La Unión y Maroñas llegó a un acuerdo con sus compatriotas del Deutscher para construir el Parque Central, con dos campos de fútbol a los que se entraba por la Avenida 8 de Octubre y Jaime Cibils. Por su parte, Tranvías del Este siguió con su línea hasta la estación de Punta de las Carretas, donde había sido autorizado a jugar el Uruguay Athletic, el cual a su vez permitió que el campo fuera utilizado por el recientemente creado Nacional (Luzuriaga, 2009: 79).

Hay que tener en cuenta que, además de lo que había sido el *field* de La Blanqueada del Montevideo Cricket, los primeros campos de juego que surgían espontáneamente estaban en Punta Carretas. Por eso la importancia de los tranvías y el ferrocarril, para unir lugares tan distantes para que público y para que los jugadores se pudieran trasladar fácilmente.

Ahora, Uruguay básicamente tuvo desde sus inicios un campeonato que se denominaba uruguayo pero que en realidad era montevideano, desde sus inicios hasta todo el siglo XX, ya que logra su real integración a comienzos del siglo XXI). Fue básicamente un campeonato entre clubes de barrios de la gran ciudad. Y formó parte de todo el imaginario que hemos trabajado en la construcción de la identidad nacional. Una identidad montevideocéntrica que le daba la espalda al interior y que se fascinaba por el afuera no podía más que producir un campeonato “uruguayo” centralizado en Montevideo y, a su vez, un fútbol ávido de integrarse a un internacionalismo deportivo.

No obstante, en Argentina y Brasil encontramos una realidad distinta. En Argentina, en sus comienzos las ligas se integraban en un área metropolitana formada por Buenos Aires, La Plata y Rosario, por un lado, y por el resto de las ligas por separado por el otro. Esto fue paulatinamente cambiando. La Asociación del Fútbol Argentino (AFA), que se consolida como institución rectora unificada del fútbol argentino en la década del treinta, tenía los desafíos del internacionalismo y también de la integración de todo su inmenso territorio en un campeonato nacional unificado. Es recién en 1967 que surge un campeonato nacional, que en sus comienzos se empezó a jugar en el segundo semestre del año, luego de la finalización del Metropolitano.

En Brasil hay una realidad todavía más compleja. Las rivalidades entre las ligas de San Pablo y Río, y el no encontrar dónde estaba el centro y dónde la periferia para una unificación de todo el fútbol de ese país, llevaron, durante las décadas de estudio, a que hubiera campeonatos estaduais por separado. El campeonato carioca, el campeonato paulista, el campeonato *gaúcho*, el campeonato minero, por sólo dar algunos ejemplos, vivían su propia realidad local, que pesaba mucho más que la nacional. A esto tenemos que sumarle la marginación del negro. De 1900 a 1910, eran entre blancos brasileños de la clase acomodada, que fundaban, por ejemplo, clubes de regatas como Flamengo y Fulminense y los clubes que eran exclusivos para ingleses. Igual que en Argentina y Uruguay, con el agregado de que se excluía al negro en estos noveles campeonatos estaduais brasileños. En ciudades como Río de Janeiro, en donde la población negra es muy abundante, recién fue Vasco de Gama, hacia fines de la década del diez y comienzos de la del veinte que aceptó negros en sus filas. El famoso mulato Friederich fue el ejemplo, que hasta llegó a la selección de Brasil; jugaba con camiseta blanca y el escudo azul de la Confederación Brasileña de Deportes (organismo rector del fútbol y de todos los deportes en Brasil hasta entrada la década del setenta). Pero el proceso de la integración del negro al fútbol brasileño fue muy lento. Recién en los comienzos de la década de 1970 comienza a funcionar un campeonato nacional brasileño. Al igual que en Argentina, se comenzó a jugar en el segundo semestre del año, dejando el primero para los campeonatos estaduais. Es por eso que en los encuentros con Uruguay, que se empezaron a oficializar con la disputa del primer Campeonato Sudamericano de 1916 (en donde participaron Argentina,

Brasil, Chile y Uruguay), la “celeste” tenía potencialmente incluso hasta más posibilidades. El primer gran clásico de Brasil no fue con Argentina sino con Uruguay. La mezcla intercultural entre el negro, el indio, el blanco, más los aportes que venían de la fundación británica demorarían mucho en consolidar un estilo que se pasó a denominar fútbol tropical o fútbol arte<sup>31</sup>.

Por lo tanto, si vemos las ventajas comparativas que tenía el fútbol uruguayo y su organización en estas décadas, comprendemos por qué Uruguay era no sólo potencia regional sino mundial.(Bayce, 1991: 27-49)

Como un fenómeno similar, encontramos al básquetbol en Uruguay y su proyección internacional. Como vimos, nacido en 1912, en la ACJ, ya en 1930 se está organizando el primer Campeonato Sudamericano en Montevideo y es pionero en la Confederación Sudamericana de Básquetbol. Sin embargo, la integración con el básquetbol del interior recién se da a comienzos del siglo XXI, con la creación de la Liga Nacional<sup>32</sup>.

El único deporte que logra una integración nacional en la década del treinta es el ciclismo, que, con la primera Vuelta Ciclista del Uruguay, en 1936, apoyada por el gobierno de Terra y su diario *El Pueblo*, genera la integración de las principales ciudades capitales departamentales del país con Montevideo. La Vuelta se basaba en el modelo del Giro italiano y el Tour de Francia, que recorrían toda la geografía de ambos y que, por lejos, eran los deportes más populares en estos países (Archambault, 2010: 127).

Hasta aquí todo británico. El proceso de “criollización” será muy largo, abarcando un primer período que comienza con el siglo y se extiende, al menos, hasta 1930. Es en la Universidad donde surgirá una poderosa corriente nacionalista que se vigorizaba para su forja identitaria con todo lo que podía encontrar como alteridad a lo inglés. La juventud universitaria (aleccionada por el discurso-exhortación del rector Vásquez Acevedo), “tradicional reducto de ideas, doctrina y polémicas filosóficas, no podía permanecer ajena a una lucha que se desarrollaba a su alrededor con tal contenido” (Morales, Franklin, 1969c: 17) En el proceso de criollización del fútbol uruguayo Nacional es el pionero. En

---

<sup>31</sup> El sociólogo Rafael Bayce me ha expresado que fue el campeonato mundial de 1958 el que terminó de consolidar no sólo un estilo, sino también una superioridad de Brasil, con respecto a sus eternos rivales del Río de la Plata. Justamente, tanto para Argentina como Uruguay, ese campeonato fue desastroso.

<sup>32</sup> Los desencuentros entre la FIFA y la FA inglesa en fútbol, este deporte los viviría con la FIBA y la NBA de Estados Unidos.

los procesos de hibridación la cultura que viene de afuera es “traducida” a fin de adaptarse a las condiciones locales<sup>33</sup>. Con el proceso de criollización, las formas puras van adquiriendo aspectos locales hasta formar un nuevo fenómeno híbrido.

El “*football*” se transformaba en un camino más a la modernidad y la conquista del futuro. Sin embargo, la idea de jóvenes estudiantes como los colorados Pedro Manini Ríos y Atilio Narancio, entre otros, era imitar la práctica cultural anglosajona y devorarla, para apropiarse de sus virtudes y que la raza latina, representada por los apellidos españoles e italianos, la superara. A la fundación británica debía continuar una fundación criolla, en donde jugadores nacidos en esta tierra pudieran apropiarse simbólicamente de esta práctica que comenzaba a nacionalizarse. Esta es la primera etapa de la hibridación y del proceso que va a conducir a un estilo “uruguayo” de jugar al “football”. Básicamente el “otro” es el estilo británico, que genera, a la vez, fascinación y rechazo. Fascinación por la atracción que ejercía ver a 22 jugadores diferenciados por los colores de los uniformes jugando en el *field* de pasto con arcos y con un árbitro que aplicaba un reglamento; rechazo por cómo el grupo establecido practicaba el deporte con respecto al grupo extraño.

Una actividad totalmente sujeta a personas de apellidos británicos necesariamente tenía que provocar el desafío por parte de la juventud local. Y es, como decíamos, desde los pasillos de la Universidad donde nace la idea de formar un club de tipo nacionalista en 1899.

En el domicilio del estudiante Ernesto Caprario se funda el Club Nacional de Football, con Pedro Manini Ríos como su primer presidente honorario. Desde el punto de vista simbólico tenemos el primer significado “uruguayo” dentro de un mundo ideológico totalmente británico. Es el escudo tricolor de la camiseta que representaba los colores de Artigas. En los enfrentamientos con el club del Central Uruguay Railway, el CURCC, que jugaba en la villa de Peñarol y que un principio estaba formado sólo por los funcionarios ingleses que jugaban en las horas de descanso, estamos en los orígenes del clásico del fútbol uruguayo. Tienen sus primeros enfrentamientos a partir de 1900. Son Nacional y Peñarol, el binario pasional que pasó a dividir primero a la elite universitaria contra los

---

<sup>33</sup> Este fenómeno no se da sólo en el fútbol. En el desfile de carnaval en el sambódromo de Río de Janeiro, las escuelas han hecho mucho más que importar el carnaval europeo (tal es su origen). Las “traducciones” se ven claramente en tres aspectos: el lugar de las mujeres, la danza y la cultura africana.

funcionarios del ferrocarril británico para después ser apropiado por los sectores populares montevideanos, primero, y nacionales después.

Es interesante destacar que el origen de la rivalidad entre criollos latinos y anglosajones está en la rivalidad en el remo. Es el enfrentamiento entre el Montevideo Rowing y el Nacional de Regatas.(Garrido, 2000: 20-21)

Nacional, se integra a la League en 1901 y, poco a poco, va opacando Albion en las pasiones populares que se enfrentaban al predominio del CURCC. En 1902 obtiene el campeonato en forma invicta. En 1903, representando a Uruguay, obtiene un triunfo ante Argentina (que en realidad estaba formado por los jugadores del famoso Alumni porteño). El año 1911 marcará un parte aguas en la historia del club, que no aceptaba jugadores de origen proletario y estaba formado exclusivamente por estudiantes universitarios. Esto llevó a una asamblea en ese año y el club se dividió en “cuerudos” y “populistas” (Morales, Franklin, 2003: 230). Se produce una fractura y ganan los “populistas”, permitiendo la integración al equipo de jugadores de cualquier condición social y produciendo la transición del Nacional aristocrático al Nacional proletario.

El CURCC también sufre su propia fundación criolla en el año 1913, cuando pasa a denominarse Club Atlético Peñarol y pasa a estar dominado por las corrientes inmigratorias que llegaban en aluvión en esa época. Su primer presidente en la nueva etapa en la que pasó a estar desligado del Ferrocarril Central inglés fue el consejal batllista Francisco Simón; durante todo el siglo XX todos los presidentes del club pertenecieron al Partido Colorado<sup>34</sup>.

Para Luciano Álvarez, el origen de la desvinculación de Peñarol con el Ferrocarril Central había estado en la huelga de 1908:

La huelga de 1908 rompió los últimos lazos de aquel proceso afectivo que había unido a Peñarol a la villa y a la empresa desde los tiempos de Henderson y Hudson. La ruptura de la paz social sobre la que se había basado el desarrollo de Peñarol afectó profundamente al

---

<sup>34</sup> Sucesivamente desde 1914, todos los presidentes de Peñarol son hombres del Partido Colorado: Jorge Culow, Francisco Simón, Dr. Félix Polleri, César Batlle Pacheco, Julio María Sosa, Ing. Arturo Abella, Ing. Luis Giogi, Arq. Juan Scasso, Dr. Alberto Demichelli, Pedro Viapiana, Francisco Tocheti Lespade, Dr. Alberto Mantrana Garín, Eduardo Alliaume, Dr. Bolívar Baliñas, Dr. Álvaro Macedo, Mayor Armando Lema, Dr. Constante Turturiello, Ing. José Luis Buzzeti, Cr. Raúl Previtalli, Cr. Gastón Güelfi, Washington Cataldi, Cr. Carlos Lecueder y Cr. José Pedro Damiani. En cambio, Nacional ha conocido presidentes blancos, colorados y algún cívico. Debemos esta información a Franklin Morales.

club. [...] En primer lugar, se sabe que un sector significativo de partidarios, encabezados por Francisco Simón –maestro de la Villa Peñarol, abogado y asesor del sindicato– apoyaron a los obreros en huelga. Figura muy cercana a Batlle y Ordóñez, Simón asumiría pronto importantes responsabilidades políticas, entre ellas como senador de la República, y sería el primer candidato propuesto en 1913 para presidir el club en su vida independiente, dato fundamental para comprender cuál era el sentimiento de muchos de los peñarolenses que impulsaron la separación de Peñarol (Álvarez, 2004: 63).

Franklin Morales ha introducido en su libro *Peñarol, Nacional, ignorada herencia de Batlle y Aparicio* (2003) la idea de que Peñarol es colorado y Nacional es dominado por el Partido Nacional:

El fútbol fue un sucedáneo o alegoría de nuestras guerras civiles, que mantuvo la pugna sociopolítica y religiosa fundacional de nuestra nación. “Colorados”, proletarios, agnósticos, anticlericales, ateos e italianos en Peñarol. “Blancos”, universitarios, patricios, católicos, clericales y españoles en Nacional (Morales, Franklin, 2003: 7).

Considero que esta idea tiene que ser matizada. Si bien es notoria la influencia del Partido Colorado en Peñarol, la de los blancos en el Club Nacional de Fútbol existe pero no es exclusiva. En todo caso, lo que se nota en Nacional a través de sus dirigentes es una tendencia a la coparticipación de blancos, colorados y cívicos. Lo que sí encontramos en el período que estudiamos es una hegemonía del Partido Colorado en todo el fútbol uruguayo. El sociólogo Rafael Bayce plantea que:

Justamente, lo que si es muy interesante es como la interna colorada se aprecia y se manifiesta en los vaivenes de las pertenencias de sus dirigentes a distintas fracciones del Partido Colorado. ¿Por qué Atilio Narancio, mano derecha de Batlle y Ordóñez, fue el “padre de la victoria” de los olímpicos campeones en 1924? ¿Por qué fue presidente de Nacional? ¿Por qué Julio María Sosa, colorado no batllista, era el Presidente de Peñarol cuando la escisión de los años veinte y líder de la Federación que era la oposición y la resistencia a Batlle en el Partido y la Asociación mayoritaria? ¿Por qué el batllista Narancio lideró una aventura de un equipo de base Nacional, líder de una Asociación rival de una escindida Federación, de base Peñarol, ambos (Federación disidente y Peñarol), presididos por un colorado, sí, como Narancio, pero no batllista, sino antibatllista como Sosa? ¿Por qué el Riverismo, también antibatllista fue ganando un lugar en el fútbol, al punto de generar un presidente honorario en Nacional (Pedro Manini Ríos). ¿Por qué los más antibatllistas, los veristas, tenían la presidencia de la AUF cuando el Mundial del treinta [...]? Entonces, ¿qué rica historicidad política encubrimos cuando formulamos la simplista fórmula Batlle=P. Colorado=Peñarol? ¿No echamos más sombras que luz sobre la relación fútbol-política en el Uruguay? ¿No desperdiciamos un gran tema con interés científico, político y popular? Si bien hay algunos elementos históricos que pueden vincular más al P. Colorado con Peñarol que con Nacional y a éste más con los Blancos que con los Colorados, en términos relativos, no se puede exagerar y afirmar que un signo de = puede graficarse entre la institución socio-deportiva y el partido político. [...] En un país en que

uno de los máximos caudillos blancos de la historia, Luis A. de Herrera, era socio de Peñarol, cuyo vicepresidente actual también es Blanco (Salgado), en que prominentes ministros y senadores Blancos como Luis Vidal Saglio y Eduardo Víctor Haedo también eran peñarolenses y hay que tener más cuidado con las simplificaciones. Tampoco el destino ineluctable de un Colorado es Peñarol o Nacional por avatares políticos de sus vidas y de las internas coyunturales. El senador Trócoli fue *alma mater* de Cerro, el administrador del diario batllista *El Día* fue *alma mater* de Defensor, el secretario del colorado antibatllista Blanco Acevedo fue presidente de Rampla Juniors, rival intrabarrial del Cerro de Trócoli. La cosa es apasionante, merece estudiarse pero sin simplismos (Bayce, 2003b: 42).

Coincidimos también con Bayce en su visión sobre la exageración del factor religioso en la rivalidad clásica:

Se dice que los fundadores de Peñarol eran agnósticos, anticlericales y ateos por oposición a los de Nacional que serían católicos y clericales. Puede ser que así fuera entre el puñado de fundadores en el siglo XIX. Pero durante el siglo XX, ¿a cuántos hinchas, socios o dirigentes les importó la posición frente a la religión de los fundadores? ¿A cuántos importa hoy? En todo caso, ¿qué importancia tuvo, tendría esa divergencia filosófica en la vida de las instituciones, en su fútbol, en sus posiciones deportivas, en algo que les importe a sus dirigentes y simpatizantes? Es un ejemplo de pseudo academicismo que encandila pero no explica nada ni sustenta nada de lo que postula (Bayce, 2003b: 43).

Y, a su vez, se sobredimensiona la importancia de los factores políticos en la rivalidad clásica. En todo caso, como hemos visto, Peñarol y Nacional encierran rivalidades que tenían una larga data en la sociedad uruguaya. Como plantea Juan Carlos Luzuriaga:

El rápido éxito de Nacional y Peñarol en el favor del público a inicios del siglo XX radica más bien en que ambos encarnaban sentimientos y visiones de larga duración de la sociedad uruguaya, junto con una gran paridad deportiva que estimuló aún más la rivalidad (Luzuriaga, 2009: 120).

En todo caso lo que encontramos es una rivalidad urbana, que ha dado lugar a tantos clásicos en el fútbol y que se repite en las grandes ciudades futbolísticas del mundo. Pero los clásicos en el fútbol no se dan sólo dentro de una ciudad. Al igual que en Inglaterra, que fue el modelo para todos los campeonatos de liga, empezó a haber, como plantea Alabarces (2001: 183-184), rivalidades interciudades, intraciudades, interbarriales e incluso intrabarriales. Los choques entre equipos porteños con los de las ciudades grandes de provincia, o en Brasil, los de Río con los de San Pablo generaron lo primero. La

existencia de una realidad federal, con grandes polos de desarrollo en diferentes puntos de estos países llevaba a esto. La rivalidad entre dos equipos dentro de una misma ciudad, obedeció más a una realidad de ricos contra pobres, “blanquitos” o “rubios” contra “cabezas negras”, extranjeros inmigrantes contra criollos que a motivos religiosos (como ocurrió en el Reino Unido).

Esta rivalidad dicotómica, que tantos problemas de violencia ha traído, era tal, que podía llevar a que equipos del otro rival tradicional, en una definición de campeonato, “hincharan” por el equipo de otra ciudad dentro del Estado-nación. Pero esta rivalidad, en las ciudades grandes, como el caso de Río de Janeiro, San Pablo, Buenos Aires y Montevideo, encerraba fuertes identidades barriales que también eran dicotómicas. Podía ser entre barrios de límites cercanos o dentro de un mismo barrio. Encontramos ejemplos de esto en barriadas obreras como Avellaneda en Buenos Aires, en donde nace la rivalidad de Independiente y Racing, o en el Cerro de Montevideo, entre el Club Atlético Cerro y Rampla. La territorialidad que daba la posesión de un estadio y una sede, lo que generaba identidades locales muy fuertes. Lo interesante del clásico del fútbol uruguayo es que el origen de la rivalidad urbana montevideana se extrapola a todo el país, mostrando una vez más el peso de lo montevidocéntrico en la identidad nacional.

Un dato interesante es que en 1904, debido a la guerra civil, no hubo fútbol:

La guerra civil de 1904 impidió que se disputara el campeonato. Si hubo algunos partidos amistosos, e incluso la postergada final del año anterior entre el equipo de camisa alba y el aurinegro, en agosto. Venció el primero en un partido definitorio cuando la guerra estaba en sus etapas finales. Esta victoria fue considerada épica por los seguidores de Nacional, con la irrupción casi teatral en la cancha de cuatro jugadores: los hermanos Céspedes y Prudencio Pigni, emigrados a Buenos Aires para eludir la leva (Luzuriaga, 2009: 85).

Como otro mojón de la progresiva nacionalización del fútbol uruguayo cabe destacar que la denominación The Uruguay Association Football League cambió por Liga Uruguaya de Fútbol, en 1905, y por Asociación Uruguaya de Fútbol, en 1915.

Pero todavía quedaban muchos elementos simbólicos e ideológicos de la fundación británica. Es interesante ir a una crónica de un partido de “football” en 1910 relatada por el diario *El Día*.

mucha, enorme concurrencia tenía el *field* de Punta Carretas con el propósito del encuentro entre los dos *teams* (River Plate y Wanderes) [...]. Ataca Wanderes obligando a un *corner*; después Bastos corre hacia el arco sin suerte y más tarde Seoane logra colocar el centro que Bertone aleja hasta dar margen a que los *forwards* no se tornen peligrosos [...] A los 20 minutos un *shot* de Vilende pasó desviado (*El Día*, Montevideo, 4 de mayo de 1910: 20).

En esta nota se percibe totalmente la influencia británica en palabras futboleras que, poco a poco, se irán haciendo nuestras. El campo de juego es el *field*, todavía no la cancha. Los equipos son los *teams*, y se emplean otras palabras como *shot*, *forwards*. Todos los clubes de la primera década de la liga tenían antecedentes ingleses en sus nombres. Clubes que todavía militan en el actual Campeonato Uruguayo como Liverpool, Wanders, Rampla Juniors, River Plate, Central, CURCC, Nacional de Football, etc son una muestra de ello.

El proceso de criollización será muy lento y continuará con la aparición de la “celeste” (nombre que se le da hasta nuestros días a la camiseta usada por la selección uruguaya).

El 15 de agosto de 1910, en la antigua cancha de Wanderes en Belvedere, Uruguay estrena por primera vez la camiseta celeste en un partido con Argentina. Pero éste no fue el color inicial de la divisa nacional. En los primeros partidos, en la etapa que va de 1901 a 1904, Argentina vestía de celeste con pantalón blanco y Uruguay probaba diferentes tipos de colores:

Durante su primera década (1901-1910), los combinados nacionales habían vestido de azul con franja diagonal blanca, de azul y blanco con diagonal roja (la bandera de Artigas), de rojo y azul como el Albión o de albiceleste como Argentina, sin establecer un criterio definitivo. En abril de 1910 se realizó un encuentro entre River (el River uruguayo) y el famoso Alumni porteño. Como ambos tenían casacas alirrojas, River utilizó una celeste. Su resonante triunfo llamó la atención sobre el color elegido, que la Liga Uruguay hizo suyo, por iniciativa del delegado de Wanderes Ricardo Le Bas, y estrenó con suceso similar (Prats, 2000: 36-37).

Con respecto al color de las camisetas de las selecciones nacionales, éstas sufrieron, en muchos casos, un cambio hasta llegar a su actual distintivo simbólico. Ya hemos trabajado, en el análisis del primer campeonato internacional de fútbol de la historia, el torneo británico, la importancia simbólica de los escudos y de los colores de cada una de las naciones que se enfrentaban. Acá hay que trabajar la evolución del color de

la camiseta celeste que realiza Prats. En todas las selecciones nacionales, los símbolos, representados por la camiseta, el escudo, etcétera, llevaron un proceso de construcción que hizo de la camiseta nacional una tradición.

Por ejemplo, la selección italiana que inicialmente vistió camiseta blanca, luego, a partir de 1911 y en honor a la Casa de Saboya, la monarquía reinante en la península, el color de la *maglia* pasó a ser azul y el escudo era la cruz y la corona. Fue con esta camiseta que ganaron los campeonatos del mundo de 1934 y 1938. Posteriormente, luego de 1945 y con la caída del fascismo y de la monarquía y el advenimiento de un sistema democrático, la camiseta continuó siendo “azurra”, pero el escudo fue el tricolor verde, blanco y rojo de la bandera nacional italiana (bandera que también había perdido el distintivo de la cruz de la casa de Saboya). Esta resignificación de la tradición con la nueva camiseta se solidifica con la obtención del tercer campeonato mundial por Italia en 1982. Por su parte, cuando Brasil empieza a disputar sus primeros encuentros internacionales, en 1914, lo hace con una camiseta blanca con dos franjas azules en los brazos. En 1916 lo hace con una camiseta con los colores verde y amarillo que luego serían clásicos, pero en forma de franjas diagonales, que desaparecen definitivamente en 1919, para dar lugar a la camiseta blanca con cuello y puños azules y escudo de la CBD. Este color aparecerá en forma indistinta hasta la derrota de 1950 en Maracaná. Con ella misma se cambia ese color por el tradicional verde amarillo con el alternativo de azul que sigue hasta nuestros días. El triunfo en los campeonatos de 1958 (con el azul, por lo similar de la camiseta de Suecia), 1962 y 1970 permite afirmar un proceso de invención de tradiciones en el fútbol brasileño que asocia el fútbol alegre, arte y tropical, en donde juegan negros y blancos con la casaca “verdeamarella”. Y se transforma, junto con el carnaval carioca, en el símbolo de Brasil. Pero, como vemos, durante muchas décadas los símbolos de la selección no fueron éstos. Y la tendencia, por supuesto, es que siempre los colores de la camiseta nacional coincidan con los de la bandera nacional.

## *2.2-Rodó y el arielismo*

En esta etapa inicial, la joven “intelligentsia” montevideana no podía estar ajena a

un espectáculo que comenzaba a transformarse en multitudinario aunque desde el punto de vista del imaginario todavía no era criollo ni nacionalista. Se instala, entonces, un debate. Para un sector de la élite ilustrada hay una añoranza por las viejas tradiciones latinas que se habían heredado de España y desaparecían por un espíritu imitativo de todo lo que viniera del mundo anglosajón. Al igual que pasó con el béisbol en varias naciones de América Central y el Caribe, el fútbol y su práctica representaban un camino a la modernidad y una ruptura con los viejos juegos del decadente y obsoleto imperio español<sup>35</sup>.

También para el conflicto entre lo latino y lo anglosajón es importante tomar a José Enrique Rodó y su *Ariel*:

El arielismo fue una ideología basada en el famoso libro de Rodó, *Ariel*, publicado en la década de 1900. [...] Rodó continuó la teoría del arte de Taine, en la que se suponía que la compleja relación entre las razas, el medio ambiente y los eventos históricos creaban el carácter de los diferentes grupos de personas y determinaba sus identidades culturales. Rodó identificaba la tradición y el carácter anglosajón [...] con el utilitarismo y el materialismo extremo, mientras que los latinos eran para él profundamente humanistas y artísticos. Si leemos *El Gráfico*, desde esta perspectiva, no nos sorprendemos al ver que el estilo anglo-sajón es presentado como industrial, mecánico y repetitivo, mientras que el estilo latino es presentado como sensible, artístico, y con una creatividad basada en la improvisación. El análisis de Borocotó tal vez destilara arielismo debido a que él era un uruguayo de cepa. [...] la importancia de la prensa en la creación de estilos nacionales y eventos deportivos (Archetti, 2003: 110).

Así como los ingleses había representado el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la navegación a vapor, la revolución industrial, es decir, el orden y el progreso, los norteamericanos representaban lo mismo pero en una nueva era. Pero las elites dirigentes no quedaron deslumbradas en bloque por lo que venía del norte anglosajón; muy por el contrario, un fuerte hispanoamericanismo y una defensa de la raza latina alimentaron los ideales y las utopías de un sector de la intelectualidad. Veían claramente que el copiar todos los modelos y las prácticas culturales de Inglaterra y Estados Unidos harían abandonar la raíz latina, con más tendencia a lo humanístico, a lo artístico y al espiritualismo. El problema era que no había un proyecto alternativo claro de desarrollo y de modernización. El culto a los deportes en general y a los músculos en particular era visto con desprecio por esa parte de la elite, que veía en esto un culto a la imbecilidad. Pero

<sup>35</sup> En un estudio sobre el mapa deportivo de América Latina, el historiador norteamericano Joseph Arbena (2009) nos muestra cómo el béisbol ayudó a la elite cubana a romper con la plaza de toros, símbolo del atraso y la colonia.

a la vez, las ideas hegemónicas en la Universidad eran el positivismo y el culto a la ciencia, a la tecnología y al progreso, y el deporte representaba eso. Era un ideal a alcanzar por la raza latina que tenía que apropiarse de él para, supuestamente, vencer a los anglosajones. Era un ideal a alcanzar, así como también lo era el culto al industrialismo, al maquinismo, a la ciencia y a la tecnología, pero con los aportes que le podía dar la raíz latina y católica que se había heredado de la decadente España.

Aunque con dificultades, Cuba se transformará en el centro del mundo ideológico del béisbol, y Argentina y Uruguay, con su anglomanía, serán el centro del mundo ideológico del fútbol.

El sociólogo del deporte irlandés Joseph Maguire (2005) nos muestra cómo era esa visión “británica” de realizar prácticas deportivas en los más remotos lugares del imperio. El autor primero nos plantea que hay una globalización inglesa del deporte, a la que le sigue una globalización norteamericana. Precisamente el mapa deportivo de América Latina refleja esto. América Central y el Caribe, complemento ideal para la economía industrial de Estados Unidos, estas regiones se transforman en dadoras de materias primas tropicales, como las bananas, el café, o el azúcar; es Estados Unidos el que los ayuda a romper con herencia colonial española (vista por las elites locales como un legado de atraso); son predominantemente el área del béisbol.

En el mundo industrial que se está conformando a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX España y Portugal son regiones periféricas y subdesarrolladas de la Europa Occidental. Consideramos que en los fenómenos tan complejos como los del imperialismo, la globalización y la dependencia, no nos podemos quedar sólo con el análisis económico. La cultura, si la tomamos en el sentido que le da Geertz (1973) es la “la dimensión simbólica de la acción social”; esto nos lleva a lo que la producción de sentido ha tenido en el propio estatuto teórico de América Latina. Maguire nos muestra que en esta globalización de cuño anglosajón del deporte, lo básico es ver la visión del “otro” para conformar identidades basadas en la construcción de otredades y alteridades:

En la difusión del deporte a través del Imperio, los británicos, sin importar su origen étnico, oficiaron de grupo establecido que lidiaba con los grupos externos. El grado de barbarie con que miraban a las culturas locales pudo haber variado pero estaban convencidos de su propio estatus civilizador (Maguire, 2005: s/p).

Maguire parte de la alteridad que se da dentro de la lógica del imperio entre los grupos establecidos de origen británico, que son los que traen el deporte y lo practican en la colonia, y los grupos nativos. El deporte sirve para estigmatizar a los grupos externos, que son vistos con desprecio. Las colonias, los dominios de población blanca, y las semicolonias del imperio como América del Sur realizaron una apropiación selectiva de los distintos deportes difundidos por el imperio. El rugby, en Uruguay, quedó confinado a los colegios privados ingleses, al igual que el cricket, el polo o el tenis. El fútbol, sin embargo, fue apropiado por los sectores populares.

En nuestro país, el más célebre debate fue protagonizado por Julio Herrera y Reissig y Pedro Manini Ríos (Rocca, 1990). Este debate está precedido por el planteamiento del rector de la Universidad de la República, Dr. Vásquez Acevedo. Sus palabras surgen con motivo de la inauguración de un club de fútbol en Uruguay:

Jóvenes estudiantes:

Se ha dicho que nuestra raza-la raza latina-es inferior a la anglosajona; y esa afirmación se ha basado principalmente en que nuestra educación no es viril como la de los pueblos del norte de la Europa y la América.

El individuo en la raza anglo-sajona tiene por la educación que recibe, verdadera confianza en sus fuerzas propias [...] Hay que alcanzar en sus progresos a los hombres de la raza anglo-sajona, para no ser por ellos absorbidos. [...] La educación física puede influir también para despertar y afrontar el sentimiento de la autonomía individual. (Vásquez Acevedo citado por Rocca, 1990: 9).

Desde la propia Universidad, la joven generación de estudiantes busca afirmar las virtudes de la “raza latina” en donde puede con el fútbol realizar un acto de antropofagia devorando al vencido para tomar sus virtudes. Se busca el no imitar “como macacos” ese juego que hacían “los ingleses locos” en sus colegios exclusivos o en sus enclaves económicos como el ferrocarril, en donde se jugaba a este deporte con un espíritu de gueto.

El joven poeta Julio Herrera y Reissig surgía a la vida literaria. Con la ayuda de su padre funda *La Revista*, en 1899. En su editorial de apertura realiza un ataque directo al “football”:

aquellos tiempos, no lejanos, en que los triunfos del orador y del poeta llenaban de aplausos las salas en se verificaban los certámenes, forman un raro contraste con estos días de

enervamiento y frivolidad, en que no existen centros literarios, y en que se fundan footballs, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies, y, mientras el Ateneo, no es, en realidad, sino un bello cadáver de arquitectura, que luce su robusta mole frente a la estatua de la Libertad (Rocca, 1990: 11).

Esta reacción forma parte de toda una corriente de rechazo al mundo ideológico y cultural del mundo industrial liderado por Inglaterra, del que Uruguay había pasado a formar parte como exportador de productos agropecuarios y receptor de inversiones británicas en el aparato comercial y de servicios. Es la polémica entre Varela y Ramírez sobre el destino de la Universidad, en donde uno defiende el paradigma positivista dominante basado en Comte y Spencer y otro defiende el espiritualismo y toda la herencia latina. Hay un choque dialéctico entre los valores de la vieja y decadente España y la pujante Inglaterra y Estados Unidos, representantes del orden y el progreso. Precisamente el rector de la universidad, Vázquez Acevedo, lidera la corriente positivista en el mencionado centro de estudios, donde la adopción de la educación física y la práctica del football para los jóvenes forma parte de esa idea de orden y progreso que la Universidad tenía que llevar adelante junto con el Estado. Por el otro lado, tenemos a intelectuales como Rodó y Julio Herrera y Reissig, que se resisten a adoptar esa transformación estructural y mental que está sufriendo Montevideo y el país a tono del impulso modernizador. Rodó en su *Ariel*, realiza un fuerte contraste entre el protagonista, representante de los valores espirituales del mundo latino, con Calibán, que representa el culto al materialismo del mundo anglosajón (fundamentalmente de Estados Unidos). Por su parte, Herrera y Reissig rechaza al “football” por considerarlo embrutecedor para las masas, al igual que lo era toda esa imitación a valores superficiales que surgían en su “Tontovideo”. La reacción no se hace esperar. Desde el diario *El Día*, Pedro Manini Ríos replicó:

Al señor Herrera y Reissig –que dicho sea de paso, une a brillantes condiciones propias, genialidades de estirpe– se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico degenerado y misérrimo, para gozar del concubinato con sus musas ideales...Y todavía haciendo un juego de palabras original y bonito, trata de ridiculizar esa noble inclinación que hacia los juegos atléticos está surgiendo en nuestra muchachada. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. El “football”, como cualquier otra institución análoga, estará desprovista para el espíritu superficial de nuestra raza, de toda cualidad estética, y podrá parecer algo materialmente grosero para el atroz subjetivismo de nuestra ambulancia literaria.

No lo entiende así una raza, que tendrá menos exuberancia de imaginación, y menos osadías caballerescas que la nuestra; pero que nos aventaja en su mayor espíritu científico y en sus más grandes conquistas positivas [...] En la actualidad, la gente sajona, con menos grandeza de sentimientos, pero con mayor robustez de criterio que nosotros [...] Pueblo profundamente práctico, rigurosamente moral, suplanta garitos, casinos y plaza de toros, con canchas de football y clubs de remeros (Manini Ríos, citado por (Rocca, 1990: 11-12).

### **3- Uruguay y el internacionalismo deportivo**

#### *3.1- El nacimiento de los grandes organismos internacionales deportivos*

En las décadas del veinte y del treinta es cuando busca afirmarse un primer internacionalismo deportivo, que todavía no está consolidado. Será recién después de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, a partir de las décadas del sesenta y setenta que el mensaje deportivo se globalice por completo llegando a los cinco continentes. En la primera posguerra encontraremos un conflicto entre el internacionalismo promulgado por los organismos supranacionales deportivos de la época –representados, entre otros, por el Comité Olímpico Internacional y la Federación Internacional de Fútbol Asociado– y las tendencias aislacionistas de las asociaciones o federaciones nacionales, locales o regionales. Hay un conflicto entre el internacionalismo de las organizaciones mundiales y el aislacionismo de las confederaciones continentales y nacionales. En esta época son los intereses políticos y no los económicos los que predominan en las primeras manifestaciones tendientes a una mundialización del deporte, y el ideal del deporte amateur todavía predomina sobre el de la profesionalización (AA.VV., 2006: 19-32).

#### -El Comité Olímpico Internacional (COI)

El redescubrimiento de los juegos olímpicos en la modernidad está relacionado con el hallazgo, por parte de la burguesía europea occidental del siglo XIX, de Grecia como cuna de la civilización occidental. En la modernidad la antigüedad significaba el descubrimiento de la valoración de las raíces de Occidente, que ahora se preparaba para la conquista del mundo con las fuerzas de sus máquinas y de sus hombres. Hasta 1829,

Grecia formó parte del imperio otomano, que empezaba en esta década un inevitable proceso de decadencia; al igual que el imperio chino y el imperio ruso de los zares eran estructuras obsoletas para un siglo XIX dominado por la modernidad devoradora de las nacientes potencias industriales. Al obtener la independencia, Grecia lentamente empezó a entrar en el área de influencia de la Europa occidental y cristiana. Fueron las expediciones militares europeas las que primero permitieron la investigación del enorme acervo arqueológico que suponía el pasado de los griegos. Así,

Una expedición militar (inglesa) enviada en 1829 para ayudar a los griegos en sus guerras de independencia contra los turcos incluía en sus rangos a un grupo de profesores que, con la ayuda de unos trabajadores locales, empezaron a excavar alrededor del templo de Zeus. Pero serían arqueólogos y estudiosos alemanes, como Ernst Curtius (1814-1896), Friedrich Adler (1827-1908) y Carl Diem (1882-1962), quienes emprenderían y terminarían con éxito las excavaciones y la catalogación de los objetos recuperados en las ruinas de Olimpia en 1875 (Mandell, 1986: 207).

La fascinación por los restos de Olimpia y sus juegos llevaron a muchos a preguntarse la posibilidad de revivirlos en una etapa –el siglo XIX– en que el capitalismo vivía su era imperial. La globalización de la economía que había creado imperios marítimos como el inglés, el francés y el holandés permitía la existencia de un internacionalismo que hubiese sido impensado tan sólo un siglo antes. El telégrafo, la navegación a vapor, el ferrocarril, etcétera, habían acortado las distancias cambiando la dimensión del tiempo y del espacio. Imágenes de este internacionalismo eran las grandes ferias industriales, comerciales y culturales que se realizaban en las grandes capitales del mundo:

La Exposición Universal de París de 1878 fue la primera en reunir congresos internacionales de diversas especialidades (dentistas, historiadores, estadísticos). Esta clase de internacionalismo altruista tuvo un efecto multiplicador sobre toda clase de internacionalismo durante el siglo XIX. La Unión Postal Universal fue fundada en 1875 (Mandell, 1986: 207).

Es en este ambiente propicio para el acercamiento entre naciones, que va a empezar a crecer la idea del internacionalismo en el deporte. Dos condiciones básicas tenían que darse: tenía que surgir de alguna de las metrópolis de los diferentes imperios coloniales y tenía que surgir un organismo burocrático internacional que reglamentara las diferentes

competiciones. Inglaterra fue la cuna de todos los deportes modernos y dentro del ámbito de su propio imperio universal desarrolló competiciones internacionales; por ejemplo en el fútbol; cuando surgen las asociaciones nacionales en Argentina y Uruguay, la condición de su existencia pasaba porque la *Football Association* inglesa (en adelante FA) los aceptara en su seno. Los ingleses rechazaron cualquier otro internacionalismo deportivo que no viniera de su seno. Francia era el otro gran imperio marítimo universal de la época, todas las visiones del París finisecular tenían una óptica cosmopolita; fue en Francia donde surgieron las principales ideas del internacionalismo en el deporte.

Los primeros intentos por parte del aristócrata francés Pierre de Coubertin por crear un internacionalismo deportivo entre las naciones de la modernidad nos muestran sus dificultades iniciales. En sus comienzos, ese internacionalismo incipiente estaba basado en profundos recelos por saber quién se quedaba con el poder. Organismos como la Sociedad de las Naciones van a surgir recién después de la Primera Guerra Mundial. Coubertin se acerca a la fuerza del deporte por dos fuentes muy diferentes: por un lado, el legado del mundo clásico griego; por el otro, el aporte decisivo de la Inglaterra industrial. El genio de Coubertin estuvo en mezclar la idea del Olimpismo griego con los deportes reinventados y reglamentados de la Inglaterra victoriana.

Es el descubrimiento de la transformación deportiva que se había desarrollado inicialmente en las *public schools* inglesas bajo la figura de Thomas Arnold en donde se reglamentan todos los deportes bajo la estricta vigilancia de organismos rectores, en donde Coubertin termina de afirmar la idea del renacimiento de los juegos olímpicos modernos. Proclama solemnemente inaugurados los juegos en la Sorbona en 1894. La muy pronta adhesión de Estados Unidos le daba al Comité un aire más mundano y no tan europeísta. La ciudad elegida para dar el inicio a los primeros juegos olímpicos de la era moderna en 1896 fue la en ese momento provinciana ciudad de Atenas. De 1896 hasta 1912 y cada cuatro años, diferentes ciudades de Europa y Estados Unidos dieron nacimiento a esta primera etapa de los juegos, a la que podríamos denominar fundacional.

Esta primera época de los juegos sería bruscamente cortada por la Primera Guerra Mundial. Por cuatro años los sueños de una armonía entre los diferentes pueblos y razas serían interrumpidos por el retumbar de los cañonazos. Tímidamente, luego de la derrota

de Alemania en 1918, el COI comenzará a pensar en la realización de unos nuevos juegos olímpicos. Coubertin traslada la sede del COI a la ciudad suiza de Lausana<sup>36</sup>. En este naciente internacionalismo deportivo, que básicamente estaba manejado por el altruismo de acercar a los diferentes pueblos del mundo entre sí, existían sordas y ocultas rivalidades entre las grandes potencias que venían de dejar a Europa en cenizas. La tradicional neutralidad de Suiza, siempre inteligentemente ausente de todo, era ideal para ser la capital del olimpismo; la convertía en la sede ideal para cualquier internacionalismo que no quisiera aparentar ser imperialista.

Puede establecerse un paralelismo entre la Sociedad de las Naciones y el COI. En 1920, el mismo año de la VII Olimpiada realizada en la ciudad de Amberes, nacia este organismo supranacional, institucionalizando el internacionalismo político. Eran dos organizaciones supranacionales que reglamentaban el relacionamiento de las células básicas de todo proyecto de la modernidad: las naciones. Su sede en la ciudad suiza de Ginebra obedece a las mismas razones que llevaron al COI a elegir Lausana. La neutralidad suiza tenía que crear un clima de armonía entre las naciones. Las peripecias, avances y retrocesos del COI en esta etapa serán un reflejo de las relaciones internacionales en el mundo de entreguerras.

Es por eso que la VII Olimpiada en la ciudad belga de Amberes tiene una gran importancia. Amberes había sido invadida por los alemanes como forma de tener una cabeza de puente para el ataque a Francia. El COI decidió darle el honor de ser la ciudad que restableciera los juegos bajo el ideario coubertiniano de la “tregua olímpica”.

Hay que tener en cuenta que en esta época, los años veinte, la paz era el deseo máximo de la vieja Europa, cansada y agotada de tanta violencia y destrucción. Se buscaba que reinara entre las agotadas naciones un espíritu de camaradería y amistad, de confraternizar y reconocer al otro no como enemigo sino como amigo, cultivar la tolerancia y el respeto al diferente. Desde el punto de vista simbólico, el deporte sacará a luz las disputas entre los nuevos actores de este período interbélico.

El ritual de la ceremonia de apertura siempre busca la afirmación simbólica de un

---

<sup>36</sup> Es interesante que fuera una ciudad suiza la elegida como sede del naciente Comité Olímpico Internacional ya que lo mismo le pasó a la FIFA con su sede en Zurich y a la Sociedad de las Naciones con sede en Ginebra.

ideal universalista; el espectáculo de miles de jóvenes de diferentes nacionalidades era el canto al internacionalismo pacifista que encontraba su principal alteridad en la guerra. Es interesante ver cómo fue evolucionando el ritual de los juegos. El desfile está encabezado por el equipo griego, en honor a los fundadores de los juegos olímpicos, con la nación anfitriona marchando en último lugar cerrando el desfile de las delegaciones, todos frente a la bandera olímpica de las cinco anillas surgida, precisamente, en la Olimpiada de Amberes:

Desde 1886, el ceremonial, otrora simple y rudimentario de la atribución de las medallas a los vencedores y los laureles, se había perfeccionado de forma espectacular. Como se recordará Coubertin estableció la medalla de oro para los primeros lugares en 1904. El desfile de las naciones se celebró por primera vez en los juegos de Estocolmo (1912) [...] En Los Ángeles el ritmo creativo de tradiciones se aceleró. La ceremonia de inauguración fue subrayada con docenas de bandas de música, salvas de artillería y desfiles ecuménicos detrás de las banderas nacionales de los países representados en los juegos. Se soltaron miles de palomas blancas y se introdujo una evocadora “llama olímpica” destinada a arder en un pebetero colocado en el peristilo del estadio hasta el final de los juegos (Mandell, 1986: 223).

Las palomas siempre fueron el símbolo de la paz y fueron utilizadas en prácticamente todas las grandes ceremonias de apertura de juegos olímpicos o mundiales que se realizaron en períodos de tensión bélica. Prender la antorcha olímpica representaba simbólicamente que el fuego olímpico de la armonía entre los pueblos seguía vivo. En este ritual simbólico siempre estuvo el doble juego del movimiento olímpico, su principal paradoja: mientras enaltecía la paz con coros y con palomas, despertaba el nacionalismo al solemnizar el desfile de los participantes y la entrega de las medallas con banderas e himnos –banderas e himnos que terminaban siendo sabiamente aprovechadas por gobiernos que tuviesen en sus programas políticas belicistas.

En el momento de la realización de los Juegos de París de 1924 y de Ámsterdam en 1928, años en los que Uruguay ganó la medalla de oro en fútbol, el COI había logrado consolidarse totalmente en su proyección de organizar un internacionalismo deportivo que aglutinara a todas las naciones del mundo y se había establecido como una tradición.

## -La Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA)

El nacimiento de la FIFA se produce en 1904 en la ciudad de París. Resulta interesante vincular a la FIFA con la coyuntura denominada por Eric Hobsbawm (1989) como “la era del imperio”, que describe un período que aproximadamente va de 1870 a 1914. Es recién con el desarrollo de las comunicaciones basadas en el ferrocarril, el telégrafo y la navegación a vapor interoceánica que se puede hablar de una mundialización, que permite que surjan organismos internacionales para vincular los países imperialistas con sus periferias. En esta época, América del Sur era una semicolonias inglesa. Es en este contexto que nace la FIFA –al igual que el COI. Será el primer intento de generar un acercamiento entre las diferentes asociaciones y federaciones de fútbol de la Europa continental:

Con el pretexto de la celebración en París de un encuentro internacional entre las selecciones de Francia y Bélgica, que finalizó con empate a tres goles, acudieron a la capital francesa delegados de las federaciones alemanas, belga, danesa, española, francesa, holandesa, sueca y suiza. [...] Las discusiones duraron cerca de siete semanas, y finalizaron con la fundación de la FIFA (AA.VV., 1981: 339).

La influencia del internacionalismo de los juegos olímpicos llevó a estos dirigentes a crear una federación internacional que pudiese aglutinar a las diferentes asociaciones de los distintos países del mundo para poder organizar una competencia futbolística de carácter universal. Desde el inicio hubo un conflicto con Inglaterra, que no sólo desconoció a la naciente entidad sino que rechazó la oferta de que un inglés fuera el presidente de la FIFA. El principal problema radicaba en que en la mayoría de los ocho países fundadores no existía una sola federación nacional sino varias. Para Inglaterra era impensable desarrollar un internacionalismo futbolístico si todavía no estaban consolidados los campeonatos nacionales; sólo las federaciones británicas de fútbol habían consolidado su competencia a nivel interno, con el campeonato de liga y el de la copa, en donde participaban jugadores profesionales que ganaban enormes cifras para la época. Además, ya existía un internacionalismo futbolístico entre las cuatro naciones británicas, que todos los años jugaban una copa bajo las reglas de la FA londinense. De todas formas, el primer impulso dado en París, llevó a que desde 1904 el organismo supranacional quedara

formado. Su primer presidente fue el francés Robert Guérin.

La idea de organizar un Campeonato del Mundo fue desde los comienzos el objetivo de la FIFA. Así lo muestran las memorias de Jules Rimet, que, en su libro *La Copa del Mundo*, cita el primer reglamento presentado por Mr. Hirschmann, el secretario de la recién nacida organización:

- I-Será disputada cada año, al finalizar la temporada de fútbol, un Campeonato entre los diversos equipos campeones de cada país y que pertenezcan a una de las asociaciones nacionales afiliadas a la FIFA.
- II-En cada Congreso anual será designada la asociación nacional que se encargará de la organización del Campeonato del año próximo.
- III-El Campeonato se jugará por eliminatorias. El orden y la fecha de las mismas serán establecidas por la secretaría de la federación.
- IV- Los gastos de viaje de los equipos serán a cargo de las respectivas federaciones nacionales.
- V- Los gastos de organización serán a cargo de la asociación nacional del país en que sea disputado el Campeonato.
- VI-Los beneficios netos serán repartidos entre las distintas federaciones participantes.
- VII-Al equipo ganador le serán entregadas sendas insignias de oro donadas por la FIFA.
- VIII-Los equipos no podrán alinear a ningún jugador extraño al club cuyos colores defienda (Rimet, 1954: 14).

La idea era realizarlo en junio y julio, en el verano europeo (la temporada finaliza en mayo y comenzaba de nuevo en agosto). Era precisamente ahí, en ese período, que se terminaba de disputar el Torneo de Naciones británico, luego de la final de la Copa de la FA. En un momento en que el internacionalismo futbolístico sólo existía en el Reino Unido, la idea de realizarlo todos los años era una forma de afirmar este nuevo internacionalismo. La FIFA tardará en asumir la idea de realizarlo cada cuatro años; sólo lo hará cuando el novel Campeonato Mundial entre en la lógica de los Juegos Olímpicos de verano.

En una época en que el fútbol era amateur, era fundamental el tema de quién pagaba los gastos. Muchas veces, como veremos en el caso de Uruguay, el dinero se obtenía de colectas a cargo de la población, por apoyo del Estado o por donaciones filantrópicas de un empresario. El hecho de entregar medallas de oro y no una Copa muestra todavía que la idea de “la Copa del Mundo” no había germinado. Como todo en esta etapa inicial de la FIFA, la idea de “Copa” fue copiada de la célebre tradición del torneo de clubes organizado por la FA inglesa. Todavía no se pensaba organizar un

campeonato entre selecciones nacionales sino entre clubes campeones de cada país.

El poco poder de convocatoria llevó a que el campeonato no se pudiese realizar y la FIFA entró en una crisis entre 1906 y 1908. Los Juegos Olímpicos de Londres de 1908 dieron nacimiento al primer campeonato internacional de selecciones organizado por la FIFA, con una sola federación por país afiliado y la prohibición del profesionalismo en la competición. Con el pretexto de que los juegos serían desarrollados en la capital del imperio británico, la FIFA buscó realizar el primer campeonato internacional bajo su égida y con el apoyo de la FA. Por supuesto que sólo concurrieron selecciones del continente europeo, sumadas a la presencia de una selección de fútbol de Inglaterra. Este primer torneo fue obtenido por Inglaterra; la presidencia de la FIFA fue asumida por el inglés Daniel B. Woolfall. En 1912, en los Juegos Olímpicos de Estocolmo, también Inglaterra obtiene la medalla de oro en fútbol<sup>37</sup>. Será luego del intervalo abierto por la Primera Guerra Mundial y precisamente en el torneo olímpico de fútbol celebrado en el marco de los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920, que se produce la primera gran ruptura a la interna del organismo. Por primera vez en la historia del fútbol en los juegos olímpicos, Inglaterra es derrotada y Bélgica obtiene la medalla de oro. Los ingleses, una vez más, deciden darle la espalda a la FIFA; esta vez el paréntesis durará treinta años. Es en el campeonato del mundo de 1950 cuando Inglaterra retorna. El gran conflicto que estaba detrás de todo esto era el dilema profesionalismo-amateurismo. Mientras que la FIFA estuviera organizando sus campeonatos dentro del seno del reglamento del COI y de la ética de Pierre de Coubertin, los jugadores de fútbol, al igual que todos los deportistas que tuvieran el honor de participar en los juegos, no podían recibir ninguna remuneración económica. Era lógico que Inglaterra fuera la primera en chocar fuertemente con esto. Su liga era profesional desde fines del siglo XIX y movía millones de libras esterlinas, y con un equipo de amateurs representante de todo el Reino Unido ya no podía vencer a los países europeos.

Hacia 1923 –año en que Uruguay se va a afiliarse a la organización– la FIFA se encuentra en una etapa que sus historiadores Lanfranchi, Mason, Wahl y Eisenberg toman

---

<sup>37</sup> En realidad no era precisamente Inglaterra la que participaba sino el Reino Unido, dado que así el COI permitía participar a los representantes de las islas británicas desde la primera pionera olimpiada de la era moderna, de 1896. El símbolo de la camiseta de fútbol era el mismo para todas sus delegaciones participantes: un escudo con la bandera del Reino Unido. La otra gran diferencia que existía con las selecciones que participaban en el torneo británico, era que se trataba de una selección de amateurs. De todas maneras, todavía era muy grande la distancia que separaba las Islas Británicas del resto del continente.

como la de la proyección mundial del organismo (de 1919 a 1931) (AA.VV., 2004). Con un campeonato internacional consolidado y que se había afirmado en los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920 (siendo el que más público había llevado dentro del desarrollo de la cita olímpica), la FIFA buscaba, por un lado, extender su influencia ya no sólo por Europa sino también por África, Asia y América, y, por el otro, independizarse de la órbita del COI.

Pero la rivalidad de la FIFA no sólo era hacia el afuera sino que también lo era hacia el interior del organismo. A fines de los años veinte, la FIFA agrupaba en su seno fundamentalmente a países de Europa Occidental y Oriental. El puente con América del Sur estaba dado por Uruguay, ya que este país, además de mostrarse pionero en integrarse al torneo olímpico de fútbol organizado por el organismo, era la sede de la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol).

La iniciativa de Jules Rimet de integrar a los países europeos y los sudamericanos en un primer campeonato mundial no va a ser tan fácil. Pronto la FIFA comprobaría en su seno la existencia de enormes discrepancias entre los países europeos y los sudamericanos a la hora de ponerse de acuerdo y organizar un mundial. Lo común será el boicot, el ausentismo y no la integración.

El traslado de la sede de la FIFA a Zurich en 1932 sigue las mismas razones que llevaron a la Sociedad de las Naciones a Ginebra y al COI a Lausana.

### *3.2- El nacimiento de los primeros Campeonatos Sudamericanos de Fútbol (1916-1921)*

El internacionalismo en el fútbol rioplatense comienza primero entre los súbditos y residentes ingleses en Montevideo y en Buenos Aires. La disputa de un partido anual entre el Montevideo Team y el Buenos Aires Team se transforma en una tradición a fines del siglo XIX. Más adelante, en la primera década del siglo XX, la afiliación de la The Uruguay Association Football League (precursora de la Asociación Uruguaya de Fútbol, AUF) a la The Football Association inglesa a través de Argentina permite que los primeros combinados representantes de Uruguay (formados fundamentalmente por jugadores de Nacional y en donde la camiseta todavía no era celeste) disputen partidos anuales con

Argentina. Inglaterra pone en disputa entre los dos rivales del Plata dos copas: la copa Lipton y la copa Newton.

Los partidos anuales contra la Argentina, que vestía de celeste en un principio, terminaron con estrepitosas goleadas a favor de los argentinos. El equipo argentino era mucho más poderoso que el uruguayo:

Herederero directo del fútbol más depurado, más al día en todos sus elementos, Argentina asomó como superior a comienzos de siglo. Diez años de organización (la liga ya estaba consolidada en 1893), con grandes núcleos británicos (formada la liga por veinte clubes de ese origen) dieron a los discípulos de Watson Hutton, Chevallier Boutell, Jordan, Lamonte, Waters, Tudd, Mack, una segura muestra de capacidad futbolística. Montevideo acunaba entonces un fútbol con sabor a barrio, a pueblo. [...] El argentino se nutría -incluso hasta los años 10- de los Brown (argentinos sí, pero de Alumni), los Susan, Coulthurst, Weiss, Stocks, Grant, etc. El nuestro de los "mirones" de La Blanqueada y Punta Carretas. Eran: Lalo Castro, Rincón, Nebel, Cordero, Carbone, Mañana (Gutiérrez Cortinas, 1969: 103).

Durante "la primera década" (1901-1910), la AFA desempeñó un papel fundamental en la expansión del fútbol organizado en Sudamérica. Hacia 1912, la mayoría de las ligas importantes estaban afiliadas a la AFA: la Liga Uruguaya, la Rosarina, las provenientes de las provincias del norte de Argentina (Salta, Santiago del Estero y Tucumán), la del Sur (de la provincia de Buenos Aires) y la Asociación Brasileña de San Pablo y de Río de Janeiro<sup>38</sup>. Este internacionalismo, que tenía su centro en Buenos Aires, el gran enclave británico, a su vez, tenía su matriz en Londres, sede de la FA inglesa. Era un internacionalismo mucho más importante del que el que podía desarrollar la FIFA. Para el fútbol organizado desde Montevideo, era la única forma de abrirse al mundo y aprender:

Hacia 1910, había clubes y ligas provinciales incluso en Santiago del Estero, en el norte de Argentina. Sin embargo los clubes británicos y no británicos ubicados en Buenos Aires o en la Plata, ciudad capital de la provincia de Buenos Aires, y en las pequeñas ciudades industriales ubicadas cercanas a la capital, dominaron el fútbol hasta finales de la década del treinta. Luego, una vez declarado el profesionalismo, los clubes de Rosario, se unieron a la liga nacional. [...]El fútbol se expandió y se formaron innumerables clubes en la Argentina. La mayoría de ellos surgieron de escuelas británicas ubicadas en Buenos Aires y en los barrios suburbanos(al igual que en Uruguay, el centro educativo y el enclave comercial, industrial o de servicios era la matriz en donde surgían clubes), no es de extrañar que entonces a primera asociación del fútbol argentino fuera fundada en Buenos Aires en 1893 (Archetti, 2003: 78).

---

<sup>38</sup> Debo esta información al antropólogo Eduardo Archetti.

Uruguayos y argentinos van afirmando su tradición nacionalista que desde el punto de vista simbólico se construía también en torno al fútbol:

los contactos con la vecina ciudad de Montevideo, capital del Uruguay, crearon un centro futbolístico en la cuenca del Río de la Plata. A partir de 1902 se jugaron partidos entre las selecciones de Argentina y Uruguay por la posesión de la copa Lipton. El trofeo había sido donado por el mundialmente famoso Sir Thomas Lipton, deportista y barón del té, quien visitó Argentina en busca de tierras apropiadas para sus plantaciones y descubrió que la población británica joven de Buenos Aires y Montevideo le encantaba jugar al fútbol. A su regreso a Inglaterra Lipton trató de convencer al presidente del Southampton F. C., un equipo inglés profesional de primera división que visitara la Argentina (Archetti, 2003: 79).

El estar en el círculo de la FA inglesa a través de la AFA, permitió a la novel Liga Uruguaya (AUF, a partir de 1915) invitar al Southampton a jugar también en Montevideo, ante combinados locales en el año 1904. La visita de los profesionales ingleses causó estupor y sensación en las dos orillas del Plata. Por enormes goleadas el equipo inglés venció a sus alumnos. Pero todo esto llevó a un gran aprendizaje de cómo jugar al “football”.

Es de destacar la importancia que tuvo en Uruguay lo exterior o el afuera, frente al adentro. En el deporte, Uruguay, como país pequeño, tiene necesidad de proyectarse hacia afuera (a diferencia de algunos países grandes y extendidos en territorio, que ya hemos trabajado anteriormente). Montevideo le da la espalda al país, al que llama despectivamente “el interior” y, a su vez, se deslumbra con el brillo que tiene “lo exterior”, sobre todo si venía en esta época de Inglaterra y Francia. Curiosamente, un país que se jactaba de ser pionero dentro del continente en lo que tiene que ver con el internacionalismo deportivo, fue el último en América del Sur en lograr una verdadera integración entre capital e interior y generar un campeonato nacional de fútbol o de básquetbol. Creador de la Confederación Sudamericana de Fútbol en 1916, con sede desde sus inicios en Montevideo, motivador permanente de generar campeonatos entre sus vecinos y en toda América, generador de un mensaje universal en el fútbol al ser la sede del primer mundial fue, por el contrario, incapaz de lograr que los clubes del “interior” aglutinados en la Organización de Fútbol del Interior (OFI) pudieran integrarse en el seno de la AUF y formar un campeonato que generara una auténtica integración territorial. Así,

La proyección en el exterior tuvo también singular trascendencia, al irse delineando, a través de actitudes y tomas de posición –no siempre coherentes–, la política internacional de un país cuya voz recién durante estos años tendría repercusiones de carácter universal (Turcatti, 1981: 8).

En un mundo que comenzaba a afirmar un internacionalismo, el papel de las cancillerías fue cada vez más importante. Uruguay deposita una gran confianza en el naciente derecho internacional y en las primeras grandes asambleas internacionales, como las de La Haya en 1907. En esta conferencia, además del arbitraje obligatorio, Batlle ya lanza la idea de lo que sería en el futuro la Sociedad de las Naciones, que Uruguay integrará cuando surja luego de la Primera Guerra Mundial.

Por otro lado, el batllismo cultiva el panamericanismo y procura el acercamiento con Estados Unidos, como forma de contrarrestar la presencia británica. Estados Unidos aparece como el gran escudo protector (Rodríguez, 1996: 19) de Uruguay frente a la voracidad y prepotencia de sus vecinos. El país es pionero, bajo la acción del canciller Baltasar Brum, en generar una política panamericanista bajo el liderazgo de Estados Unidos (Turcatti, 1981: 61-67).

El dirigente uruguayo Héctor Gómez propone, en 1916, la creación de una Confederación Sudamericana de Fútbol (CSF). La idea era que esta organización promoviera la realización anual de campeonatos bajo los ideales de la hermandad de los pueblos americanos. Su idea es aceptada y en 1917 se disputa en Montevideo el primer Campeonato Sudamericano oficial, con las presencias de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile.

El nacimiento de la CSF es un momento fundamental en nuestro estudio sobre las relaciones entre el fútbol, la política y la identidad nacional. Héctor Rivadavia Gómez marca el inicio de políticos colorados de origen batllista que pasan a cumplir un papel fundamental, en su rol de dirigentes, en la historia y desarrollo del fútbol uruguayo. Es la misma etapa que en Peñarol son presidentes Félix Polleri primero, y César Batlle Pacheco después, y que descolla Francisco Ghigliani en su papel en la Comisión Nacional de Educación Física (CNEF).

El ser cronista de deportes y jefe de la página deportiva del diario *El Día* como fue, por ejemplo, Héctor Rivadavia Gómez los acercaba a la pasión cotidiana de cada fin de

semana por el fútbol. A su vez, su carácter de diputados, senadores, consejeros, etcétera les daba la posibilidad de que la entidad deportiva que representaban obtuviera favores, privilegios y donaciones de terrenos por parte del gobierno colorado de turno.

Por otro lado, en la proyección internacional hacia la FIFA, el nacimiento de la CSF le va a dar la importancia a la AUF. En ninguna parte del mundo existía una confederación a nivel continental o regional de este tipo:

La UEFA es de creación relativamente reciente si le compara con la Conmebol sudamericana. La idea de agrupar empezó su camino en 1950 [...] aunque el paso decisivo se franqueó en 1953 gracias al secretario general de la Federación Francesa, Henry Delaunay. La fecha oficial de la constitución fue el 15 de junio de 1954. [...] La Confederación Asiática de Fútbol fue fundada el 8 de mayo de 1954 en Manila [...] La Confederación Africana de Fútbol fue fundada en 1956 por los representantes de las federaciones de Egipto, Sudán, Etiopía y Sudáfrica. [...] La Concaf (Confederación Norte-Centroamericana y del Caribe de Fútbol) se fundó en 1961, en la ciudad de México, tras la fusión de la Confederación Centroamericana y del Caribe de Fútbol (creada en 1938) y de la Confederación de Fútbol de América del Norte (AA.VV., 1981: 7-9).

El peso político que le daba esto a Uruguay ante la FIFA era enorme: Uruguay se va a parar representando a toda Sudamérica. Con la Conmebol con presidente uruguayo y con sede en Montevideo, las decisiones que se tomaran llevaban a poder actuar en bloque. La FIFA era todavía vista como un organismo esencialmente europeo.

Con el Sudamericano, en la década del veinte tendremos la existencia, por lo menos hasta 1924, de tres internacionalismos futbolísticos sin interconexión entre sí. Inglaterra, Francia y Uruguay eran líderes. El primero de ellos estaba representado por el Torneo de fútbol de las Naciones Británicas bajo la égida de la FA londinense. El segundo era el torneo de la FIFA, que se desarrollaba, después del fracaso de 1906, dentro del marco del torneo olímpico de fútbol (a partir de 1908 y hasta 1928). Y el tercero era el Campeonato Sudamericano anual realizado en forma oficial desde 1917 e inventado por Uruguay.

Uruguay se muestra pionero en la idea panamericanista en el fútbol y es el país líder de la CSF. El acercamiento entre la AUF y la AFA para formar una confederación era lo embrionario, ya que el internacionalismo entre ambos países llevaba más de quince años. No era tan fácil con el resto de los países sudamericanos, que en muchos casos ni siquiera todavía tenían una liga nacional integrada y afirmada. Fue el nacimiento de la Confederación Brasileña de Deportes (CBD), en 1914, lo que permitió la existencia de un

combinado nacional que representara al gigante del norte. Y luego, paulatinamente, se irán integrando a la CSF liderada y conducida por Uruguay, Paraguay, Bolivia y Perú. En un momento en que no existían estructuras administrativas de las asociaciones y confederaciones para sus intercambios internacionales, era fundamental la acción del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El preámbulo fue en 1910, debido a los partidos con motivos del Centenario Argentino.

No fue un campeonato en el sentido ortodoxo, apenas un prefacio con motivo de las Fiestas del Centenario del país hermano. Equipos invitados a participar: Selección Uruguaya, selecciones nacionales de Argentina y Chile, combinados de equipos argentinos, selección de la Liga Rosarina y Alumni (AA.VV., 1969-1970: 387).

En 1916, con motivo de un nuevo centenario de la independencia argentina, la idea llevada adelante por la AUF se corporiza en ese primer Sudamericano de la historia. La final entre Argentina y Uruguay se jugó en el estadio de Gimnasia y Esgrima y terminó empatada. Pero como el público incendió las graderías de madera hubo segunda final, que consagró campeón a Uruguay:

El día 16 se jugó la final contra Argentina, que por haber empatado con Brasil tenía un punto menos que nuestro equipo; a los 5 minutos de juego este debió interrumpirse por invasión del público y posterior incendio de la Hípica. Atribúyese lo ocurrido a la venta excesiva de entradas [...] Al día siguiente se fijó el *field* de Racing. Al empatar con cero gol Uruguay se clasificó invicto con un gol de ventaja (AA.VV., 1969-1970: 388).

En sus filas, Uruguay alineó a dos jugadores negros, Isabelino Gradín y Juan Delgado, lo que motivó la protesta del equipo chileno. El escritor Eduardo Galeano (1995) narra la sorpresa que fue para Chile este acontecimiento:

En 1916, en el primer campeonato sudamericano, Uruguay goleó a Chile 4 a 0. Al día siguiente, la delegación chilena exigió la anulación del partido, “porque Uruguay alineó a dos africanos”. Eran los jugadores Isabelino Gradín y Juan Delgado. Gradín había cometido dos de los cuatro goles.

Bisnieto de esclavos, Gradín había nacido en Montevideo. La gente se levantaba de sus asientos cuando él se lanzaba a una velocidad pasmosa, dominando la pelota como quien camina y sin detenerse esquivaba a sus rivales y remataba a la carrera. Tenía cara de pan de Dios y era de esos tipos que cuando se hacen los malos nadie les cree.

Juan Delgado, también bisnieto de esclavos, había nacido en Florida, en el interior del

Uruguay. Mucho se lucía Delgado bailando la escoba en los carnavales y la pelota en las canchas. Mientras jugaba conversaba y les tomaba el pelo a los adversarios (Galeano, 1995: 42).

Si bien es verdad que Uruguay fue la primera selección de fútbol del mundo que alineó negros en su oncená titular también es verdad que esto ha llevado a un ocultamiento. Como veremos en el capítulo siguiente, un profundo racismo tejió los discursos del fútbol uruguayo a la hora de los grandes triunfos continentales y mundiales. Además de las figuras de Gradín y Delgado, Uruguay tenía entre sus forwards a uno de los jugadores más legendarios que dejó la década del diez para la leyenda del fútbol uruguayo: José Piendibene.

En este torneo es que Héctor R. Gómez lanza la idea de crear una confederación continental y organizar anualmente Campeonatos Sudamericanos:

También en la faz dirigente el torneo de 1916 marco un hito a nivel continental. A pocos días de comenzada esta disputa, el 9 de julio, el dirigente Dr. Héctor R. Gómez, hallándose reunido con delegados de Argentina, Brasil, Chile y naturalmente de Uruguay, propuso la creación de la Confederación Sudamericana de Fútbol.

El Dr. Gómez reveló que desde 1912, había aguardado el instante propicio para elevar la feliz iniciativa. Entendió que se habían salvado ya los problemas que antes acuciaron a las asociaciones del nuevo continente. Con una elevada exposición, el brillante deportista que presidiera la Asociación Uruguaya de 1907 hasta 1912, fundamentó su iniciativa (Lombardo, 1993: 11).

Éstas fueron las palabras que llevaron a la creación de la Confederación:

He entendido siempre que los deportes no deben constituir tan solo un medio de perfeccionamiento físico; ellos florecen en los periodos más generosos de la vida, cuando todo es sincero y espontáneo; cuando la amistad es sacrificio y cuando el amor es ideal. De ahí que las nobles emulaciones de las luchas sirvan para aproximar y no para dividir. En las justas juveniles del deporte, en todos los tiempos se ha desterrado el odio, como a un enemigo común. Se persigue como una formalidad pura y elevada. Las primeras palmas para el vencedor son las que tributa el vencido. El público se identifica con los luchadores, brindando sus vítores indistintamente a los unos y a los otros. Todo transcurre, en fin, a unir los corazones en la intensificación de los afectos. En campo tan propicio solo cabe echar la simiente para que la confraternidad nobilísima, pródiga y desinteresada, no la fría y reflexiva de las fórmulas protocolares, fructificará lozana entre la juventud de nuestra tierra de América. Al servicio de tales postulados responde, entonces, la propuesta de crear la Confederación Sudamericana de Fútbol (Lombardo, 1993: 11-12).

Es por eso que el primer Sudamericano de carácter oficial, disputado en

Montevideo en 1917 tiene tanta importancia. El periodista Luis Prats nos relata el proceso de surgimiento del torneo:

El papel protagónico de los dirigentes uruguayos en ese proceso hizo inevitable que la primera edición oficial de la Copa América tuviera lugar en Montevideo. Para albergarla, la Comisión Nacional de Educación Física construyó un estadio con instalaciones de madera en el entonces llamado Parque Pereira, exactamente en la ubicación donde hoy se encuentra la Pista de Atletismo del Parque Batlle. El soberbio Studium, según lo definió *Diario del Plata*, tenía algunas filas de gradas y una tribuna principal techada, que durante el certamen se adornó con banderas de todos los países de América. El resto del escenario estaba compuesto por taludes y los jugadores ingresaban al campo a través un túnel. En la final, según se estimó en ese momento, el estadio albergó 40.000 espectadores. Dos años después del Sudamericano fue desmoronado y se construyó la pista (Prats, 2000: 43).

El certamen se desarrolló en setiembre y octubre, que eran los meses tradicionales en los que se jugaba la Copa Lipton entre Uruguay y Argentina. Uruguay dominó el torneo, goleando a Chile y Brasil por 4 a 0 y superando en la final a la Argentina por 1 a 0. El torneo marcó la consagración de lo que después sería el mejor jugador del mundo, el forward Héctor Scarone.

La idea era jugar el torneo todos los años e ir rotando las sedes. Para 1918 Brasil sería la sede del torneo. Un episodio de la llamada “gripe española”, llevó a que el torneo se suspendiera un año. En 1919, una vez más Uruguay jugó la final y esta vez su rival era Brasil:

Aquella final de 1919 entre brasileños y uruguayos ha sido uno de los partidos más importantes de la Copa América [...] Brasil y el club de regatas Fluminense habían construido un estadio con capacidad para 20.000 personas en su zona de Río para recibir la final. [...] El cricket y el remo eran, en esos días, los deportes preferidos por la mayoría de seguidores de Fluminense (a quienes muchos llaman cariñosamente “Flu”, en contrapartida al “Fla” del Flamengo). Después de aquel encuentro, el fútbol empezó su gran despegue deportivo y en pocos meses habían crecido el interés y arrastraba a miles y miles de aficionados (AA.VV., 1981: 215).

La razón de la tardía popularización del fútbol en Brasil –respecto a su auge en el Río de la Plata– se debió, por un lado, a la difícil integración del fútbol de San Pablo y de Río en lo que era, en su momento, la Confederación Brasileña de Deportes; y, además, a la también tardía integración del negro al fútbol. Por eso fue tan dificultosa la integración del mulato Arthur Friedenreich a aquella selección brasileña de camiseta blanca y hombres

blancos, como relata Galeano:

Hijo de un alemán y de una lavandera negra, jugó en primera división durante veintiséis años y nunca cobró un centavo. Nadie hizo más goles que el en la historia del fútbol. Metió más goles que el otro artillero, Pelé, también brasileño. [...] Este mulato de ojos verdes fundó el modo brasileño de jugar. Él rompió los manuales ingleses [...] Friedenreich llevó al solemne estadio de los blancos la irreverencia de los muchachos de color café que gozaban disputando una pelota de trapo en los suburbios. [...] En 1921, la Copa América iba a jugarse en Buenos Aires, y el presidente de Brasil, Epitácio Pessoa, formuló entonces un mandato de blancura. Ordenó que no se enviara ningún jugador de piel morena por razones de prestigio patrio. [...] En ese Campeonato Sudamericano no jugó Friedenreich. En aquella época era imposible ser negro en el fútbol brasileño y ser mulato era difícil: Friedenreich entraba siempre tarde a las canchas, porque en el vestuario se demoraba siempre media hora planchándose las motas, y el único jugador mulato de club Fluminense, Carlos Alberto, se blanqueaba la cara con polvo de arroz (Galeano, 1995: 47).

Brasil terminó ganando la final de desempate por 1 gol a 0, con gol de Friedenreich, y los festejos del triunfo generaron el primer gran acontecimiento social en ese país en torno al fútbol:

Aquello fue el delirio de todo el estadio, de todo Río, de todo Brasil. Viva Arthurziinho, gritaba la gente por Río. Aquel gol significó el primer triunfo importante de una nación que con el paso de los años, pasaría a ser el país más poderoso del mundo en materia futbolística. [...] El fútbol había conquistado al aficionado deportivo brasileño, desde sus periódicos, donde llegó a titularse con grandes caracteres “Hoy Río ha escogido su deporte favorito: el fútbol (Correo de Manhã), hasta el grito de los maquinistas de los trenes que salían de Río rumbo a San Pablo y Belo Horizonte, que se paraban en cada estación y, tras hacer sonar sus sirenas, anunciaban: Brasil es campeón (AA.VV., 1981: 220).

Todo esto nos muestra la enorme importancia que tuvo Uruguay y el fútbol uruguayo, tanto en la afirmación del fútbol en Argentina como en Brasil. Con sus dos colosos vecinos, Uruguay se mostraba pionero en su internacionalismo y creaba una comunidad internacional, la Conmebol, y un campeonato, el Sudamericano de Fútbol, en donde tanto Argentina como Brasil afirmaban su nacionalismo futbolístico.

Para Uruguay, esa segunda Copa América terminó en una tragedia, con la muerte de su arquero (a su vez, guardameta de Peñarol) Roberto Chery, luego del partido con los chilenos.

La Copa América siguiente, la de 1920, sería en Viña del Mar (Chile) y Uruguay se volvería a consagrar campeón luego de empatar con Argentina y vencer a Brasil y Chile.

La de 1921, en Buenos Aires traería la primera sorpresa para el fútbol uruguayo: no

sólo sería derrotado por Argentina sino que también sería derrotado por Paraguay, un debutante en los Sudamericanos. Luis Prats nos relata lo que significó aquella primera derrota con Paraguay:

Buenos Aires fue sede del torneo en 1921. En aquella ocasión, debutó Paraguay y lo hizo a lo grande, pues derrotó a Uruguay por 2 a 1. No solamente fue una mayúscula sorpresa: fue el anuncio de que los guaraníes serían siempre rivales temibles para la Celeste. Volvieron a ganarle en amistosos, en Montevideo o en Asunción durante el período amateur. Y lo siguieron haciendo durante el profesionalismo, incluyendo el 0-5 de 1957 que significó la eliminación del Mundial de Suecia y el 0-2 de 1996 que inició otra serie negra antes del Mundial de Francia. La actuación fue duramente criticada. *La Tribuna Popular* comentó que “después de lo acaecido, luego de esta derrota que casi importa la pérdida de la Copa América, entendemos que la Comisión de Selección debe reaccionar radicalmente o de lo contrario renunciar (Prats, 2000: 45).

## V-La generación olímpica y el sistema de partidos

### **1-Julio María Sosa y la fractura del fútbol uruguayo**

#### *1.1-División AUF-FUF*

El sistema de partidos surgido de las elecciones de 1922 –que, como vimos, fueron las primeras de sufragio universal masculino–, sufrió grandes movimientos. El Partido Colorado vive hacia su interna fracturas y escisiones. El batllismo ya no es la única corriente; por el contrario, surgen agrupaciones claramente enfrentadas al líder, como el riverismo y el vierismo. A su vez, dentro del propio batllismo es cada vez más fuerte el enfrentamiento entre Julio María Sosa y José Batlle y Ordóñez y se avizora una nuevo quiebre. Los acuerdos y los enfrentamientos entre las diferentes fracciones del Partido Colorado encuentran su continuidad en la dirigencia del fútbol.

En 1922 se produce una fractura en el fútbol uruguayo: la Federación Uruguaya de Fútbol, con equipos como Peñarol y Central como los más representativos, se separa de la AUF, que queda liderada por Nacional. El cisma es hasta 1925, año en que el presidente de la República, José Serrato, a través de un laudo unifica el fútbol uruguayo. Para explicar la ruptura y su ahondamiento durante esos años hay que acercarnos tanto a los factores estrictamente futbolísticos como a los políticos.

Los primeros que fueron los que tradicionalmente jerarquizaron las crónicas de los periodistas deportivos. Hay que tener en cuenta la influencia del cisma que también había tenido lugar en Argentina entre la Asociación Amateur Argentina (AAA) y la AFA a partir del año 1919. El hecho de que la naciente AAA no estuviese afiliada a la Confederación Sudamericana de Fútbol llevaba, por los reglamentos, a que ningún club de la AUF pudiese jugar con los afiliados a la mencionada asociación; sólo podían hacerlo con los afiliados a la AFA. Las permanentes invitaciones de instituciones como River Plate, Independiente, Estudiantes o San Lorenzo de Almagro (por mencionar sólo algunas de la AAA) terminaron por tentar a los clubes uruguayos. Peñarol vivía el pasaje presidencial de César

Batlle Pacheco a Julio María Sosa. El detonante de todo fue el Sudamericano de Brasil de 1922. Peñarol niega sus jugadores a un torneo en donde, para Sosa y los dirigentes de Peñarol, el equipo de la AFA no era el real representante de Argentina. Luego del campeonato las relaciones entre Peñarol y la AUF se volvieron tensas. La insistencia, por parte de Peñarol y de Central, de jugar con equipos argentinos pertenecientes a la AAA llevó a su desafiliación de la AUF en noviembre de 1922. El presidente de la AUF en ese año era el dirigente de Nacional, político blanco y periodista deportivo del diario *El País*, José María Reyes Lerena.

En los días previos a la desafiliación, Julio María Sosa proclamaba:

Todo depende ahora de la Asamblea. Sigo sosteniendo con igual calor que antes, que tenemos que jugar con Racing y con River Plate, viejos y queridos amigos de Peñarol. La opinión dentro de mi club es unánime al respecto. Por nada del mundo abandonaremos la amistad con los buenos amigos. Peñarol no es un club de dos caras. Nunca lo fue. Sólo hay que apreciar si nos interesa jugar inmediatamente. Es lástima que se tenga que abandonar la posición conquistada en el Campeonato Uruguayo en beneficio de segundos o terceros. La Asociación Uruguaya, por mayoría de sus miembros, realiza una política hostil al Club Peñarol (Lombardo, 1993: 180).

Así se produce la desafiliación de Peñarol y del club que lo sigue, Central, y ambos fundan la proscripta Federación Uruguaya de Fútbol (FUF), que organizará su propio campeonato hasta el laudo Serrato de 1925.

Pero en este enfrentamiento entre la AUF y la FUF también intervinieron factores políticos. Ya habíamos tratado el tema de cómo sobre todo a partir de 1923 Julio María Sosa comenzaba un enfrentamiento con José Batlle y Ordóñez dentro de la fracción batllista del Partido Colorado. Su puesto como presidente del Consejo Nacional de Administración, que pasa a ocupar en el mencionado año, le da un poder enorme y sus actitudes lo llevan a catapultarse como futuro presidente de la República. El choque dentro del Consejo, con el otro consejero de Batlle y Ordóñez, Atilio Narancio, es permanente y también lo es dentro de la Convención batllista con figuras medulares como Francisco Ghigliani o César Batlle Pacheco. Según Lindhal son frecuentes los choques entre Ghigliani y Sosa dentro de las reuniones de la Convención Partidaria, debido que el primero le echa en cara al segundo que siempre faltaba por ir a las reuniones como dirigente de Peñarol (Lindhal, 1977: 127).

En la figura de Julio María Sosa podemos establecer el triángulo que se dio aquí y en otras partes del mundo, basado en que el destaque político, que lleva a la figuración económica y, por último, a la figuración deportiva. En un momento en que el fútbol era amateur, la posibilidad de los clubes de tener dirigentes vinculados al nivel político era muy importante. El político, por ejemplo, podía facilitar la adquisición de terrenos municipales para el levantamiento de un estadio, podía hacer favores para que muchos jugadores pudieran acceder a cargos públicos, etcétera. A su vez, el político obtenía del fútbol una alta figuración y destaque entre una enorme masa social. Julio María Sosa comienza a destacarse en la dirigencia de Peñarol, justo cuando el club vivía su trascendental paso de ser un centro gremial ligado al ferrocarril inglés, a independizarse totalmente y pasar a ser un club netamente criollo, que se da a partir de 1913. Llega a la presidencia en 1921 (después de la ejercida por César Batlle Pacheco). El Peñarol de Sosa que funda la FUF pasa a ser poderoso en su área de influencia, pero de alguna manera todo el poder queda en la Asociación, que tenía el apoyo del Pepe Batlle y que en 1923 pasa a presidir el doctor Atilio Narancio, sustituyendo a Reyes Lerena. Atilio Narancio era un hombre que no sólo se destacaba como político; era un médico pediatra de prestigio:

Prominente pediatra y hombre público, identificado desde muy joven con Batlle. Fundador de Nacional, fue activo participante de la célebre asamblea de 1911, que fijara su rumbo democrático contra los cuelludos, decisión donde se advirtió la influencia democratizadora del batllismo (Morales, Franklin, 2002: 38).

Las rupturas dentro del partido encontraban una continuidad en la dirigencia del fútbol. La AUF, con el colegialista batllista Narancio y el club Nacional a la cabeza, se enfrentaba a la FUF, que quedaba con el proscrito Julio María Sosa y Peñarol al frente. El apoyo propagandístico de *El Día*, el diario más vendido en el momento, fue para la Asociación. Durante el período de 1923 a 1926, el enfrentamiento en la interna del batllismo entre Julio María Sosa y José Batlle y Ordóñez fue tan grande que la fusión de la Asociación con la Federación sólo se podría lograr cuando la figura de este fugado del batllismo se alejara de Peñarol o de la FUF.

En 1923, Atilio Narancio se transforma en un visionario: promete a la selección celeste que jugaría en noviembre el Sudamericano representando a la Asociación (y no a la

Federación) que si lo ganaban, toda la delegación iba a viajar a París a participar en los Juegos Olímpicos del año siguiente. Si se ganaba, toda la gloria iba a quedar para la fracción batllista del Partido Colorado. Sería la primera vez que una selección de fútbol de Sudamérica participaría en un torneo mundial organizado por la FIFA. En esta nueva generación de *footballers*, descollaban en la selección y en Nacional algunos jugadores que luego se harían célebres en el medio: “Entre las caras nuevas, estaba un joven delantero de Bella Vista, José Nasazzi. Cómo sabía jugar en la zaga, lo incluyeron en esa posición. Su capacidad de mando lo convirtió además en capitán” (Prats, 2000: 52).

Lo que estaba en juego, además del prestigio político que le traería al batllismo haber sido el único que apoyó la empresa, era la afirmación de un estilo nacional, que se daría con el enfrentamiento con los países europeos. Los enfrentamientos con Argentina no hacían más que afirmar la existencia de un estilo rioplatense de jugar al *football*, que básicamente encontraba su alteridad en el estilo británico. Ahora, en los juegos olímpicos, había que demostrar si ese estilo podía conquistar el mundo.

Lo fundamental para poder participar en los Juegos Olímpicos era lograr la afiliación a la FIFA por parte de la AUF. Para poder acercarse a la FIFA y a su presidente, Jules Rimet, fue decisiva la acción del diplomático Enrique Buero, hermano de Juan Antonio Buero, que fue canciller uruguayo bajo la presidencia de Baltasar Brum. Enrique Buero fue delegado uruguayo en la Sociedad de las Naciones y ministro plenipotenciario en Bruselas. En el momento en que inicia las negociaciones con la FIFA, el presidente de la República era José Serrato y su canciller el colorado riverista Pedro Manini Ríos. Al aceptar actuar como intermediario entre la FIFA y la AUF, le expresa a Manini Ríos:

Señor Ministro: Tengo el honor de confirmar el telegrama que con fecha 22 del corriente y desde Ginebra, he enviado a vuestra excelencia a efecto de que se sirviera ordenar fuera puesto en conocimiento de la AUF. Dicho despacho responde a la Delegación que la referida entidad deportiva me confirió por telegrama fecha 19 del corriente, llegando el 20, a efectos que la representara en el Congreso Internacional de las Asociaciones de Football que se reuniera en Ginebra los días 20 y 21 del corriente. Aún cuando carecía de instrucciones especiales de Vuestra Excelencia y a pesar de no estar dentro de la índole de mis funciones oficiales tal clase de representación, me pareció prudente acceder al pedido de la Asociación Uruguaya de Football, el que por otra parte se hizo con conocimiento de ese Ministerio, pues el telegrama traía la observación “oficial” que señalaba la intervención de vuestra excelencia. De otra manera me hubiera abstenido de hacer ninguna gestión sin la necesaria y previa consulta al Ministerio de VE (Buero, 1932: 10-11).

En el momento de la afiliación, todavía José María Reyes Lerena, el político blanco y de Nacional, cumplía sus últimos días como presidente de la AUF y, en ese momento, todavía el conflicto AUF-FUF era vivido como un enfrentamiento entre Peñarol y Nacional y no como una lucha entre figuras a la interna del batllismo, en lo que se transformaría después. También es de destacar que Pedro Manini Ríos había sido presidente honorario de Nacional. El Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Manini Ríos, líder del riverismo, estaba fuertemente enfrentado con el batllismo por haber sido nombrado en ese cargo.

Una vez producida su renuncia, el diario batllista *El Día* le lanzaría una dura requisitoria a su función:

El doctor Manini renunció el Ministerio de Relaciones Exteriores que ocupó debido, principalmente, a su carácter del jefe del Riverismo. No podemos, pues, sustraernos al deber de realizar un breve balance de su actuación [...] El doctor Manini opositor criticó que algunos funcionarios diplomáticos o consulares estuvieran adscriptos al Ministerio, y el doctor Manini canciller les conservó la misma situación, agregando, todavía uno más, su correligionario Mora Otero cuyo nombramiento de secretario de Legación se mantuvo oculto durante un año [...] El doctor Manini opositor sostuvo que las legaciones eran inútiles y que había que suprimirlas, y el doctor Manini canciller se opuso a que fueran reducidas. [...] En la emergencia que ha producido su caída, quedó bien evidenciado no sólo su falta de ponderación para desempeñar el cargo de Ministro de Relaciones, sino también su total desconocimiento de los deberes internacionales que incumben a nuestro país (Manini Ríos, 1972: 57).

Resultó una paradoja que frente a tales enfrentamientos, Manini Ríos haya terminado beneficiando al batllista Atilio Narancio en su lucha contra Julio María Sosa en el fútbol. Sin embargo, como veremos, durante su ministerio Manini Ríos estuvo dispuesto a ayudar tanto a la AUF como a la FUF en su proyección internacional.

En una actitud pionera en lo que respecta a la región, Buero logra que Uruguay se afilie a la FIFA en 1923.

## **1.2-Conflicto COU-AUF-CNEF**

La AUF le había ganado la primera jugada a la FUF en lo que tiene que ver con la proyección internacional. Pero a Julio María Sosa todavía le quedaba otra jugada para ganar la pulseada de poder dentro del batllismo. Como sabemos, Julio María Sosa ejercía la presidencia del Consejo Nacional de Administración. De este Consejo dependía el

Ministerio de Instrucción Pública y de éste la CNEF, el organismo máximo en lo que respecta a la coordinación de las políticas de las distintas asociaciones deportivas del país. Enseguida de confirmarse el poder de Julio María Sosa en la CNEF, su miembro más influyente, el batllista Francisco Ghigliani, se aleja. En setiembre de 1923, el Dr. Fossati, integrante “sosista” de la CNEF, había planteado la necesidad de ocuparse de la participación de Uruguay en los próximos juegos. El acta de la CNEF plantea:

De acuerdo con la moción formulada por el Dr. Fossati y Ortiz Garzón, encargada de estudiar lo relativo a la participación de Uruguay en las Olimpiadas a realizarse en París en 1924, con amplias facultades para asesorarse, debiendo proponer a la Comisión Nacional, en oportunidad, lo que considere conveniente (Gomensoro, 2004: 8).

En ningún momento se nombra al Comité Olímpico Uruguayo (COU), que era la organización clave ante el Comité Olímpico Internacional en todo lo que tiene que ver con la participación de los países en los Juegos. El delegado olímpico y presidente del mencionado comité era, justamente, el batllista Francisco Ghigliani. De él sabemos:

De nacionalidad argentina (nació en Buenos Aires el 7 de junio de 1883), de joven se radicó con su familia en Montevideo siguiendo la carrera de medicina. [...] En 1910 se integró con el Partido Liberal que en las elecciones de ese año se había aliado con el Partido Socialista y de esta manera consiguieron (a raíz de la abstención del Partido Nacional) la primera diputación para la izquierda en Uruguay en la persona del joven socialista Dr. Emilio Frugoni y del liberal Pedro Díaz. [...] Al año siguiente dejó el Partido Liberal y se adhirió al batllismo. [...] Se relacionó entonces con el Club Pedestre Uruguayo, primera entidad destinada especialmente al atletismo, la que había sido fundada en 1910 y logró –mediante su prédica constante– que se ampliaran sus actividades deportivas. Fue designado su presidente en 1915 y le cambió el nombre por la de Sporting Club del Uruguay. Ese año fue elegido miembro de la Comisión Nacional de Educación Física y esta hace lo propio al nombrarlo presidente de la Federación Deportiva Uruguayana, organismo estatal dependiente de la CNEF que dirigió al deporte uruguayo hasta 1918. En ese carácter fundó y presidió casi simultáneamente las federaciones de atletismo, básquetbol, voleibol y natación. [...] Se convirtió en íntimo colaborador de Batlle y Ordóñez y fue elegido diputado por el Batllismo [...] En 1918 y en 1921 dirigió, junto al Arq. Scasso, la construcción de la Pista de Atletismo en el predio donde estaba el primer “Field Oficial”. Con esa febril actividad y esos antecedentes, era lógico que en 1922 se le designara para ocupar la representación uruguayana del Comité Olímpico Internacional (Gomensoro, 2004: 5).

Al igual que con Julio María Sosa y Atilio Narancio y como antes también en figuras como Francisco Simón y Héctor Rivadavia Gómez, en Francisco Ghigliani vemos la influencia que tenía el batllismo en todo el deporte. Es gracias a su figura que Uruguay conoce al Olimpismo y al Comité Olímpico Internacional con sede en Lausana.

En 1922 es designado por el COI como delegado olímpico en Uruguay, con la misión de fundar el Comité Olímpico Uruguayo. Al ver que la CNEF dominada por Julio María Sosa lo había dejado de lado funda el COI en octubre de 1923 y luego informa que la formación de la delegación para los juegos es potestad exclusiva del comité olímpico nacional de cada país. Detrás de la escena, la AUF ya dominada por Narancio confirma que va a mandar un equipo de fútbol a competir a los juegos.

A su vez, Julio María Sosa tiene cada vez más enfrentamientos en la Convención del batllismo. Como presidente del Consejo Nacional de Administración, se mueve con total independencia del batllismo y se siente con un rol de un enorme poder. Francisco Ghigliani, desde *El Día* de la tarde, en que era director, lo acusa de no cumplir con los deberes que tiene para con la agrupación y fracción del Partido Colorado, que lo había catapultado a ese puesto (Lindhal, 1977: 127). Mientras tanto, Julio María Sosa continúa acrecentando su poder y no oculta su intención de ser el futuro candidato a presidente en las futuras elecciones de 1926:

Con el fin de ensanchar su obra proselitista, inicia las giras al interior, utilizando su jerarquía gubernamental para darle resonancia [...] a fines de setiembre viaja a Salto, Paysandú y Paso de los Toros. Luego va a San José [...] Para apoyar esta acción política, compra una empresa periodística en declinación que editaba tres diarios: *El Siglo*, *La Razón* y *El Telégrafo*. [...] En el invierno de 1924, Sosa juzgó que el momento estaba maduro para hacer proclamar su candidatura presidencial (Manini Ríos, 1973: 132).

Atilio Narancio, el ahora presidente de la AUF, era junto con Sosa el representante del batllismo en el Consejo Nacional de Administración. Se estaba entrando en un peligroso juego de poder en el que detrás de todo estaba la anciana figura de José Batlle y Ordóñez, que al igual que había pasado con Pedro Manini Ríos y con Feliciano Viera, veía cómo uno de sus principales colaboradores se alejaba de su fracción para fundar otra propia dentro del Partido Colorado.

Sosa de todas maneras quería eliminar la posibilidad de que un equipo de la AUF de Atilio Narancio, formado exclusivamente por jugadores de Nacional, concurriera a los juegos y dejara de lado a la FUF. Primero que nada se entrevista con Manini Ríos, el Ministro de Relaciones Exteriores, y por su intermedio solicita que el ministro en los Países Bajos en ese momento, Alberto Guani, interceda ante la FIFA para que se permita

que el equipo uruguayo esté formado por un “combinado” de jugadores de la AUF y la FUF. La respuesta de Guani es desalentadora:

Bruselas Diplomacia Montevideo. E 2292 Referencia M 2321 contestase: Asociaciones afiliadas Federación Internacional de Football Association son reconocidas como únicas autoridades nacionales en su terreno así que sólo ellas tienen derechos de formar cuadros que puedan representar a su país en el exterior (Gomensoro, 2004: 10).

Es a partir de entonces que Julio María Sosa trata de boicotear todo lo que puede la actuación de Uruguay en los juegos. A fines de febrero de 1924 buscó frenar toda posibilidad de fondos para financiar el gasto del viaje y de la estadía de la delegación en París. El Consejo Nacional de Administración, en acuerdo con la Comisión Nacional de Educación Física, condicionó la ley enviada al Parlamento para apoyar a la delegación con la excusa de que sólo un “combinado” de la AUF y de la FUF era lo que realmente representaría al fútbol uruguayo en Europa (Gomensoro, 2004: 11). Atilio Narancio tiene que hipotecar su quinta en Maroñas para pagar el viaje y le solicita el resto del dinero al empresario y dirigente de Nacional Numa Pesquera. Por otra parte, se manda a un miembro en minoría no socialista de la CNEF como delegado olímpico, Casto Martínez Laguarda, a Europa para que refuerce la posición de Uruguay tanto ante la FIFA como frente al COI.

Sin embargo, Julio María Sosa tendría una última jugada. Sus seguidores influyentes en el COU niegan que la selección celeste represente verdaderamente a Uruguay en los Juegos. No le dan la autorización. Sus argumentos son contados detalladamente por Ricardo Lombardo:

En la plácida noche del 26 de marzo del 24, cundió la explosiva medida aprobada por el Comité Olímpico Uruguayo, negando enfáticamente autorización al combinado celeste que viajaba rumbo a las Olimpiadas, para asumir la representación de nuestro fútbol.

Lo votado por el Comité Olímpico fue redactado en estos términos:

1-Considerando que la Asociación se niega a aceptar la nómina de jugadores propuestas por el Comité Olímpico.

2-Considerando que el Comité Olímpico Francés, contestando a una consulta de este Comité Olímpico Nacional, si era permitido actuar afiliados con no afiliados, estableció como única causal, la confirmación de amateurismo

3-Y como la Asociación niega la certificación amateur a los jugadores propuestos, basando dicha resolución, en que no puede juzgar a los que ellos no controlan, idéntico caso se presenta al Comité Olímpico con los jugadores de la Asociación

4-Considerando que el team propuesto está lejos de ser el verdadero exponente del fútbol amateur del Uruguay, resuelve:

No delegar en el team de la Asociación, la representación del fútbol uruguayo en las Olimpiadas de París (Lombardo, 1993: 36).

Tuvo que aparecer la astuta figura de Francisco Ghigliani para destrabar todo esto. Primero que nada votó en contra y se dirigió a la AUF, notificándole de lo ocurrido. Ésta de inmediato mandó un telegrama delegando en Martínez Laguarda la misión de encontrarse personalmente con el presidente de la FIFA, Jules Rimet, para destrabar el tema:

Jules Rimet-París. Asociación Uruguay desea enviar su equipo campeón sudamericano, ya en viaje, Comité Olímpico Uruguayo no quiere dar su asentimiento, contra opinión del delegado olímpico, porque Comité quiere imponer se constituya el equipo con jugadores afiliados y no afiliados. Yo le pido defienda nuestros derechos. Firmado: Atilio Narancio (Lombardo, 1993: 37).

A su vez, Ghigliani, con autorización del COI, disuelve el COU. El argumento era que el COU funcionaba mal debido a que no eran suficientes el número de Federaciones Nacionales (Natación, Ciclismo, Atletismo, etcétera) afiliadas a las internacionales respectivas. Lo extraño era que el presidente en ejercicio recién ahora lo advirtiera. Pero lo que realmente había pasado era que los seguidores de José Batlle y Ordóñez en la fracción batllista del Partido Colorado, Atilio Narancio y Francisco Ghigliani, le habían ganado la pulseada a Julio María Sosa. Junto con toda la Convención batllista terminarían hundiendo a este nuevo fugado, que, fracasado en su intento de ser presidente en 1926, comienza un largo ostracismo y decadencia. La fundación del Partido Colorado por la Tradición por él mismo sería de corto vuelo. Batlle y Ordóñez se había sacado de encima a un nuevo enemigo.

## **2-La conquista de París y el batllismo**

### *2.1-Colombes en el imaginario colectivo*

La VIII olimpiada, a desarrollarse en la ciudad de París en 1924, nació en circunstancias muy particulares. Era la segunda olimpiada de la primera posguerra. Todavía Europa vivía los ecos de la Primera Guerra Mundial y los resentimientos

nacionales seguían a flor de piel. Alemania por segunda vez no era invitada a los juegos; de esta manera el COI castigaba al considerado país agresor. La idea era acercar a las diferentes naciones bajo el símbolo de la bandera de las cinco anillas. Había nacido un país gigantesco, la URSS, que no había sido invitado y que desarrollaba una política deportiva internacional propia y competitiva del olimpismo de Coubertin (que culminaría con la espectacular Espartakiada de 1928 en Moscú). Al estar al margen todo el mundo colonial, el valor deportivo de los negros africanos se desconocía. Más bien, todavía era una competición entre Europa, insular y continental, y Estados Unidos. Los jóvenes países de América Latina contaban muy poco. El atletismo, el ciclismo, el esgrima, la lucha grecorromana, la natación, el remo, etcétera eran las grandes y tradicionales competencias de los juegos.

Las crónicas de la selección de Uruguay en los juegos, fueron hasta ahora lo que ha quedado en el recuerdo. Autores como Carlos Manini Ríos (1970) y Ricardo Lombardo (1993) en un primer momento y, más recientemente, Franklin Morales (2002) y Atilio Garrido (2000) nos cuentan detalladamente todas las peripecias que pasó la delegación para costear el viaje hasta su llegada al País Vasco, y luego el impacto que causó el juego de la selección en toda España. Era la primera vez que una selección de fútbol de América iba a la conquista de Europa. En una de las victorias quedó la famosa frase: “Por los campos del Coya pasó una ráfaga olímpica”. La llegada a París en el “Express” y la decepción que causa el alojamiento en la Villa Olímpica, con el posterior traslado al castillo de Argenteuil propiedad de Madame Paine, son de las anécdotas más destacadas. Las anécdotas en torno a los esfuerzos del delegado olímpico Martínez Laguarda, y el del estudiante de arquitectura uruguayo Leonidas Chiapara (que, con su dominio del francés, permite las negociaciones) realizando los acercamientos entre Paine y la delegación para finalmente conseguir el *chateau d’Argenteuil* llenan las páginas. Sin sacar relevancia a todo esto, nos interesa destacar lo que se ha ignorado: todo el trasfondo político y cultural que tenía esta participación de Uruguay en el torneo de fútbol de los Juegos Olímpicos.

Las fáciles victorias de Uruguay en el torneo contra Yugoslavia, Estados Unidos, Francia, Holanda y Suiza en la final fueron seguidas durante el desarrollo de los partidos por una verdadera multitud. El fútbol ya se había transformado en un gran centro de

atención durante los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920. Uruguay era visto como un país exótico y desconocido, una joven república de la lejana América del Sur. Las maravillas futbolísticas que hacía Andrade, el jugador negro de la selección celeste, deleitaron al frío público parisino e hicieron suspirar a más de una jovencita. Los telegramas que venían desde París del enviado de *El Día* Batlle Berres narraban que las entradas para ver a Uruguay jugar la final del torneo con Suiza se habían agotado. En un instante se agotaron las 60.000 entradas que estaban disponibles para el público en el estadio de Colombes. El estadio había sido especialmente construido para los juegos; tenía forma ovalada y dos viseras en las dos tribunas laterales. El día de la final contra Suiza una enorme expectativa también se apoderó de Montevideo. La multitud se aglomeraba frente a las sedes de los diarios, ya que éstos publicaban carteles narrando el resultado del encuentro. No olvidemos que la prensa escrita era el único medio que generaba una cultura de masas. El peso de la radio todavía era insignificante. Como testimonio visual del triunfo de Uruguay por 3 a 0 no sólo quedaron las fotografías, sino una película que fue difundida por la FIFA en el año de su centenario. Pero lo más recordado será la primera vuelta olímpica de la historia, dada por los jugadores uruguayos en el estadio luego del triunfo ante Suiza. Uruguay, con el invento de la vuelta olímpica, comenzaba en estas décadas a cambiar el vocabulario del fútbol.

Uruguay se coronaba campeón al ganarle la final a Suiza por 3 a 0. Obtenía la medalla de oro en fútbol. A partir de ahora, el fútbol adquiere en el imaginario colectivo nacional un lugar todavía más alto que con la obtención de los Sudamericanos. El fútbol se termina de consolidar como una tradición.

Una vez que Uruguay fue campeón, surgieron todo tipo de invitaciones. Europa había quedado deslumbrada ante un nuevo estilo de jugar, que, como vimos, se había desarrollado en la década del diez y no había parado de evolucionar. Se estaba ante una revolución en las formas de juegos tradicionales que se practicaban en el viejo continente. El propio presidente de la FIFA, Jules Rimet, lo dice en sus memorias. Uruguay practicaba, para él, un fútbol científico y de una rara belleza, que llevaba al elogio y la admiración (Rimet, 1954: 24-25).

## 2.2-*Las diferentes visiones de la conquista*

El desborde popular del sábado 7 y del lunes 9 de junio era algo que nunca se había visto en Montevideo; jamás esta ciudad se había transformado en una fiesta llena de delirio popular nacionalista. Todas las clases sociales, por primera vez, con motivo del football, festejaban unidas en torno al himno y la bandera, junto al propio presidente de la República que saludaba alborozado y emocionado en el balcón de la casa da gobierno y recibía a cambio los saludos de la multitud que festejaba emocionada. Ante esta gigante manifestación de gente aglomerada en la Plaza Independencia frente a los símbolos patrios, las reacciones de los diferentes grupos que componían esta sociedad diversa y compleja fueron absolutamente variadas. En los diferentes medios existentes en 1924, lo que aparece es un verdadero debate en aquello de cómo sentir la patria y el nacionalismo; hay diferentes discursos que reflejan posturas contrapuestas en torno a lo qué es la nación. Uno de ellos, el de la prensa izquierdista, fue absolutamente silenciado por la historia oficial del fútbol uruguayo. Nuestras tradiciones futbolísticas han sido inventadas y reinventadas por la prensa oficial. Hay un pasado de oro.

Esto nos acerca mucho a lo que es el partidismo y el subjetivismo al que está sujeta la observación histórica. El habernos acercado a observadores directos de estos acontecimientos deportivos, que respondían desde el punto de vista partidario a intereses disímiles, nos muestran lo que la historia oficial oculta.

La cobertura del diario *El Día* fue tildada de espectacular para la época. No era para menos: era el equipo respaldado por el batllismo, el equipo de la asociación de Narancio el que estaba representando a Uruguay en el viejo mundo. El diario *El Día* será, a su manera, el encargado de generar el imaginario del fútbol uruguayo a través de una página deportiva. Fue fundado en 1886 por José Batlle y Ordóñez. Este diario, basándose en la posibilidad de generar una cultura de masas a través de la prensa escrita (ya que empezaban a hacerse sentir los efectos de la alfabetización masiva iniciada unas décadas antes), se transformó en el compañero típico del domingo de los sectores populares. Los ideales políticos democráticos, la sección para la mujer, el suplemento dominical y, por supuesto, la tan esperada por los hombres página deportiva (aparecida a partir de 1908) fueron los que

empezaron a modelar la opinión pública mayoritaria. Cuando en 1924 los “olímpicos” ganan la medalla de oro, *El Día* será el único diario en cubrir el acontecimiento. Su redactor, Lorenzo Batlle Berres (sobrino de Batlle), comienza a llenar de “uruguayismos” a la selección celeste dominado por un profundo sentido de la épica, de la hazaña de ganarles a los equipos europeos, un sentido de “vosotros sois el Uruguay” llenaba sus páginas. Sus directores en ese momento eran Baltasar Brum, el batllista que había sido presidente hasta 1923, año que asume Serrato, y César Batlle Pacheco, el hijo de Batlle.

Todavía eran frecuentes las visitas a la redacción del ya anciano Batlle y Ordóñez, que, por supuesto, comprendía el clima de apasionamiento deportivo que se vivía en la redacción aquel frío junio de 1924. El formato del diario básicamente respondía a las exigencias de la época: luego de los avisos clasificados que aparecían en la primera página, se continuaba con el servicio exterior donde eran muy prestigiosas las noticias telegráficas llegadas a último momento; venía luego el editorial, las noticias de la política nacional y luego la página deportiva se anunciaba bajo el título de “Cultura física”. Para mayo y junio de 1924 una página especial era dedicada al desarrollo de la actuación celeste en los juegos. En el día del debut, una foto gigante de todos los jugadores con el escudo de la patria en el medio anunciaba la cobertura. El gran esfuerzo económico que había significado mandar al sobrino de Batlle a Europa, se sumaba a una página con despliegue fotográfico diario. Esto atraía tremendamente a las masas, ya que se notaba claramente la diferencia de cobertura con el resto de la prensa escrita del medio; y directa o indirectamente las hacía batllistas, al transmitirles valores y símbolos del partido del poder. Al correr de página de las victorias que venían de París, se mostraba siempre una sección dedicada a las grandes asambleas partidarias en Montevideo y el interior del país, mostrando continuamente la política “obrerista” del batllismo. Siempre se resaltaba la figura de Narancio. El propio Batlle, su hijo César y Baltasar Brum sabían que era “el padre de la victoria” que, en definitiva, era también una victoria política del batllismo. Detengámonos por ejemplo, en la crónica del viernes 30 de mayo, luego del triunfo sobre los holandeses:

No resistimos a la tentativa de repetir las palabras del doctor Narancio a raíz de la victoria. “la ilusión va forjando realidades”. [...] Cuando la noticia del triunfo fue conocida ayer en

nuestra ciudad, el pueblo uruguayo se mostró impotente para contener sus explosiones de entusiasmo, registrándose escenas pintorescas y una emoción indescriptible. [...] Así la primera gran columna a cuyo frente se llevó la bandera nacional que tremolaba en los balcones de la casa del partido colorado partió de la calle Convención y Av. 18 de julio al son de marchas cantadas, [...] llegando hasta la del presidente de la Asociación Uruguaya de Football (*El Día*, 7 de junio de 1924: 8).

Una marcha que salía de la casa del Partido Colorado entregaba una bandera uruguayaya a Narancio, el presidente batllista de la AUF. La masa que coreaba a Narancio se transformaba en uruguayaya a través del batllismo. Hay una construcción simbólica de lo nacional, a través del aparato propagandístico de los seguidores de Batlle. Este mensaje no solamente era policlasista sino que se dirigía a todos los habitantes de la República. La apropiación de símbolos patrios como el himno y la bandera permitía la integración simbólica imaginaria de todo el territorio.

Para un análisis de la construcción de un estilo nacional que se realiza en *El Día*, nos es fundamental remitirnos a la teoría de las dos fundaciones, la británica y la criolla, del antropólogo Eduardo Archetti.

Es interesante observar que lo “criollo” se define a partir de la predominancia de apellidos españoles e italianos. Lo criollo pasa a ser una fundación de los hijos de inmigrantes latinos. Los hijos de inmigrantes ingleses nunca fueron concebidos como “criollos”, no se transformaron en “criollos” jugando al fútbol. ¿Cómo explicar estas diferencias? [...] Los estilos a su vez, van a estar basados en las diferencias étnicas conceptualizadas como diferencias de carácter y en la forma en que se estructuran los sentimientos y las prácticas corporales (Archetti, 1995: 430).

La idea de mezcla, de mestizaje, es central en los intelectuales que desarrollan la teoría de la hibridación cultural, en donde en el intercambio en esa práctica cultural que es jugar al fútbol se produce un nuevo híbrido que es el estilo nacional de jugar, que mezcla el coraje, la picardía y la habilidad latina entronizada en la gambeta; con un agregado que será fundamental luego del Sudamericano de 1935 y es la “garra charrúa”. Ésta es fundamental para diferenciarnos y afirmarnos frente a nuestra principal alteridad, Argentina. Las narrativas periodísticas que fundan el estilo criollo son complementarias con los relatos nacionalistas que veremos desarrollarse en los textos escolares.

En la edición posterior a la victoria, *El Día* realiza una emocionada versión del triunfo, destinándole un lugar en la prestigiosa sección de “Exteriores”, que, junto con el

editorial y después de los avisos clasificados inauguraba las páginas del diario:

Esta sección, que está destinada a comentar el mayor acontecimiento de los ocurridos en el mundo durante las últimas veinticuatro horas [...] ¿Cómo sustraerse al comentario del resonante éxito que acaba de obtener el team uruguayo en las olimpiadas de París? [...] Cuando unos cuantos ingleses locos empleados de casas extranjeras comenzaron a jugar entre nosotros [...] Creíase al principio que el football era un juego eminentemente sajón, no sólo desde el punto de vista físico sino también psicológico, es decir que sólo se encuadra a la frialdad y serenidad de los británicos. Sin embargo ello no ha sido así, y no sólo nuestro pueblo ha sido capaz de producir campeones en lo viril sino que también ha sido capaz de crear una táctica especial, hecha a base de ligereza, de ductilidad, de corazón y de inteligencia [...] Nuestros muchachos de pequeña talla, delgados y algunos de ellos pocos favorecidos desde el punto de vista de la apariencia física han vencido en quince encuentros a los más fuerte campeones del mundo, todos más altos, más fuertes, más bien formados (*El Día*, 10 de junio de 1924: 4).

Los relatos épicos de Lorenzo Batlle Berres, el único enviado especial a los juegos, construyen el “mito” celeste. Se comienza a construir el estilo del “football” uruguayo basado en el sello que le daba la raza latina a ese “invento” anglosajón. El estilo nacional, se construye en relación al “otro” cercano, los argentinos, y al “otro” lejano, el estilo británico. El estilo “criollo”, es primero y básicamente (como decía Borocotó, el periodista “estrella” de la revista *El Gráfico* de la época) el estilo rioplatense basado en el pase corto y la gambeta.

Pasemos a analizar diferentes visiones, tanto de uruguayos como de extranjeros. Una muy interesante es la de Carlos Quijano, el futuro director de *Marcha* y creador de toda una nueva corriente crítica en el Uruguay. Por su brillante carrera en la Facultad de Derecho, había obtenido una beca de un año en París en 1924 y su estadía coincidió con la de los “*players*” celestes. Ésta es la crónica que manda al diario *El País*:

Confusión, clamor, orgullo, todo eso me trae el eco de la victoria; [...] de hoy en adelante somos conocidos en Europa. Lárguense los críticos a decir ahora que en vez de entrar a Europa por el estadio de Colombes, mejor hubiera sido entrar por la puerta de la Sorbona. [...] Estoy muchachos, que tal vez inconscientemente en su mayor parte, han hecho conocer nuestro nombre en toda Europa, constituyen la vanguardia de la cruzada americana. Europa no irá a América mientras América no le ofrezca algo nuevo y original. El vicio fundamental de nuestra civilización es ser una civilización absoluta de reflejo. Aprestémonos, pues para hacer nuestra civilización, para cuando la marcha de la historia nos asigne la dirección del mundo, podamos asumirla sin temor [...] preparémonos, en una palabra, a ser en lo intelectual (aunque parezca forzada la comparación, a ser en lo intelectual lo que estos muchachos jugadores de football en lo físico: vencedores, y vencedores en una forma terminante (Caetano y Rilla, 1986: 41).

La frase de Quijano “mejor hubiera sido entrar por la puerta de la Sorbona” no hacía más que continuar la visión del hombre letrado hacia el deporte. Ya había aparecido en la polémica entre Pedro Manini Ríos y Julio Herrera y Reissig y volverá a aparecer, con motivo del Mundial de 1930, en el debate parlamentario protagonizado por Frugoni. A su vez, Quijano trabaja la idea de América conquistando Europa y superándola.

Ser conocidos en Europa gracias al fútbol es lo que destacan todos periodistas y políticos que buscaban los aspectos positivos que había dejado la conquista del oro olímpico. Pero se buscó seleccionar, de todos los comentarios que hizo la prensa europea sobre el hecho, una imagen estereotipada del país, que coincidiera con la victoria de la “raza” que tanto se pregonaba. Ése parece ser el más importante significado para la cancillería uruguaya: que nos conocieran, y no como salvajes sino como una avanzada de la civilización europea en el continente americano. Enrique Buero, después del triunfo, le manda esta exaltada carta al Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Manini Ríos:

La victoria de nuestro equipo ha sido una victoria para el Uruguay como país. Durante mi estada en París he recibido de la mayor parte de mis colegas en Berna cordiales telegramas aludiendo a la significación “americana” del éxito uruguayo. La prensa de Europa, especialmente la de Francia y Suiza, nos ha dedicado largos y elogiosos comentarios. Se han publicado mapas del país con fotografías de nuestros principales edificios públicos; se habla de nuestros adelantos, en materia legislativa y social, y hasta se recuerda nuestra bella actitud en la oportunidad de la Conflagración mundial, gesto que ya se empieza a olvidar a medida que el tiempo pasa. Toda esta propaganda a favor del país se la debemos al Football que si practicado entre países limítrofes a veces da lugar a enojosos incidentes despertando el espíritu “chauvinista” de las multitudes, cuando la lucha se entabla entre equipos pertenecientes a países geográficamente distantes, solo provoca ventajas, sobre todo para un país como el nuestro que no dispone de recursos para hacerse conocer al gran público. En resumen, estimo hondamente que no ha sido pequeño el servicio que a nuestro país han hecho los jugadores de football y que tan alto han puesto nuestro nombre, haciendo flamear ante los 100.000 espectadores que llenaban el Stadium la bandera con los colores patrios, en tanto que el Himno Nacional era ejecutado impecablemente por la banda militar (Buero, 1932: 25).

La oportunidad para que, por lo menos una vez, la prensa europea hable de Uruguay no es dejada pasar por el servicio diplomático. Al igual que pasó con el triunfo de Maracaná en 1950, se asocia a este país, no como una selva llena de indios y cocoteros, sino como “la Suiza de América”. Un país de población blanca y de una avanzada legislación social y laboral fruto del batllismo. Al igual que pasa con Batlle Berres, en

Buero hay un deslumbramiento por presenciar personalmente cómo una multitud de europeos vibraban con el himno y la bandera nacional flameando a lo alto del mástil olímpico. Era la primera vez que los símbolos patrios se lucían en Europa. Era como un deseo cumplido de mostrarle al Occidente que Uruguay existía.

Veamos algunos testimonios de la prensa europea:

Y sin embargo la historia fabulosa se ha realiza. Favorecidos por un clima admirable, ricos, con el apoyo de las mejores razas latinas, teniendo la más hermosa sangre italiana, francesa, española, vasca en sus venas, los uruguayos finos, vivos, nerviosos, teniendo en la mirada el claro resplandor de la inteligencia, dueña de batallas futbolísticas, son los campeones olímpicos de football, sucediendo a nuestros hermanos belgas, triunfantes de los suizos, en una final que fue de apoteosis enunciada aquí. No se puede jugar al fútbol sin haber aprendido. La América del Sur ha aprendido, ha aprovechado las lecciones de los matches jugados por sus equipos contra cuadros de marinos británicos de paso y de las enseñanzas de jugadores europeos que han ido a establecerse [...] El control de la pelota, trabajado, investigado, se ha perfecto; ello es evidente en la carrera tras la pelota, pero más todavía, mucho más, en la velocidad de decisión, en el momento que exige la totalidad del despliegue de los medios físicos. El Uruguay ha venido a dar una nueva victoria al fútbol latino, pero a un fútbol latino rico en alianzas (Lombardo, 1993: 94).

La estrella del equipo, la sensación en París, había sido “la maravilla negra” Andrade. Sin embargo, al igual que pasaba con *El libro del Centenario*, el estereotipo es el de una sociedad uruguaya integrada por inmigrantes y descendientes de inmigrantes de la Europa latina; esto, como veíamos, era un diferencial con respecto al resto de los países de la América Latina, en donde había altos porcentajes de indios y de negros. De esta forma quedó tapada dentro de la identidad nacional del Uruguay del Centenario la existencia de una población formada por afrodescendientes. Se buscaba una homogeneidad ocultando la diversidad. Y es justamente un estilo “criollo”, basado en el pase corto, la gambeta y la habilidad en el control de la pelota, (al que se caracterizaba por jugadores de apellidos de origen italiano y español por parte de los periodistas de la época) lo que se afirma.

El negro uruguayo es un negro triste; dentro de una sociedad masivamente descendiente de inmigrantes, el negro no se integra nunca plenamente a la sociedad y vive en barrios de “gueto”. Su reducido número llevó a que sus tradiciones y rituales fueran algo excéntricos en la sociedad montevideana, y eran metódicamente discriminados a nivel de empleos y trabajos de prestigio. Por lo tanto, en su integración al estilo “criollo” no tienen un rol central sus virtudes y características tropicales marcadas por la alegría y el

fútbol-arte. Entra en la “nuestra”, una tradición inventada donde se ve el estilo dominado por el caudillo, la viveza criolla, el charrúa y su garra, el mate, lo gauchesco y lo latino (representado como vimos por los apellidos españoles e italianos) opuesto a lo anglosajón. Su habilidad o su fortaleza física se hibridizan con los otros dos valores dominantes, que son mayoría: los valores criollos y los valores de los gringos inmigrantes. Con el candombe pasa el fenómeno inverso; es el negro el que permita al blanco entrar en su universo cultural.

Esta no integración en el discurso de las crónicas triunfalistas conlleva también su exclusión de los discursos que intentaban representar la identidad nacional:

Por otra parte, la exclusión de los afrodescendientes como componentes de ese modelo de identidad única es notoria. El modelo “olvidó” ese origen para el tango o las referencias a otras danzas aun cuando estudios como el de Vicente Rossi fueron editados en los años veinte. De hecho, consideró el “candombe” como la expresión de un grupo étnico minoritario y restringido al ambiente urbano, y por lo tanto, representante de una pequeña parte y no de la identidad nacional en su conjunto. Sin embargo, desde entonces habían comenzado a publicarse estudios que revisaron el tema de la esclavitud en la formación histórica del Uruguay, así como la participación de la “negritud” en la producción cultural del país (AA.VV., 2008: 370-371).

También se excluía al negro de los discursos hegemónicos sobre las victorias de la generación olímpica. Andrade, caso curioso, siempre estuvo orgulloso de las prácticas culturales de “su raza” y se lo ve, justamente, en la portada del fascículo “El negro en el fútbol uruguayo”, de la colección *100 años de fútbol* con un tambor y formando parte de una comparsa de carnaval. El autor, Gutiérrez Cortinas, afirma sobre él:

El primero... José Leandro Andrade. Fue el primer negro del fútbol admirado por el mundo. Maravilló en París y paseó su estampa por toda Europa –con Nacional– en 1925. Fue el predilecto de un equipo glorioso. Era demasiado. Tal vez de ahí algunas de sus actitudes (Gutiérrez Cortinas, 1970: 223).

Esas “actitudes” eran intentar sobresalir y ser reconocido como negro y como crack en una sociedad, la montevideana, que sólo le dejaba ese lugar en la cancha. Fuera de ella era el subalterno de una sociedad dominada por hombres blancos. Al existir el amateurismo y no poder enriquecerse con el fútbol, siguió el camino de todos: buscar los favores de un político colorado que lo hiciera entrar en la administración pública. Al igual que Obdulio

Varela, el otro negro leyenda de la historia del balompié uruguayo, no pasó de portero de una dependencia estatal.

El diario *La Vanguardia* deja estos comentarios:

La final del gran Torneo Olímpico de Football, que tan intensa y encontradas emociones nos ha deparado, lo ha constituido el acto solemne de izar [...] la bandera de la gran pequeña República Oriental del Uruguay. [...] Su victoria es para nosotros doblemente simpática, porque es la victoria de la latinidad, representada por un pueblo de la misma lengua y la misma sangre. Como presentía Enrique Guardiola, un excelente camarada como brillante escritor, que decía una frase feliz: el vencedor cantará su victoria en español (Lombardo, 1993: 95).

El sentimiento de Uruguay de ser “la Suiza de América” era la negación de pertenecer a América Latina. Ni ese concepto ni, por supuesto, el del Tercer Mundo (que surgirá luego de la descolonización) eran manejados; Uruguay se sentía formando parte de América en el sentido del *Ariel* de Rodó, o sea, como integrante de una Hispanoamérica opuesta al universo anglosajón. En este sentido, el discurso de periodistas como el de *La Vanguardia*, de Barcelona, va de la mano de los de Lorenzo Batlle Berres en *El Día* o los de la edición de *Mundo Uruguayo* luego de la victoria de 1924 en París. Es el triunfo de “la raza latina”, es el superar el complejo de inferioridad con el imperialismo de los “rubios” del norte. Mussolini y el fascismo trabajaron mucho este tema de la raza “latina” y por eso penetró tanto en varios países de América del Sur. Veamos por ejemplo, lo que dice Lorenzo Batlle Berres luego del triunfo:

Las notas del himno son cada vez más nítidas, más fuertes, más seguras. Repetidas por el eco, las voces de los clarines forman sobre nuestras cabezas un coro de sonidos que nos estremecen, que nos electrizan, que nos “levantan la piel”, que ponen en los corazones el peso de una emoción jamás sentida. [...] El pabellón blanco y azul se va elevando... elevando como impulsado por los fuertes brazos de la “raza”. Ascende gallardo, solemne, majestuoso, hacia lo algo del mástil que recorta su silueta en el infinito (Lombardo, 1993: 95).

O el título de portada de *Mundo Uruguayo*: “Por el prestigio de la Patria y el porvenir de la raza” (*Mundo Uruguayo*, 19 de junio de 1924).

Si contra Europa se afirma el triunfo de la “sangre latina” heredada de los inmigrantes, contra los dos gigantes vecinos, Argentina y Brasil, aflorará el discurso nativista. El conflicto dialéctico entre cosmopolitismo y nativismo, que habíamos visto

como parte esencial de la construcción de la identidad nacional, también aparece en los discursos sobre fútbol. Si la autoimagen estereotipada que se construía hacia Europa era la de un fútbol arte latino, el choque con Argentina fue haciendo aflorar la existencia de otros valores del ser nacional que también empezaban a formar parte del estilo criollo.

Como vemos, si bien el negro con su aporte cultural no tenía un lugar en el discurso futbolístico de estas décadas fundantes, sí lo tenían el indio y el gaucho. Para una sociedad que se sentía homogénea y latino-europea, estos actores aparecían en la medida en que habían sido exterminados y ya no formaban parte de la realidad sino del imaginario, alimentado por los relatos nacionalistas fruto de la historia patria y la geografía escolar. En 1924 todavía estamos en la etapa, en los discursos de los peirodistas, de un estilo latino hispanoamericano opuesto a lo anglosajón.

En la crónica de los partidos, todavía en 1924 se nota la influencia británica en palabras futboleras que, poco a poco, se irán llenando de la influencia criolla. Todavía permanecen palabras son británicas: *wings, halves, insiders y forwards, backs, goalkeeper, ball, field, teams, shot y goal* forman parte del repertorio léxico del fútbol. Paulatinamente lo latino, lo hispanoamericano, lo criollo va mezclándose afirmando un estilo en los discursos de los periodistas deportivos.

El proceso de hibridación será lento y progresivo, en esta “nacionalización” los medios masivos como *El Día* cumplirán un papel muy importante. Las décadas del veinte y del treinta serán fundacionales y completarán un proceso iniciado con la fundación criolla del novecientos. En las décadas del veinte y del treinta el fútbol fue apropiado como tradición:

En América Latina, el fútbol fue apropiado como tradición y convertido, entre otras cosas, en un poderoso instrumento funcional para estimular la integración simbólica tan necesaria para la conformación de las identidades que están en la base de esas comunidades imaginadas que son las naciones. Ahora bien, la transformación del fútbol en un espacio de celebración festiva de la nación, realizado a lo largo del siglo XX, no habría sido posible sin la conformación de un denso tejido discursivo en torno a esta práctica deportiva (Villena, 2002: inédito).

El fútbol se fue constituyendo como tradición en Uruguay en la medida que el discurso periodístico mezcló elementos “criollos” a los “británicos” ya existentes; algo que

había sido producto del imperio se transforma en uruguayo y nacional. Y también en la medida en que se diera una serie de triunfos que movilizaran a todo el país, como los que inaugurara la “generación olímpica” con la conquista de la medalla de oro en los juegos olímpicos de París en 1924, Ámsterdam en 1928 y el campeonato del mundo en 1930 en Montevideo.

La edición de *El Día* del 10 de junio, al otro día de la final, no podía ser menos que apasionada. Se creaba un “nosotros” inclusivo muy fuerte que llevaba a elaborar un discurso nacionalista con connotaciones batllistas. Mientras el diario *Justicia* acusaba a *El Día* de tener un falso obrerismo en su discurso, el diario seguía batiendo récord de ventas precisamente entre la clase obrera. Los canillitas agotaban la edición de ese día, mostrando en la página especial, una enorme foto con el pueblo volcado a la calle a festejar. Todos, desde el ex presidente de la República Brum, hasta el consejal batllista Narancio pasando por el más humilde de los empleados recién entrados a la redacción sabían que la victoria era para el diario. Una fotografía de Brum rodeado por todos los empleados descorchando un champagne enviado por una confitería amiga del único diario que siempre había apoyado a los olímpicos era un símbolo de la relación del diario de Batlle con el “football”.

La disputa del triunfo con los blancos adquiere matices interesantes. Como hemos visto, un antibatllismo militante movía al sector liderado por el caudillo blanco Herrera. En la década de los veinte, como vimos, hay una verdadera disputa por los símbolos y las tradiciones con el Partido Colorado que se reflejará, por ejemplo, en la disputa por el calendario y los feriados. Los periódicos blancos marchaban a la saga del Partido Colorado en la forma de cubrir el acontecimiento. No tenían ningún enviado especial en París, fueron dirigentes colorados los que promovieron a la “generación olímpica”. *La Tribuna Popular*, diario blanco, se sumaba a los festejos pero hábilmente separaba, a la hora de llevarse los méritos del triunfo, a los dirigentes de los jugadores. Si la dirigencia era básicamente un lugar donde el sector colegialista y anticolegialista del Partido Colorado se disputaban hegemonías, los blancos arremetían de afuera; la muchachada de “footballers” ya había cumplido logrando la medalla de oro, los dirigentes tenían que cumplir logrando la fusión del “football”. *La Democracia*, otro de los diarios que se consideraba como órgano del Partido Nacional, llega a proponer, incluso, como condición para lograr la “fusión”, la

renuncia de Narancio.

Utilizando distintas estrategias, todos los partidos de izquierda compartieron el rechazo a la xenofobia nacionalista desatada por la prensa del poder luego de la conquista de Colombes. El recientemente fundado Partido Comunista del Uruguay enseguida tomó distancia del Partido Socialista de Frugoni y de los anarquistas. En las elecciones de 1922, los comunistas obtienen 3.000 votos y consiguen una banca en diputados, desbancando a los socialistas de las cámaras. La clase obrera, que alcanzaba las 30.000 personas, era el grupo a que apuntaban. La idea era generar una “conciencia de clase”, utilizando una estrategia de clase contra clase, burguesía contra proletariado. El término “burguesía” abarcaba un gigantesco conglomerado de personas compuesto por políticos colorados y blancos, empresarios, dirigentes deportivos, directores de diarios y revistas, etcétera. La creación de un sindicato propio, la CGTU, y el tener un medio de comunicación en la calle, el diario *Justicia*, posibilitaron que se delinea la estrategia de convertirse en un partido de masas (objetivo que nunca se pudo llevar a cabo). El diario *Justicia* era un órgano de prensa que muestra en los años veinte y treinta la etapa radical del Partido Comunista uruguayo y la búsqueda de crear un tipo de hombre ajustado al ideal del “perfecto” camarada comunista. Era un diario que a duras penas se mantenía, que incitaba permanentemente a la suscripción y a la organización de colectas y rifas para sanear las finanzas, un diario que se basaba en la denuncia de lo que ellos decían ocultaba la “prensa burguesa”. A través de él, se puede estudiar el imaginario de los dirigentes comunistas de entonces. Lo primero que aparece es el deslumbramiento con la revolución rusa y con todo lo que viniera de Moscú. Hay una sensación de que la revolución proletaria mundial puede triunfar en cualquier momento y el capitalismo desaparecer de la faz de la tierra. La figura de Lenin es prácticamente puesta a la altura de un mito, de nuevo dios para los obreros. En el diario siempre aparecen avisos donde se venden retratos de Lenin, y permanentes fragmentos de su pensamiento, que aparecen entrecomillados en la carátula del diario y que adquieren la fuerza de un mandamiento religioso.

Con respecto al deporte, son justamente las ideas de Lenin y las del Partido Comunista de la URSS las que se intenta llevar adelante. Se intenta captar la juventud a través del deporte, llevándola a los intereses del partido. Estos intereses pasaban por crear

un internacionalismo proletario opuesto a todo lo que sea nacionalismo y culto a la patria. A nivel simbólico encontramos el himno y la bandera de la nación enfrentados a la bandera roja de la revolución. El deporte burgués era patrioter, llevaba a la juventud obrera a ser envenenada por un nacionalismo que le hacía perder sus intereses de clase y, básicamente, sentir rivalidad por los “hermanos de clase” de otros países. En el deporte burgués todas las clases sociales estaban juntas en torno al culto al patriotismo. El deporte proletario tenía que ir por otros caminos. Si había que atraer al joven a la revolución social, la única forma era acercándolo a los símbolos rojos. La Internacional Roja del deporte, organismo deportivo surgido desde la burocracia del Partido Comunista de Moscú, tenía una misión muy similar a la de la III Internacional creada por Lenin y que tanta división había creado en las izquierdas del mundo.

En el deporte, dos formas de internacionalismo se enfrentaban en el período interbélico: el internacionalismo burgués y el internacionalismo proletario; el COI representaba al primero, la Internacional Roja del Deporte al segundo. Al igual que la recientemente creada Sociedad de las Naciones, el COI y las nacientes federaciones deportivas mundiales no contaban con el apoyo de la URSS y sus partidos comunistas satélites en todo el mundo. Se las consideraba instituciones burguesas y formas ocultas de imperialismo. A un internacionalismo había que oponerle otro internacionalismo. El internacionalismo proletario, que políticamente se basaba en la III Internacional, deportivamente se basaría en la acción de la Internacional Roja del Deporte que impulsaría la fundación de federaciones rojas en diferentes países. El gran objetivo sería la realización de una Espartakiada en Moscú, donde concurrirían delegaciones de las diferentes federaciones rojas del mundo. En Uruguay, la Federación Roja impulsó el nacimiento de diferentes clubes deportivos, que comenzaron a competir en campeonatos locales. Los nombres son significativos de los objetivos políticos buscados: Lenin, Hacia la igualdad, La Comuna y Leningrado son algunos de los nombres utilizados. Lo interesante a destacar es que, en el momento en que Uruguay está jugando en los juegos olímpicos de París de 1924, estamos en presencia de tres instituciones deportivas que se sienten llevando adelante el “football” del país: la AUF, dominada por el batllismo, la FUF, dominada por el sosismo, y la Federación Roja del Deporte dominada por los comunistas.

Para entender la dinámica de las competiciones deportivas impulsadas por la Federación Roja, es bueno ir a la crónica de un partido de fútbol entre la Federación Roja del Uruguay y la Federación Roja de la Argentina, transcrita por el diario *Justicia*.

Desde temprano el público comenzó a afluir a la cancha. Se notaba que era un público muy distinto a los habituales [el *match* era vivido como un acto político del Partido Comunista]. Reinaba entre todos una gran camaradería [...] Una banda tocó la “Internacional” y otros himnos revolucionarios. Todos lo coreaban con gran entusiasmo. [...] Por último aparecieron los 22 jugadores, referee, linesmen, delegados de la Federación Roja, miembros del Consejo de la Federación deportiva [...] La pequeña columna entonaba la Internacional [...] Hurras para la Internacional del Deporte [...] El compañero Panelón procedió a la entrega de una estrella de Cristal al presidente de la delegación de la Federación Roja, compañero Héctor Podestá. Panelón puso de manifiesto cuanta diferencia había entre los *matches* internacionales de las instituciones burguesas y este partido internacional proletario. ¡Cuánto chauvinismo asqueante en aquéllos y cuanta solidaridad en los últimos! Barreiro, secretario del club Alba Roja, entregó luego una hermosa banderita roja, con la estrella bordeada en oro (*Justicia*, 28 de octubre de 1925: 2).

En esa alteridad básica, donde el “otro” era la prensa burguesa y los partidos tradicionales, es que se construye la identidad de los comunistas uruguayos, basada en la puesta en escena de rituales que elaboran otro orden simbólico. Si realizamos un análisis etnográfico de este documento, encontramos que son varios los símbolos del Partido Comunista que aparecen en el encuentro. Desde el punto de vista sonoro, son las estrofas de la Internacional las que se entonan a coro por dirigentes, jugadores y público en general. En lo que tiene que ver con las banderas, son las de color rojo con una estrella amarilla “bordeada en oro” las que representan a las dos delegaciones en un partido “internacional proletario”. Estos símbolos generaban la alteridad. Se entonaba la Internacional por uruguayos y argentinos, y no los himnos que llevaban adelante los “patrioterros”. Las banderas rojas enarboladas por las dos delegaciones, unían y no separaban. Era el sueño del internacionalismo representado simbólicamente en un estadio.

La reacción ante el delirio popular desatado por los festejos de los días 7 y 9 de junio fue una muestra de sorpresa y profundo rechazo. Las páginas del diario interrumpieron sus crónicas sobre la vida del partido, del sindicato y de la Federación Roja, ante el espectáculo. Mientras la prensa calificada por ellos como burguesa, buscaba de qué forma atraer más al lector con las noticias y las fotos de la victoria, el diario reflexionaba alarmado sobre lo que pasaba:

El entusiasmo del pueblo culminó ayer en una borrachera bullanguera y delirante. Nunca se había visto tanta gente reunida en la plazoleta del teatro Solís y sus alrededores. [...] Y si durante el desarrollo del partido esa gente corrió enloquecida haciendo el ridículo, desde uno a otro diario para observar las noticias anotadas en los pizarrones, mucho peor se comportó después, para su propio mal, haciendo el juego a la prensa burguesa y a los que tiranizan al pueblo, con manifestaciones hechas sobre un enfermizo patriotismo. [...] Las banderitas blancas y celestes estaban ayer a la orden del día. De cuando en cuando hacían irrupción en la plaza grupos de jóvenes proletarios cantando la bandera o el himno oriental. [...] ¿Qué representa la bandera azul y blanca, la patria y su himno? Representan la organización social con armas capitalistas y esclavos asalariados? (*Justicia*, 10 de junio de 1924: 1).

Oponer a la “burguesía patriota” contra la conciencia de clase del trabajador es el hilo conductor del discurso del diario. El triunfo deportivo se sentía como una derrota política. Están en oposición dos órdenes simbólicos alternativos. Por un lado, el que representa a la patria, que, para los comunistas es la “organización social con armas”. Es una trampa a la cual los jóvenes deben escapar. Ver festejando a las nuevas generaciones de trabajadores junto al propio presidente Serrato que agitaba la bandera en el balcón de la casa de gobierno es sentir que los obreros se pierden para siempre en manos de un nacionalismo engañoso. Los comunistas recuerdan a los trabajadores que el deporte tiene otra misión y es la de despertar la confraternidad entre todos los proletarios del mundo. En todo caso, se recuerda que los jugadores son también jóvenes obreros, jóvenes que van a volver al trabajo asalariado en una fábrica o en un almacén:

Sincera y leal nuestra palabra, al alentar a los proletarios vencedores. [Ya que trabajadores son en su mayoría los integrantes del campeón olímpico]. No se puede dejar al mismo tiempo de señalar los factores interesados que se aplican a este triunfo, desnaturalizándolo, prostituyéndolo hasta el extremo de servirse de él para explotar a sus expensas las más repugnantes manifestaciones de chauvinismo brutal e inferiorizante (*Justicia*, 10 de junio de 1924: 6).

A diferencia de otros diarios de izquierda, *Justicia* apoya la necesidad de ocio de los trabajadores. Lo que denuncia es a la dirigencia deportiva y a la prensa burguesa, que manipulan el ímpetu deportivo de jóvenes como los que ganaron el oro olímpico, alejándolos de sus intereses de clase y llevándolos a jugar en sus campeonatos y en cuadros como Peñarol y Nacional, que son manifestaciones de triste servilismo. A cambio de empleos públicos y algunos favores, los jugadores de origen humilde olvidan su condición

de pertenecer a familias obreras. Olvidan el llamado del sindicato y del partido. La burguesía los “prostituye”. Aquellos jóvenes que iban a trabajar a la fábrica o al taller todos los días envueltos en un abrigo y rodeados de gente en un atestado tranvía urbano, de la noche a la mañana, por efectos de la prensa burguesa pasan a ser una leyenda, con reportajes, fotografías, tapa de diarios y revistas. Se transformaban en símbolos “inventados” del sistema, símbolos de esa muchachada sana y vigorosa, en su mayoría hijos de inmigrantes. En un espacio meritocrático como es el fútbol, habían llegado lejos y les mostraban a todos los demás que se podía.

La dirigencia deportiva comunista, que brillaba en la Federación Roja del Uruguay y que escribía permanentemente en la sección “Crónica de los deportes” del diario, se creía en condiciones de dar batalla a instituciones deportivas burguesas, como la AUF. De alguna forma trasladaba la batalla simbólica por el deporte que se daba a nivel mundial entre la Olimpiada y la Espartakiada, entre el COI y la Internacional Roja del Deporte.

Pero la lucha entre las noveles izquierdas y los partidos tradicionales en una joven república cómo el Uruguay es desigual. Y es justamente en los medios de comunicación donde esa hegemonía se da claramente; no era porque sí que los obreros montevideanos compraban masivamente *El Día*. La llamada por los comunistas “prensa burguesa” ofrecía a vintén un servicio fotográfico e informativo que era único para la época. Los gritos de protesta de estos medios de izquierda quedarían relegados a una minoría y casi no daba para cubrir los costos de impresión. La lucha por ver quién atraía a los jóvenes talentos futbolísticos estará definitivamente perdida a partir de 1932, cuando surja el profesionalismo en los campeonatos oficiales. Si para la izquierda resultaba escandaloso que alguien vendiera sus piernas por dinero, por el contrario, para muchos sectores de la sociedad el profesionalismo era un paso más para la democratización del deporte, ya que permitía a los jóvenes de los sectores populares dedicarse plenamente a su práctica sin necesidad de tener que trabajar en otra cosa para vivir<sup>39</sup>. Esta actitud del Partido Comunista hacia el fútbol y el culto a la patria refleja la actitud de todas las “izquierdas” de la época ante las tradiciones y el nacionalismo.

---

<sup>39</sup> Esta realidad sigue hasta el día de hoy. Deportes como el polo, el rugby, entre otros, en Uruguay son practicados por sectores pertenecientes a las clases altas, que hacen gala siempre de su carácter *amateur* y desinteresado, que entran más bien en aquel viejo sueño de Coubertin del deporte como formador del carácter del aristócrata.

Hay algo en que coincidieron la prensa del Partido Nacional y la izquierdista, y en donde ambas encontraron un punto de ataque al batllismo, que parecía querer llevarse toda la gloria: el ataque a nuestra diplomacia, ya que se reconocía permanentemente por la prensa sobre todo extranjera que Uruguay había pasado a ser conocido en el mundo recién ahora, por la victoria en los Juegos Olímpicos. Se da un fuerte altercado en las cámaras entre el diputado comunista Mibelli y el colorado Buero (que cumplía funciones diplomáticas en Europa y será fundamental en las negociaciones con Rimet, el presidente de la FIFA, para que Uruguay sea la sede del primer mundial de la historia).

La postura que tomarán los socialistas hacia el deporte será totalmente diferente a la de los comunistas uruguayos, y esto se verá en la forma de reaccionar ante los festejos masivos del 9 y del 10 de junio. Aunque comparten el profundo rechazo a la utilización del deporte por la prensa burguesa, también se distancian de la propuesta alternativa de la Federación Roja, por considerar que formaba parte del internacionalismo imperialista de Moscú. Su postura era más bien la del intelectual de café, que con aspecto meditabundo y cansado lee su semanario de izquierda, y entre complicadas elucubraciones intelectuales sueña con que el triunfo parlamentario de los socialistas europeos se traslade para acá. ¿Para acá? Mientras el intelectual de izquierda le da la espalda a su ciudad y al país entero, ese país al que quiere comprender está dominado por la red de caudillos de los partidos tradicionales y no piensa más que en el “football” y en besar la bandera patria. La tapa del semanario *El Sol* que precede a la victoria del 9 de junio, anuncia a tamaño sábana un triunfo claro y una victoria arrolladora. Cualquier distraído que se acercara al kiosco de diarios y revistas podía suponer que era otra cobertura periodística del gran acontecimiento que estaba en boca de todos; pero el triunfo no hacía referencia a Uruguay en “football” sino al Partido Socialista francés en las elecciones del pasado domingo. Se discutía “sobre el espíritu socialista del pueblo inglés”, sobre “la magnífica victoria del Partido Socialista francés”, mientras se establecía un total divorcio con la persona común y corriente. Seguramente, alguien que en esos días le hablara a un grupo de obreros de los grandes avances del socialismo francés sería visto como un trasnochado.

El espíritu de soberbia con que es atacado el pueblo que festeja alborozado no hacía más que dejar aislado a este grupo de intelectuales y militantes. Directamente, un

periodista que escribe en *El Sol* con el pseudónimo de Florencio arremete en nombre de su partido contra “los trabajadores que festejan las cosas lindas que les pinta la burguesía”. Arremeten contra el propio pueblo al que quieren llegar. Ya habíamos dicho que en esta democracia de masas que se inicia en las elecciones de 1922, todos son o se dicen populares. Todos, de alguna manera, quieren llegar a las masas; el tema es la diferente forma de articular con las identidades sociales mayoritarias. Desde su rincón de intelectual al socialista le pasaba lo mismo que al universitario: entendía a los trabajadores desde su realidad y muchas veces los trabajadores lo terminaban sorprendiendo en sus comportamientos sociales o políticos (el fantasma del populismo no sólo parece campear en los ambientes académicos).

La paradoja periodística uruguaya la encontramos en la relación que se establece entre el diario *El Día* y los medios gráficos de izquierda, *Justicia* y *El Sol*. *El Sol* era el semanario de la izquierda ilustrada uruguaya, aquella que luego de los almuerzos del domingo hablaba de política nacional, de los sucesos internacionales y de la marcha de la economía. La principal contradicción cultural de este medio es que tenía un discurso liberalizador de las masas, pero las masas le dan la espalda. El “football” formaba parte de la cultura de las clases trabajadoras, estaba en sus diálogos cotidianos. Que estos temas se transformaran en “criollos” y nacionales dependía de la habilidad que tenía la prensa de los partidos tradicionales, prensa que sí llegaba masivamente. A través del “football”, como era el caso de *El Día*, llegaba con un discurso político partidario. Recordemos que inmediatamente antes de la crónica deportiva siempre había noticias sobre las grandes asambleas batllistas a lo largo y ancho del país. El batllismo entraba en la cultura de la clase obrera montevideana. Todo el mundo, gracias a la “generación olímpica”, conocía a Atilio Narancio, el pediatra batllista que había llevado a los muchachos a la conquista del oro de París.

### *2.3-Hegemonía, articulación y consensos*

Todo esto nos lleva a reflexionar cómo a través del batllismo se creaba una patria subjetiva; se era uruguayo porque se era batllista. El batllismo, basado en la creación de un

Estado social que va acompañado en lo cultural por significados nacionalistas, fue la política encargada de articular proyectos con identidades mayoritarias que le permitieran generar consensos y así gobernar. Las identidades se forman en la vida social a través de la actividad políticamente eficaz que articula y, por lo tanto, vincula diversos antagonismos sociales. Usando términos gramscianos, a esta actividad la podemos denominar “hegemonía”. En este sentido,

El ejercicio “normal” de la hegemonía clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, que se equilibran en forma variada, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, que se equilibran en forma variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando que la fuerza aparezca apoyada por el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública – periódicos y asociaciones–, los cuales con ese fin, son multiplicados artificialmente (Campione, 2007: 76).

En sus *Cuadernos de la cárcel*, escritos en la década de 1930, Gramsci logra desplazar el concepto de hegemonía desde lo político para llevarlo hacia una centralidad ética y cultural. Para el pensador, la hegemonía de la burguesía no se produce sólo a nivel político, sino que también se da en la práctica de la vida cotidiana. La forma diferente de articular con las masas debe mucho a la supremacía de un grupo social que adquiere una “supremacía moral e intelectual” sobre el resto de la sociedad. De este modo,

La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras, como dominio y como dirección intelectual y moral. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a “liquidar” o a someter incluso con la “fuerza armada” y es dirigente de los grupos afines y aliados. [...] Pero esa dirección tiene raíces en la base, componentes materiales junto a los espirituales: no hay hegemonía sin base estructural, la clase hegemónica debe ser una clase principal de la estructura de la sociedad, que pueda aparecer como la clase progresiva que realiza los intereses de toda la sociedad (Campione, 2007: 75).

El grupo social que ejerce el poder político no sólo puede dominar por la fuerza bruta de las armas a toda la sociedad. A la vez ejerce y desarrolla una producción de sentido y una explicación del mundo y de la realidad que es compartida por los grupos subalternos. De ahí la importancia que da Gramsci a la “sociedad civil”, a que infraestructura económica y superestructura compongan un bloque histórico, “una suerte de unidad entre la naturaleza y el espíritu, unidad de los contrarios y los distintos” (Campione, 2007: 47):

Si la relación entre los intelectuales y el pueblo- nación, entre dirigentes y dirigidos, es dada por una adhesión orgánica, en la que el sentimiento-pasión se convierte en comprensión y por lo tanto en saber [...] sólo entonces la relación se de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernados y gobernantes, entre dirigidos y dirigentes; o sea que se realiza la vida de conjunto, que es la única fuerza social, se crea el bloque histórico (Campione, 2007: 46-47).

Pero toda estructura de dominación no está cerrada. La crisis estará dada por una crisis de hegemonía, por la imposibilidad de los dominantes de avanzar la economía como de ejercer la dirección intelectual y moral sobre el resto de la sociedad. Se produce lo que llama la crisis orgánica. Esta crisis de hegemonía se explica:

la lucha entre “dos conformismos”, o sea de una lucha de hegemonía, de una crisis de la sociedad civil. Los viejos dirigentes intelectuales y morales de la sociedad sienten que les falta el terreno bajo los pies, advierten que sus “predicas” se han convertido precisamente en eso, prédicas, o sea, cosas extrañas a la realidad, pura forma sin contenido, larva sin espíritu; de ahí su desesperación y sus tendencias reaccionarias y conservadoras: puesto que la forma particular de civilización, de cultura, que ellos han representado se descompone, gritan la muerte de toda civilización, de cultura, de moral y piden medidas represivas del Estado (Campione, 2007: 56).

Gramsci denomina a esto “crisis de autoridad” de una clase o un grupo que ve debilitarse su dirección de la sociedad.

Otro tema fundamental en la interpretación gramsciana es el concepto de articulación. La articulación produce una unidad del discurso al conectar elementos diferentes que no tienen pertenencia definida. En este sentido, “La unidad que nos interesa es un encadenamiento entre el discurso articulado y las fuerzas sociales con las que puede, bajo ciertas condiciones históricas, pero no necesariamente, conectarse” (Reynoso, 2008: 100). Esa unidad del discurso será producida por el mediador mediático mayoritario, que en esta época era la prensa escrita. Para Lawrence Grossberg, la articulación produce identidad:

La articulación es la producción de identidad por encima de las diferencias, de unidades a partir de los fragmentos, de estructuras a través de las prácticas. La articulación vincula esta práctica a este efecto, este texto a este significado, este significado a esa realidad, esta experiencia a aquellas políticas. Y estos encadenamientos están ellos mismos articulados en

estructuras mayores (Reynoso, 2008: 100).

Pensemos en la importancia que tiene la unidad del discurso y esa “articulación por encima de las diferencias” para generar identidad en las naciones, formadas por elementos totalmente diferentes desde el punto de vista de la clase social, la pertenencia geográfica y barrial y, en muchos casos, los aspectos étnicos y hasta lingüísticos. Recordemos que para Homi Bhabha en una nación:

Los jirones, remiendos y harapos de la vida diaria deben transformarse repetidamente en signos de una cultura nacional coherentes, mientras que el acto mismo de la performance narrativa interpela a un número a un círculo creciente de sujetos nacionales (Bhabha, 2002: 182).

Ese papel fundamental que Benedict Anderson (1993) le asigna al periódico en la formación de una identidad nacional, en esta época –los años veinte– es un factor más de refuerzo de la hegemonía del grupo dominante, ya que todos los diarios pertenecían a un sector político y estaban politizados.

El concepto de hegemonía gramsciano intenta desmarcarse del acentuado economicismo del marxismo de la III Internacional, para poder defender la autonomía relativa de lo cultural. Lleva a alejarse del simplismo de la relación mecánica entre la superestructura política, jurídica e ideológica condicionada exclusivamente por la infraestructura económica. Será un aporte decisivo a los estudios sobre cultura popular, dentro los cuales el fútbol es sólo una de las expresiones abordadas.

Ernesto Laclau fue el primero en relocalizar el concepto de hegemonía gramsciano para el caso latinoamericano, estudiando el populismo y el peronismo (Laclau, 2004). Para el caso uruguayo, uno de los aportes fundamentales en este tipo de análisis ha sido el libro de Francisco Panizza *Uruguay: Batllismo y después* (Panizza, 1990). En un sistema que, como vimos, estuvo basado en la coparticipación con los blancos, la construcción hegemónica del sistema político uruguayo estuvo dada en el universo de los símbolos. El batllismo se apodera de los símbolos y tradiciones de la identidad nacional, como vimos en el capítulo 2, y articula con los anclajes identitarios que se transforman en larga duración de lo que es el ser uruguayo. Penetra en todos los ámbitos de la vida social, salvo en el mundo sindical y en la vida religiosa.

El batllismo fue el primero en captar la importancia de acercarse a identidades sociales masivas. El fútbol fue una de las formas de articular con las masas. La hegemonía llega a ser tal, que, como vimos, una fractura dentro del batllismo llevaba a una fractura en la dirigencia deportiva. Como plantea Alfredo Errandonea (Errandonea, 1994:16), “el consenso ideológico del Uruguay Batllista con relevo blanco” duró prácticamente cincuenta años. Todos los dirigentes del fútbol surgieron de la matriz batllista. Los dirigentes riveristas y vieristas, que pasan a tener un rol protagónico a partir de 1925, y el laudo Serrato tienen, todos ellos, una raíz batllista. Héctor Rivadavia Gómez, Félix Polleri, César Batlle Pacheco, Julio María Sosa, Francisco Gighliani, Atilio Narancio, Manini Ríos, Enrique Buero y Raúl Jude son algunos de ellos.

Como vimos, las propias fracciones a las que pertenecían nacían en el riñón de Batlle. Eran “fugados” o seguían a líderes “fugados” del viejo líder. La dirigencia del fútbol batllista sabía perfectamente que al igual que pasaba en todo el Partido Colorado, había que hacer acuerdos con las otras fracciones para lograr la unidad y evitar la fractura, aun a costa de que un batllista no sea el protagonista y presidente de la República, del Consejo Nacional de Administración o de la AUF; había que tolerar esto incluso aceptando que la fracción batllista dentro del Partido Colorado se llevaba más del 80 por ciento de los votos. Eran los costos de la unidad.

Además de todo esto, hay que tener en cuenta el peso del diario *El Día* en la opinión pública. No sólo será protagónico en 1924, sino que también lo será en 1928, cuando se obtenga la medalla de oro en Ámsterdam, y en 1930 cuando se logre el Campeonato del Mundo.

### **3-El laudo Serrato**

En noviembre de 1924, Uruguay vuelve a consagrarse campeón de la Copa América en un torneo realizado de nuevo en el Parque Central de Montevideo. Pero a fines de 1924 la unificación del fútbol uruguayo parecía no lograr su objetivo fundamental, que era la fusión entre la AUF y la FUF. Como vimos, ambas asociaciones habían luchado por el reconocimiento internacional y Julio María Sosa había buscado boicotear

permanentemente todos los proyectos de la AUF de Atilio Narancio. Cuando comenzaba la temporada de 1925, dos periodistas y a la vez dirigentes, José G. Usera Bermúdez, de Nacional, por la AUF, y Pablo Perazzo, allegado a Peñarol y que integraba la FUF, se acercaron al presidente de la República, José Serrato, pidiéndole su intervención en la búsqueda de un acuerdo en la conducción del fútbol. Como el ingeniero Serrato mostró buena disposición la AUF de Narancio se decidió a pedir oficialmente el apoyo. La respuesta de Serrato fue la siguiente:

Con la mayor atención me he impuesto del contenido de la nota de fecha 28 del corriente que me ha dirigido el Consejo Superior de la Asociación Uruguaya de Fútbol y por la cual se me ha comunicado las decisiones adoptadas por ese organismo de su digna presidencia, al conocer las manifestaciones que se hicieron públicas por la delegación que solicitó mi intervención para provocar acercamiento de las entidades que puedan unificar al football nacional. [...] En la misma oportunidad di también a conocer cuáles serían las condiciones de mi intervención; y permanezco convencido de que su absoluto cumplimiento habrá de asegurar el éxito de las gestiones. Siendo así es obvio que la inapelabilidad del fallo exige la previa consulta a la Asamblea de delegados a que se refiere la nota que contesto, y de acuerdo con la indicación que en ella se hace (Lombardo, 1993: 131-132).

Las dos asociaciones quedaron comprometidas a aceptar la inapelabilidad del fallo del presidente de la República. A partir del 16 de junio el presidente de la República tuvo en su poder la aceptación de los organismos. Se esperaron cuatro largos meses hasta que finalmente se conoció el laudo. En una ceremonia breve, de 10 minutos, el presidente entregó el fallo a los presidentes de ambas asociaciones. Planteaba lo siguiente:

Después de mantenerse durante tres años el cisma que dividió al football nacional y no habiendo llegado a buen término sucesivas y plausibles iniciativas tendientes a restablecer la unidad y armonías desaparecidas, una digna representación de la prensa de Montevideo me hizo el honor de reclamar mi intervención para realizar aquella obra de acercamiento. Comprendiendo mi finalidad y depositando en mí una confianza que me honra, las dos instituciones dirigentes manifestaron en forma oficial y directa que veían complacidos mi intervención, que aceptarían con carácter inapelable el fallo que dictara y que designarían, como designaron, cada una igual número de personas neutrales de las que elegiría las que habrían de prestarme asesoramiento. Luego de recibir las memorias de cada uno de los institutos, inicié la labor con el concurso de los Sres. Juan Blengio Roca, Héctor Rivadavia Gómez, Francisco Ghigliani, Carlos Sturzeneger, Félix Polleri, Héctor A. Gerona, Juan Gorlero, M. Martínez Puerta, Alfredo Le Bas y Alvaro Saralegui. Con ese eficiente asesoramiento he gestado el fallo que ahora vengo a dictar. El primer principio que lo orienta es el de la fusión integral, única fórmula capaz de hacer desaparecer por completo la posibilidad de nuevos o futuros antagonismos que hagan peligrar la unión que después de tanto trabajo se ha logrado.

Partiendo de tal base, reputada imprescindible, era forzoso llegar a la limitación del número de clubes integrantes de las divisiones superiores, limitación impuesta por razones de índole primordialmente deportiva y luego material.

[...] Nada podía contemplar más ampliamente esos fines como la constitución de un Consejo Provisorio, integrado por las mismas personas que habíanme asesorado. Estimé que para las instituciones que las habían designado, no podía encontrarse una garantía mejor de competencia, de ecuanimidad e imparcialidad.

Además de los motivos de conveniencia, desde el punto de vista de las relaciones internacionales, otros de justicia y el propósito de que se afirme toda una tradición, aconsejaban el nombre de Asociación Uruguaya de Football y así lo establezco. [...] (*El Día*, 10 de octubre de 1925: p. 8).

Como vimos, el enfrentamiento lejos de ser sólo deportivo se había transformado en tema más que dividía a la interna colorada. Serrato, como presidente colorado neutral, no era la primera vez que intervenía buscando una solución en la permanente lucha entre las diferentes fracciones del Partido Colorado y también en disputas a la interna de las fracciones.<sup>40</sup> El hecho de ser neutral siempre lo predisponía al ánimo negociador entre las diferentes agrupaciones coloradas, actitud que coincidía con la de Batlle y Ordóñez.

Según el laudo, entonces, un Consejo Provisorio pasaba a regir los destinos del fútbol uruguayo:

En esta fecha cesan las autoridades directivas de la Asociación Uruguaya de Football y de la Federación Uruguaya de Football, quedando a cargo de la dirección de los intereses, el Consejo Provisorio, a quien se somete la ejecución de este laudo. [...] El Consejo Provisorio cesará en sus cometidos inmediatamente de reorganizado el futbol nacional dentro de las condiciones que establece el laudo. [...] La Asociación y la Federación pondrán a disposición del Consejo Provisorio los fondos que disponen, sus archivos, y demás existencias. Cada institución deberá saldar sus deudas (Lombardo, 1993: 135).

El Consejo Provisorio pasó a ser presidido por Héctor Rivadavia Gómez y tuvo la asistencia como secretario de Álvaro Saralegui.

El presidente de la FUF en ese año 1925 pasó a ser el integrante del Partido Colorado Radical, el vierista Raúl Jude, que había desplazado a la figura de Sosa y, desde la FUF, se planteaba como un dirigente sereno y joven dispuesto a seguir en ascenso. Había sido ministro de Instrucción Pública en 1924 y desde ese puesto no había tenido el apoyo del Consejo Nacional de Administración y de su presidente, Julio María Sosa (Lindhal, 1977: 62). Pasaría a ser una figura fundamental en la dirigencia del fútbol.

---

<sup>40</sup> Manini Ríos (1973) relata las permanentes negociaciones del presidente para evitar la discordia colorada.

En la AUF, Atilio Narancio dio un paso al costado, quedando en la presidencia el hijo mayor de Batlle y Ordóñez, don César Batlle Pacheco. Estos dos nuevos presidentes facilitaron las negociaciones. Jude, hombre de Peñarol y del Partido Colorado Radical, venía a sustituir a Sosa, con quien, luego de lo pasado en 1924, las negociaciones estaban en punto muerto; y César Batlle Pacheco era una figura medular del batllismo pero, a diferencia de Atilio Narancio, había sido presidente de Peñarol.

Las dos figuras centrales de este Consejo Provisorio que pasa a dirigir el fútbol son el batllista Francisco Ghigliani por la Asociación y Héctor Rivadavia Gómez por la Federación. Figura consular del riverismo, Héctor R. Gómez era en ese momento director del diario *La Mañana*, el principal vocero periodístico de esta fracción colorada. Era, a su vez, una figura de enorme peso en el mundo del fútbol, al haber sido presidente de la AUF y fundador de la Conmebol. Francisco Ghigliani era el enemigo a muerte de Julio María Sosa dentro de la fracción batllista, y en este Consejo Provisorio Sosa había quedado de lado. Ahora, él desde el batllismo, y junto a César Batlle Pacheco, era el gran interlocutor con el riverista Héctor Gómez.

La pregunta que nos tenemos que hacer es por qué el riverismo pasó a ser tan importante a partir de ahora en la dirigencia del fútbol uruguayo y cómo el batllismo aceptó esto. Tenemos que tener en cuenta, que es justamente en esta etapa que el riverismo pasa a tener una importancia fundamental en el Partido Colorado y era una fracción fundamental para el batllismo si quería vencer en las elecciones de 1926 al Partido Nacional. El Partido Nacional le había infringido al Partido Colorado una dura derrota en las elecciones para el Senado y para la presidencia del Consejo Nacional de Administración. Luis Alberto de Herrera había pasado a ser el presidente del Consejo, sustituyendo a Julio María Sosa que comenzaba su irremediable decadencia. El batllismo empieza a ceder con el riverismo en muchos aspectos. Y tanto es así que el candidato y futuro presidente de la República para las elecciones pasó a ser el riverista Campisteguy:

El Riverismo [...] consolidó su situación política durante esos años, recobrando un rol decisivo dentro del coloradísimo que no poseía. Beneficiándose con frecuencia de las disputas entre batllistas, vieristas y luego sosistas, los riveristas resultaron en varias ocasiones los factores fundamentales de “los acuerdos colorados”, obteniendo siempre buenos dividendos políticos de su actuación. En noviembre de 1926, por ejemplo, a instancias fundamentales de los votos batllistas, un riverista de la primera hora como

Campisteguy fue electo Presidente de la Republica, dando así satisfacción a un viejo anhelo del partido fundado por Manini Ríos, y otorgándole una fuente de influencia siempre trascendente. En ambas cámaras los riveristas conservaron un número de bancas pequeño pero decisivo, desatendiéndose por completo de la integración del Consejo Nacional de Administración, sobre el cuál acentuaron sus críticas (Caetano, 1985a: 75).

Con el protagonismo central del riverismo ahora, y bajo la presidencia de Héctor Rivadavia Gómez, pasó a dirigir los destinos del fútbol uruguayo el Consejo Provisorio que cesaría sus funciones cuando la nueva Asociación se hubiese organizado plenamente y hubiese elegido sus autoridades. Con toda la actividad local e internacional suspendida, desde el punto de vista simbólico hubo un acontecimiento deportivo muy importante. Se jugó un clásico en el Parque Central entre Peñarol y Nacional, con la presencia de todas las autoridades del Consejo Provisorio, del presidente de la República y del nuevo presidente del Consejo Nacional de Administración, Luis Alberto de Herrera (reconocido hinchista de Peñarol).

Se establecen dos series de clubes. La serie A, con los 10 equipos que ya conformaban la Primera División antes del cisma de 1922, y una serie B, en la que los 10 primeros se clasificarían, junto con los 10 de la serie A para disputar un Campeonato Uruguayo de Primera División con 20 equipos para la temporada de 1927. Descendieron a la Intermedia (conocida hoy en día como la divisional B) los últimos cinco, desarrollándose el Campeonato de Primera División con 16 clubes.

Desde el punto de vista internacional, la gestión más importante de Héctor Rivadavia Gómez al frente del Consejo Provisorio fue el reconocimiento definitivo de la Conmebol por parte de la FIFA:

Acaso a nivel dirigente, lo reseñable en ese lapso fue la gestión realizada en Europa por el Dr. Héctor R. Gómez. El dirigente uruguayo, que también presidió el Consejo Provisorio, se propuso consolidar otra de sus iniciativas. Le solicitó a Jules Rimet el reconocimiento de la Confederación Sudamericana por parte de la FIFA, como organismos representante continental. El planteo, que parece tan simple, fue aprobado después de largas y trabajosas iniciativas por el Congreso de la FIFA del 25 y 26 de mayo de 1928, en Ámsterdam. El Doctor Gómez tuvo buen éxito en su empeño de darle estabilidad y fuerza corporativa a la Confederación, que había inspirado y modelado. La propuesta fue apoyada, naturalmente, por Uruguay, Argentina, Chile, Paraguay, Perú y Bolivia, pero contó con la oposición, entre otras asociaciones, de Brasil, por entonces desafiado de la Confederación, representado en este acto el delegado Nabuco de Abreu (Lombardo, 1993: 144).

Este acto tiene una gran importancia por dos motivos. Por un lado, con esto Uruguay adquiere en el internacionalismo del fútbol una fuerza singular. A partir de ahora, las actas de la AUF lucen dos inscripciones, expresando que está afiliada a la Conmebol y a la FIFA. Esto le daba un enorme peso ante sus hermanos países de América del Sur. Precursora de fundar la primera, y precursora en integrarse a los torneos de la segunda, su opinión inmediatamente arrastraba a toda Sudamérica. Por el otro, no será la primera vez que Brasil le dará la espalda a la Conmebol. En ella veía demasiado poder de Uruguay y Argentina. Su objetivo en su internacionalismo será, a partir de 1930, el Mundial de Fútbol organizado por la FIFA, ya que por estos momentos permanecía desafiliado de la Conmebol y no participaba en los Sudamericanos. Cuando Uruguay, indignado por el boicot de las principales potencias europeas al Mundial de 1930, decida no asistir a los Campeonatos de 1934 y 1938, Brasil igual va a ir. En el Mundial de 1938 será el único país sudamericano en participar de aquel Mundial de Francia.

Es de notar que, con motivo del laudo Serrato, se interrumpieron momentáneamente los partidos internacionales. Lo que resaltó en 1925 en esta materia fue la gira de Nacional por Europa y la avidez que existía en todo el viejo continente por ver jugar a representantes del fútbol uruguayo (Garrido, 2000: 82).

En 1926 se decidió interrumpir la veda internacional y concurrir al Sudamericano de Chile. Todavía continuaban las secuelas del cisma AUF-FUF. Peñarol, que seguiría presidido por Julio María Sosa hasta 1928, negó sus jugadores, por la misma razón de siempre: Peñarol argüía que al Campeonato sólo iba el representante de la AFA y no de la AAA. Boca continuaba actuando en la primera y River en la segunda. Es de hacer notar que la unificación de las dos entidades en la que pasó a llamarse la Asociación Amateurs Argentina de Football recién se dio en 1926, y posterior al Sudamericano. Y también por un laudo del presidente de la República en ese momento, Marcelo T. de Alvear, se unifica el fútbol argentino. Este Sudamericano, ganado por Uruguay dejó una canción que todavía sigue identificando al folclore musical que rodea al fútbol uruguayo cuando juega su seleccionado. Este es parte del fragmento de la mítica canción de Omar Odriozola, ex profesor de Literatura de Paso de los Toros, cantada por la murga Patos Cabreros en el Carnaval de 1927 y que hace referencia a la victoria en el Sudamericano de 1926:

*Uruguayos campeones, de América y del mundo,  
esforzados atletas que acaban de triunfar,  
los clarines que dieron las dianas en Colombes,  
más allá de los Andes volvieron a sonar.*

## **4-Ámsterdam y el apogeo del estilo rioplatense**

### *4.1-Telégrafos, pizarrones y altoparlantes*

El Consejo Provisorio finalizó su mandato en febrero de 1927. En ese mes pasa a regir los destinos del fútbol uruguayo un Consejo Superior, que fue presidido por el vierista Raúl Jude, y estaba integrado por Martínez Laguarda, Otamendi, Martínez Puerta y Campisteguy. Raúl Jude sería presidente hasta 1931, año en que volvería el batllista César Batlle Pacheco a la presidencia de la AUF.

La participación en el torneo de fútbol de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam pasó a ser la mayor preocupación. Para ello se manda a Héctor Rivadavia Gómez a esta ciudad a los efectos de buscar el mejor alojamiento. Para esta tarea cuenta con la ayuda una vez de Enrique Buero, que continuaba con su tarea de Ministro Plenipotenciario en Bélgica y Holanda.

Esta vez el seleccionado no se tendría que enfrentar a las tormentas políticas que había amenazado su participación en Colombes en 1924. Por un lado, gracias al Laudo Serrato, jugadores de Peñarol y Nacional podían participar del seleccionado. Por el otro, el apoyo del presidente es total, ya que, como vimos, el riverismo tenía ahora importancia muy grande en el fútbol y le disputaba su hegemonía al batllismo. Jorge Carrión y Ana María Herrera nos muestran hasta qué punto se había dado un total apoyo entre el gobierno y la participación de la celeste en los Juegos:

el gobierno de la nación, cuya presidencia desempeñaba el Doctor Campisteguy, apoyó decididamente la excursión. El Doctor Raúl Jude, titular de la AUF, era también un activo

militante y figura destacada del Partido Colorado, en tanto, uno de los dirigentes que viajó al frente de la delegación, Arturo L. Macció, era familiar de la esposa del Doctor Campisteguy. El cuerpo consular del Ministerio de Relaciones Exteriores, en aquellas ciudades en donde llegaba la embajada, estuvo a la orden y colaboró eficazmente desde el comienzo y en el Havre, puerto de desembarque en Europa, la delegación recibió la visita del Ministro del Uruguay en Francia, Doctor Alfredo Guani (Carrión y Herrera, 2006: 87).

El presidente de la delegación era Félix Polleri, integrante y figura muy importante del Partido Colorado General Rivera y, por lo tanto, hombre muy cercano al presidente Campisteguy.

Para evitar que sucediera lo de Colombes, en donde el dirigente Atilio Narancio tuvo que hipotecar sus bienes para financiar los pasajes y la estadía, se buscó establecer una colecta en donde todos participaran y con el objetivo de lograr fondos para la cruzada de Ámsterdam (Morales, Franklin, 2002: 136).

La otra gran novedad era la participación de Argentina en el torneo olímpico de fútbol. La posibilidad de que se reeditara el clásico rioplatense en la final llenó de expectativa el acontecimiento.

Como es conocido, Uruguay debutó con Holanda el 30 de mayo ganando el partido 2 a 0, luego le ganó a Alemania 4 a 1 el 3 de junio, la semifinal a Italia por 3 a 2 el 7 de junio, y dos finales con Argentina, el 10 y el 13 de junio, con resultados de 1 a 1 la primera y 2 a 1 para Uruguay la segunda. A los efectos de este trabajo, nos interesa centrarnos una vez más en los relatos que los medios uruguayos de la época hicieron del acontecimiento y, de esta forma, buscar los vínculos con la política y la sociedad del momento.

Esta vez, el diario *El Día* no sería el único en mandar un enviado especial a Ámsterdam. Los principales diarios de la capital captaron la importancia que tenía la participación de Uruguay en los Juegos Olímpicos y también buscaron competir con el principal matutino del Uruguay. A Carlos Estapé, el enviado de *El Día* y *El Ideal* (*El Día* de la tarde), se sumaban ahora Eduardo Arechavaleta de *El Plata*, Carlos Reyes Lerena de *El País*, Francisco Campolongo por *El Diario* y *La Mañana*, Pedro Sitjar de *El Imparcial* y Alcides Ruival de *La Razón* (Lombardo, 1993: 158).

*El Día* se había vuelto a preparar para lograr una cobertura espectacular y competir con los otros diarios para lograr una audiencia masiva. Tenía de nuevo un enviado especial que informaría todos los días cómo vivían desde adentro los “celestes” la competencia de

los juegos. Además, en el edificio de 18 de Julio y Yaguarón, una muy fuerte sirena anunciaría con su ensordecedor sonido el momento en que se colocara un nuevo pizarrón que anunciaba un nuevo incidente del partido, información que se obtenía mediante las noticias que llegaban al servicio telegráfico de una redacción expectante. Y, a su vez, por un altoparlante, una voz humana traducía en sonidos lo escrito en el pizarrón. El diario de la mañana hacía toda la previa del *match*, y con el de la tarde las noticias telegráficas fresquitas que se estaban viendo en el pizarrón se podían leer en letra impresa y guardar toda la vida en el baúl de los recuerdos. Por si esto fuera poco, la radio, en servicios exclusivos y en un maridaje con los diarios (en donde comienza a formarse un lobby), transmitía las noticias telegráficas pero uno las podía escuchar desde la propia casa. *El Día* tenía su propia radio El Día, y podía realizar esto. Era toda una comodidad; en momentos en que estaba feo el tiempo o llovía (como pasó en la segunda final con Argentina), los más pudientes, que se habían comprado la “General Electric” a válvula, podían escuchar el servicio telegráfico desde la casa antes de salir a comprar el diario.

Mario Benedetti, en una entrevista concedida a *El Gráfico* en 1996, recuerda cómo todo esto fue vivido:

Yo tenía apenas siete años y mi viejo me llevó a la plaza Libertad. Bajaban un pizarrón que anunciaba: “Carga italiana”. A los pocos minutos bajaban otro pizarrón: “Los uruguayos ceden corner”; para mí fue impactante. Los italianos ganaban 2 a 1 el primer tiempo pero terminaron perdiendo 3-2 y así Uruguay clasificó a la final con Argentina (Benedetti citado por Rosenberg, 1999: 47).

El que había comenzado este tipo de transmisión de leer los servicios telegráficos que suministraban los diarios fue Sapelli, para el Sudamericano de 1922. Encontramos un maridaje entre el periódico y la radio para la cobertura del espectáculo deportivo; la radio hacía imaginar el partido a través del discurso de los relatores, pero el diario ofrecía el discurso escrito y las fotografías. Las fotografías eran, antes del nacimiento del matrimonio fútbol-televisión, la única forma de ver las imágenes de los goles. Un medio se completaba con el otro; de esta manera los diarios de mayor tiraje y ventas buscaban acercarse a las radios de mayor audiencia. Pero en esta época, no sólo era el interés empresarial el que predominaba sino que era la política la que dominaba los medios. Cada sublema de los dos partidos tradicionales tenía un diario, que muchas veces era matutino y vespertino, pero,

además, cada diario irá teniendo paulatinamente relación con alguna radio, ya que se captaba la importancia de llegar por medio del mensaje radial a las masas.

En Uruguay, el fútbol, en los juegos olímpicos de 1928 se transforma en una plataforma para el comienzo del despliegue definitivo de la radio. Los propios grupos financieros, comerciales y políticos vinculados a los diarios son los que promocionan este lanzamiento; lejos de competir, se complementan. En el futuro, está en juego la lucha por una nueva hegemonía, y nadie se puede quedar atrás:

Los medios de comunicación de masas [...] no sólo ensanchan el auditorio, crean también el espectáculo, son por sí mismo, parte del mensaje. La narrativa deportiva no se ha circunscrito nunca a lo que acontece en un terreno de juego y en sus gradas. [...] La narrativa deportiva sirve de base igualmente al desarrollo y aplicación de las más sofisticadas tecnologías. [...] constituyen el escenario en el que distintos grupos financieros, industrial-científico-tecnológico hacen saber que se encuentran entre los primeros de la fila, tratan de mostrar su primacía sobre los demás (AA.VV., 1994: 4).

El campo del periodismo deportivo gráfico se va consolidando. Las páginas deportivas de los diarios, al dar cobertura de un acontecimiento como éste de las Olimpiadas, trabajan en forma coordinada con el telégrafo, transcribiendo oraciones cortas, propias de las que llegan vía telegráfica o por telegrama. En el centro aparece una especie de editorial deportivo de la página, con opiniones de los redactores.

Estas notas no se podían mechar con las coberturas de los redactores especiales enviados a Europa; estas crónicas eran enviadas por correo (si la nota era larga y jugosa, no podía ser mandada por telegrama). Por lo tanto, las notas más interesantes de los enviados especiales se publicaban unos días después de finalizado el partido que se estaba cubriendo ese día. Lo mismo pasaba con las fotos, que serán para la página deportiva de un enorme valor. Llegaban unos días después y no eran de un fotógrafo uruguayo, ya que ningún diario había enviado ninguno; eran compradas a fotógrafos europeos y luego enviadas por correo. Ese vacío de la foto se salvaba publicando fotos de anteriores acontecimientos en donde aparecieran algunos de los jugadores que participaban en el partido cubierto (en muchos casos, foto tipo carné). El historiador argentino Julio Frydenberg demuestra en su tesis doctoral *Historia social del fútbol* (2000), que en estas décadas del veinte y treinta es que se termina de consolidar un campo periodístico futbolístico gráfico.

Para el debut con Holanda, el 30 de mayo, *El Día* anunciaba que una verdadera multitud, calculada en 5.000 personas, se había aglomerado en 18 de Julio y Yaguarón para seguir las instancias decisivas del partido frente al edificio del diario. Esto marcaba no sólo un acontecimiento comercial sino también político. Junto a la página deportiva anunciada a gritos por los kiosqueros y canillitas, aparecía la propaganda a favor del batllismo.

Pero los demás diarios le hacen la competencia. La cobertura de los diarios blancos *El Plata*, *Diario del Plata* y *El País* también buscaba atraer al público frente a la redacción de sus diarios. Era común ver, los días de partido, una multitud frente a la casa redactora del *Diario del Plata* en el Teatro Solís (*El Plata*, 31 de mayo de 1928: 7).

#### 4.2-La afirmación de un estilo

Los dos primeros rivales son presentados como terriblemente difíciles por la opinión pública uruguaya. El primero como local y el segundo por su enorme potencia física son dos escollos muy difíciles de superar. Alemania es mostrada como un conjunto con un funcionamiento similar a una máquina, con un estilo muy similar al de los ingleses, aquel que se le denominaba ya desde los años veinte como “el estilo anglosajón”. Es entonces que los enviados especiales de los principales diarios, en sus ediciones matutinas y vespertinas, ven que en estos partidos –sobre todo con Alemania, que era considerada la potencia de la Europa continental– la posibilidad de mostrar que las virtudes latinas pueden imponerse a las anglosajonas. Esas virtudes latinas van de la mano de esa “fundación criolla” del fútbol rioplatense que el periodista Borocotó plantea desde la revista *El Gráfico* como parte de la cobertura de los juegos de Ámsterdam. Lo interesante a destacar es que este discurso no hace más que continuar una alteridad que venía desde finales del siglo XIX, con la idea de superar a través del deporte los complejos de inferioridad que la raza latina tenía con respecto a la anglosajona. Lo vemos en los discursos inflamados del rector de la universidad Alfredo Vásquez Acevedo, y también en la polémica entre el poeta Julio Herrera y Reissig y Manini Ríos, en los informes del doctor Cabral a la Cámara de Diputados en nombre de la comisión encargada de crear la Comisión Nacional de Educación Física en 1911, en la predominancia de apellidos latinos en el CURCC y en el

club Nacional de Football, entre otros.

El diario *El Día*, en su edición posterior al partido con Alemania en donde Uruguay le había ganado 4 a 1 y se clasificaba para jugar la semifinal con Italia, expresaba:

El valor de la inteligencia se opuso a la ofuscación y la violencia. Dos escuelas se enfrentaron ayer en Ámsterdam. La de la inteligencia y de la fuerza, saliendo victoriosa la primera. Alemania, última esperanza de la representación europea frente a la sudamericana hecho mano de todos los recursos pero fue impotente ante el coraje de nuestros muchachos. [...] Quedó definitivamente demostrada la superioridad de los latinos frente a los anglosajones en la práctica del football (*El Día*, 4 de junio de 1928: 8).

El choque entre el hombre-fuerza, anglosajón, y el hombre-habilidad, el latino, volvía a entrar en la alteridad trabajada por *Ariel*, de Rodó, y que tanta influencia tenía en la forja de la identidad nacional e iberoamericana. La idea de que el latino europeo y el latino americano podía superar a los sajones del norte buscaba superar ese complejo de inferioridad que se tenía ante las potencias mundiales Inglaterra y Estados Unidos. Pero también había un sentido más general de esa pugna entre latinidad y sajonismo, que trabaja José Vasconcelos en *La raza cósmica*:

Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. [...] Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos, el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. [...] No sólo nos derrotaron en el combate, ideológicamente también, nos siguen venciendo. Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza (Vasconcelos, 1925: 5-6).

Hoy nos cuesta pensar en una identidad como la “latinidad”, que incluyera también, además de los países latinoamericanos, a los países latinos de Europa. Y es que con el surgimiento en los cincuenta de la idea de Tercer Mundo, la América hispanoparlante es se siente parte de una América Latina identitariamente separada de todos los países europeos del hemisferio norte (incluida muy especialmente España). Pero en ese momento, la idea de Iberoamérica es muy fuerte y está en la base misma del primer mojón simbólico nacionalista del fútbol uruguayo. La propia alteridad entre el CURCC y el Nacional de

Football, entre Peñarol y Nacional, nace en esta disyuntiva. Es que la decadencia de la vieja España, de la vieja Portugal, de aquella Italia brillante del Renacimiento frente al mundo anglosajón era total. La civilización de las máquinas y el capitalismo industrial y financiero tenían la matriz en Inglaterra y Estados Unidos. Era natural, ante un mundo en donde todo venía del norte y donde todo lo del norte era sinónimo de industrial y tecnológico, que surgiera un “otro” lejano para el latino. Un latino más predispuesto, como el *Ariel* de Rodó, a las artes y las bellas letras, y, como estaban mostrando los resultados, superior en la práctica del fútbol, del deporte rey.

El tema de la identidad de la raza ibérica y latina se va conformando como en círculos concéntricos que se van achicando o agrandando según la circunstancia. Cuando Uruguay se enfrenta contra Italia en semifinales, los diarios titulan que se encuentran frente a frente dos potencias del estilo latino. Se produce un primer desplazamiento en la alteridad; de estar enfrentados a europeos anglosajones, pasábamos a estar enfrentados a europeos latinos:

Dos altos exponentes del fútbol latino frente a frente. El mejor de Uruguay e Italia, se medirá con Argentina en el match final. [...] La resonante victoria de Italia ante España por una anotación inesperada [...] puso a la hermana nación latina del Mediterráneo, en condiciones de disputar a la representación uruguaya el derecho a concurrir en competencia con Argentina, al partido final de este torneo olímpico de football, que será memorable por muchos motivos (*El Día*, 7 de junio de 1924: 7).

La primera alteridad que existía con los partidos contra Holanda y Alemania pasa ahora a acercarse más. Si bien los italianos también pertenecían a Europa, eran de la Europa latina y no de la sajona. Pero luego de la muy complicada victoria contra Italia por 3 a 2 y la inminencia de la lucha en la final con Argentina el discurso periodístico de los diarios uruguayos comienza a plantear un nuevo desplazamiento:

El triunfo de la raza. Ya estará colocado en el Estadio Olímpico, de Ámsterdam el gigantesco mástil en cuyo tope flameará mañana de tarde, la bandera del país que resulte vencedor en el torneo de football. [...] el país que va a merecer ese honor único y codiciado no será ninguno de los que concurren a la competición representando a la vieja Europa enferma de tradiciones ancestrales y grávida de sapiencia. Ya no se puede dudar, y nadie duda de la superioridad de América sobre Europa en una de las más hermosas manifestaciones del deporte. En el horizonte olímpico han surgido, deslumbrando al hombre europeo, pagado de su concepto de superioridad, estos radiantes astros [...] En la bandera que flameará mañana en el mástil olímpico no ha de campear ningún símbolo de la

fuerza prepotente de las armas ni de la heráldica de la artificial nobleza.[...]ondearan movidos por las brisas nórdicas los dulces colores azul y blanco de este cielo de América, acogedor y sereno. Y como en Colombes, el vencedor cantará la victoria en español. ¡No será el triunfo de la Argentina si gana Argentina! ¡No será el triunfo del Uruguay si gana Uruguay!. Es el triunfo de América. Es el triunfo de la raza (*El Día*, 9 de junio de 1924: 8).

La idea de que América ha superado a la vieja y decadente Europa produce ese nuevo desplazamiento de la alteridad. El “otro” lejano, que estaba situado en la Europa sajona, ahora pasa a estar situado en la Europa como un todo. Surge la idea de que así como Europa conquistó a la América india es ahora, a través del fútbol rioplatense, que América puede conquistar a la “vieja Europa”, una vieja Europa que se muestra enferma de tradiciones guerreras decadentes, representadas por “las armas” y “la heráldica de la artificial nobleza”. Surge la idea de que América podía superar a Europa construyendo un nuevo mundo más democrático, pacífico e igualitario.

El discurso racista de *El Día* va de la mano de un discurso que era el del imaginario del Centenario, ya trabajado. Ahora América le ganaba a Europa, pero era esa América del *Ariel* de Rodó, del aluvión inmigratorio de los europeos blancos latinos que cruzaban el océano en busca de nuevas perspectivas. Las tierras uruguayas y argentinas eran las tierras del porvenir, para formar un nuevo mundo en donde todo estaba por hacer.

Pero curiosamente en la fotografía que está ubicada debajo de la noticia de “El triunfo de la raza”, aparecen las caras blancas de Lorenzo Fernández y Álvaro Gestido con la negra del jugador Andrade. Efectivamente no era el triunfo de su raza, la negra, la que aparece publicitada en este logro del fútbol uruguayo. Era el triunfo de la raza de los inmigrantes y descendientes de inmigrantes europeos, que, como muestra *El Libro del Centenario* anteriormente trabajado, habían construido una nueva Europa en una región en donde se había exterminado a los indios y a los animales salvajes.

Este discurso racista era el predominante, en esta década del veinte, en el mundo entero. Serán los que le darán tanto rédito a Hitler y Mussolini. Pero las democracias occidentales también eran racistas. Era aquella idea, trabajada por Said, de que el imperialismo no sólo conquista territorio geográfico, económico y político sino que también conquista territorio en lo que tiene que ver con el imaginario, de un mundo dominado en ese momento por la Europa Occidental y Estados Unidos, que era una civilización en donde lo dominante era el hombre europeo, macho heterosexual, blanco,

occidental y cristiano.

Tanto en la prensa uruguaya como en la argentina se habla del triunfo del estilo rioplatense. Es de destacar que es la propia Europa la que empieza a hablar de lo rioplatense en el fútbol con la percepción de las diferencias en el juego que había entre el fútbol que practicaban Argentina y Uruguay y el fútbol que se practicaba en Europa continental y en Inglaterra. El triunfo de Uruguay en los Juegos Olímpicos de 1924, las giras de Nacional y de Boca, y la final de fútbol en Ámsterdam 1928 no llevaban más que a confirmarlo. Ésta es la etapa en que se comienzan a afirmar los estilos nacionales de fútbol; Uruguay y Argentina eran “el fútbol del Río de la Plata”:

De lo que se trataba era de diferenciarse del estilo de juego británico. El fútbol inglés no era estático, y fue dejando de ser individualista e impetuoso, para transformarse hacia 1880, y gracias a los escoceses, en un juego colectivo más colectivo basado en los pases. Lo que parece claro es que todo el juego inglés fue copiado, adaptado y luego rechazado, principalmente por muchos europeos y sudamericanos, y que este proceso comenzó muy tempranamente. [...] En 1924, Uruguay tomó por sorpresa al fútbol europeo cuando llegó a París y ganó el campeonato olímpico de fútbol. Los comentaristas quedaron sorprendidos por el maravilloso virtuosismo de sus jugadores en la recepción y el manejo de la pelota. [...] Cuando se agregó el amague, el viraje brusco y la habilidad de avanzar haciendo dribbling, los críticos franceses no podían disimular su entusiasmo y compararon a los “pura sangre” uruguayos con “los percherones” ingleses. El Uruguay repitió su victoria en 1928, venciendo a la Argentina en el último encuentro. [...] entre ellos habían surgido un nuevo estilo a que los admiradores llamaban el fútbol del Río de la Plata (AA.VV., 2004: 154).

Las giras de equipos profesionales ingleses como el Southampton en 1904, además de las goleadas dejaban una admiración por el estilo de juego británico, en base a pases largos, centros, cabezazos y una gran fuerza física, en donde lo colectivo predominaba sobre lo individual, y que llevaba a ver su funcionamiento como “una máquina”. Las abultadas goleadas tanto en Buenos Aires contra el Alumni porteño de los hermanos Brown, así como también en Montevideo contra Nacional y un representante de la selección uruguaya (que todavía no jugaba de celeste) llevaron a buscar imitar a los maestros para futuros encuentros. La crítica que realiza un diario inglés de este estilo rioplatense que estaba naciendo es que hay un exceso de individualismo, de improvisación, de “*dribbling*” en la forma de jugar propia del latino. Los jugadores estaban ubicados mal en el campo, sin un planteamiento táctico adecuado. Todos corrían para todos lados, todos defendían, todos atacaban, no había un orden ni una estrategia de cómo distribuir a los

jugadores en el campo de juego. De esta forma se buscó en las dos orillas imitar en todo lo posible la forma de jugar “a la inglesa” (Archetti, 2003: 80).

El arquero, *goalkeeper*, empezó a buscar la forma de ubicarse mejor, los *backs* fueron dos, el izquierdo y el derecho, tres mediocampistas, el “centro-half”, el “half derecho” y el “half izquierdo”; adelante, los *fowards*, formados por los punteros o *wings*, los entrealas o *insideres*, y el “*centroforward*”, que, con el tiempo sería el goleador número nueve. Con esa forma de jugar, ambas selecciones se enfrentaban todos los años por las copas Lipton y Newton, y lo más común era el triunfo de Argentina, muchas veces por goleadas históricas. Habría que esperar a 1912, para que en los cuatro partidos jugados entre ambos ese año, Uruguay diera cátedra y ganara, y asombrara a los porteños con un estilo distinto de jugar basado en el pase corto, el cuidado de la pelota y el *dribling*. Eran las enseñanzas dejadas por el escocés John Harley, que, jugando en Peñarol, buscaba transmitir el juego distinto que mostraba Escocia contra Inglaterra, que la había llevado a triunfar en el Torneo de las Cuatro Naciones. Había que remontarse a 1903, año que Nacional (representando a Uruguay) le había ganado al Alumni en Buenos Aires para encontrar un año tan espectacular como 1912 para el fútbol uruguayo. De ahí que el periodista deportivo César L. Gallardo diría que el fútbol uruguayo nació en 1912 (Gallardo, 1969: 51).

Uruguay era para Argentina, y Argentina era para Uruguay, “el otro cercano” en la afirmación de una identidad futbolística. El Río de la Plata se sentía la cuna del fútbol sudamericano y lo demuestra cuando, en los respectivos Sudamericanos, se lleva la mayoría de los títulos.

El periodista de la revista *El Gráfico* Borocotó, a propósito de la final de 1928, mostraba cómo a través del tango y del fútbol el Río de la Plata había conquistado Europa:

Borocotó enumera las “cosas bien nuestras” en un estilo casi borgeano y comienza por las cosas de la pampa. El gaucho y sus diferentes contextos definen lo “nuestro”: el ombú, en donde esconderse del sol, el caballo compañero, su ropa de fiesta, la música cantada por Santos Vega y su actividad rebelde en las montoneras. Borocotó no tiene la visión sarmientina del gaucho civilizado por su pasaje en el ejército nacional. La pampa es,

además, hospitalaria, generosa porque recibido tantos inmigrantes y los ha aceptado, los ha convertido en propios. Borocotó acepta que el mundo rioplatense y sus equipos nacionales de fútbol están llenos de inmigrantes, pero ya son bien criollos (Archetti, 1995: 428).

Para *El Gráfico*, lo criollo también está asociado a lo latino:

Es interesante observar que lo “criollo” se define a partir de la predominancia de apellidos españoles e italianos. Lo criollo pasa a ser una fundación de los hijos de inmigrantes “latinos”. [...] En el fútbol inglés todo tiende a destruir la acción personal para formar un todo sólido [...] De ahí que el fútbol británico sea realmente poderoso y tenga la fuerza real e impulsiva de una verdadera máquina, pero es monótono porque siempre es igual y uniforme. El fútbol rioplatense, en cambio, no sacrifica enteramente la acción personal y utiliza más el dribling (Archetti, 1995: 430).

La revista insiste permanentemente en que el fútbol y el tango han conquistado París y toda Europa desde el Río de la Plata. Eran los dos aportes que el Río de la Plata y su comunidad de inmigrantes latinos le había dado a la vieja Europa:

El tango hace rato que se abrió cancha en París. Salió de los arrabales, de los mismos que se formaron los footballers, fue introducido en los salones que le despreciaban y luego extendió su reinado hacia la Ciudad Luz. [...] Al deporte popular del Río de la Plata estaba reservada una suerte igual. Llevó al viejo continente lo que no habían lucido los ingleses. Y contra la fuerza de los corpulentos adversarios, el criollo sorteó obstáculos y marcó goles. El físico musculoso se estrelló contra la habilidad, contra la clase (Archetti, 1995: 427-428).

El diario *La Razón*, de Buenos Aires, continúa con un razonamiento similar en lo que tiene que ver con el “triunfo del fútbol rioplatense”:

En efecto los uruguayos y los argentinos desde los lejanos días del Alumni y Peñarol, han marchado siempre en la noble empresa de lograr la perfección anhelada. [...] Los vapores de la carrera en sus rápidos viajes de una orilla a otra conducían a las caravanas de footballers que rivalizando en inteligencia y entusiasmo labraban el brillante porvenir del deporte del Río de la Plata. [...] Y en esa escuela rioplatense de velocidad extraordinaria y de los pases cortos, la de la gambeta extraordinaria y la de la picardía que desconcierta, la que ha derrotado en Ámsterdam a los clásicos sistemas del fútbol de Europa (*El Día*, 8 de junio de 1928: 7).

Antes del decisivo segundo partido final, *El Día* continuaba con la teoría de la conquista de Europa por el Río de la Plata.

La prensa de ambas orillas del río como mar ya lo ha proclamado: gane cual gane en la lucha de esta tarde, el campeón olímpico ya sido ya reconocido. Es el football rioplatense. Si ante el debut de Uruguay, los hombres rubios de Holanda quedaron sorprendidos ante su propio espectáculo de vehemencia y sangre, más lo quedaron el domingo, cuando en una lucha única, sensacional y expectantes, los representantes de los dos pueblos del Río de la Plata se batieron. [...] También esta vez quisieron enronquecerse gritando en extraña lengua los nombres de dos países latinos (*El Día*, 13 de junio de 1928: 7).

La final dejó una canción que quedó ligada al folclore del fútbol uruguayo y que muchas veces se la escucha cuando juega Uruguay, creada por el coronel y *half* celeste Álvaro Gestido cuando iban rumbo al estadio a jugar la final con Argentina:

*Vayan pelando las chauchas,  
vayan pelando las chauchas  
Aunque les cueste trabajo.  
Donde juega la celeste,  
donde juega la celeste  
todo el mundo bocabajo.  
Uruguayos, sangre de campeones.  
Uruguayos, garra y calidad.*

## **5-La Espartakiada**

El Partido Comunista será desde 1924, como vimos, el que buscará por todos los medios crear una competencia alternativa a la del “deporte burgués”. Tanto socialistas como anarquistas se desinteresan del deporte y son los comunistas los buscan crear por todos los medios una especie de contracultura deportiva y futbolística. La liga entre equipos obreros de la Federación Roja del Deporte continuaba en gran actividad. La celebración de la Espartakiada en Moscú en ese 1928, el mismo año en que se desarrollaron los Juegos de Ámsterdam, les dará la oportunidad para buscar competir contra lo que ellos consideraban un nacionalismo chovinista desatado por la participación de la selección de fútbol de Uruguay en los juegos. Con un gran esfuerzo y fruto de una

colecta entre sus participantes lograrán mandar un representante obrero uruguayo a Moscú.

El nombre “Espartakiada” venía de Espartaco, el gran líder de la revuelta de esclavos de la antigüedad. La idea de Moscú y de la Internacional Roja del Deporte era oponer Espartakiadas obreras a Olimpiadas burguesas. Espartaco fue el líder de las rebeliones de esclavos que se dieron en la antigua Roma. Era una forma de generar un alter ego a la considerada “Olimpiada burguesa” del COI de Coubertin. Coubertin creaba a través de la ciudad de Olimpia una imagen idealizada de la antigüedad. Oponía la gloria de la antigüedad a la barbarie del medioevo y su caballería romántica e individualista, y mostraba cómo Thomas Arnold en Inglaterra había reformulado los deportes de la antigüedad e inventado otros, adaptándolos todos a la modernidad. El leninismo reinventaba el deporte desde la antigüedad, pero desde su lado oscuro visto desde la lógica marxista de la lucha de clases.

La VIII Olimpiada en la ciudad de Ámsterdam llevó al propio Coubertin a quedar asombrado por el progreso del número de países participantes. Las Olimpiadas habían dejado de ser una competencia entre la Europa continental e insular y Estados Unidos, para abarcar a diferentes países de América Latina y de Asia, aunque no todavía África, que era presa de los imperios coloniales. Eran los terceros juegos del período interbélico. Pues bien, Moscú empezó a hacerle la sombra. La Espartakiada reuniría, en diferentes competencias deportivas, a las delegaciones obreras de una enorme cantidad de países. El número de participantes superó al de los juegos olímpicos de Ámsterdam. La Internacional Roja del Deporte va a convocar a todas las federaciones deportivas obreras creadas por el Partido Comunista en todos los países del mundo donde había llegado la influencia de la III Internacional creada por Lenin bajo el lema del deporte como vehículo para reforzar la confraternidad obrera.

El diario *Justicia*, ante la inminencia del desafío de la Espartakiada, declaraba:

El Partido Comunista y la Espartakiada de Moscú. Un llamado a las organizaciones, simpatizantes y afiliados. El Comité Central del Partido Comunista llama la atención a las organizaciones [...]respecto de una tarea importante. La Federación Roja del Deporte se halla empeñada en la gran tarea de mandar un equipo que la represente en la Espartakiada que próximamente se realizará en Moscú. La Espartakiada de Moscú va a ser la respuesta del proletariado mundial que lucha en el terreno deportivo con la Olimpiada de Ámsterdam.

La burguesía internacional presta todo su apoyo a los juegos deportivos de Ámsterdam fomentando el chovinismo de los pueblos, aprovechando para realizar entre las masas una furiosa campaña de sometimiento ideológico de los trabajadores al capitalismo. Los trabajadores conscientes de su deber revolucionario de clase, no pueden permanecer indiferentes frente a tales hechos. A la Olimpiada burguesa respondamos con la Espartakiada proletaria. A Ámsterdam reaccionario, Moscú la roja (*Justicia*, 9 de mayo de 1928: 1).

Es la etapa de lucha clase contra clase, “nosotros” contra “ellos”, burguesía contra proletariado, que el propio partido había heredado del socialismo y de los anarquistas. Esta etapa le impedía captar el sentimiento nacionalista antiimperialista que tenía la masa de la población, no importando si eran obreros, pequeñoburgueses o peones de estancia. El sentimiento nacional, el sentirse formando parte de algo, era muy fuerte. La idea de un mundo americano que superaba a la vieja Europa generaba un sentido de estar todos juntos, de una comunidad imaginada que también se unía a otras tradiciones. La estrategia de clase contra clase no hacía más que aislar en un espíritu de gueto a unos pocos miles de simpatizantes que se veían arrollados cuando toda la masa con sus banderas tomaba la Avenida 18 de Julio, como efectivamente pasó luego de la victoria (al igual que en 1924).

Ese sentimiento de estar contra las tradiciones lo llevó también a cuestionar la figura de Artigas el día de la inauguración de su monumento, en 1923, a cuestionar el Palacio Legislativo de 1925, el monumento al gaucho de 1928, etcétera.

Un día después de que Uruguay se había coronado campeón en Ámsterdam, el diario *Justicia* proclamaba en su tapa que había que unir fuerzas para ayudar al deporte obrero:

Acudid en ayuda del deporte obrero. Faltan 500 pesos para que la Federación Roja pueda enviar su team a la Espartakiada. Ayer fue un día de delirio patriótico fomentado por la burguesía. El triunfo fomentó un desborde motivado por todos los medios de acción y de propaganda de que dispone la burguesía. [...] Frente al desborde del deporte burgués tenemos a nuestra Federación Deportiva Obrera, la Federación Roja del Deporte, empeñada en un trabajo penoso pero infatigable para obtener los recursos necesarios a fin de enviar a Moscú, a la Espartakiada, su team representativo (*Justicia*, 14 de junio de 1928: 1).

La colecta entre los afiliados, representada en fotos con niños obreros con alcancías, era el gran orgullo del Partido Comunista frente a la Espartakiada. Finalmente, el 26 de junio de 1928, obtenido los recursos, se llega al objetivo deseado:

Magnífico triunfo del deporte obrero. A las 8 de la mañana parte la delegación a la Espartakiada. [...] Es un magnífico conjunto de proletarios todos jóvenes que han de llevar al país de la dictadura del proletariado [...] para nosotros la partida de la delegación de la Federación Roja del Deporte significa el triunfo de la clase trabajadora [...] pero, queremos aclarar bien, antes que deportistas son obreros, su integración ha de servir para un mayor vínculo con lo proletarios que han de intervenir en las justas de Moscú (*Justicia*, 26 de junio de 1928: 1).

La idea era mostrar que, a diferencia de los olímpicos de Ámsterdam, esta delegación no cultivaba el nacionalismo sino el internacionalismo obrero y la afirmación de la consciencia de clase.

## **6-Uruguay transforma el idioma del fútbol**

Es en esta década, y sobre todo entre 1924 y 1930, años de los grandes triunfos mundiales, que Uruguay modifica el idioma del fútbol. A la creación de la vuelta olímpica ya mencionada hay que agregar una serie de invenciones en lo que tiene que ver con lo lingüístico que todavía perduran en el vocabulario del mundo ideológico del fútbol. Fueron tantas, que la *Enciclopedia Mundial del Fútbol* llega a afirmar que “si Inglaterra es la madre del fútbol, Uruguay es el padre” (AA.VV., 1981: 346).

Luego de que Uruguay ganara el torneo olímpico de 1924 y diera la vuelta, la palabra “olímpico” quedó asociada a otros dos elementos:

Como consecuencia de un partido de aquellos mismos futbolistas en Buenos Aires, para que el público no invadiera la cancha se colocó alrededor un alambrado, que pasó a ser llamado olímpico. Y como ese día Argentina le marcó a Uruguay un gol directamente de córner, ese tipo de incidencia fue para siempre gol olímpico (*El Observador*, agosto de 2010: 22).

Pero a su vez, el diario *El Observador*, en una revista dedicada al Mundial de Sudáfrica 2010, continúa relatando otros aportes e inventos de Uruguay:

De la misma manera, los dirigentes uruguayos (encabezados por el periodista Héctor Gómez) resultaron pioneros de la Copa América, el primer torneo continental en el mundo. Además, otro uruguayo, Juan Carlos Ceriani, inventó en 1930 el fútbol de salón, adaptando las reglas para poder jugarlo bajo techo y en espacios reducidos.

Todo esto para felicidad del hincha. Una expresión que también nació en Uruguay. Prudencio Reyes, utilero de Nacional a principios del siglo XX, además de inflar (hinchar) con aire la pelota alentaba ruidosamente a su club. Según la historia que se cuenta alguien comentó: “Mirá cómo grita el hincha”. Y el aficionado consecuente y apasionado del fútbol quedó bautizado para buen aparte del mundo de habla hispana. [...] La FIFA [...] pudo organizar el primer Mundial gracias a la propuesta uruguaya de cubrir todos los gastos (*El Observador*, agosto de 2010: 22).

La vuelta olímpica, el alambrado olímpico, el gol olímpico, el fútbol de salón, el hincha, el Sudamericano, la Copa América, el Primer Mundial de Fútbol, a esto tendremos que agregar en el futuro la invención de la Copa Libertadores –el primer torneo continental de clubes de Sudamérica–, la Copa Intercontinental –la copa disputada por el club campeón de la Libertadores y el campeón de Europa de Clubes– y del primer Campeonato Sudamericano Juvenil organizado por la Conmebol a partir de 1954. Todo esto nos lleva a reflexionar una vez más sobre la importancia del internacionalismo y la posibilidad de proyectarse que le dio el fútbol a Uruguay, y la sobredimensión de lo internacional al lado de lo nacional y lo local que, como vimos, es una constante en la historia y en la identidad uruguaya.

También hay que tener en cuenta que este impulso inicial tuvo su freno, al igual que pasó con el batllismo y su fuerza reformista y transformadora. En las siguientes décadas, a medida que el fútbol se fue globalizando, Uruguay pasó cada vez más a perder impulso y llegó un momento, sobre todo a finales del siglo XX, que no se ganó nada. Un difícil y doloroso diálogo entre el pasado de glorias y el presente de frustraciones empezó a alimentar el imaginario colectivo futbolístico. La obtención de un segundo puesto, como en el Campeonato Mundial Juvenil de Malasia en 1997, la clasificación al Mundial de Japón y Corea en el Mundial del 2002 después de doce años de ausencia y la obtención del cuarto puesto en el Mundial de Sudáfrica 2010 fueron festejados como antes se festejaban los títulos mundiales. Este cambio en la opinión pública no fue de improviso sino que llevó años de reajustes y reacomodos. (Bayce, 2003: 176).

De todas maneras es interesante notar que el fútbol uruguayo y sus logros resisten los análisis vinculados a la ley de los números y todas las interpretaciones que intentan vincular los éxitos deportivos a los factores demográficos. Es el único país, dentro del círculo selecto de los campeones mundiales, que no tiene ninguna relación entre el tamaño

de sus éxitos y el tamaño de la población, incluso con una población tradicionalmente envejecida, en donde el país tiene la menor tasa de natalidad de todo el continente (Bayce, 1991: 28).

A su vez, también resiste todas las interpretaciones de tipo organizativo. Uruguay, como vimos, se dio el lujo de ganar a nivel continental y mundial, con un campeonato desarrollado durante todo el siglo XX en Montevideo y en donde sus equipos grandes, Peñarol y Nacional, jugaban todo el campeonato de local y de visitante en el Estadio Centenario.

Las razones profundas hay que buscarlas en que el fútbol, en Uruguay, es un deporte-cultural. Franklin Morales, en *Fútbol, mito y realidad* (Morales, Franklin, 1969a: 40), plantea que de una manera u otra todos los uruguayos varones están incluidos en el fútbol y que la mayoría quiso o quiere ser jugador de fútbol. Es un deporte hiperinclusivo, que lleva a que cuando Uruguay juegue en un Mundial, esté prácticamente todo el país interpelado. Cuando el país es eliminado de la posibilidad de participar en la Copa del Mundo, se llega a dudar de su viabilidad como nación<sup>41</sup>.

El ser apropiado como tradición y transformarse en un vehículo para la integración nacional lleva a que el país le pida al fútbol siempre mucho. Esa relación asimétrica entre el tamaño del país y el tamaño de los éxitos en el fútbol marcó y marcará la historia de esta expresión cultural que los uruguayos tienen para afirmarse como nación y para afirmarse en relación con los otros.

---

<sup>41</sup> El fenómeno más similar puede encontrarse en otro deporte: el rugby. Nueva Zelanda, con una población similar a la de Uruguay, con sus famosos “All Blacks”, obtiene dos veces la Copa Mundial de la ovalada y es considerado como una superpotencia de este deporte también de origen británico. El rugby, al igual que el fútbol, se transforma en la causa nacional.

## **VI-El Mundial del Centenario**

### **1-Los prolegómenos**

#### *1.1-Negociaciones internacionales*

Aquella sociedad triunfalista del “centenario” encontrará en el mundial el broche de oro de tanto delirio de grandeza. Los símbolos nacionalistas creados en los años previos lograrán dar un sentido de unión a la comunidad imaginada. Al igual que la guerra, el triunfo deportivo logra que toda una nación quede unida en un instante mágico por una enorme bandera imaginaria. Como ya hemos visto, el mito “celeste” se consolida en los triunfos de Colomes y Ámsterdam produciendo un verdadero delirio popular. Junto a las banderas de los dos tradicionales adversarios, Peñarol y Nacional, se levanta la bandera uruguaya. Por primera vez en la historia de este país, una sociedad entera antepone la bandera uruguaya antes que las rivalidades intestinas que la separaban. No se era ni de Montevideo, ni del interior, ni criollo, ni “gringo”, ni negro ni blanco, ni pobre o rico, ni colorado, ni blanco. Se era “uruguayo” y así se terminó festejando en una Avenida 18 de Julio desbordante de pasión. Comenzaba a perfilarse el “football” como muestra del carácter nacional.

Realizar un Mundial de fútbol venía siendo el sueño de la FIFA desde bastante tiempo atrás. La idea de crear un campeonato internacional de fútbol al margen de la órbita del COI surgió en su congreso fundacional celebrado en París el 21 de mayo de 1904. A comienzos de la década del veinte las condiciones ya estaban dadas. Sin embargo, es recién en 1928, luego de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam, que se reúne la FIFA para concretar la organización del primer Mundial para el año 1930.

Los coautores del proyecto de que Uruguay fuera la sede del primer Mundial de Fútbol fueron los delegados del club Nacional Roberto Espil y José G. Usera Bermúdez. Comunican su idea al doctor Buero, que en ese momento era Ministro del Uruguay en Bélgica y Países Bajos y vicepresidente de la FIFA.

Mi querido Ministro y amigo:

Tengo el gusto de adjuntarle el proyecto presentado por mi club a la Asociación Uruguaya de Football y que ha merecido la unánime aprobación de la prensa y los aficionados de América. Como usted verá se trata de realizar en Montevideo, con motivo del Centenario, el campeonato del Mundo programado por la FIFA (Buro, 1932: 58).

Como habíamos visto, en 1928 Uruguay volvía a ganar por segunda vez consecutiva la medalla de oro olímpica en fútbol, y de alguna manera comienzan a confluir los intereses de los dirigentes de la FIFA con los intereses de los dirigentes políticos y deportivos uruguayos. Sin embargo, varios países europeos, principalmente Italia y España, también pugnaban por ser la sede.

El 22 de mayo de 1929 en Barcelona la FIFA realiza un congreso anual en donde se decide que Uruguay será la sede del Primer Mundial de Fútbol de la historia al margen del COI y de los juegos olímpicos. El Dr. Enrique Buro, que por entonces se transforma en vicepresidente de la FIFA, le transmite al presidente de la AUF, Dr. Raúl Jude, que el objetivo se había logrado. Montevideo sería sede del Mundial. Para negociar la obtención de este objetivo, Buro había tenido en el congreso de Barcelona, una ventaja extraordinaria a su favor. La AUF y el gobierno se habían comprometido a hacerse cargo de los gastos ocasionados por el torneo, incluyendo la estadía y viaje de las delegaciones. El gasto se “justificaba” por estar incluida la empresa mundialista dentro del marco de los festejos del Centenario de la Constitución de 1830. Es el delegado argentino ante la FIFA, Becar Varela, que en su discurso expone con claridad los tres motivos fundamentales a favor de la capital uruguaya como sede: los títulos deportivos recientemente obtenidos, la celebración del Centenario y, en tercer lugar, por ser el fútbol “un factor de acercamiento y de conocimiento entre los pueblos”, correspondía a los europeos enviar “sus delegaciones deportivas a América con lo que ganaría el conocimiento mutuo entre los pueblos” (Buro, 1932: 66). Los más duros oponentes de Uruguay fueron desistiendo de sus postulaciones; Italia, Hungría, Holanda y, por último, España se retiran. Al pedido del delegado de Chile, la sede es otorgada a Montevideo en una elección por aclamación, votando a favor de esta ciudad 23 países (*El País*, 25 de junio de 1929: 7).

Una vez enterado el gobierno, dos objetivos pasaron a obsesionar a los dirigentes involucrados en la organización: la construcción del estadio y lograr invitar a la mayor

cantidad de países al megaevento.

El Mundial de 1930 será el momento en que la relación entre el cuerpo diplomático uruguayo y la dirigencia del fútbol funcione en forma más aceptada. La AUF decide renovar el compromiso con el Ministerio de Relaciones Exteriores para movilizar el cuerpo diplomático, esta vez para gestionar la venida de las distintas selecciones nacionales. Así lo anuncia el diario *El Imparcial*:

Dentro de breves días visitarán en su despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores al Canciller, señor Rufino T. Domínguez representantes de la AUF, al fin de exponer al referido secretario de estado la conveniencia que existe en que los Ministerios del Uruguay acreditados en Europa gestionen ante los gobiernos acreditados, la venida de las selecciones nacionales de football, en ocasión del Centenario del Uruguay y con motivo del Campeonato Mundial de Football (*El Imparcial*, 14 de julio de 1929: 8).

En este momento todavía primigenio del internacionalismo deportivo, no existía una organización por parte de la FIFA que le permitiera llegar e invitar por su parte a las asociaciones nacionales afiliadas en su seno, a participar del Campeonato del Mundo, por eso las cancillerías tenían una tarea fundamental, como únicos mecanismos que funcionaban en el relacionamiento entre los países.

Se hace un listado de los países en donde es más importante la gestión del cuerpo diplomático, integrado por países europeos (Alemania, Portugal, España, Noruega, Dinamarca, Suecia, Austria, Bélgica, Francia, Italia, Suiza, Checoslovaquia, Polonia, entre otros) y Estados Unidos, ya que se da por descontada la presencia de los países sudamericanos, en los que Uruguay tenía un enorme peso por ser el país fundador y sede de la Conmebol. Salvo Checoslovaquia y Polonia, no estaba incluida la mayoría de los países de la Europa Oriental. El dato es importante porque luego serían Yugoslavia y Rumania, junto con Francia y Bélgica, los que llevarían a que el Campeonato contara con europeos.

En carta del 3 de setiembre de 1929, se pide a la Cancillería su intermediación para oficializar las invitaciones de participación a las respectivas Asociaciones Nacionales.

El Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de 1930 agradecerá a Vd quiera hacer llegar a su destino, por intermedio de los respectivos Ministros del Uruguay, los oficios anexos, por los que se invita a las Asociaciones de Football de los países que se indican, a participar en el Campeonato Mundial de Football de 1930, que se realizará en

Montevideo.

Reciba V, con el reconocimiento del Comité Ejecutivo, mis más distinguidas consideraciones (Correspondencia entre el Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de 1930 y el Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo, 3 de setiembre de 1929, AMREU, carpeta Mundial de 1930).

Se pide a los consulados y las delegaciones de Uruguay en esos países que promuevan el Mundial y la imagen de Uruguay a través de la acción de la prensa. La AUF, a través de su presidente, se dirige al ministro Rufino Domínguez en estos términos:

El Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de Football de 1930 desea interesar a la prensa mundial, determinándola a favor de la participación del mayor número de teams posible en dicho torneo. A tal efecto, considera que sería eficaz plantearle, desde ya, la cuestión de la concurrencia a Montevideo de los representantes de los diarios de los distintos países, con el propósito de vincularlos de inmediato a la propaganda a favor de la intervención del team representativo de la respectiva nación.

A tal fin, el Comité Ejecutivo resolvió solicitar de los países que se enuncian en la hoja anexa, que comuniquen a las respectivas legaciones del Uruguay, la nómina de los periodistas que enviarán a Montevideo en la época en que se disputará el Campeonato Mundial, esto es, en julio de 1930, así como dos retratos 4 x 6 de cada uno. Haciéndolo así, todas las facilidades para el cumplimiento de su delicada misión periodística, y de asegurarles el alojamiento durante su estadía en Montevideo.”(Correspondencia entre el Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de 1930 y el Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo, 2 de diciembre de 1930, AMREU, carpeta Mundial de 1930)

El fracaso fue tan grande que tan sólo vino un solo corresponsal europeo: Ricardo Ornellas, el representante del diario de Lisboa *As Noticias*. Por ser la única mirada de un periodista europeo, sus crónicas todavía se conservan en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. Los principales diarios europeos tan sólo publicaron, luego del día de la final, un pequeño recuadro en un lugar periférico de su página deportiva, dando nota del resultado. Todavía no era importante el Mundial de Fútbol para Europa.

Durante el año 1929 y en los comienzos de 1930, son permanentes las negociaciones infructíferas del cuerpo diplomático uruguayo instalado en los diferentes países europeos ya que, una a una, las diferentes naciones del viejo continente se niegan a participar en el Mundial uruguayo. Tan sólo Rumania parece interesada. En su libro *Negociaciones internacionales*, el doctor Buero relata la propaganda contra el Campeonato que comienzan a realizar las principales potencias europeas:

Al pasar por Barcelona me enteré por los diarios de ese día (6 de marzo) que Montevideo

había resultado desistir de la organización de la Copa del Mundo, lo que me parecía absolutamente inverosímil. Al llegar a Génova, los diarios que me llegan a bordo traen la misma noticia, con comentarios italianos en el sentido de que ha llegado el momento de realizar la Copa Pan Europea, frente a la renuncia de Uruguay (Buero, 1932: 132).

En este momento en que la FIFA todavía estaba comenzando a acercarse a la dimensión mundial, lo que realmente predominaba en el internacionalismo futbolístico era, por un lado, esa idea de lo “paneuropeo” opuesto a lo “panamericano”. Ante la ausencia de los europeos, Buero manda un telegrama al Ministerio de Relaciones Exteriores que señala que empieza a crecer el rumor en diarios europeos de que la AUF había desistido de realizar un campeonato del mundo, “sustituyéndolo por uno panamericano” (Buero, 1932: 136).

La idea de realizar un campeonato sudamericano ampliado, o sea con todos los países de Sudamérica afiliados a la FIFA además de México y Estados Unidos, consolidando una Confederación Panamericana de Fútbol fue defendida incluso durante la propia realización de la competencia mundialista. Así lo nota el corresponsal del diario portugués *As Noticias*:

Se efectuó en la Asociación Uruguaya de Fútbol, una reunión importantísima, de cierto modo, pero inoportuna por ser realizada exactamente en ocasión que estaban presentes en Montevideo, dos representantes de la mayor evidencia de la FIFA. Se trata de una reunión secreta, auspiciada por la delegación argentina, de constituir una Confederación Panamericana de Fútbol. Se encontraban presentes los delegados de Argentina, Uruguay, Perú, Chile, Bolivia, Brasil, y Estados Unidos. Presidía Alfredo Viera, presidente de la CSF, dando la palabra al Señor Rouquette, delegado argentino, para que este expusiese los fundamentos de la iniciativa de su país. Comenzó por analizar la conveniencia de dar forma práctica a esta idea con la intención de lograr que la FIFA contemplase con espíritu más amplio los intereses generales del deporte americano. Enseguida hizo una alusión especial a Brasil, pidiendo su colaboración con el nuevo organismo. El delegado peruano, comandante Guzmán Marquina, manifestó su adhesión de su país y propuso que se estableciese como día del fútbol de América el aniversario de la conquista de Colón, en 1492. [...] Como los delegados de Brasil y de Estados Unidos declararon que no tenían instrumentos especiales para resolver sobre semejante asunto, la reunión finalizó sin resultado positivo. [...] Esta iniciativa de los sudamericanos debe modificar hacia el futuro, la estructura de la FIFA. Al bloque “latino” de que Francia, España, Portugal y España forman parte, a la de la Europa Central, con Austria, Hungría y Chequia, al de los países escandinavos, Suecia, Noruega y Dinamarca, con el cual Bélgica y Holanda mucho simpatizan surge ahora América del Sur. [...] Las definiciones más o menos elásticas entre amateurismo y profesionalismo, dejarán de ser un centro de divergencia entre los bloques, para dar lugar a una lucha de intereses principalmente en lo que respecta a la elección de cargos del “Bureau” y designación de locales para las reuniones de la FIFA y para la realización de torneos. La FIFA tiene en América cerca de quince votos, bastaría a falta de unidad y

puntos de vista de los tres bloques europeos para que la resolución de los asuntos internacionales fuera a favor de los americanos (*As Noticias*, 21 de agosto de 1930: 7).

La existencia de la CSF es recién reconocida por la FIFA a partir de 1928, gracias a la gestión de Héctor Rivadavia Gómez. En su seno, a nivel continental, no existía ninguna confederación, que recién van a surgir en la segunda posguerra, cuando la FIFA lentamente se acerque a un modelo global. Es así que nacerá la UEFA, la CAF, la AFC, la OFC y la CONCACAF. Pero en este momento, la FIFA es un organismo europeo que compite con la FA inglesa para aglutinar al fútbol del viejo continente. Paralelamente, había surgido una CSF, que buscaba aglutinar al fútbol de Sudamérica y que se sentía con un gran poder en esa zona del mundo. La afiliación de la FIFA, en el caso uruguayo en 1923, vino después de su afiliación y creación de la CSF, en 1916.

Una Confederación Panamericana realmente daría poder a Sudamérica ante una FIFA cada vez más debilitada. La tendencia al panamericanismo vive en la época un auge con la existencia del Sistema Interamericano liderado por Estados Unidos, que había pasado de la “política del garrote” y “la diplomacia del dólar” a la del “buen vecino”. Pero estaba lejos de ser homogénea, y las contradicciones que surgieron en la reunión de Montevideo eran las mismas que la de las cumbres interamericanas. Estados Unidos muchas veces se encontraba ante una oposición de Sudamérica, sobre todo por su denunciado “imperialismo” en América Central y el Caribe, que había vivido en la época su punto más negativo con la invasión de los marines a Nicaragua y la respuesta de Augusto César Sandino. Esta oposición siempre era liderada por Argentina. Brasil siempre oficiaba de mediador, aunque desconfiaba de Argentina. Estados Unidos, si bien apostaba a las Américas, a la vez buscaba estar en buenas relaciones con las organizaciones supranacionales lideradas por Europa, como la Sociedad de las Naciones<sup>42</sup>. Las contradicciones entre los países sudamericanos, hijos del imperialismo inglés y su política de “divide y reinarás”, siempre llevaban a que no pudiera haber un bloque homogéneo dentro del sistema interamericano y que Estados Unidos siempre se saliera con la suya. Es por eso que es natural la negativa de Estados Unidos a acordar en ese instante el nacimiento de una Confederación Panamericana: no estaba interesado en radicalismos, y

---

<sup>42</sup> Algunas de estas ideas han sido trabajadas por Connel Smith (1982).

menos liderados por Argentina. A su vez, toda esta iniciativa rodó por el suelo cuando, a consecuencia de la final entre las potencias del Plata, se generó un incidente diplomático y se estuvo a punto de terminar con la CSF. Brasil siempre también jugó a dos aguas, y estuvo navegando entre la FIFA y la CSF<sup>43</sup>.

Ante la perspectiva, un poco siniestra, de que ningún país europeo concurriera, Buero maneja la posibilidad, faltando unos meses para el inicio de la Copa del Mundo, de una retirada en bloque de toda América de la FIFA. Así se lo plantea a Rimet:

El señor Rimet me enteró de todas sus gestiones ante la Federación Francesa y que ustedes ya conocen [...] Por mi parte le hice conocer el estado de espíritu de nuestras autoridades y del público americano en general: la perspectiva de un retiro colectivo de parte de éstas, de la Federación Internacional, etc, etc. La convicción de que Italia alimenta el desinterés de la Europa Central para organizar ella un Campeonato sustitutivo, como lo deja entrever su prensa, y lo hace creer la reticencia de su actitud. Nuestra desilusión de ver a Francia haciendo “forfait” en el concurso de Montevideo, y otras muchas consideraciones (Buero, 1932: 135).

En otro telegrama, aclara que la única forma que ve de salvar el desastre es que se jueguen dos campeonatos, uno panamericano en Montevideo, y otro europeo en Europa, y que los dos campeones se enfrenten en una final en Montevideo:

Fue en el curso de esa conversación que fijamos nuestra atención sobre una posible solución para el caso de que no hubiera ninguna inscripción europea, y evitar el mal efecto que produciría en América. La de cambiar el sistema de organización de la Copa del Mundo, haciendo dos grandes divisiones geográficas: la América y Europa. Disputarse en cada uno de los dos continentes los partidos de selección, y oponer en Montevideo, a los 2 finalistas europeos con los 2 finalistas americanos, siendo el ganador el titular de la Copa del Mundo (Buero, 1932: 136).

La diplomacia colorada empezaba a manejar dos posibilidades de realización del primer Mundial de Fútbol organizado por la FIFA fuera de la órbita del COI. Una era la realización de un campeonato panamericano de fútbol de Montevideo, con todos los países

<sup>43</sup> A su vez, es importante aclarar que la unión panamericana de fútbol nunca se pudo realizar, ya que ya en 1938 se realizaría una Confederación Centroamericana y del Caribe de Fútbol (en plena crisis de la FIFA previa a la Guerra Mundial y con un Mundial, el de 1938, con la ausencia de Argentina y Uruguay), que se uniría recién en 1961 con la Confederación de Fútbol de América del Norte y con intereses opuestos a los de la CSF. La unión de estos organismos les hubiese dado el poder en la FIFA, por la cantidad de votos que significaba toda América junta. Pero el “divide y reinarás” siempre predomina cuando Sudamérica quiere tomar fuerza ante Europa. A pesar de todo, es de destacar que se realizó la tendencia panamericana en el deporte con el nacimiento de los primeros Juegos Panamericanos del Deporte, en Buenos Aires, en 1950, y bajo la órbita y el beneplácito del COI.

sudamericanos afiliados a la CSF y a la FIFA, opuesto a un campeonato europeo a jugarse en Europa. Los dos ganadores jugarían la finalísima en el Estadio Centenario de la capital uruguaya. Ahora, las objeciones venían por todos lados. Primero, para saber quién era el mejor equipo de selecciones nacionales de fútbol de Europa, habría que jugar con el campeón del torneo británico de fútbol bajo la égida de la FA inglesa. Y segundo: la final tendría que jugarse con un partido en Montevideo y otro en una ciudad europea. La no venida de las potencias europeas es tomada por un boicot por la AUF y por toda la dirigencia deportiva. Antes de la catástrofe, y ante la posibilidad que ningún equipo europeo viniera, Buero, que no sólo era Ministro en Bélgica y Holanda, sino vicepresidente de la FIFA, juega esta última carta.

Ante esto, la AUF es terminante: resuelve mantener la idea de realizar el gran certamen, sean cuales fueran los países inscriptos.

El objetivo es lograr la participación de la mayoría de los países en el Mundial. Había que interesar sobre todo a los países europeos de venir a un destino tan lejano y periférico como Uruguay a disputar el campeonato. A pesar de que se buscó en todo momento darles las mayores facilidades como pagarles los pasajes, algo inédito en la época (y recordemos lo difícil que fue solventar los gastos para Colomnes y Ámsterdam), y los gastos de estadía para la delegación, nadie quería venir. Incluso la fecha de realización, el mes de julio, buscaba beneficiar a los europeos ya que para ellos era el verano y el momento en que la temporada regular había finalizado (tomada del modelo inglés, finalizaba en mayo con la culminación de la copa y del campeonato de liga, y comenzaba en agosto). Incluso se buscó que durara apenas una quincena, para que, de esta manera, los jugadores amateurs, que eran prácticamente todos y la mayoría salvo en Inglaterra, pudieran viajar pidiendo una licencia extraordinaria –en muchos casos, sin goce de sueldo– en sus empleos, de apenas una duración de un mes (los otros 15 días se iban en los viajes de ida y vuelta y estadía en el país anfitrión).

Es interesante analizar algunos de los argumentos y razones que dan los europeos para justificar su no venida al Mundial. Por ejemplo, la que dan los austríacos, que en esta década en Europa eran la gran sensación del viejo continente y para muchos, junto con Uruguay y Argentina, una de las primeras potencias mundiales. Buero encuentra a un

representante de Austria en Trieste.

Tomaba parte de la reunión en Trieste en representación de Austria, Hugo Meisl, ya repuesto de su enfermedad. Expreso que en principio había sido gran partidario de la concurrencia a Montevideo. Pero en los últimos meses se ha desencadenado en Austria una crisis terrible, dejando sin trabajo a más de 150.000 personas; en estas condiciones, cualquier ausencia, por temporaria que sea, de un obrero o empleado para participar en el Campeonato de Montevideo, hará perder a una persona su empleo, pues se está a la caza de cualquier vacante, por más justificado y razonable que sea el motivo de la ausencia: los patronos no podrían resistir a esa presión por parte de los que buscan una situación para ganar el sustento diario en un país que la guerra lo ha despojado de su Hinterland dejando una gran ciudad sin territorio a sus espaldas (Buro, 1932: 138).

Este argumento coincide, por ejemplo, con el que da el jugador francés Lucien Laurent, que fue quien conquistó el primer gol de la historia de los Mundiales. Fue en el debut de su selección con México, en el inicio del Mundial del 30. En una entrevista concedida a la revista *El Gráfico*, responde sobre cómo se integró al seleccionado francés en 1930:

No fue fácil. Varios jugadores de gran jerarquía no viajaron porque sólo el viaje en barco les insumía un mes y ellos debían atender los trabajos que le daban de comer. Por eso la selección se conformó con muchas dificultades y apresuradamente. Me acuerdo que nos embarcamos en el “Alcántara”, la última nave que partía de Europa con posibilidades más o menos concretas de llegar a tiempo a Sudamérica. Y llegamos por suerte (*El Gráfico*, 2 de mayo de 1978: 54).

El argumento que daban los europeos no era válido, ya que argumentaban que o la ausencia por un mes les podía traer problemas en con sus patronos, o el salario no gozado podía poner en serios riesgos a sus familias por un mes. Estos temas ya habían sido solucionados en la ausencia que los jugadores tenían de sus empleos en los Juegos Olímpicos (prácticamente la única oficial internacional de los países afiliados a la FIFA antes del primer Mundial). O el Estado se encargaba de solventar el salario no gozado, o funcionaba un “amateurismo marrón”, en donde, muchas veces, los jugadores eran empleados de empresas, en las que el presidente del club era el principal accionista.

En estas condiciones, Uruguay tenía enormes ventajas, ya que al ser la mayoría de los trabajadores empleados públicos no había problema con la licencia sin goce. Incluso los que todavía trabajaban como obreros o peones de reparto, y en general, en trabajos mal

remunerados, sabían que el político de turno, que era jefe de la delegación y que tenía “vínculos”, prometía a todos empleos públicos en el Banco de Seguros, en el Banco República, en el Casino del Estado, en la UTE, etcétera. Incluso había premios, ante la crítica sobre todo de las “izquierdas” pero también muchas veces de la oposición blanca, hasta de darles terrenos y viviendas. Ésa era la mentalidad: asegurar el futuro y entrar a trabajar al Estado benefactor batllista. Era un poco el sueño de todos. Después se trataba de pensar en la jubilación y lograr comprarse la tan soñada casita en la playa para jugar con los nietos.

Todo esto llevó a que el novel presidente de la FIFA a partir de 1920, el francés Jules Rimet, empezara a tomar distancia del ideal coubertiniano del amateurismo. Su presidencia, que sería decisiva en la historia del fútbol, tenía tres objetivos: organizar un campeonato mundial al margen de los Juegos Olímpicos, permitir el profesionalismo de los jugadores que participaran en dicha competencia y, por último, ampliar la participación en el torneo a países fuera del continente europeo. Es así que se llega a la Olimpiada de París de 1924, en la que Uruguay gana la medalla de oro de fútbol. Rimet realiza un célebre discurso que ya se aproximaba la ruptura con el COI y el nacimiento del Campeonato Mundial:

El concepto de amateurismo absoluto es un concepto aristocrático y caduco. Su aplicación tiene entre nosotros el inconveniente de fomentar el peor de todos los profesionalismos, que es aquel que se oculta. Cuando los sports eran practicados únicamente por clases pudientes podría existir el amateurismo absoluto. En la actualidad ocurre otro tanto con aquellos sports que como el polo, y el golf, por ejemplo, son privilegios de gente rica. En cambio, desde que el sport en general, y en particular el football, se difundieron entre las masas populares, se impuso la modificación de ese criterio rígido. Hay que juzgar la cuestión con un criterio democrático y moderno. El obrero y los empleados no pueden practicar football, si ello les exige la pérdida del salario en épocas en las que el club al que pertenece debe salir lejos para jugar torneos provinciales, internacionales, y no hay que decir, si son mundiales. En tales condiciones es imposible. La indemnización por salario perdido y gastos de viajes y residencias, no constituye una ganancia para el jugador amateur. No se hace más que compensarle el sacrificio que realiza y por consiguiente, no se puede afirmar que por recibirla, le convierta en un profesional (Lombardo, 1993: 147).

El discurso del presidente de la FIFA introduce conceptos que marcarían profundas discrepancias con el COI liderado por Pierre de Coubertin. La idea del profesionalismo como un elemento democratizador en el deporte estaba en las antípodas del aristócrata francés fundador de los Juegos Olímpicos. El fútbol, que había sido por lejos el deporte

que más había llevado multitudes en los juegos de 1920, 1924 y 1928, se transformaba en un formidable objeto de disputa entre los dos organismos deportivos supranacionales. Si el fútbol pretendía crecer, era indispensable adoptar algo que ya habían hecho las federaciones británicas hace medio siglo atrás: aceptar naturalmente la paga de un salario al jugador; sólo de esa manera el jugador, que era por lo general perteneciente a los sectores populares de la sociedad, podía dedicarse de lleno a esta actividad y así evitar los conflictos que tendría en su trabajo al tener que faltar para jugar al fútbol. Este cambio llevaría al más popular de los deportes a una etapa totalmente distinta; el objetivo más lejano sería lograr un campeonato del mundo formado por jugadores profesionales y en donde volvieran a formar parte los equipos de las federaciones británicas. Por lo pronto, la realización de un primer campeonato mundial de fútbol organizado por la FIFA e independiente del COI aparecía en el horizonte más cercano. Las discrepancias entre los dos organismos por lo ya expresado llegaron a ser tan grandes, que luego de que en 1930 se realizara el primer Mundial en Montevideo, en los Juegos Olímpicos de 1932 el fútbol no estuvo incluido.

El encuentro de Buero con dirigentes italianos en la ciudad de Trieste nos acerca a otro tipo de argumentos para la no venida a Montevideo:

Les solicité que me expresaran sus puntos de vista con respecto a la concurrencia a Montevideo, siendo las contestaciones más o menos las siguientes:

La dificultad para ellos estriba en la fecha del Campeonato, pues en Julio no habrían terminado los Campeonatos Nacionales.

Yo les expresé: 1-Que la fecha del Campeonato Mundial estaba fijado desde hace 1 año, por lo que bien pudieron ajustar sus necesidades internas a los compromisos internacionales.

2-Como la fecha del Campeonato Mundial se determinó de acuerdo a la conveniencia de los países de Europa, por mi parte no tenía ningún inconveniente en prestigiar un postergación, si con ella aseguráramos la presencia de Italia. Se me dijo que hasta ahora nunca se había considerado bajo ese aspecto el asunto, y que reservaban una decisión, que me la comunicarían el miércoles 12 (Buero, 1932: 138).

Los italianos, por ejemplo, argumentaban que el inicio del Mundial estaba muy cerca de la finalización del campeonato oficial de primera división. Lo cual no era verdad, porque, como vimos, ya en junio todo el mundo estaba de “licencia” en sus respectivos clubes. En todo caso, los que tenían verdaderos problemas con su campeonato interno, al realizarse el Mundial en julio, eran los sudamericanos, ya que tenían un campeonato oficial

en dos ruedas que iba de marzo a noviembre. Los países sudamericanos, sobre todo Argentina y Uruguay, que en ese momento tenían los torneos más prestigiosos del continente, tuvieron que hacer verdaderos "milagros" para no perjudicar a los clubes en dos campeonatos simultáneos. La mayoría de las veces, el campeonato se seguía jugando, casi siempre sin las principales figuras, que estaban representando al seleccionado celeste.

Tampoco se lograba que los grandes diarios europeos, en su página deportiva, difundieran y le hicieran propaganda al campeonato. Además de los campeonatos locales, que se robaban los titulares, en fútbol, a nivel internacional, lo que fascinaba en esta época era el Campeonato de los profesionales ingleses, con su liga, su copa y su competencia internacional con los otros países británicos, en el Cuatro Naciones. Prácticamente no hubo ningún enviado especial europeo para el Mundial uruguayo; y cuando había comentarios, muchas veces eran para mostrar los "horrores" de la organización y compararla con lo buena que había sido en Ámsterdam 1928<sup>44</sup>.

La AUF argumentaba a la FIFA y a las federaciones europeas nacionales de fútbol, que si era por el dinero no había problema porque fondos había. Para el ministro Rufino Domínguez, el Mundial iba a ser un dolor de cabeza ya que como nunca iba a estar en la mira de su superior, el presidente riverista Campisteguy. Si la fórmula Halty había servido para 1924, para las elecciones de 1926, elecciones que habían elegido a este presidente, lo que había servido para este año era la fórmula ideada por Batlle, y descrita en el libro de Goran Lindhal. Estaba en juego el prestigio de los festejos del Centenario, que, si bien tenían una comisión funcionando, todos sabían que el eje de todo era el Mundial de Fútbol. Se corría el riesgo de hacer el ridículo, haciendo una copa del Mundo sólo entre participantes americanos.

Finalmente y por diferentes motivos Francia, Bélgica, Rumania y Yugoslavia dijeron sí a la participación en el Mundial de 1930. La selección belga se conocía, en ese

---

<sup>44</sup> Es importante hacer notar que Uruguay le pagó a Europa con la misma moneda. Realizó un boicot al Mundial de 1934 en la Italia de Mussolini y al de 1938 en Francia. Es de destacar que la fecha de la final entre Italia y Checoslovaquia, 9 de julio de 1934, *El Día* le dedica apenas un pequeño recuadro de su página deportiva a la noticia y aparecen en enormes titulares las últimas noticias del clásico entre Peñarol y Nacional que se jugaba en el Estadio y en los comienzos del profesionalismo. También se destaca que se cumplía un nuevo aniversario del triunfo de Colombes a tamaño gigante. Sólo un lector muy entrenado perdería mucho tiempo en informarse de la final de la Copa del Mundo. En todo caso, quería saber cuáles serían las alineaciones de los equipos para el clásico.

entonces, como la de “los diablos rojos”:

Conviene hacer notar que el doctor Buero se le ocurrió una fórmula para determinar a los equipos europeos a participar en el Campeonato. Las dificultades económicas eran las que se oponían al buen deseo de los europeos de concurrir a Montevideo.

No era suficiente en efecto, pagarles los pasajes de ida y vuelta, así como los gastos de estada de los jugadores en Montevideo, para decidirlos a concurrir. Cada uno de ellos debía dejar a su familia el importe necesario para subvenir al sustento diario. Otros debían abonar el salario del que lo sustituía en el trabajo.

Como por otra parte el Uruguay no podía ir más allá en materia de liberalidades financieras, el Doctor Buero encontró la siguiente fórmula.

El Uruguay se había comprometido en Barcelona a pagar pasaje de la clase A a los jugadores. Haciendo viajar a estos en segunda, en vapores rápidos y confortables, se podría obtener una diferencia que sería posible entregar a los europeos (Buero, 1932: 140).

Esa diferencia permitiría cubrir un apoyo a los jugadores de las delegaciones europeas. Pero la diferencia fundamental de la actitud de Bélgica con respecto a las demás selecciones europeas era que uno de los vicepresidentes de la FIFA, además de Enrique Buero, era el belga R. Seeldrayers. Eso facilitaba todo. A veces no bastaba, como al principio intentó la Cancillería, con que el ministro radicado en un determinado país europeo se dirigiera a las asociaciones nacionales respectivas, a la prensa y a la propia presidencia para interesar al país. Era fundamental el contacto con una autoridad de la FIFA. Lo mismo pasó con las negociaciones con Francia:

La resolución de los belgas tuvo como feliz consecuencia facilitar la decisión de los franceses en el sentido de participar en el Campeonato Mundial.

Las gestiones de Mr. Rimet, Presidente no sólo de la FIFA, pero también de la Federación Francesa, fueron coronadas por el éxito, a pesar de las dificultades reales que existían para asegurar la composición de un buen equipo francés (Buero, 1932: 142).

Como un efecto en cascada, la decisión positiva de los belgas lleva a que Rumania también se decida. Fue muy importante la gestión del rey Carol, ya que las empresas inglesas instaladas en Rumania y que tenían bajo su contrato a obreros que eran jugadores de la selección rumana se negaban a cederlos para el viaje. El periodista Diego Lucero, testigo del Mundial de 1930, da su testimonio:

Con la delegación de Rumania había habido problemas. La mayoría de los jugadores eran obreros de las empresas británicas que explotaban los ricos pozos petrolíferos de Poesti. Los ingleses les negaron los tres meses de licencia que demandaba aquella aventura del

Mundial. [...] Sólo ante un pedido Real, los ingleses dieron el permiso (Buro, 1932: 144).

Por último, Yugoslavia. El proceso fue similar al de Rumania. El atractivo de la propuesta del dinero que podría cubrir todos los daños ocasionados a los obreros por ausentarse de los trabajos era decisivo a la hora de decidirse a cruzar el Atlántico. En un telegrama mandado a Buero de Belgrado a Bruselas por parte de la Federación Yugoslava se expresaba:

Belgrado, Buero, Ministro del Uruguay, Bruselas-Yugoeslavia participará Montevideo bajo siguientes condiciones: pagar en dinero para 20 personas segunda clase tren rápido. Además pasaje primera clase vapor Génova-Montevideo-Génova con comida, y dos dólares por personas y por día desde fecha de salida hasta regreso (Buro, 1932: 146).

Cuando menos prestigio tuviera esta celebración, mejor para el Partido Nacional, que iba a tener otro punto más para caerle al batllismo. Argumentos basados en que había plata para el estadio pero no para adornar la plaza de los Treinta y Tres Orientales fueron comunes de parte del Partido Nacional. Un ataque y hasta una burla permanente, con tono irónico, tanto por lo lento que iban las obras del “gran Estadio Nacional”, como lo que parecía la segura ausencia de los países europeos, que convertiría al Mundial en un campeonato sin prestigio.

Ante la presencia de Buero en Uruguay, el diario *El Día*, ya sabedor de que las principales potencias europeas no concurrirían, destacaba que el discurso del doctor Buero, con respecto a la realización del Primer Mundial de Fútbol en Uruguay y la presencia de selecciones europeas, estaba infiltrado de optimismo, “ya que algunos países europeos responderán favorablemente (*El Día*, 16 de febrero de 1930: 8).

La visión del periódico nacionalista *La Tribuna Popular* sobre Buero no coincide con la del diario batllista:

Se nos va Buero. Enrique se va. Pero de lo que vino, mucho peor. De quedarse allá, Enrique hubiera seguido siendo, para los ingenuos de su país natal, el Ministro doctor Buero. Ahora ya no quedan ingenuos. En esto ha perdido él y ganado nosotros. Sabíamos de su fracaso como diplomático, su estada en el país permitió que este Se enterara de su nulidad como Ministro deportista. [...] Quizás añore su ilusión de la celebración de un Campeonato Mundial del Mundo celebrado por sus buenos oficios de mendigo oficial (*La Tribuna Popular*, 18 de febrero de 1930: 6).

Cualquiera de las dos cosas podía salir mal, tanto el estadio como la invitación a la mayoría de los países. Uno en coordinación entre la AUF y el Ministerio de Relaciones Exteriores, y otro entre la AUF y el Consejo de Administración. Jude, Campisteguy, Félix Polleri y Domínguez eran las personas claves, y, a su manera, los tres últimos eran la cuota de poder del riverismo dentro del Partido Colorado. Con el retiro de Atilio Narancio, las otras figuras fundamentales, esta vez representando al batllismo, eran César Batlle Pacheco, desde la vicepresidencia de la AUF, y Gighliani desde el COU. En ninguno de los dos lados fue fácil. En el Consejo de Administración, la oposición buscó retacear los gastos para la construcción del estadio. A la vez, la Cámara de Diputados, lugar donde se votaron los fondos para que la AUF tuviera dinero para la organización del Campeonato, había sido un lugar de enconados debates al respecto.

Faltando poco para empezar el torneo, la prensa uruguaya anunciaba la deserción de las principales potencias europeas:

La suerte está echada. De hoy en adelante los destinos footballísticos de Europa y América marcharán por senderos divergentes. [...] si bien es doloroso constatar el criticable proceder de las Federaciones de football germanas y de la Europa Central (Austria, Hungría y Checoslovaquia) [...] nuestros hermanos de raza (Italia, España, Francia) negándonos su concurso restan de ese modo brillo a los festejos del Centenario, de los cuales era el campeonato mundial broche dignísimo (*Mundo Uruguayo*, 3 de abril de 1930: 1).

La deserción al mundial de Italia y España afectó mucho en el ánimo de la mayor parte de la población uruguaya que justamente eran inmigrantes de esos países; tan fuerte fue la desilusión para los uruguayos, que en el siguiente Mundial, organizado por Italia en 1934, y en el de 1938 en repudio a la guerra que se avecinaba, Uruguay, doble campeón olímpico y primer campeón de la copa del mundo, no se hizo presente. Esto demuestra que la FIFA, en estas primeras etapas, no estaba solidificada y que para futuros campeonatos mundiales fácilmente se podría caer en un cisma entre Europa y las potencias futbolísticas de América del Sur. Ante esta coyuntura, los dirigentes uruguayos tuvieron que afirmar sus vínculos con la Confederación Sudamericana de Fútbol (creada precisamente por Hector Rivadavia Gómez). Es así que se aseguran las presencias de Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay y Perú, más Estados Unidos y México por parte del resto del continente a este primer campeonato.

## 1.2-La construcción del estadio

La idea de construir un estadio está profundamente relacionada con la realización por parte de Uruguay del primer Mundial de la historia:

Todo camino tiene un trillo anterior, un pasado que ha ido ahondando la senda y la ha hecho de tránsito. Con el inicio del sueño del estadio, cobró vida una vieja aspiración del paisajista y arquitecto francés Carlos Thays, que proyectara en su momento para Montevideo un Parque Central, con la base física de once hectáreas donadas por Antonio Pereira [...]. El extenso y hermoso predio comenzó a ser embellecido y ensanchado desde 1911. Estos trabajos coinciden con las leyes de Batlle y Ordóñez de creación de la Comisión Nacional de Educación Física y los juegos deportivos (Gutiérrez Cortinas, 1980: 14).

La zona en donde se construyó el estadio era propiedad de uno de los hijos del ex presidente de la república Gabriel Pereira. Antonio Pereira legó “a la Junta Económico Administrativa de Montevideo el extenso y valioso predio que comenzó a ser embellecido y ensanchado –expropiaciones mediante– desde 1911” (Gutiérrez Cortinas, 1980: 14)<sup>45</sup>. Con el comienzo de la construcción del estadio cobraba vida el deseo del presidente Batlle y Ordóñez de transformar la ciudad a través de la creación de un parque central que se transformara en un verdadero pulmón verde de una urbe que estaba viviendo fuertes procesos de transformación. La vieja ciudad colonial centrada en la plaza Matriz y en donde los edificios emblemáticos eran la Catedral y el Cabildo era sustituida, como habíamos tratado en el capítulo II, por la ciudad nueva en donde el centro era una Avenida 18 de Julio rodeada de imponentes, modernistas y vanguardistas edificios. El imaginado parque central, lugar donde se construiría el estadio, nacía precisamente en donde finalizaba la gran avenida. En sus comienzos, a la zona recién expropiada se la denominó Parque Pereira, y en ese “campo chivero”<sup>46</sup> para la Copa América de 1917 se construyó un estadio con tablonces de madera y palco preferencial. Una vez finalizado el tornero continental se demolieron las tribunas y se creó la actual pista de atletismo.

<sup>45</sup> La donación que realizaron los hijos del presidente Gabriel Pereira fueron fundamentales en la conformación de un espacio urbano que se estaba transformando. A la de Antonio, para la construcción del Parque de los Aliados, hay que sumarle el predio que donó Dolores, la otra hija, para lo que pasaría a ser el Zoológico Municipal.

<sup>46</sup> Por la abundancia de pantanos que hay en toda la zona donde se construyó el estadio.

La idea, tomada del paisajista francés Carlos Thays, era la de realizar una ciudad deportiva y de recreación en espacios verdes que incluyera instalaciones deportivas para realizar diversos tipos de deportes (no sólo fútbol), baños, rincón infantil, jardín botánico, zoológico, espacio para paseos bajo la arboleda, lagos artificiales, etcétera. Ésta era la idea del director de Paseos Públicos del Consejo de Administración Departamental de Montevideo (la actual Intendencia), arquitecto Juan Antonio Scasso:

Juan Antonio Scasso había nacido en Montevideo el 14 de enero de 1892. Su vocación por la Arquitectura lo llevó a la entonces Facultad de Matemáticas, que reunía esa carrera, Ingeniería y Agrimensura. Se graduó en 1915, justamente cuando la especialidad logró la independencia académica, por lo cuál integró la primera promoción de arquitectos.[...]en 1920, fue nombrado arquitecto de la Dirección de Paseos Públicos municipal. Simultáneamente ejerció como profesor de la Facultad de Arquitectura y de Secundaria, mientras diseñaba escuelas en Montevideo y localidades del interior, además de delinear el estadio de Peñarol en Pocitos. En 1929 fue designado director de Paseos Públicos. [...] Luego del Mundial siguió vinculado al fútbol a través de la presidencia de Peñarol (1932) y al Centenario como arquitecto honorario y jefe de la oficina técnica. [...] Fue además responsable de los proyectos del Hotel Miramar, el hotel del Parque Rivera, el Retiro y el Tajamar, la reforma del Parque Hotel, el club Náutico, la sede y la cancha de Sporting y el edificio del club de Golf del Uruguay (Prats, 2007: 82).

Basado en sus abundantes viajes por las ciudades europeas y sobre todo alemanas, entendía que la realización de un proyecto arquitectónico de un gran estadio tenía que estar en el de un marco más amplio de espacios verdes que ofreciera al asistente al anfiteatro deportivo, a la vez ser espectador y practicante de deportes en el mismo predio, incluso con actividades de recreación que permitiera pasar el día en familia y al aire libre (Scasso, 1941: 108-109).

La idea era combinar, en un gigantesco parque central, lo que era el Parqué Rodó (en su momento denominado Parque Urbano), con lo que hoy es el Parque José Batlle y Ordóñez. Por supuesto que todo esto se completaba con el paseo público de la rambla y la asistencia a la playa. Según Scasso, partía del ideal democrático de incluir a todos, de permitir a las grandes masas de todas las clases sociales encontrarse en un día de familia y esparcimiento. Esa idea de incluir a todos va de la mano de la idea original de construir un estadio para 100.000 personas, en una ciudad que tenía, en ese momento, 400.000 habitantes. Era el poder del Estado hiperintegrador que quería abrazar a todos,

homogenizarlos y hacerlos sentir ciudadanos de un país que se sentía privilegiado y único en el mundo:

En el estadio, es posible pasar el día toda la familia; deportes, baños, paseos, descanso, almuerzo, merienda, fiestas, diversiones, todo es allí factible y todo está al alcance del ciudadano cualquiera su clase social, su actividad, y su condición económica. Esto explica el favor que merece de la población, el estado municipal en todas las ciudades de Alemania de la época (Scasso, 1941: 124).

El problema fue que el modelo seguido por Scasso, el del estadio alemán con su espacio verde recreativo para toda la familia, fue utilizado por Hitler y el nazismo para los actos de masas y de nazificar a la población.

El paseo público pasó a denominarse “Parque de los Aliados” luego de la Primera Guerra Mundial, avanzando los proyectos de transformarlo en un verdadero pulmón verde de la ciudad (que crecía de modo incontenible). Luego de la muerte de Batlle, en 1929, pasó a llamarse Parque Batlle. En este espacio se comienza a construir el estadio. Se decidió llamarlo Estadio Centenario, ya que fue planeada su construcción de modo de ser inaugurado el 18 de Julio de 1930, exactamente 100 años después de la jura de la Constitución uruguaya.

Finalmente, se obtuvo la cooperación del Estado, especialmente la del Municipio, mediante un convenio firmado entre la AUF y el Consejo de Administración de Montevideo, el 2 de julio de 1929. Fue fundamental para el apoyo definitivo del Municipio la presencia de Félix Polleri como su presidente. La Comisión Administradora del Field Oficial (CAFO) queda constituida por integrantes del la AUF y del Consejo de Administración. La empresa de desmonte de tierras, sobre una base de 130.000 metros cúbicos, fue ganada en licitación por la empresa Costemalle S.A. De acuerdo a la licitación respectiva la Tribuna de Honor (hoy América) y la Tribuna Montevideo (hoy Olímpica) fueron adjudicadas a la Empresa Constructora Dyckeroff-Widmann y las tribunas Colombes y Ámsterdam a la Empresa Adolfo Shaw. Fue fundamental el aporte para la financiación de los gastos el Banco de Seguros del Estado, que absorbió en forma total los Bonos Pro Field Oficial emitidos por el Consejo de Administración (Altoberro, 1945: 337-343). En las instalaciones se emplearon 14.000 metros cúbicos de cemento, la obra ocupa 450.000 metros cuadrados de terreno, entrando en la línea interior el Coliseo de Roma:

El Estadio Centenario nace con la creación de la Comisión Administradora del Field Oficial (CAFO), presidida por el doctor Raúl Jude (un apellido estrechamente vinculado a la historia del Partido Colorado). El sábado 6 de julio de 1929 se nombra al arquitecto Juan Antonio Scasso como director y proyectista de las obras del Field Oficial. El 21 de julio se colocó la piedra fundamental del estadio, haciendo uso de la palabra César Batlle Pacheco. Este hombre, hijo de Batlle y Ordóñez, había sido director del diario *El Día* y ocupaba un cargo jerárquico en el gobierno. Como vemos, claramente estaba formada una telaraña de poder entre la AUF, CAFO, el diario *El Día*, y el partido colorado. Los encargados de la majestuosa obra en su mayoría eran inmigrantes (principalmente italianos y españoles) que se habían acoplado a los trabajos en la construcción y que con su dedicación pudieron lograr una obra de tal magnitud. Los arquitectos Scasso y Domato fueron los que tuvieron la responsabilidad de crear un estadio que en definitiva iba a ser el Monumento a la riqueza e industrialización de un país emergente y orgulloso. La torre de los homenajes, una construcción de 100 metros construida sobre la parte alta de la Tribuna más alta, la Olímpica, era símbolo de la magnificencia de la obra y del orgullo uruguayo. Si bien por falta de tiempo el Estadio no tenía los actuales tramos de “anillos” que tiene detrás de los arcos, poseía en ese tiempo capacidad para 80.000 espectadores. Pese a que originariamente se pensó en capacidad para 102.000, hoy el estadio, mucho más grande que en el momento de inaugurado, posee capacidad para 70.000 espectadores por las butacas que se han colocado en todas las tribunas. La superficie total del estadio es tan grande como el Coliseo de Roma. Se debieron excavar 450.000 metros de terreno. La última semana se trabajó a tres turnos y con los reflectores del campo prendidos. Luego de varias jornadas maratónicas de trabajo, los obreros celebraron “la obra terminada” (Faccio y Morales, 2003: 10).

El llegar a tiempo para que el estadio estuviera construido para el Mundial fue realmente una obra maratónica. El proyecto de Scasso fue aprobado en agosto de 1929 y el resto de la historia es una victoria contra el tiempo gracias a la acción de 1.100 obreros trabajando en tres turnos, incluso por las noches. Luego de colocarse la piedra fundamental del estadio, en donde hubo una ceremonia en donde el orador fue César Batlle Pacheco, comienzan las obras:

El 3 de setiembre comenzaron las excavaciones. El 30 de noviembre se entregó el plan para las obras de hormigón armado, que comenzaron el 1 de febrero de 1930, salvo la tribuna América que quedó para una ulterior etapa. Se extrajeron 160.000 metros cúbicos de tierra y se utilizaron 14 metros cúbicos de cemento.”(Prats, 2007: 83)

Lo cierto es que el estadio nunca quedó terminado hasta el día de hoy. Las tribunas se llamarían Colombes (en honor a la medalla de oro de París), Ámsterdam (en honor a la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de esa ciudad), Montevideo (lo que hoy es la Olímpica) y de Honor (la que hoy es América). La idea inicial del arquitecto Scasso de realizar un estadio semicircular en forma de bombonera no se pudo realizar al quedar

tribunas de diferentes tamaños. El 18 de Julio de 1930, día de su inauguración, sólo quedó terminada la tribuna Olímpica con sus tres anillos y la platea, quedando incluso el último anillo más reducido de lo previamente proyectado. Ni la Colombes, ni la Ámsterdam (las tribunas que estaban detrás de los arcos) fueron finalizadas, quedando con un anillo menos que la Olímpica. La tribuna América, que fue la última etapa de la construcción y era en donde estaba el palco oficial, directamente quedó inaugurada con una platea y un solo anillo, por lo que estuvo desproporcionada con respecto al resto. La tribuna América y la Colombes, que fueron las últimas en levantarse, estaban bajo apuntalamiento con tabiques y sostenedores de madera. La entrada a la Colombes y a la Ámsterdam era por escaleras externas. Al no haberse tampoco podido realizar el túnel de entrada de los jugadores por un vestuario subterráneo en la América, los vestuarios estaban en el último tramo de la Olímpica (había ducheros con agua caliente proporcionada por calentadores eléctricos Orlando, lo cual era toda una novedad), y los jugadores ingresaban al campo de juego por la escalera que separa a esta tribuna de la Colombes, ante la vista y cercanía del público, que tenía la posibilidad de alentar al equipo local como de abuchear al visitante. Al no existir tablero ni siquiera de madera y manual para ubicar el tanteador del partido, un banderín de un color que aparecía en la Colombes anunciaba cuando se producían goles. La iluminación, por el momento, abarcaba una serie de lámparas eléctricas aportadas por General Electric, que se encendían a lo largo de toda la Torre de los Homenajes de la tribuna Olímpica. Desde la Torre América, se instalaba la cabina de transmisión de radio en la que el SODRE tenía el monopolio. A su vez, las instalaciones de General Electric, también iluminaban la fuente luminosa del Parque Batlle y Ordóñez (AA.VV., 1930: 12).

El estadio se fue completando a lo largo del siglo, aprovechando la oportunidad de que Uruguay fue organizador de Campeonatos Sudamericanos de Fútbol (como en 1942, 1956, 1967 y 1995) y del Mundialito de 1980. De esta manera, las reformas se fueron dando lenta y sucesivamente: a las tribunas Colombes y Ámsterdam se les agregó un anillo más, quedando del mismo tamaño que la Olímpica; a la América se le agregó un pequeño anillo y, si bien no quedó del mismo tamaño que las demás, fueron acondicionados sus palcos y techada una pequeña parte. Se construyeron vestuarios subterráneos, con sala de precalentamiento y gimnasia, y dos túneles para la salida de los equipos frente a la tribuna

América. Finalmente, se fue mejorando la iluminación artificial hasta llegar a la actual y se dispuso de un tablero electrónico. En la sesión del comité ejecutivo de la FIFA realizada en Zurich el 18 de diciembre de 1982 bajo la presidencia del Dr. João Havelange se acordó nombrar “Monumento Histórico del Fútbol” al Estadio Centenario.

El tema de la visibilidad, así como lograr desagotar rápidamente a 100.000 personas de las graderías hacia las avenidas adyacentes en todo lo que tiene que ver con la circulación, así como una ubicación en un punto estratégico de la ciudad pasó a ser clave para el arquitecto Scasso:

Si el estadio ha de ser polideportivo (pista de atletismo, velódromo y cancha para el football), la pista de carreras pedestre aparece como la generatriz de la planta [...] sucede así que los demás deportes, que tienen como escenario el mismo ambiente, se resienten entonces y queda perjudicado el espectador de football, por innecesario y fuerte distanciamiento del campo de juego impuesto por aquella pista. Esto se agrava cuando el ciclismo debe ser contemplado en el programa. Muchos estadios tienen este defecto: Colombes, Ámsterdam, Florencia, Turín y casi todos los estadios italianos recientes. En los ambientes rioplatenses, la afición no toleraría la visión del football a la distancia en que se encuentra el jugador del público, sobre todo detrás de las vallas (Scasso, 1941: 138).

En sus viajes por Europa previo al diseño de los planos del estadio de Montevideo, Scasso tomó como modelos el Estadio Imperial de Wembley en Inglaterra y el Estadio de Viena. Observó mucho el Estadio Olímpico de Ámsterdam y, si bien le pareció magnífico, desechó su generatriz por problemas de visibilidad:

El estadio de Ámsterdam (1927), del arquitecto Jam Wils, [...] realiza el proyecto de una completa “Ciudad Olímpica” [...] la pista de ciclismo aleja a los espectadores [...] Una reacción se ha iniciado en el sentido de construir para cada juego, o para cada grupo de juegos afines, estadios especializados. Se inicia así la tendencia de estadios “monosportivos” [opuestos a los polideportivos], reunidos en un conjunto arquitectónico que es el parque [...] cuyo edificio principal es el Estadio (Scasso, 1932: 331)

Finalmente pasa a la idea del Estadio de Montevideo, único en el mundo en su momento por la curva de visibilidad de los espectadores con respecto al campo de juego:

Si el estadio, en vez de ser “polideportivo”, ha de ser sólo para un deporte –el football– la cancha reglamentaria es la base de su forma y lo que realmente cuenta desde la iniciación del estudio. [...] El Estadio de Montevideo tiene así la singularidad, de ser el primero estudiado enfocado sólo a la práctica del football; es funcional como ningún otro. Era para el football y pensando para el football exclusivamente nació su planta (Scasso, 1932: 138).

Ésa fue la idea que le quedó a Jules Rimet en el momento de la inauguración. En una muy conocida declaración al diario *El Imparcial* afirmó:

Cuando se me hablaba del gran Estadio Centenario yo creía que sería uno de los tantos que se construyen continuamente. Pero después que lo vi y puede apreciarlo en todas sus partes he sacado la conclusión que es el primero del mundo. Yo conozco bastante por no decirlo casi todos y sin embargo no he visto ninguno tan completo. Hay algunos más grandes en otros países pero estos están destinados a toda clase de deportes. De manera que no aventuro en decir que es el primero del mundo, dado que está dedicado exclusivamente al football. Además, todos los estadios son construidos en forma ovalada y la gente que está en los extremos no puede ver bien el partido que se desarrolla en el fiel (*El Imparcial*, 2 de agosto de 1930: 8).

La concepción de realizar un estadio circular y no rectangular u ovalado como la mayoría de los estadios de Europa era totalmente revolucionaria. El modelo de estadio rectangular y con tribunas de madera techadas venía de las ciudades inglesas; la razón de esta singular arquitectura se debe a la abundancia de lluvias del clima británico. Con el diseño del Estadio Centenario, el arquitecto Scasso realiza un proyecto absolutamente futurista para la época. Lo paradójico de este “espacio del futuro” urbano montevideano de los años treinta era que, a la vez, era un monumento que representaba tradiciones de “la patria vieja”, era el símbolo de cien años de historia y leyenda. En este recinto se encontrarían el pasado, el presente y un futuro lleno de porvenir. Un estadio que supo ser vanguardista en su momento y que ahora tan sólo es un monumento de cemento que añora glorias pasadas que ya no están y que lo acechan como fantasmas.

No obstante, el proyecto de Scasso dio lugar a debates:

En la época existió un debate en la prensa sobre el aspecto a dar a el estadio. Se sugirió imitar al Olímpico de Ámsterdam, sede de la entonces última conquista celeste. Era un resiento para unos 40.000 espectadores, con pista de atletismo y velódromo. El diseño de Scasso recogió aspectos de la arquitectura moderna holandesa, pero no tuvo relación con el escenario de Ámsterdam, salvo en un detalle: la torre que remataba la idea de la perfección deportiva. En el Olímpico portaba el pebetero; en Montevideo estaba diseñado para levantar la bandera del triunfador (Prats, 2007: 82).

Respecto de la circulación de los espectadores, Scasso declara:

La circulación influye también en la forma; si el acceso ha de ser por la parte inferior y baja

de la tribuna, la planta tendrá atrevas amientos radiales de penetración, o, por el contrario, elementos de ascenso; escaleras, rampas, ascensores en su perímetro exterior, si el acceso a de ser desde afuera. Atendiendo a la idiosincrasia de nuestros públicos, que necesitan espacios en los intervalos de los espectáculos, la planta no sólo debe proveer asientos, es preciso dotar a las instalaciones de amplios y largos deambulatorios en la cima misma de las tribunas, para circulación, paseos y desalojo (Scasso, 1941: 140).

Dentro de la circulación, está el problema de la evacuación. Para eso, las tribunas tenían vomitorios que evacuaban al público lentamente por las escaleras que conducían a las salidas. Pero no era el único problema; Montevideo nunca se había visto ante el hecho de que en un instante 100.000 personas entren o salgan a un escenario deportivo. Por eso era necesario tomar todas las previsiones posibles. Las boleterías, al igual que las entradas de acceso a las tribunas y como las salidas tenían que estar estratégicamente distribuidas. A su vez, una importante cantidad de policías tenía que vigilar toda esta imponente marea de seres humanos.

Treinta, cincuenta, setenta, cien mil espectadores volcándose en la vía pública, dispersándose luego de una quietud de horas, encauzándose hacia las más opuestas direcciones; extraordinario número de vehículos: autos, tranvías, autobuses, al servicio de esa multitud que llegó escalonadamente y sale al mismo tiempo y con el mismo anhelo: llegar cuanto antes a sus destinos; son fenómenos urbanísticos de gran importancia, de fulminante planteamiento y de difícil solución [...] Fuera del estadio, en torno al estadio, entre la ciudad y el Estadio, es preciso abrir, poner, habilitar un gran espacio que tengan muchas veces las superficies que las instalaciones y canchas ocupan; sólo así la multitud define con calma las corrientes de evacuación (Scasso, 1941: 141).

Es por eso que se eligió el Parque Batlle y Ordóñez para la construcción del Estadio. Además del espacio para él, ofrecía otro amplio espacio verde para un sinnúmero de actividades de recreación. A su vez, la zona estaba, por un lado, cerca del centro de Montevideo y de la Avenida 18 de Julio, y, por el otro, conectada con los principales barrios populares de la capital:

Desde luego, es acertado un emplazamiento que busque la proximidad de los barrios poblados y especialmente los populares, que no imponga circulaciones a través de toda la ciudad para encontrarlo, que no obligue a caminos largos, caros y complicados para llegar a él; sólo así el Estadio obtendrá el favor de las masas populares y será más agradable el uso del mismo en forma diaria y permanente (Scasso, 1941: 141).

Sin embargo, la ubicación ofreció dos problemas. Por un lado, está construido sobre

un pantano, ya que en el rincón entre la Colombes y la Olímpica se encontraba las nacientes del arroyo Pocitos y otro hilo de agua surgía de la actual ubicación de la pista de atletismo:

Para el Mundial del treinta, la preocupación por el césped fue obsesiva, ya que los meses previos al torneo resultaron particularmente lluviosos. Hubo una licitación para la provisión de 200.000 mil panes de gramilla, que ganó la firma de Miguel Croce. Para que el piso estuviera pronto para el 18 se aplicó calor con braseros. La humedad fue menor durante la competencia y no hubo problemas (Prats, 2007: 89).

El otro problema es que el terreno era suavemente ondulado y escarpado, con desniveles. Eso llevó a que la tribuna Olímpica naciera en un desnivel distinto a las demás, que nacen al nivel de la calle.

El estadio será el lugar donde las tradiciones futbolísticas encuentren un espacio donde desarrollarse y manifestarse. A partir de 1930 no solo jugará Uruguay sus partidos internacionales sino que también jugarán ahí Peñarol y Nacional, los dos equipos considerados “grandes” dentro de la lógica del campeonato uruguayo. El clásico, enfrentamiento entre ambos equipos desde 1900, termina de cerrar su discurso como tradición de los uruguayos desde que comienza a jugarse en el Centenario. Desde el 28 de setiembre de 1930 (AA.VV., 1969-1970) hasta la fecha todos los enfrentamientos clásicos por el Uruguayo se han jugado ahí. Esto lleva a que haya sido una tradición, por mucho tiempo, la lucha por la apropiación de la *Ámsterdam* por la hinchada de Peñarol, así como la de Nacional, quedando la Colombes como alternativa y oficiando la América y la Olímpica como tribunas neutrales. Esto hoy forma parte de la tradición del discurso mediático generado en torno al clásico. En el imaginario del fútbol uruguayo las únicas veces que se logra llenar el estadio es en los partidos internacionales de la “celeste” y con los clásicos. Nos referimos a que es también “clásico” acercarse al Parque Batlle y entrar al Estadio Centenario a llenar la *Ámsterdam* o la Colombes, a ver los mencionados espectáculos, así como lo era ir a los cines de la Avenida 18 de Julio o a domingear a los paseos por la rambla.

El monumento, que es inventado como tradición desde “la patria subjetiva” colorada, es lentamente apropiado por las costumbres y la rutina futbolística local. Las dos hinchadas mayoritarias, la de Peñarol y Nacional, se van apropiando del espacio al marcar

territorialidad dentro de las tribunas; la apropiación es a nivel simbólico, a través de los trapos y las banderas que generaban la alteridad con la tribuna de enfrente, desde la Ámsterdam o la Colombes se construían identidades y territorialidades. Esto nos lleva a reflexionar en torno a lo que dice Bronberger:

la cancha es un lugar privilegiado para observar el funcionamiento, los odios y los sueños de una sociedad urbana. En la situación actual, el fútbol es una máquina para clasificar las pertenencias territoriales, (que no solamente delimitan estas pertenencias territoriales, sino que contribuyen a formarlas) y para profundizar en una forma pre-formativa el contenido imaginario, la identidad imaginaria digo. El fútbol no es solamente un espejo de una identidad dada sino que participa en la construcción de estas identidades [...] Con justeza ayer se evocó el status patrimonial de las canchas y los estadios, monumentos y lugares de memoria viva del espacio urbano, espacios urbanos y periurbanos; que no son siempre monumentos formas [...] Pero siempre se trata de monumentos que condensan memorias y usos, y que están siempre franqueados, bordeados por museos. [...] De estos santuarios del mundo industrial, se conocen la historia, se cuentan esas historias, se conocen los momentos de la fundación, se conocen las modificaciones edilicias sucesivas, el cierre de una cancha y su transferencia a otro sitio (todo esto es vivido como desgajamientos) (Bronberger, 2002: s/p).

El estadio y sus respectivas tribunas, con su gigantismo, es un espacio de disputa para los clásicos rivales, la tribuna como pertenencia territorial se conquistaba por la apropiación simbólica. Los trapos permitían delimitar el espacio propio. La crónica de los primeros clásicos jugados en la década del treinta nos muestra lo dificultoso que fue al comienzo alojar en orden a la muchedumbre que venía a alentar a los eternos rivales que eran un binario pasional. Sólo el paso del tiempo permitió fijar la pertenencia territorial de cada parcialidad en torno a una tribuna. En los días de estadio lleno, que eran muy pocos en el año, el estadio quedaba delimitado territorialmente según las pasiones de la sociedad montevideana. El Centenario, incorporado a la memoria colectiva, tiene un museo del fútbol que fue recientemente reinaugurado. José Nasazzi, el mariscal y caudillo de los olímpicos de 1924, aparece con imagen de caudillo en una fotografía enorme en el centro del hall principal del museo, a pocos metros de un cuadro de José Artigas.

## **2. El Campeonato del Mundo y sus diferentes visiones**

### *2.1-La creación de los símbolos de la Copa del Mundo*

Antes de comenzar con el Campeonato en sí mismo, es interesante destacar la creación del primer afiche propagandístico de un Mundial:

El autor de esta obra de arte, el uruguayo Guillermo Laborde (1886-1940) triunfó con ella sobre un centenar de concursantes, para lo que debió renunciar previamente al cargo de miembro del jurado respectivo, electo como representante de los artistas. [...] el cartel de Laborde, anunciador del Campeonato Mundial, es una exclamación de loa al fútbol, hecha con arte. El artista asignó a su obra, importancia plástica a dos protagonistas del tema [...] Una es el fútbol, simbolizado en una jugada representativa cuál es el tiro al ángulo, que exige un supremo esfuerzo del golero, en emocionante suspenso. El otro, la cualidad de “primero” del campeonato que promueve el cartel, dotando al número uno de dimensiones tales que compiten con las del jugador (AA.VV., 1983: 21).

El afiche, junto con la mascota del Mundial, es lo que lo simbolizan y lo hacen perdurar en el tiempo. La mascota del Mundial recién surgió en el de Inglaterra 1966 con la creación de Willie, el leoncito vestido con los colores del imperio que recorrió el mundo. Ahora, dando una muestra una vez más de todo lo que tuvo de improvisación y desorganización el torneo, el afiche muestra un error en la fecha de comienzo y finalización: marca que el campeonato se realizaría entre el 15 de julio y el 15 de agosto, cuando en realidad se realizó entre el 13 y el 30 de julio (Ferraro, 1998: 21). Las razones son muy claras. El afiche estuvo terminado pronto y luce en la documentación oficial y la correspondencia del Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial de Fútbol, ya a partir de enero de 1930; como vimos, las negociaciones de Buero a partir de febrero de ese año con Europa llevaron también a estar discutiendo permanentemente la duración del torneo. Que fuera en 15 días y no en un mes permitiría que la ausencia de los jugadores de sus trabajos fuera menor.

Por su parte, el propio Jules Rimet, presidente de la FIFA, destaca el papel simbólico de la Copa del Mundo:

Con nosotros llevábamos el trofeo de la competición, una estatuilla de treinta centímetros de altura, con un peso de cuarenta kilos. Representaba a una victoria, llevando en sus dos

manos levantadas sobre su cabeza, a modo de cariátide, un vaso octogonal en forma de copa. Dicha estatuilla, la Copa del Mundo, es de un escultor francés, Abel Lafleur [...] La Copa del Mundo es de oro macizo. No desearía que se creyese que escogí este metal precioso por ostentación. Es un símbolo: la Copa del Mundo debería ser la primera entre todas las manifestaciones deportivas y el oro es el símbolo de la primacía (Rimet, 1954: 37).

Dentro de los símbolos que han quedado de la primera Copa del Mundo, también es de destacar la película del Mundial. Fue realizada por el empresario argentino Max Glucksmann. Era un cineasta, propietario de un teatro porteño y muy amigo de Carlos Gardel. Fue redescubierta por la FIFA en 1999 y hecha pública en el año 2004 con motivo de su centenario.

## *2.2-La llegada de las delegaciones y el inicio del torneo*

### 2.2.1-La visión oficial

Aquel sábado 5 de julio la llegada del Conte Verde marcaba todo un acontecimiento para la ciudad puerto de Montevideo. El transatlántico traía a las principales delegaciones europeas, más las autoridades de la FIFA:

Lo recuerdo como si fuera hoy .En los primeros días de julio llegó a Montevideo el transatlántico Conte Verde [...]. En Génova embarcaron las delegaciones de Rumania y Bélgica. . En Villefrance, cerca de Niza, el Conte Verde hizo escala y allí embarcaron la delegación de Francia más Rimet y Fischer, portadores de la copa de oro” (recuerdos del periodista uruguayo Diego Lucero, testigo presencial del acontecimiento) (*El Gráfico*, junio de 1986: 21).

Todas las delegaciones eran fotografiadas en la plaza Independencia frente al monumento a Artigas. Estas fotos eran tapa de los principales órganos de prensa de Montevideo, que anunciaban que quedaban pocos días para el Mundial y para los festejos del centenario. El sueño se llevaba a cabo: Uruguay logró ser sede y traer cuatro países europeos al certamen mundial, construyó una obra gigantesca como fue el Estadio Centenario y ponía a rodar la pelota que por primera vez se hacía mundial.

La relación del adentro y del afuera, tan asimétrica como vimos en Uruguay, tiene en este mega acontecimiento un muestreo simbólico muy especial. Uruguay, como

reparamos cuando vimos los caracteres de su identidad nacional, tenía una fascinación por los viajeros y por toda la mirada de lo que viniera del exterior; a su vez, desprecia el lado “triste” de su “adentro”, el interior del país. La programación oficial tenía previsto que las delegaciones se movieran por lo que la propia ciudad consideraba su “cara bonita” de recibimiento al mundo: el centro de Montevideo y su rambla, que lucía tan europea.

Todas las delegaciones son homenajeadas, junto con las autoridades de la FIFA, con un banquete ofrecido en el Parque Hotel de la rambla montevideana. Se había inaugurado el 30 de diciembre de 1909 y era uno de los hoteles más lujosos de América del Sur. Estaban presentes el presidente de la República, Dr. Juan Campisteguy, además de las autoridades de la AUF, presididas por el Dr. Raúl Jude. En su discurso de apertura del banquete, expresa la “visión” que tenían las autoridades uruguayas y el público en general de cada uno de los países que tocaban el suelo de “la patria”. Una vez más, por un lado, encontramos la combinación y el intercambio de la identidad desde el punto de vista panamericano, iberoamericano o desde la causa de la latinidad europeo-americana. El discurso comienza nombrando los diferentes países que estaban en este momento en suelo oriental:

Por eso agradecemos a Bélgica, la heroica, sentimental y caballeresca, chica y grande al mismo tiempo, como si los acontecimientos de la historia hubieran querido asignarle estrictez territorial para que su pueblo hubiera de hacerlo grande [...] y al Brasil, hermano nuestro, cuya presencia entre nosotros, nos llena de alegría y jubilosa esperanza ya que parece anticipar la perspectiva de que de hoy en adelante no dejará vacío el lugar que siempre se le tiene reservado cuando tendemos la mesa convocando a la familia americana para comer el pan cordial de nuestra fraternidad; y a Bolivia, que a pesar de la convulsión que agita a la multitud de su pueblo, no trepida en hacer llegar a nuestras playas [...] un equipo que nos muestra la gallardía de sus campeones; y a Chile, permanentemente generoso [...] y a Estados Unidos, cuya diferencia idiomática no nos es óbice para la afirmación, en el orden del deporte, de una conciencia y de un pensamiento americanos, los cuales si pueden coincidir con la conciencia y el pensamiento de los otros, es siempre sin perjuicio de mantener la unidad continental como complejo de aspiraciones comunes, de comunes deberes y de comunes esperanzas; y a Francia , la inmortal, cuyo gesto gana dos nuestro corazón, porque está con nosotros y porque al hacerlo la gran patria nos dice con su ejemplo que el ideal latino, unitario y concentrador, no es una simple creación destinada, cuando conviene, a los enganches del afecto, sino un contenido racial , que viene desde el mismo fondo de la historia, y que si consagra derechos a favor de quienes pretenden invocarlos, ha de ser a condición de que no se olviden las obligaciones naturales que la existencia de aquel ideal comporta para la consecución de las grandes conquistas del porvenir; y a Méjico, que dio a nuestros muchachos la sensación de la patria lejana el día que golpearon su puerta hospitalaria; y a Paraguay, cuya rectilínea inclinación espiritual hacia nosotros parecería que fuera algo así como el eco de una emoción del Fundador, al que albergó en su seno en las horas oscuras de su exilio; y a Perú, que mantiene por su

cultura el prestigio de sus viejos blasones señoriales [...] y a Rumania, para cuya alta ejecutoria deportiva basta tan sólo decir que para resolver y allanar todos los escollos de la partida de su equipo, tuvo en su momento, con patriótica inquietud de estadista al Rey Carol [...] y Yugoslavia, fuerte y aguerrida contra cualquier adversidad, que desafió la distancia para adherirse a nuestra fiesta. Y a vosotros argentinos, que adrede os recuerdo en último lugar, aunque bien sabéis como están presentes en nuestro corazón [...] (Carbonell Debali, 1930: 33-37).

Con respecto a la opinión pública, y continuando una constante de todo este trabajo, mostraremos, por un lado, el impacto en la prensa oficialista y, por el otro, en la prensa de oposición enmarcada por el Partido Nacional y el Partido Comunista. La visión oficial estaba representada por los diarios *El Día* y *La Mañana*, que habían preparado secciones especializadas para dar cobertura al Campeonato del Mundo.

La visión del diario *El Día* sobre las distintas delegaciones coincide totalmente con la de los discursos oficiales. El día de la llegada decían sobre Francia, Bélgica, Rumania y Yugoslavia las siguientes palabras:

Las delegaciones de Francia, Bélgica, Rumania y Brasil llegan esta mañana en el paquebote italiano Conte Verde [...] Los hijos de Francia, la tierra hospitalaria que deportiva y socialmente tantas grandezas depara al viajero y cuyo recuerdo permanecerán siempre en la memoria de todos los que la conocen, saben que están como en su casa, los belgas representantes de una noble y simpática nación, [...] Rumania, joven en el football, de gesto amable en las relaciones internacionales, ha sido una aliada del primer momento a nuestras grandes fiestas del Centenario, el Brasil, retirado de competencias futbolísticas oficiales, no pudo permanecer ajeno a esta magna justa, y en su cordialidad de siempre, la nación hermana del norte, tendrá dignos representantes (*El Día*, 5 de julio de 1930: 8).

Una verdadera multitud llenaba el puerto montevideano para ver el momento que Jules Rimet, las autoridades de la FIFA, y las delegaciones bajaran del paquebote. Todo era vivido como un gran acontecimiento. Fotografías enormes en la portada de la sección “Cultura Física” del diario mostraba al Conte Verde frente a una multitud que levantaba banderas uruguayas junto a las de bienvenida a cada una de las delegaciones. Se presenta la colonia francesa como la más numerosa. Rimet es anunciado como un amigo del Uruguay y de su fiesta del centenario:

El “Conte Verde” no aparece. La llegada del paquebote italiano estaba anunciada para las diez y el público que estaba en la explanada era numeroso y crecía por momentos aumentando el número de banderas y carteles luciendo frases de bienvenida y exhortaciones importantes de las colonias extranjeras presentes. Eran más de las once y

nada... Más de la doce, y recién cerca de la una aparece la enorme mole del transatlántico apareciendo acompañados de vaporcitos que tocaban incesantemente sus bocinas. [...] Los salones y cubiertas (del paquebote) estaban relatados animadamente y con un desorden fenomenal. Daba la sensación de que una academia de lenguas estaba en sesión plena y entraba en aquella Torre de Babel (*El Día*, 6 de julio de 1930: 7).

## 2.2.2-La visión de la oposición

Desde, como vimos, la fundación de la Federación Roja del Deporte hasta la postura en 1924, 1925 y 1928, la idea del Partido Comunista del Uruguay siempre fue encontrar una visión alternativa. El diario *Justicia* llamaba, en el momento en que estaban llegando las delegaciones, a realizar una manifestación obrera en contra del Mundial y contra la reacción, en el local del Sportivo Ferrer, organizada por el club Guardia Roja. La idea era presentarse como un “aguafiestas”, mostrando a los “extranjeros” que la “la clase obrera” estaba en contra del patriotismo. Se preparaba una huelga de masas en donde se reportarían volantes de denuncia. Veamos la crónica del diario, a propósito de la llegada de Yugoslavia:

Hoy llegan los representantes de Yugoslavia, país donde impera el terror sangriento [...] Los obreros deben repudiar todo homenaje a las envidias oficiales de la dictadura [...] El sábado arribaron a Montevideo las delegaciones deportivas enviadas por los gobiernos de Rumania, Francia, Bélgica, Chile, Perú y Brasil. Los gobiernos burgueses que han fletado a esos grupos de deportistas, no han querido renunciar a la oportunidad que les brindaba el campeonato mundial de football para utilizarlo para sus fines de enseñamiento y manipulación de las masas. Y es así que mientras en sus países gobernantes, las burguesías han implantados desembozadas dictaduras o ejercen un gobierno en el cual, bajo el rótulo de democrático como en Francia; es lícito fusilar a los que se rebelan contra su opresión imperialista [...] Hipocresía oficial: En los saludos oficiales a las delegaciones deportivas, como en los saludos y comentarios de la prensa burguesa, se habla de pueblos libres, de naciones amigas, donde impera el terror sangriento, como sistema de gobierno o la dictadura con ciertos velos democráticos (*Justicia*, 7 de julio de 1930: 1).

La idea era hacer escándalo. Y dirigirse al puerto a recibir a las delegaciones con pancartas de denuncia alusivas a cada país que venía. Mostrar lo que se ocultaba. De esta manera se denuncia, en el momento de su llegada a Montevideo, a Francia y a Bélgica como países imperialistas (al igual que se hubiera hecho si hubiera venido Inglaterra), a Estados Unidos, “como los banqueros de Wall Street”, a Yugoslavia como un gobierno fascista, etcétera<sup>47</sup>.

---

<sup>47</sup> En esta actitud del Partido Comunista encontramos la íntima relación que hemos mencionado en capítulos anteriores entre deporte y relaciones internacionales, que nos permite entrar en el terreno de los imaginarios. Sthephan Mourlane nos muestra que algo similar sucedió en el Mundial de 1938. La presencia de la Alemania Nazi y de la Italia fascista en mencionado mundial despertó en la población, y fundamentalmente

Como hemos visto, en la opinión pública mayoritaria no había hacia ninguna delegación europea ni hacia Estados Unidos sentimientos antiimperialistas. Tampoco a los países latinoamericanos se los veía como representantes de dictaduras o de gobiernos burgueses. El verdadero rechazo, como una constante en toda la historia, fue con Argentina, y las razones no eran políticas, sino de los imaginarios, las identidades y los estereotipos. Por eso, la actitud del Partido Comunista es de enfrentamiento y con esto repetía con lo sucedido en 1924, y en 1928 con el enfrentamiento Juegos Olímpicos-Espartakiada.

Con la llegada de Estados Unidos, las opiniones están divididas. Lo que para el oficialismo era un ejemplo de un ideal panamericano que algún día se impondrá, para la izquierda era la llegada de uno de los países representantes del imperialismo panamericanismo o antiimperialismo yanqui. Por lo pronto, *Justicia* denuncia a los dueños de los diarios *La Mañana* y *El Diario*, como “siervos” del imperialismo:

–“Estáis en vuestra casa y disponed de lo que queráis”.

Este es el final de un gran saludo que el diario publicó en estos días con la llegada deportiva de Norte América. [...] Es necesario demostrar que estas frases del cronista del diario son frases de adulones y vendidos al imperialismo. [...] Se puede esperar siquiera saludos a quienes representan a los asesinos de Saco y Vanzetti, a las masacres y guerras contra Nicaragua que al mando de Sandino luchan por la independencia del país, de quienes explotan a miles y miles de funcionarios en los frigoríficos del Cerro, etc. (*Justicia*, 7 de julio de 1930: 5).

Los medios de comunicación gráficos pertenecientes a los blancos tuvieron una visión diferente, no sólo de la llegada de las delegaciones sino de todo el desarrollo del Mundial. *El País* y *Diario del Plata*, conscientes de que una buena cobertura aumentaba los tirajes (como ya lo habían experimentado en 1928 en los Juegos Olímpicos) se dedicaban a mostrar los detalles diarios de todo lo que estaba aconteciendo, incluso con fotografías propios en el lugar de los acontecimientos. Las críticas a la organización del torneo eran puntuales y cuando eran justificadas. Caso distinto fue *La Tribuna Popular*, que, si bien informaba del desarrollo del torneo, no paró de atacarlo incluso hasta el día de la final.

---

en la izquierda, sentimientos de rechazo que estaban cercanos al enfrentamiento guerrero que luego se dio con la Segunda Guerra Mundial (AA.VV., 2006: 176-177).

### 2.2.3-La visión de los visitantes extranjeros

El presidente de la FIFA, Jules Rimet, relataba:

No era mi primer viaje por mar, pero si era mi primera travesía atlántica. Ello me alegraba ya que amo el mar y este largo viaje me proporcionó el placer que del mismo esperaba. [...] Nuestro barco llevaba cinco horas de retraso sobre su horario. No por ellos dejamos de ser recibidos en el muelle por una importante delegación de la AUF, ni aclamados por una alegre multitud. [...] por la mañana, al regreso de un corto paseo, tuve la sorpresa de saber que el Presidente de la República me invitaba a visitarle, lo antes posible, en el Palacio Presidencial. [...] Iba de sorpresa en sorpresa. Aparte el asombro que en mí produjo en mí la encantadora familiaridad de la invitación presidencial, jamás en mi vida había oído hablar del “asado”. En América del Sur consiste en unos entremeses de los que voy a darles la receta: cogen un buey joven (no un becerro) y lo ponen a asar todo entero en un gran fuego de leña. Luego lo van cantando allí mismo, al aire libre, al amor de la lumbre en que ha sido cocido... (Rimet, 1954: 45-46).

La visión de Rimet sobre Uruguay es la visión de un europeo. Uruguay es también América del Sur. Él mismo había reconocido que, con la victoria de 1924, muchas personas se habían tenido que poner a estudiar geografía para saber lo que era Uruguay. Ya cruzar el Atlántico, como él mismo lo dice, era toda una odisea. El encuentro con Campisteguy, más allá de lo protocolar que significaba que un presidente lo invitara a formar parte de las fiestas del centenario, quedó grabado por lo del “asado”. Desconocido en Europa, el asado lo acercaba a lo que de costumbrista, telúrico y tradicional tenía y podía ofrecer Uruguay. Era lo “exótico”. Justamente el “asado” junto con la imagen del gaucho es una de las postales turísticas más difundidas de Uruguay hacia el mundo.

### 2.3-El desarrollo del torneo

Para los dirigentes deportivos, encabezados desde la AUF por el doctor Raúl Jude, y para la opinión pública no había duda de que América había salvado al certamen de un enorme fracaso. Europa, con su boicot, había faltado a la gran cita. Todo esto sacaba a luz todas las contradicciones internas que tenía el internacionalismo llevado adelante por la FIFA. Más que un Mundial parecía un campeonato sudamericano ampliado. Por supuesto que esta actitud de parte de los países europeos tendría repercusiones en futuros campeonatos mundiales a desarrollarse en el viejo continente. El fantasma de un boicot de

los países afiliados a la CSF quedó flotando en el ambiente del fútbol, así como la idea de que los campeonatos organizados por la FIFA pasaran a ser campeonatos entre europeos.

El Campeonato del Mundo se realizó en la ciudad de Montevideo entre el 13 y el 30 de julio de 1930 en el recién construido Estadio Centenario, en el estadio Parque Central y en el Estadio de Pocitos. Comenzó con un histórico, anecdótico y curioso partido entre Francia y México, que terminaron ganando los galos 4 a 1. Más allá del resultado, Francia abre la historia en copas mundiales en 1930 y cierra el siglo XX, esta vez en la final en el partido en su casa frente a Brasil por la misma diferencia de 3 goles. Lo más curioso parece ser la cantidad de espectadores, algo más de 500, que presenciaron la inauguración de la Copa del Mundo en el minúsculo estadio del barrio Pocitos (que ya no existe), ya que el Estadio Centenario aún no había sido terminado. Ése fue el inicio de un certamen internacional de gran trascendencia mundial por su movilización popular, el dinero que implica y la cantidad de espectadores mediáticos que posee, sólo comparable a algunas de las competencias olímpicas.

El otro estadio era el Parque Central, del Club Nacional de Fútbol, con una capacidad mucho mayor, acorde a la trascendencia de los equipos que jugarían allí: Argentina y Brasil. Las tres grandes potencias sudamericanas comienzan con partidos que se le hicieron muy dificultosos. Argentina y Uruguay debutaron ganando por la mínima diferencia, frente a Francia y Perú respectivamente, mientras Brasil, un equipo enteramente de jugadores blancos, debuta en los mundiales perdiendo frente a Yugoslavia, así como también terminó los mundiales del siglo perdiendo frente a Francia en el 1998.

Las series eran: Argentina, Francia, Chile y México; Yugoslavia, Brasil y Bolivia; Uruguay, Rumania y Perú; Estados Unidos, Paraguay y Bélgica. Esto muestra la improvisación con que se había manejado todo. La idea inicial, si se iba a jugar primero por puntos las cuatro series, y después por el sistema de copa (que era tomado de la FA Cup), era que cada serie estuviera representada por cuatro integrantes, y no por un grupo de cuatro y otros tres de tres. Se notaba la ausencia de las potencias europeas, pese a los esfuerzos de Buero. Pero al colmo se llegó en el sorteo realizado en los días previos al comienzo del torneo, en la ciudad de Montevideo: Jules Rimet designó como cabezas de

serie a la Argentina, Brasil y Uruguay para los tres primeros grupos; pero, al estar integrado el cuarto grupo por equipos “desconocidos” de su poderío futbolístico, se decidió designar a Estados Unidos y Paraguay a la vez como cabezas del grupo cuatro (Carbonell Debali, 1930: 21).

El grupo clasificatorio de Uruguay era en el análisis previo sencillo, como generalmente sucede con los grupos del dueño de casa en los mundiales. Las entradas a los partidos eran de precios populares: no llegaban a un dólar actual, incluso en la final. Clasificaban los primeros de cada serie a la segunda fase, que, en este campeonato, por la poca cantidad de participantes era directamente la semifinal.

Las crónicas de Ricardo Ornelas para *Diario de Noticias* continúan con el comentario de los participantes en el Mundial. Comentando las cuatro series y sus “cabezas de serie”, además de la inexistencia de las potencias de Europa, le llama mucho la atención la debilidad del equipo brasileño que viaja a Montevideo y pasa a explicar sus razones:

Su delegación está lejísimo de representar el valor del football brasileño. Basta decir que el Comité de Selección (de la CBD) tenía designados catorce jugadores paulistas en veintidós probables y que ningún elemento de San Pablo hizo el viaje. La actitud de la Asociación Paulistana dio mucha página de prosa en los jornales brasileños, habiendo censura de los cariocas a la de la banda de los paulistas. Los telegramas mandados entre varios dirigentes de un lado y de otro llegaron a la cima, y el último que el presidente de San Paulo mandó a Río, estaba así concebido: “Más vale un capricho que una victoria de Brasil”, fue dado a conocer con enorme publicidad. La ironía del texto llevaba a pensar la circunstancia, de haber sido seleccionado un cuadro formado solo por cariocas (*Diario de Noticias*, 18 de agosto de 1930: 7).

Si a esto le sumamos la marginación del negro de la selección “carioca” (¿brasileña?), encontramos que las ventajas comparativas que tenían los seleccionados del Río de la Plata con respecto a Brasil eran enormes. Antonio Soares nos muestra que en la invención de tradiciones en el fútbol brasileño (y su transformación gradual en el “fútbol arte” o “fútbol tropical”) tuvo mucho que ver la integración del negro en el equipo (Helal, Soares y Lovisoló, 2001). Gilberto Freyre es el primero en apoyar un equipo de negros y blancos en Brasil, que mostrara el “mestizaje” de la sociedad brasileña; y el hecho de ser una sociedad “mestiza”, que antes era mostrado con vergüenza, ahora era motivo de orgullo. Fue la excelente imagen dada en el Mundial de 1938, con la fabulosa actuación del negro Leonidas Da Silva, lo que llevó al comienzo de un nuevo relato. La derrota de Brasil

en 1950 en manos de Uruguay en el célebre “Maracanazo”, llevó que muchos periodistas cuestionaran la falta de fibra del negro en la selección brasileña. Los éxitos brasileños en las Copas del Mundo de 1958, 1962 y sobre todo 1970, con la aparición de Pelé terminarán de afirmar una tradición.

Mientras tanto, esa selección de hombres blancos y cariocas era fácil presa no sólo de los rioplatenses sino de los europeos. Yugoslavia, una selección en la década del treinta de segundo orden europeo, gana fácilmente en el debut de los brasileños en el Mundial por 2 a 1 y deja al “scratch” prácticamente sin posibilidades.

Dentro de lo que fue el desarrollo del torneo, no podemos olvidar como nota saliente el papel de la radio en la cobertura:

El Mundial del 30 consolidó la práctica de transmitir el fútbol por la radio. La primera Copa del Mundo se jugó en Montevideo y desde el Parque Central se relató el primer partido de fútbol en la historia de los Mundiales. Ahora las cosas iban en serio: se transmitía desde el mismo escenario y en directo. Con la inauguración del Stadium Centenario, construido especialmente para la ocasión, la radio se instaló allí y no lo abandonó nunca más. Las transmisiones se hicieron por la emisora estatal SODRE, en las voces de Emilio Elena y de Ignacio Domínguez Riera (Rosenberg, 1999: 53-54).

#### **2.4-La inauguración del Estadio y el Uruguay del Centenario**

El desfile de las delegaciones, curiosamente, no fue el día de comienzo del torneo sino el día de inauguración del Estadio Centenario, el 18 de julio de 1930, de tarde, al mismo tiempo que se festejaban los 100 años de la jura de la Constitución. En la mañana, en un día de feriado no laborable para todo el país, se habían realizado los primeros festejos oficiales del centenario, con espectacular desfile de escolares por toda la avenida 18 de julio.

Para todo el Partido Colorado, el centenario más importante era, como vimos, el 18 de julio de 1930. La construcción de un estadio como nunca había existido sería el monumento que desde el punto de vista simbólico representaría en cemento puro la importancia de una fecha. Ese centenario mostraría la importancia del Partido Colorado en la historia del país. Las dos fracciones del Partido Colorado, los batllistas y los riveristas, encontraban en esta fecha un símbolo, la patria había nacido ese día cuando Rivera,

fundador del partido, se transforma en el primer presidente de la República al jurar la Constitución. El agasajo de la fecha ayudaba a leer la historia desde el punto de vista colorado.

Es interesante ver cómo la dirigencia del fútbol forma parte de la interna colorada. Recordemos que en un principio las discrepancias dentro del seno del batllismo llevaron a una fractura que se reflejó en la separación de la dirigencia en Asociación y Federación Uruguaya de Football (Morales, 2003). Para el fundador del Uruguay moderno, José Batlle y Ordóñez, era indispensable mantener la unidad del partido, que superara las divisiones que generaban los sublemas. Siempre se estaba el peligro de una fractura en dos del partido, algo que ya le había sucedido al herrerismo y que le costó la elección nacional, en 1926, cuando el Partido Colorado unido le había ganado por unos tres mil votos. El Partido Nacional daba la ventaja estaba fracturado en Partido Blanco y Partido Blanco Radical, liderado por Lorenzo Carnelli.

Pues bien, el “football” le brindaba al batllismo una forma de lograr la unidad con los otros sublemas. Por intermedio del colorado independiente Serrato, en 1925, se había logrado la unidad entre la Asociación y la Federación, que se fusionaron en la Asociación Uruguaya de Football. Ahora bien, si este organismo rector estaba dominado en forma exclusiva por el Partido Colorado, habría que buscar que no fuera la voz de un sublema, como había sido en 1924 sino, por el contrario, que en él convivieran en forma natural batllistas y riveristas. Al igual que en el gobierno, luego de las elecciones de 1926, el riverista Campisteguy era el presidente de la República y compartía el Ejecutivo con un Consejo Nacional de Administración, en donde el apoyo de los batllistas era fundamental.

Para la Asociación Uruguaya de Football que va a organizar el primer Campeonato Mundial de la historia y se va a proponer realizar “el estadio más grande del mundo”, el presidente sería el riverista Raúl Jude. Pero la figura emblemática y simbólica de esa Copa del Mundo sería el “padre de la victoria” de 1924, el batllista Atilio Narancio. De esta forma, en el ritual de la ceremonia de inauguración de la Copa del Mundo y del Estadio Centenario, aparecen simbólicamente representados el batllismo y las otras fracciones batllistas.

Ese 18 de julio de 1930, en ese recién estrenado estadio repleto de nacionalismo y

de una multitud que ya vivía un clima festivo en todo el país, el ceremonial tiene dos partes fundamentales: por un lado, encontramos el discurso de apertura del Campeonato Mundial a cargo del presidente de la AUF, Raúl Jude, y, por el otro, el célebre desfile inaugural de las delegaciones encabezadas por la uruguaya, que presidía Atilio Narancio y se transformaba en el símbolo de la selección nacional:

Hemos de decirlo con palabras llenas, porque sería injusticia callarlo por un infundado escrúpulo de modestia: todo lo que hoy nos envanece, todo lo que hoy nos eleva ante nuestros propios ojos y ante los ojos del mundo [...] es la obra de un partido y de un hombre. Es la obra del partido colorado, que desde las murallas inabordables de la nueva Troya, se hizo paladín esforzado de la libertad y el progreso y es la obra de Batlle, que desde la masa amorfa de la patria vieja, moderó la depurada grandeza de la patria futura, tierra de promisión y de justicia en la que aspiramos a brindar la felicidad a todos los hombres (*El Día*, 18 de julio de 1830: 53).

Este editorial de *El Día* muestra el acercamiento a un “adecuado pasado” que surgía como tradición. Había algo que elevaba a todos los ciudadanos en ese feriado de la patria y eso era ese imponente monumento levantado para el “football” pero también para el poder. La propia Torre de los Homenajes, levantada en la tribuna Olímpica, elevaba, al igual que las catedrales góticas, los sentimientos hacia el cielo. Pero ese monumento y “todo lo que nos elevaba” eran la obra de “un partido y de un hombre”. La historia nacional se partía en dos mitades, sólo a una de ellas los otrora “orientales” y ahora “uruguayos” le debían un presente de porvenir y un futuro de maravillas. Sólo el Partido Colorado había transformado el país en un mundo pujante y moderno. El partido era esa “patria vieja” que había podido nacer por el episodio fundamental de la toma de las Misiones por Rivera, el caudillo fundacional de los colorados, era ese partido que se había forjado en “las murallas inabordables” de Montevideo durante la Guerra Grande, resistiendo a las fuerzas gauchas y rurales de Oribe, y enarbolando la bandera de la libertad y el progreso, de las puertas abiertas a Europa y sus inmigrantes, de la civilización opuesta a la barbarie de la otra mitad, la de la patria blanca. Pero había un hombre que le había dado forma a esa obra iniciada heroicamente por Rivera, a esa tradición que había nacido con el caudillo: Batlle. De esta manera, en ese día histórico para el partido, el batllismo buscaba hacer que dialogaran la tradición y el cambio, el pasado que permitía establecer anclajes en las raíces de lo nacional, con el presente y el futuro. Era una forma de diálogo entre el riverismo y el

batllismo, unidos en torno a ese monumento que acaba de nacer.

El Estadio Centenario hacía surgir un doble sentimiento, generaba nostalgia y apego por la “patria vieja” iniciada por Rivera y a la vez elevación de los corazones hacia la patria del futuro que sólo la obra de Batlle había hecho posible. A las decenas de miles de ciudadanos que entraban al estadio abarrotado con ese ejemplar absolutamente agotado de *El Día*, el editorial los hacía sentirse “uruguayos” precisamente a través de Batlle y el batllismo. “Uruguayos todos, vengan de donde vengan”, había dicho en su momento Batlle desde ese diario fundado por él mismo. Quiere decir esto que italianos, españoles, polacos, judíos, vascofranceses y personas de un sinfín de nacionalidades se hacían antes que nada batllistas para después hacerse “uruguayos”; lo mismo pasaba con los hombres nacidos en estas tierras, los criollos, y los negros descendientes de esclavos. Habían entrado a trabajar en el Estado y asegurado su futuro para siempre a través de un estatuto que los hacía inamovibles, eran obreros de fábricas de vidrio o de galletitas o trabajaban en los frigoríficos y estaban protegidos por una celosa legislación laboral que los amparaba contra los patrones; en suma, obtenían todos los beneficios del primer Estado social de América Latina, por obra y gracia de Batlle, el batllismo y el Partido Colorado. El mástil de esa bandera uruguaya que flameaba en el estadio había sido levantado por los colorados que se ponían la patria al hombro. La imagen de ese estadio recién inaugurado para la visión “oficial” quedaría para siempre grabada en las retinas de todos los uruguayos:

Una visión inolvidable. Los ojos de los espectadores que asistieron a presenciar el partido Uruguay-Perú contemplaron maravillados el imponente aspecto que presentaba el Estadio Centenario, repleto de concurrencia en el momento en que desfilaba en medio de ensordecedores aplausos las delegaciones participantes en el Campeonato de Football del mundo. Fue una visión que difícilmente se borrará de las retinas de quienes presenciaron la inauguración del gigantesco circo que ayer se incorporó al acervo edilicio como un monumento del cual Montevideo y el Uruguay pueden enorgullecerse con justicia. La sola contemplación del presente grabado que reproduce uno de los aspectos de la fiesta de ayer, puede proporcionar al lector una sensación fiel de las proporciones que el espectáculo alcanzó en su conjunto (*El Día*, 19 de julio de 1930: 7).

*El Día* es el sentido común, es la opinión pública mayoritaria. Apela a la cordura y al optimismo que siempre tiene todo discurso oficialista. Las fotografías del fotógrafo estrella del momento, Don Juan Caruso, son las de referencia que aparecen en los álbumes y recuerdos oficiales del primer Campeonato del Mundo.

El herrerismo, por su parte, encuentra en la organización del Mundial y la construcción del estadio un acomodo del “oficialismo”; mientras una crisis económica total empieza a hacer sentir sus efectos sobre la población de menos recursos, el gobierno se dedicaba a enterrar los fondos públicos en un campeonato y en un colosal estadio sin sentido. La visión del feriado del 18 de julio no era la misma que la del Partido Colorado:

Así surgieron los partidos tradicionales cuya existencia se prolonga todavía. [...] Cada partido hizo de su cabecilla un héroe de epopeya tocado de dotes taumatúrgicas y un mártir de los desmanes del jefe partidista contrario. Y la patria subjetiva fue toda condensada en él y su fracción por cada bando. De esta manera se formaron dos patrias subjetivas dentro de una común objetiva. Así, se confundió, en un solo, el amor a la patria y al partido (*La Tribuna Popular*, 18 de julio de 1930: 3).

Primeramente, se ataca al batllismo (el verdadero rival del herrerismo) de ser protagonista de un “patriotismo convulsivo”; en el feriado del 18 de julio se confundía el amor a la patria con el amor al partido. Mientras sí había dinero para engalanar 18 de Julio y construir un coloso de cemento como estadio, no había un solo peso para levantar un monumento a los heroicos Treinta y Tres Orientales:

La Comisión del Centenario [...] ha dejado en el más inicuo y antipatriótico olvido la plaza que perpetua la memoria de los treinta y tres inmortales que forjaron la patria cuyo centenario celebramos en estos momentos. Dicha comisión había anunciado que iba a hacer colocar en la plaza de los treinta y tres la estatua luminosa de esos ilustres patricios a quienes debemos la existencia nacional, pero después, quizá por necesitar los dineros del pueblo para repartirlos entre amigotes y adulones, bajo el pretexto de la conmemoración de nuestro Centenario, relegó a total olvido esta idea, quedando la plaza legendaria sin ningún ornato. [...] Y consta: esta comisión tiene por presidente al doctor Baltasar Brum, quien ya fue presidente de la República (*La Tribuna Popular*, 23 de julio de 1930: 4).

En esta hora de festejos la Comisión del Centenario dejaba de lado el 19 de abril y el 25 de agosto de 1825, días del desembarco de Lavalleja y los Treinta y Tres y de la declaratoria de la independencia, para resaltar la del 18 de julio de 1830, utilizando su cumpleaños para “enterrar” (al decir de los herreristas) los tesoros del Estado para adornarla. El herrerismo, consciente de que el estadio en construcción y el Mundial a por venir servirían para fortalecer la visión que de la patria tenían sus eternos rivales, se dedica a buscar defectos a la organización llevada adelante por la AUF presidida por Jude. Para los blancos todos son contras: el estadio no está terminado y es inseguro; la organización es

desastrosa y permite desórdenes de la multitud, antes, durante y después de los partidos; es un campeonato sin prestigio, ya que las principales potencias europeas, encabezadas por la de los propios inventores del fútbol, los ingleses, no han venido; se ha enterrado una fortuna en un estadio que no volverá a llenarse jamás.

Faltando poco para la inauguración del estadio, un enviado de *La Tribuna Popular* encuentra que la preocupación de todos era si se llega a tiempo y cómo iba a responder el cemento fresco ante una multitud de 85 mil personas abarrotando el coliseo. Se alerta a la gente, desde el matutino, a no ir al estadio y dejarlo vacío, porque se derrumbará ante el peso de la multitud. Se atacaba la irresponsabilidad del gobierno, por querer inaugurar caprichosamente el estadio el 18 de julio, sabiendo que por lo menos faltaban algunas semanas más.

Lo cierto, es que, por supuesto el coloso se inaugura en el feriado de la polémica. Los enviados del diario, si bien no vinieron con la noticia del derrumbe, encontraron todo para criticar. Lo que más escandalizó fue la actitud de la policía tratando de poner orden a una multitud desesperada por entrar en las vomitorias que los conducirían a sus asientos.

Con respecto a la organización y el estado del estadio el día de la inauguración, es interesante ver la óptica de los enviados europeos al mega evento, que como ya dijimos eran muy pocos. Ricardo Ornellas, el enviado del *Diario de Noticias*, de Lisboa, nos deja un relato que se acerca mucho más a la visión de la oposición que a la del “oficialismo”:

El recinto principal [...] no está terminado. No deja por eso de ser el más grande parque de football de Uruguay y de Argentina. Está construido en cemento armado. Tribunas circulares todas descubiertas. El aspecto es grandioso, como se puede calcular, no dejando mala impresión el hecho de no estar terminadas tres tribunas de las cuatro existentes. [...] La organización del Campeonato del Mundo es deficientísima, no teniendo comparación con lo que fue el campeonato desarrollado en Ámsterdam. En aquel torneo se respetaba el ingreso de los espectadores y su ingreso a sus respectivos lugares, con facilidades concedidas a la prensa escrita y a los fotógrafos, aquí es todo desordenado y desarticulado. En Ámsterdam el público podía saber a la puerta donde iba, por el propio billete que se lo indicaba, aquí es la propia puerta lo que lo indica, y así mismo no siempre es exacta. El servicio de fotografía, que en la capital de Holanda ofrecía tanta perfección que en el final del primer tiempo ya estaban expuestas para toda la prensa, es exclusivo aquí de cada diario local. La venta de entradas es hecha con morosidad (*Diario de Noticias*, 18 de agosto de 1930: 7).

La comparación con Ámsterdam que hace el enviado europeo es válida por muchas razones. Primero que nada nos muestra la visión de un representante del viejo mundo

acostumbrado a las comodidades de la infraestructura europea de la época<sup>48</sup>.

Las críticas al ingreso caótico del público, a la mala organización en lo que respecta a la venta de entradas, a la no comodidad para el trabajo de los periodistas y a la desorganizada seguridad de la policía y las fuerzas del orden tiene una clara coincidencia con la de los blancos, así como también de la de los enviados especiales argentinos (*La Nación, El Gráfico, Crítica*). El hecho de recibir por primera vez en un recinto para espectáculos a casi 80.000 personas fue pagado con la inexperiencia y la falta de previsión de enfrentar a una multitud ansiosa por conseguir entradas y entrar cuanto antes a procurar los mejores asientos. Una compleja coordinación entre los que trabajan en boleterías, los que lo hacen en las entradas cortando el ticket, el arreglo del personal con las fuerzas del orden para que se respeten las colas, haya vallados y se entre en forma ordenada, y después la existencia de vomitorias que permitan desalojar en forma prolija y rápida a decenas de miles de personas que luego van a buscar transportes a sus respectivos partidos no existió al principio. Se puede decir que el personal encargado de todo esto, desde el mismo día de la inauguración, fue desbordado por la multitud.

El diario *El País* y también *La Tribuna Popular* realizan una crítica muy grande de lo sucedido el 18 de julio de 1930, día de la inauguración del Estadio Centenario:

Se produjeron desde temprano invasiones en todas las tribunas. Llegó el momento en que temimos por la vida de muchas personas. Fueron atropelladas por los coraceros que envainaron sus sables y algunos exaltados arrojaron piedras de regulares dimensiones. Hubo choques y mientras algunos asaltaban los portones, otros huían atropelladamente sembrando el pánico [...] En la tribuna Ámsterdam el agente 1118 de la 15 sección, amenazó al público con un revólver. Más de 15 mil personas, 3000 de ellas provenientes del interior, quedaron fuera del estadio por falta de entradas. Estas habían sido vendidas por docenas de revendedores con el fin de ser comercializadas a mayor precio. Todas las entradas eran numeradas pero los acomodadores, por falta de experiencia no tenían idea donde quedaban los asientos provocando de esa manera un caos dentro y fuera de las tribunas. Algunos hacían recorrer tres cuartas partes de las afueras del estadio a la gente en procura de la Tribuna Olímpica cuando esta se hallaba al lado. Otros no sabían donde se hallaba la platea América. La policía era impotente para restablecer el orden, por lo cuál se recurrió a un medio: se estableció una subpuerta de acceso para evitar la aglomeración en la principal. [...] Pero llegó un momento en que aquellos millares de personas, hombres,

---

<sup>48</sup> Es común que siempre encuentren críticas en sus incursiones por Latinoamérica los enviados especiales europeos. Todos los grandes acontecimientos deportivos realizados en esta zona del mundo, ya sea Copas del Mundo o Juegos Olímpicos, fueron ferozmente atacados por la prensa especializada europea. No sólo el Mundial de 1930, sino también el Mundial de Chile 1962, el de Argentina 1978, así como los Juegos Olímpicos de México de 1968, también fueron blanco de quejas y críticas configurando una oposición Primer Mundo-Tercer Mundo que se iría consolidando y afirmando también en el mundo del deporte.

mujeres y niños, sofocadas, hastiadas de la larga espera pues iban pasando de dos a tres, avanzó en forma amenazante. Al principio la fuerza pública pudo contenerla, pero segundos después debió rendirse ante el número y la violencia. Cayeron muchísimos que fueron pisoteados por los que venían detrás. La invasión fue impresionante. Entró un número considerable de personas que no tenían localidades, otro número respetable que debía estar en otras tribunas, y quedaron fuera millares de aficionados que previamente habían pasado por boleterías. Y una vez dentro del recinto, fue imposible determinar la ubicación de cada uno (*El País*, 19 de julio de 1930: 7).

El periodista Luis Prats coincide con esto: “De cualquier manera, muchos entraron sin boleto, porque un rato antes del comienzo del encuentro desaparecieron los porteros, presumiblemente ellos interesados en ver también a Uruguay” (Prats, 2007: 85).

Hay que tener en cuenta que la mayor preocupación de la Comisión Organizadora era llegar a tiempo con el Estadio y aspectos de gran importancia, como el ingreso del público, quedaron sin resolver. De todas formas, *El Día* y *La Mañana*, de la prensa oficialista, se mostraron fascinados por cómo había resultado todo en la jornada del 18. Minimizaron estos acontecimientos, así como los denunciados por las izquierdas, y su relato se transformó en la historia oficial del torneo y la que quedó perpetuada en la memoria colectiva. Nadie se acuerda de los desmanes y la desorganización, sino de la imponente que lucía el Estadio ese día. Las fotografías de Caruso no apuntaban a los coraceros persiguiendo con sables a la gente en las puertas de la boletería sino a la imponente de las tribunas llenas, concentrándose sobre todo en la Olímpica, que era la única terminada. En fin, la historia la hacen los vencedores.

El desfile inaugural, para los investigadores franceses Morulane y Dutschy (AA.VV., 2006: 51), fue una tradición tomada de los Juegos Olímpicos, en donde todas las delegaciones participantes entran portando la bandera de su respectivo país. Con la ceremonia de apertura se declara inaugurado el certamen en forma oficial. Lo curioso, y dentro de la desorganización reinante, la delegación uruguaya no llevaba la bandera oficial:

Cuando en el acto inaugural desfilaron las delegaciones encabezadas por la de Argentina, todas llevaban desplegadas sus banderas excepto el conjunto uruguayo. Los aficionados se sorprenden por el hecho que nuestra delegación no llevara la bandera oriental pues sólo era portadora de un pequeño banderín llevado por el masajista Fígoli. [...] Al comenzar el partido, un avión perteneciente a la Aviación Militar Argentina (y al que se le encargó fotografías aéreas del estadio), evolucionó muy bajo sobre el estadio haciendo acrobacias que más que entretener alarmaron a la gente. El público que asistió al Estadio ha sufrido momentos de angustia y miedo inexplicables. El aviador quiso que así fuese con una consideración que merece ser sancionada. No a otro objetivo podía responder la acrobacia

realizada sobre millares de seres, olvidando que una panne, un contratiempo cualquiera en la máquina, hubiera provocado una catástrofe desgarradora (*El País*, 19 de julio de 1930: 7).

Para aumentar las críticas de los que estaban en la contra, Uruguay jugó muy mal en el debut y apenas ganó por 1 a 0, por un gol de Cea y dejando mudos a todos cada vez que atacaba el puntero Lavalle.

El imponente estadio que nacía, en el mismo lugar donde lo había pedido Ghigliani, no sería más que un monumento al poder del Partido Colorado. De alguna forma había que celebrar la victoria en la cúspide durante 100 años. Es por eso que vemos una postura tan crítica por parte del Partido Nacional y de las izquierdas. La postura del Partido Comunista era la misma que había tenido frente al culto de la tradición que se había dado durante toda la década del veinte que estaba muriendo. Las mismas personas que habían gritado contra el monumento a Artigas, el triunfo de Colombes, la erección de diferentes monumentos en toda la ciudad, gritaban también contra la erección de tamaña mole de cemento. Aunque con un tono distinto a los blancos. En el caso de los blancos era, como vimos, por una disputa por la tradición y por el calendario. En el caso de los comunistas era un choque contra toda la tradición y los impulsos “patrioteros” de la burguesía. Y así como el Partido Nacional buscaba reivindicar el 25 de agosto ante el impacto desmedido del 18 de julio, los comunistas reivindicaban la lucha de clases en la fiesta del centenario. A través de *Justicia* buscaban enfrentar a los obreros contra la burguesía y mostrar que en el centenario no estábamos todos juntos sino separados. En el momento que el inicio del Mundial se acercaba, y el mal tiempo del crudo invierno montevideano amenazaba enlentecer las obras de la construcción del estadio y llenaban de preocupación al arquitecto Scasso, así como los blancos van a tratar de alertar que el estadio se derrumbará debido a lo apurado de la construcción y que el cemento estaba fresco, los comunistas llamaban a la huelga general y enfrentar al “capital” contra “el trabajo”. Que la “burguesía” se hiciera cargo de haber calculado mal los plazos, criticando el dinero invertido en esa obra (que podría utilizarse para dar alimento a los niños, o para solucionar el problema de la vivienda obrera.

Mientras los obreros trabajaban día y noche y en tres turnos para la empresa “La Constructora” para llegar a tiempo para levantar el estadio, los “agitadores” repartían

volantes de denuncia contra la explotación del capital contra el trabajo.

El día del feriado del 18 de julio de 1930, cuando toda la ciudad estaba pendiente por conocer el flamante Estadio Centenario y ver debutar a Uruguay contra Perú, cuando *El Día* dedicaba una edición aniversario a recordar “todas las glorias de la patria vieja y las del futuro” y se resaltaba los logros de un país “único en América Latina”, *Justicia* dedica su tapa a una foto de un rancho de lata en el barrio del Cerro y a decir en letras gigantes: “Esto es el Centenario”. Y escribía que mientras los ricos viven en los confortables chalets de Pocitos los pobres tienen frío y hambre, los maestros ganan poco, la miseria se extiende por todos lados. Y llamaba a la clase obrera a no seguir el falso nacionalismo de la burguesía, que oponía el himno y la bandera de una nación contra la otra, haciendo sentir al obrero y al burgués juntos y enfrentados a los de otras naciones. Llamaba a que los obreros fueron al partido de la Federación Roja entre los cuadros Lenin y Estrella Roja (*Justicia*, 18 de julio de 1930: 1).

### **3-La final con Argentina. Imaginarios, mentalidades y estereotipos**

El campeonato fue mostrando que los favoritos, Uruguay y Argentina, superaban sin grandes dificultades a sus rivales de turno, hasta llegar a verse las caras en la final. Uruguay, luego del partido de debut ante Perú, gana con comodidad sus partidos ante Rumania (4 a 0), y la semifinal ante Yugoslavia (6 a 1). Argentina, por su parte, luego de ganarle a Francia, le ganó a Chile (3 a 1), a México (6 a 3) y en la semifinal a Estados Unidos (6 a 1).

El partido final fue disputado entre Argentina y Uruguay el miércoles 30 de julio de 1930 en el Estadio Centenario y fue ganado por los uruguayos por 4 a 2. El clima previo generado fue de gran expectativa en las dos orillas y por eso el partido era de alto riesgo. Más de 30.000 habían llegado de apuro a Montevideo, pero sólo 15.000 pudieron entrar. La tensión era tal que el conocido cantante de tango Carlos Gardel visitó a los dos equipos en sus concentraciones antes de empezar el partido pero prefirió no asistir.

En ese ambiente de alta tensión antes, durante y después del partido se registraron incidentes de todo tipo. Por un lado el problema de la venta de entradas, en donde se

vendían más de las que el Estadio podía albergar y que podía llevar a los enormes problemas generados en la inauguración del torneo. Por el otro, la mutua hostilidad entre los hinchas uruguayos y argentinos. Los problemas de violencia llegaron a tal punto, que luego de la finalización del partido hubo un apedreo al Consulado uruguayo en Buenos Aires. El Director Técnico argentino, si bien admitió la superioridad uruguaya, dijo que sus jugadores habían recibido mensajes amenazantes anónimos. A partir de esto, tanto en la prensa uruguaya como argentina se desató una serie de acusaciones mutuas y de discursos agresivos e interpelantes para el “otro”.

A los efectos de este trabajo, enmarcado en los vínculos entre la política, la identidad uruguaya y el fútbol, nos interesó el estudio de los imaginarios y los estereotipos que desarrolló la prensa. Nos permiten acercarnos a algo que trabajamos cuando nos encargamos del desarrollo de la construcción de la identidad nacional y es el tema de la identidad uruguaya y su relación con la identidad rioplatense.

A medida que se acerca la final, encontramos con respecto a la opinión pública uruguaya diferentes visiones sobre todo lo que el torneo le estaba generando a Uruguay como país. Los diarios nacionalistas blancos *El País*, *Diario del Plata* y *La Tribuna Popular* dividen su cobertura en dos tendencias ya insinuadas desde el comienzo mismo del torneo: por un lado, destacan el valor de haber llegado a la final y tratan de sacar el máximo provecho al éxito deportivo para atraer lectores y para apropiarse del nacionalismo exultante que significaría un triunfo; pero, por otro lado, no paran de atacar lo que para ellos es una pésima organización del torneo, de lo que era responsable el Partido Colorado en el gobierno todo, junto con las autoridades de la AUF. Se hablaba de que el estadio era una obra demasiado grande y costosa, que la policía se estaba comportando demasiado violentamente, que lo de las entradas y su mala organización a esa altura era un escándalo.

Luego de la final, y una vez confirmados los incidentes en Buenos Aires, los diarios blancos pasan a cambiar de enemigo momentáneamente. De ser siempre el Partido Colorando en general, y el batllismo en particular, su blanco de crítica, se pasa furiosamente a atacar a los argentinos. Los diarios uruguayos daban estas noticias con un tono de alarma general, similar al llamado a filas. Nos detendremos, en la cobertura que

realizó *La Tribuna Popular*<sup>49</sup>. Este cotidiano respondía al Partido Nacional, y dentro del mismo tenía una clara simpatía por la fracción herrerista. Era normal en el mismo, un tono alarmista, anticolorado y sobre todo profundamente antibatllista. Cualquier acontecimiento público o de gobierno, era aprovechado por el diario para denunciar desde la oposición al “*oficialismo*”. Téngase presente, asimismo que 1930 es un año electoral. Ante el apedreo del consulado uruguayo en Argentina el diario se muestra escandalizado. En un momento de máxima tensión, cuando además de lo del consulado se pasa a la quema de símbolos patrios en estadios argentinos, *La Tribuna Popular* llama a congregarse a “todos los patriotas” frente al estadio Centenario con banderas y símbolos nacionales. Es en este momento que toda la opinión pública uruguaya pide la acción de la cancillería y del presidente de la República, Juan Campisteguy. Todos los problemas de la política interna parecen quedar de lado cuando el enemigo está afuera.

Los problemas vuelven a surgir cuando comienza el intercambio de correspondencia y la realidad diplomática no se corresponde con las expectativas de los sectores que no están de acuerdo con el oficialismo. Por un lado, se critica abiertamente que el ministro uruguayo en Argentina, Juan Carlos Blanco, estuviese de licencia y después del incidente tuviera que realizar los acercamientos diplomáticos el ministro interino. Por otro lado, se habla que el gobierno “no se muestra a la altura de las circunstancias”. El diario acusa al gobierno de no mostrarse patriota y no defender la dignidad nacional. Para el diario había razones profundas que llevaban a ceder en el enfrentamiento. Para Uruguay, como país chico, eran mucho más grandes las pérdidas que pudieran venir de un enfrentamiento, por ejemplo, a nivel económico, con motivo de un bloqueo; el turismo y la dependencia del trigo para el pan eran algunos de los temas manejados. Para *La Tribuna Popular* el único recurso que tenía Uruguay ante el incidente con Argentina era su inserción internacional y el hacer valer sus reclamos ante el derecho internacional o ante organizaciones internacionales. A medida que comenzaba el intercambio de

---

<sup>49</sup> Los artículos elegidos son: “Los argentinos se han quitado la careta: no son nuestros hermanos”. Notas de portada rechazando incidentes ocurridos en Buenos Aires. Sábado 2 de agosto de 1930. “Ayer, en Buenos Aires, quemaron una bandera uruguaya”. Notas de portada rechazando incidentes ocurridos en Buenos Aires y exhortando al público a participar de una manifestación de repudio. Domingo 3 de agosto de 1930. “La hora de la sensatez”, artículo de portada rechazando críticas sobre posibles consecuencias de su postura ante los incidentes de Buenos Aires; y caricatura titulada “Por chismosa y deslenguada”, ejemplificando el tratamiento a dar a la “prensa indigna” de Buenos Aires (el diario *Crítica*).

correspondencia diplomática con Argentina, se buscaba hacer llegar ante la opinión pública nacional e internacional las opiniones de la FIFA y de su presidente, Jules Rimet, que en todo momento destaca la corrección del público uruguayo y la brillantez de la organización y de la seguridad brindada a todos los visitantes extranjeros. Pero por otro lado también se hacen llegar los mensajes de solidaridad de todos los países sudamericanos, empezando por el propio Brasil. La negociación, por lo tanto, entraba en la fórmula de política internacional que había afirmado el primer batllismo. Cuanto más creciera la importancia de la política internacional menos sería la dependencia ante la prepotencia de los vecinos poderosos. Las relaciones internacionales en el deporte siguen el mismo camino que en el resto de las variables de la política internacional.

Habíamos planteado que el partido Uruguay-Argentina nos permitía apreciar cómo influyen el imaginario y las mentalidades en el fútbol. Nos interesa trabajar cómo *La Tribuna Popular* construía una imagen del “porteño” en el momento en que “los argentinos se sacaron la careta” de forma vergonzosa para el diario luego de que Uruguay les ganara la final. Es en la apelación a la historia patria de consumo escolar, en la historia oficial del momento, que encontraremos algunos anclajes del comportamiento colectivo. Se maneja la idea de que el porteño que insultaba los símbolos patrios era el mismo que había traicionado a Artigas, la idea del porteño como la encarnación de la traición, la mentira y el egoísmo. La idea de la construcción de una historia uruguaya nacionalista de fuerte carácter antiporteño era la que la población masivamente alfabetizada manejaba y que hemos visto, está vinculada con todo esto. Ya desde las aulas escolares se mostraba que Buenos Aires era la encarnación del mal y los caudillos orientales liderados por Artigas representaban el bien. Del otro lado había traidores a la patria grande artiguista y era por eso que los orientales marchaban solos.

Esta alteridad que permitía construir la identidad nacional se fue fortaleciendo con el proyecto moderno batllista. Encontramos una relación especular con Argentina. La temprana separación de la iglesia del Estado, la afirmación de una democracia pluralista y partidocrática, los sindicatos autónomos, la no existencia del servicio militar obligatorio, entre otros factores, se fueron oponiendo al proyecto argentino. En Argentina el Estado está unido a la Iglesia que lo legitima afirmando una especie de nacionalismo católico, desde

1905 existía el servicio militar obligatorio y el ejército domina la política durante prácticamente todo el siglo XX, protagonizando dictaduras y permanentes golpes de Estado. Si tenemos en cuenta que en las décadas siguientes al período estudiado el peronismo llevaría adelante una sociedad corporativa, la alteridad con la otra orilla rioplatense sería total. Como sabemos, la existencia de otro es clave en los mecanismos básicos de construcción de una identidad. El proyecto hacia el adentro se afirma permanentemente al mirar hacia el afuera<sup>50</sup>.

Por su parte, el Partido Comunista había organizado para que exactamente un día después de la final, o sea el 1º de agosto de 1930, se realizara una huelga general. La fecha no era ingenua, ya que si realmente se efectuaba como estaba previsto toda la prensa podía paralizarse y de esa manera no poder realizar la cobertura de la final y de Uruguay campeón del mundo. *Justicia* plantea que la huelga tendría que luchar contra la burguesía y su opio patriotero a propósito del Mundial:

El 1 de agosto el proletariado ha cumplido una gran jornada de lucha contra la burguesía y el imperialismo. Y ese triunfo proletario adquiere todas las proporciones si analizamos y el ambiente en que hubo que desarrollarse. [...] En efecto la agitación y la propaganda fue desarrollada en un ambiente saturado de chauvinismo y hubo necesidad de imponerse a ese ambiente de hostilidad contra revolucionaria preparado por la burguesía [...] La prensa burguesa se encargó de difundir con la amplitud debida la consigna de “mañana no hay huelga” [...] Agréguese a todo esto el opio patriotero expandido por la burguesía en ocasión del centenario, téngase en cuenta que el opio fue agudizado en virtud del triunfo del football burgués y se tendrá una idea del panorama ambiente en que debía desarrollarse la agitación (*Justicia*, 2 de agosto de 1930: 1).

La final entre Uruguay y Argentina, en la que el primero se impone 4 a 2 y se proclama campeón del mundo, generó, como habíamos planteado, algunos incidentes diplomáticos. El apedreo de la legación uruguaya en Buenos Aires como represalia a los aparentes malos tratos del público oriental a los jugadores argentinos causa estupor en la opinión pública uruguaya, que, a su vez, ya estaba muy molesta por la causa antiuruguaya encabezada por el diario porteño *Crítica*. Este diario había sido fundado por Natalio Botana (que era uruguayo) y tenía un carácter sensacionalista. Los jugadores argentinos habían sido recibidos como héroes en Buenos Aires, ante una multitud que clamaba por

---

<sup>50</sup> Para más información sobre el carácter antiporteño de la historiografía nacional uruguaya y de sus libros de texto ver Caetano (2006).

venganza por lo que les habían “hecho a los muchachos”. Cuando de esta etapa se pasa a la quema de símbolos patrios del antagonista, se está al borde de la guerra. En un partido por el campeonato de fútbol argentino se produce la quema de una bandera uruguaya ante el griterío ensordecedor de las tribunas (*La Tribuna Popular*, 3 de agosto de 1930: 1).

La prensa oficialista colorada reacciona a todo esto. Primeramente, y con vísperas de jugarse la final, se ataca fuertemente a la prensa opositora y a todo los que habían estado en contra de la organización del Mundial. Se muestra que había sido un éxito, que la policía había actuado maravillosamente bien, que todas las delegaciones extranjeras estaban encantadas con la organización del campeonato (*El Día*, 26 de julio de 1930: 7). Pero, previniendo lo peor, sí advierte sobre la posible mala corrección del público uruguayo con el argentino, que en masa empezaba a llegar al puerto de Montevideo. Se pide honestidad y caballerosidad con el argentino. Se vuelve a apelar a la hermandad entre las dos naciones. Además, se previene sobre algo que igualmente terminaría en el escándalo y que era la venta de entradas: muestra cómo eran las verdaderas entradas y las falsas vendidas por los revendedores. Luego de la final, los títulos de Uruguay campeón del Mundo por tercera vez llenan todas las páginas. Además del relato minucioso del partido y las fotos de los goles se pasa a relatar que la organización fue perfecta y la corrección y caballerosidad de los argentinos admirable. Y a la hora de los festejos, se vincula esa victoria con el “Centenario de la Patria”:

En el primer torneo internacional organizado por Federación Internacional de Football los uruguayos han conquistado un título sin precedentes en la historia del deporte. Son desde ayer los campeones del mundo, después de haber sido dos veces campeones olímpicos y seis veces sudamericanos. Ninguna nación del mundo puede ostentar tan importantes blasones deportivos. [...] El match de ayer, tal como corresponde a la trascendencia excepcional de la justa deportiva y a la calidad de los rivales, se desarrolló dentro del más perfecto marco de caballerosidad no registrándose una sola nota que empañara el brillo de la jornada en el que quedó consagrado el primer campeón del Mundo de football. Uruguayos y argentinos quisieron demostrar que pese a la rivalidad deportiva que cada uno exige esfuerzos máximos, tienen de esa rivalidad un concepto que nunca puede llevarlos más allá de los estrechos límites del campo de juego. Y dentro de él fueron dignos adversarios que en ningún momento echaron mano de recursos ilícitos o reprobables, ni se dejaron arrastrar por impulsos subalternos que hubieran puesto en la solemnidad del gran día una sombra in disipable (*El Día*, 31 de julio de 1930: 7).

Luego de los incidentes en Argentina, la actitud es totalmente distinta a la de los diarios nacionalistas. Prácticamente se minimiza el hecho de la rotura de cristales en el

Consulado uruguayo en Buenos Aires. Todo el foco de la cobertura se refiere a “cierta prensa argentina” que estaba lanzando una serie de mentiras contra Uruguay, específicamente y una vez más contra el diario *Crítica*. Pero, a su vez y con gran habilidad de sus periodistas, no se buscaba con esto enfrentarse al pueblo argentino, sus tradiciones y sus valores; se deja bien claro que las 15.000 personas que habían estado presenciando la final en el Estadio Centenario y las 30.000 personas que habían llegado a Montevideo habían dado muestras de caballerosidad e hidalguía ante la derrota (*El Día*, 31 de julio de 1930: 7). Frente a la ruptura de relaciones con la asociación que dirigía el fútbol argentino, se trata de ser positivo y de que predomine la sensatez. Con esto entramos en dos constantes de este tipo de fuente, la de la prensa periódica oficialista. Por un lado, y específicamente en el caso del diario *El Día*, continúa el tema de la hegemonía simbólica que tenía en todo lo que respecta a la producción de imaginario y con la producción de sentido común. Hasta hoy en día, la mayoría de las historias oficiales de los periodistas deportivos uruguayos continúan con el mismo discurso que *El Día* construía en el momento mismo de los hechos. Es el caso del ya citado *Donde se cuentan proezas. Fútbol uruguayo (1920-1930)* de Ricardo Lombardo (1993), todavía hasta el día de hoy tomado por la AUF como el estudio más serio sobre este período.

La idea es acercarse a lo que produce alejamiento y enfrentamiento entre los dos hermanos del Plata, que lleva a que “el clásico del Río de la Plata” –como se conoce en el mundo cada vez que Argentina y Uruguay se enfrentan en fútbol–, sea un lugar privilegiado para ver ciertos resortes del “patriotismo” y del nacionalismo chovinista. Respecto de la prensa argentina<sup>51</sup>, Roberto Di Giano, para el Mundial de 1930, toma dos visiones antagónicas con respecto a la óptica de los incidentes con Uruguay. Por un lado la revista *La Cancha*, y por otro lado nuestra ya conocida revista *El Gráfico* (Di Giano, 2010: 27-35). Descubre que, al igual que en Uruguay, las visiones corresponden a los intereses políticos, comerciales y sociales de los mencionados medios. Si bien ambas publicaciones son críticas con respecto al comportamiento y hostilidad del público uruguayo hacia el argentino y se ve a “el otro” como un contrincante desleal, los matices son diferentes. La

---

<sup>51</sup> Estudios comparados de la prensa están siendo realizados por el AIED, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Tulio Guterman, Julián Ponisio y especialmente el sociólogo Roberto Di Giano hicieron grandes aportes a este respecto.

revista *La Cancha*, si bien era una revista de importancia creciente en la Argentina, no tenía ni llegada ni tiraje en Uruguay. De esa manera, su discurso, dirigido al gran público argentino, era violento y agresivo hacia el fútbol uruguayo. Se partía de algo que por mucho tiempo se había apoderado del sentido común del fútbol argentino: sostenían que era por las patadas y la violencia que Uruguay podía ganarle a la Argentina. Pero, además, la publicación partía denunciando que estaba todo arreglado para que Uruguay saliera campeón. Se denunciaba que el sorteo y la elaboración del *fixture* habían sido un acomodo para Uruguay. Con respecto a lo ocurrido en la final, se denuncia la vergüenza de la violencia y el comportamiento del público uruguayo para con los jugadores y la hinchada argentina, así como la violencia de los jugadores uruguayos contra sus rivales. Violencia tolerada por el juez Languenus, juez que para la publicación jugó para los uruguayos. Pero lo más interesante es que, al igual que *La Tribuna Popular*, la revista se mete con los próceres que habían fundado “*la leyenda patria*” uruguayo:

*Artigas, los 33,  
el heroico Lavalleja,  
Sólo son cuentos de vieja  
De aquellos bravos patriotas  
El recuerdo se ha perdido;  
Tan solo se escucha el ruido  
De las pateadas pelotas  
Artigas se supone  
Fue un heroico y gran varón  
Pero no hay comparación  
Entre Artigas y Scarone  
Y jamás hubo un cañón  
Como el cañón de Petrone  
Lavalleja fue imbatible  
Y potente fue su brazo  
Pero cero ante el rechazo*

*Del gran Nazassi el terrible  
El pasado se ha esfumado;  
Aquellos fueron monadas;  
Hoy solo existe un pasado  
Que en la historia se ha grabado  
Y es el de las Olimpiadas  
Todo el resto son bemoles  
a prueba de ingenuidad*<sup>52</sup>.

Es así que apoya la decisión de la Asociación Amateurs Argentina (AAA; nombre que llevaba en ese momento lo que hoy es la AFA) de romper relaciones con la AUF y, a su vez, critica la postura demasiado blanda de otros medios como *El Gráfico*, acusándolos de “uruguayos ascéticos” o “uruguayizantes”. El director de la multifacética Editorial Atlántida era el uruguayo Constancio C. Vigil.

*El Gráfico* utiliza, al decir de Roberto Di Giano, un estilo “discreto tratando de contemporizar”. Veamos su crónica luego de la final.

Ha finalizado el Campeonato Mundial de Fútbol. Triunfante para el Uruguay y felizmente para todos. Porque la verdad sea dicha, el desarrollo de este certamen creo una atmosfera no sólo desagradable sino [...] ingrata. Por último el epílogo no ha podido ser más desalentador. Cuando las pasiones despertadas por un match de fútbol superan las proporciones dispensadas al deporte, la sensatez de los dirigentes debe sofrenar el ofuscamiento del público; pero no con ruptura de relaciones, sino con el acuerdo de las Asociaciones de ambos países, para terminar con un tiempo con los encuentros internacionales (Di Giano, 2010: 33).

En vez de continuar con los rumores de las patadas y la violencia uruguaya, se centran en que el equipo no fue cobarde y no “arrugó” frente a los uruguayos:

No podemos permitir que se tilde de cobarde al team argentino que actuó en la final de Montevideo. Nos rebelamos contra esa infamia. [...] Hay que tomar un camino muy diferente para justificar la derrota. Es preciso reconocer que los uruguayos jugaron con una mayor armonía de conjunto y que fue el factor que les deparó la victoria. No se nos olvidan los fouls. En los últimos quince minutos del primer tiempo, en su desesperación por alcanzar el empate que necesitaban, prodigaron algunos golpes. [...] Pero no fueron los

---

<sup>52</sup> Tomado del video *Hostilidad y violencia en la Copa del Mundo*, en [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), Buenos Aires, febrero de 2008.

fouls los que determinaron la derrota (*El Gráfico*, 9 de agosto de 1930: 7).

Y a su vez entra en el caso de Monti. Todos los rumores afirmaban que algunos fanáticos uruguayos habían amenazado de muerte a la madre de este jugador argentino. La revista pasa a defender a Monti diciendo que jugó “caballerosamente”.

Para entender todo esto, no hay sólo hay que vincularlo a que Constancio Vigil era uruguayo sino que, además, hay que vincularlo al hecho de que este medio argentino era muy leído en Uruguay y, de alguna manera, entrar en una campaña difamatoria contra Uruguay o contra su fútbol era perder una franja de mercado importante. *El Gráfico* siempre tuvo una enorme importancia en Uruguay, ya que a diferencia de Argentina, la pequeñez del mercado nunca pudo asentar la existencia de una revista semanal de fútbol. Y por supuesto que por la calidad del papel y de las fotografías, no era lo mismo seguir el Mundial a través de una revista especializada que a través de los diarios. Hasta el día de hoy encontramos esa relación ambivalente entre el aparato propagandístico argentino y la cobertura de “lo uruguayo”, sobre todo cuando “lo uruguayo” vende y genera dinero. A su manera esta postura es similar, pero por otros motivos, a la del diario *El Día*, en Uruguay. Ambos buscan paños fríos en el conflicto y “contemporizar”. Unos por motivos políticos y otros por motivos comerciales, van atenuando el enfrentamiento.

Con respecto a los periódicos argentinos, es de destacar que también hay diferentes visiones. Las del diario *Crítica* son las más furiosas. En el número posterior a la final y en su portada y a tamaño sábana se refieren a que:

No hay que jugar más con los uruguayos. Es inminente la ruptura de relaciones con la Asociación Uruguaya de Football. Las vejaciones sufridas ayer por nuestros jugadores en el trayecto hacia el Hotel, no tienen precedentes. El campamento argentino es un hospital. El campamento argentino es un hospital. Casi todos los argentinos fueron lesionados. El referee jugó para los uruguayos. Allá en Montevideo de “cualquier” manera debían ganar los uruguayos y ganaron (*Crítica*, 31 de julio de 1930: 1).

A su vez, *La Razón* no tiene un tono menos duro para con el comportamiento del público uruguayo. Ante la llegada de la delegación argentina a Buenos Aires titula:

Regresan esta mañana a la patria los disciplinados y correctos jugadores argentinos que intervinieron en el Campeonato Mundial. Ninguno de nuestros muchachos volverá a jugar

jamás en los Estadios del Uruguay. [...] Justa la victoria. La violencia la empañó (*La Razón*, 31 de julio de 1930: 1).

Diferente es, sin embargo, la visión del diario *La Nación*. Considerado en Uruguay en ese momento como el mayor representante de la prensa “seria” porteña y de un enorme peso también en la opinión pública uruguaya, básicamente destaca el valor que le había dado la prensa uruguaya al comportamiento “caballeresco” de los jugadores argentinos en el campo de juego:

Sigue comentándose el match por el Campeonato Mundial. Los diarios uruguayos coinciden en afirmar que la lucha constituyó una sucesión de jugadas plenas de emoción y de energía. El diario *El Día* calificó a los argentinos de caballerosos rivales y destacó el brillo de la jornada. Los diarios de la mañana destacan en comentarios inflamados de entusiasmo la actuación del equipo uruguayo. Se magnifica la hazaña y se recuerdan los éxitos anteriores en certámenes olímpicos. [...] Hubo dificultades para el regreso desde Montevideo. Con motivo de la enorme afluencia de argentinos que llegaron a esta capital a presenciar el match final el regreso de los vapores se ha producido en forma irregular (*La Nación*, 31 de julio de 1930: 7).

Sí se informa que era probable que la AAA rompiera relaciones con la AUF, debido a los incidentes con Argentina que habían sido denunciados por altos dirigentes porteños. Pero en todo momento se toma la más estricta neutralidad y no se toma partido en esta ruptura. A su vez se continúa con todas las repercusiones que seguía teniendo la obtención del Mundial por los uruguayos. Se informa en tono sorprendido que el matutino uruguayo *El País* informaba que se regalarían terrenos a los jugadores de Uruguay (*La Nación*, 31 de julio de 1930: 7).

Así como la final de Ámsterdam nos mostraba todo lo de acercamiento que había en ese mundo rioplatense que superaba la vieja Europa, en la final del treinta se nos muestra todo el alejamiento entre las dos naciones.

Ante estas versiones tan antagónicas de ambas prensas de Argentina y Uruguay, en muchos casos con un nacionalismo desbordado, es interesante ver la versión de la mirada europea. Son conocidas las opiniones del presidente de la FIFA, Jules Rimet, y del juez de la final, el belga Langeuns y que fueron reproducidas por todos los diarios. Ambos declaraban que la final había sido realizada en tonos totalmente normales. También tenemos que tener en cuenta que eran actores oficiales del gran circo montado en torno a

este primer Mundial de Fútbol. Pero también están las crónicas que sobre el comportamiento del público hacia Argentina nos deja el periodista europeo Ricardo Ornelas, anteriormente citado. Desde su llegada a Montevideo queda asombrado por el nacionalismo exacerbado que muestra el público uruguayo. Le parece indignante el comportamiento cuando jugaba Argentina. Rememorando todos los incidentes con Argentina, comienza con el tan comentado debut de la selección albiceleste con Francia en el Parque Central:

La serie A ya proporcionó algunas complicaciones políticas porque el público en el partido Argentina-Francia torció de tal manera por los europeos que los vecinos de Uruguay se sintieron desolados con una agresión del que fue víctima uno de sus jugadores, practicada por uno de esos exaltados que se encuentran en todas partes. El presidente de la AUF, al término del partido se apresuró a presentar su expresión de disgusto por lo que había pasado al propio Ministro de Argentina en Uruguay (*Diario de Noticias*, 18 de agosto de 1930: 7).

En un hecho que es totalmente minimizado por la prensa uruguaya es que faltando pocos minutos para terminar el partido, el juez brasileño Almeida Rego pitó el final. Ante las protestas masivas y la solidaridad con el equipo francés, el público terminó invadiendo la cancha en forma masiva y fue desalojado por policías de a caballo. (Uruguay (*Diario de Noticias*, 18 de agosto de 1930: 8). Pero lo más interesante es lo que relata en su resumen del partido Argentina-Chile:

El público se mostró desde los primeros minutos a favor de los chilenos; estos, sintiéndose bien apoyados, no tardaron en jugar violento. [...] Cuando faltaba un minuto para terminar el primer tiempo, el medio centro argentino y el interior directo chileno llegaron a vías de golpe, y el pugilato se generalizó [...] Y lo curioso, ningún jugador fue expulsado (*Diario de Noticias*, 19 de agosto de 1930: 8).

Antes de llegar a la final, Argentina se batió en duelo semifinal con Estados Unidos. Ricardo Ornelas destaca una vez más el apoyo que el público y la prensa uruguaya le daban a todo lo que fuera antiargentino. Se hablaba maravillas del equipo norteamericano, que, entre otras cosas, se destacaba por haber vencido 3 a 0 a Bélgica, los campeones olímpicos de 1920. Cuando la goleada de Argentina se concreta en aquel 6 a 0 lapidario, el portugués plantea que la desilusión del público fue total. Con respecto a la final, sin embargo, el testimonio no habla de prepotencia escandalosa del público uruguayo hacia

Argentina, ni un arbitraje favorable al local. Simplemente, su crónica plantea

en la final del primer campeonato mundial de football triunfó el mejor equipo. Los uruguayos reinciden en la victoria en las competiciones internacionales. Buen comienzo, buen fin, más inferioridad también. El once de Argentina no correspondió con las expectativas (*Diario de Noticias*, 25 de agosto de 1930: 7).

Al describir el clima previo, queda asombrado por la cantidad de argentinos que llegaban a Uruguay en forma masiva:

La invasión argentina constituyó un aspecto característico de la ciudad [...] diríase que Montevideo era más argentino que uruguayo, por cuanto los habitantes tomaban camino para el estadio, los vecinos de la otra margen [...] empuñaban pequeñas banderas de su país. Montevideo, a la espera del encuentro, tenía un aspecto similar al que dos años atrás Ámsterdam se preparaba para el encuentro Uruguay-Alemania: tal como los alemanes en los Países Bajos, los argentinos parecían los propietarios de la capital de los “orientales. [...]El estado lleno, más sin los excesos del día de la inauguración. Ochenta mil personas, de los cuales quince mil eran llegadas de Argentina. [...] Por tal motivo banderas argentinas por todas partes, uruguayas también pero menos numerosas. [...] Para el estadio mole enorme de gente. Para matar el tiempo los argentinos iniciaban los coros cantando “ARGENTINA”, “ARGENTINA”. Pero la réplica fue temible “URUGUAY”, “URUGUAY” (*Diario de Noticias*, 25 de agosto de 1930: 8).

El portugués destaca, permanentemente, que esta vez sí la organización era bastante mejor que en veladas anteriores. Sobre todo la entrada en orden al estadio y las seguridades que daba la policía como protección a la hinchada visitante, le dan confianza en todo momento al periodista europeo de que la final podía jugarse tranquilamente y sin pensar en que el público y los factores extradeportivos pudieran favorecer al local.

Como vemos, los relatos surgidos luego de la final del Mundial entre Argentina y Uruguay son los que mejor nos permiten acercarnos a la influencia de los imaginarios y el rol que juega en ésta la opinión pública. Para estudiar esta influencia, nos interesó ir, a su vez, a las repercusiones recogidas en el archivo diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores. Nos ocuparemos aquí del análisis de la nota enviada por Consulado General del Uruguay en la Argentina al Ministro de Relaciones Exteriores, Rufino T. Domínguez, luego de los incidentes que habían llevado a la ruptura de cristales del consulado en Argentina. Es de aclarar que esta nota fue la única documentación sobre el tema encontrada en el AMREU(Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay)

El contenido de la nota no coincide para nada con la alarma generalizada que se había creado en la opinión pública en general y que había alentado *La Tribuna Popular* en particular. El inspector encargado del consulado es el que se dirige por carta al canciller, debido a la ausencia de Juan Carlos Blanco. En un tono tranquilo y para nada alarmista explica que el local del consulado fue motivo de una agresión por parte de “una manifestación de exaltados que arrojaron piedras y otros proyectiles análogos sobre su frente, sin más consecuencia que la rotura de cristales” (Correspondencia entre el Consulado General del Uruguay en Argentina y el Ministro de Relaciones Exteriores Rufino T. Domínguez, Buenos Aires, 31 de julio de 1930, en AMREU, carpeta Mundial de 1930).

Pero enseguida se aclara que la policía inmediatamente disolvió a los revoltosos arrestando a más de uno de ellos. E incluso se aclara que luego concurrió al consulado el jefe de la policía porteña, el coronel Graneros, presentando “excusas por el atentado”. De modo que se aclara que el incidente era atribuible al desborde pasional de algunas personas, no teniendo nada que ver las autoridades, que habían actuado correctamente. Todo el clima que había generado, por ejemplo, *La Tribuna Popular* en la opinión pública, que hablaba de un insulto al país, nada tiene que ver con la forma en que las cancillerías uruguaya y argentina resolvieron rápidamente el tema. También nos muestra que el hecho, aunque mínimo, existió, y que la prensa oficialista, en diarios como *El Día* o *La Mañana*, lo habían minimizado o directamente ignorado, centrándose en que todo lo que había pasado era invento de “cierta prensa argentina”.

Esto nos muestra, una vez más, el papel que juegan los medios en los imaginarios y en la construcción de alteridades que están en la base de la formación de, en este caso, la identidad nacional. También nos muestra lo importante de tomar diferentes tipos de fuentes para el abordaje interpretativo de un objeto de estudio; así como los diferentes medios de comunicación escrita responden en su discurso a determinados grupos políticos de la época, la correspondencia oficial del ministerio de Relaciones Exteriores nos muestra la opinión y el accionar de los actores directamente involucrados en el incidente.

La sesión de la Cámara de Diputados del viernes 1º de agosto de 1930, al otro día de la final entre ambos vecinos del Plata, no escapó al clima de algarabía colectiva que

había generado en toda la sociedad la obtención del campeonato. En el diario de sesiones (*DSCR*), llama primeramente la atención que antes de entrar en los temas a tratar en el día se pasa a votar el pedido de licencia por un mes con goce de sueldo y la falta con aviso de diputados batllistas y riveristas para poder ver los partidos del Mundial. En *La Tribuna Popular* se había denunciado permanentemente esta situación, gritando a todas voces el arreglo del “oficialismo” para que todos los empleados públicos no fueran a trabajar los días de los partidos. De modo que en la Cámara el clima mundialista estaba instalado. En el momento de empezar la sesión y cuando se estaban tratando temas ajenos al fútbol, el doctor Antonio Gustavo Fusco, diputado oficialista, propone que la Cámara se ponga de pie en homenaje a los campeones mundiales. Y pasa a explicar lo que significaba esta gesta deportiva para la imagen del país en el mundo. Ante esta propuesta, el diputado Emilio Frugoni, único representante en el Parlamento del Partido Socialista del Uruguay, se opone violentamente, argumentando el verdadero lugar que tiene que tener el deporte en una sociedad y que hacer lo que proponía Fusco era una exageración, y lo que era peor, era politiquería. En pleno debate, se llega a decir que los tristes episodios de violencia que habían surgido en Argentina no hablaban muy bien de la imagen que del país daba el fútbol.

Para el diputado Antonio Gustavo Fusco, el triunfo en el Campeonato Mundial de Fútbol ha hecho conocer a Uruguay y a su pueblo en lugares que antes ignoraban su existencia:

Pero hay más señor Presidente: los campeones que en la emocionante justa de anteayer conquistaron para la República el título máximo en la actividad deportiva a que se dedican, han hecho bien a ésta hasta en órdenes de actividades enteramente ajenas a aquel en que se desarrolló su esfuerzo. Por su obra, por el brío pujante de su triunfo, el nombre de la República se ha abierto camino prestigioso en espíritus que antes ahora ignoraban su existencia, los que al sentir la emoción admirativa de nuestros triunfos, no podrán sustraerse a la curiosidad, para nosotros tan útil, de saber que hay detrás de esos triunfos, y fácil ha de serles entonces enterarse, con beneficio para nuestra causa, de que lo que hay detrás de los triunfos es un pueblo viril y de levantados ideales, que aspira, en el ejercicio tranquilo de la democracia más perfecta que pueda darse en la tierra, a hacer la felicidad de todos los habitantes que pueblan el escenario patrio (*DSCR*, sesión del 1 de agosto de 1930: 2)

Además, entre otras cosas, rescata el papel “higienista” del deporte:

Considero, además, que es admirable en el triunfo, el valor de emulación moral que él puede inspirar, porque es una lección de disciplina, es una lección de entusiasmo, es una lección de brío puestos al servicio de una causa noble, la que se brinda a todos los hombres cuando se les enseña cómo la perseverancia en el esfuerzo acaba por dar las victorias anheladas (*DSCR*, sesión del 1 de agosto de 1930: 3).

El diputado Frugoni coincide con Fusco en el papel higienista del deporte. Su postura continúa la de todas las “izquierdas”:

El fútbol es un deporte sano y simpático. Me agrada muchísimo presenciarlo y entiendo que los que se dedican a él se dedican realmente a un ejercicio saludable, que ofrece grandes ventajas sobre muchos otros deportes, y tiene, sobre todo, la virtud de apartar a las masas populares de juegos perniciosos como el de las carreras. Reuniéndolas en los grandes espacios libres para presenciar esas hazañas de destreza y de agilidad que son siempre verdaderos espectáculos estéticos, de fuerza, de supremacía muscular, y hasta si se quiere, de inteligencia, como dice el señor Diputado Viera (*DSCR*, sesión del 1 de agosto de 1930: 6)

Es en el fanatismo nacionalista, provocado y exagerado por intereses ajenos a él, donde el diputado encuentra el aspecto “insano” y “repudiable” del fútbol. Ese fanatismo puede llevar a que manifestaciones de “confraternidad” se transformen en demostraciones de “hostilidad” y “agresividad” entre “pueblos hermanos”. Esta visión del nacionalismo coincide en general con la de los comunistas y los anarquistas, las otras “izquierdas” que actuaban en el espectro político uruguayo en las décadas del veinte y del treinta. Se ataca a la “burguesía patrioter”, representada en este caso por algunos políticos colorados y blancos, por manipular a las “masas populares” creando un “nacionalismo” que no existe:

Pero es evidente que se están exagerando las cosas en nuestro país, y que si bien puede defenderse el fútbol de distintos puntos de vista y se puede ser caluroso partidario de este deporte, la manera cómo se lo explota a los efectos de crear en el espíritu público un fanatismo exagerado, no puede merecer de parte nuestra, por cierto, la más mínima aprobación. [...] El fanatismo que se está fomentando en nuestro pueblo acerca del fútbol y con motivo del fútbol, es, como todos los fanatismos, insano y repudiable, tanto más cuanto que él viene a desarrollarse en torno, de justas deportivas que debían ser verdaderas demostraciones de confraternidad continental y que se transforman en demostraciones de hostilidad y de agresividad entre pueblos hermanos.[...]Sin retacear en lo más mínimo, mi admiración, en lo que me es personal, a los jugadores de fútbol que triunfaron tan valientemente en el Campeonato Mundial, voy a oponerme a que la Cámara se ponga de pie para rendirle homenaje (*DSCR*, sesión del 1 de agosto de 1930: 7).

Después de un intenso debate, la Cámara se pone de pie en homenaje a los

campeones mundiales de fútbol.

## **VII- Conclusiones**

Este trabajo se propuso buscar las posibles relaciones entre el fútbol, el poder político y la identidad nacional en el período 1916-1930.

Con respecto al poder político y el fútbol, la idea de partida fue buscar los vínculos entre el sistema de partidos y los triunfos futbolísticos de la generación olímpica. Las preguntas e hipótesis de trabajo iniciales que guiaron la búsqueda de esta relación fueron las siguientes:

1- Si la hegemonía del batllismo, que se había dado en el período sobre todas las manifestaciones sociales, se dio también sobre el fútbol. La pregunta sería de qué forma fue cambiando a medida que la coyuntura política se iba transformando.

2- Cómo los acuerdos colorados de las diferentes fracciones que se fracturan del batllismo y que buscan mantener la unidad del partido encuentran una continuación de este tejido en la dirigencia del fútbol.

3- Si la diferente relación con el pasado y con la tradición de los colorados, los blancos y las izquierdas del período llevó a que los partidos políticos tuvieran una diferente apropiación simbólica de los triunfos del fútbol.

Por otro lado, la idea inicial que guió la relación entre la identidad nacional y el fútbol partió de la hipótesis de una posible isotopía entre las diferentes narrativas de la nación y los discursos que los periodistas deportivos construyeron con los triunfos. Nos preguntamos si las diferentes formas de construir identidad nacional en el período, a través del panamericanismo, del hispanoamericanismo, del nativismo, del cosmopolitismo (todos con tendencias homogeneizadoras y con la idea de diluir lo heterogéneo en homogéneo) encontraban su continuidad en los discursos del fútbol.

Partiendo de estas hipótesis orientadoras de la investigación, el trabajo de recolección y sistematización de las diferentes fuentes nos permite elaborar las

conclusiones finales de la tesis. Desarrollaremos, por un lado, las que se desprenden de la relación entre el fútbol y el poder político y, por el otro, las que surgen de la relación del fútbol con la identidad nacional.

## **1-Las relaciones entre el sistema de partidos y el fútbol**

### *1.1-Con el Partido Colorado*

Lo que primero encontramos es una hegemonía del batllismo en todo este período. El batllismo fue el primero en captar la importancia de acercarse a identidades sociales masivas. El fútbol fue una de las formas de articular con las masas; la hegemonía llegó a ser tal que una fractura dentro del batllismo llevó a una fractura en la dirigencia deportiva. Todos los dirigentes del fútbol que vimos en este trabajo surgieron de la matriz batllista. Héctor Gómez, Francisco Simón, Félix Polleri, César Batlle Pacheco, Julio María Sosa, Francisco Gighliani, Atilio Narancio, Pedro Manini Ríos, Enrique Buero, Raúl Jude son algunos de los nombres de altos dirigentes vinculados todos en un principio a la figura de Batlle y Ordóñez.

Interesa destacar también la importancia enorme del Estado batllista y su capacidad hiperintegradora en el período de estudio. La mayoría de los jugadores eran empleados públicos y eso les permitía, dentro del estricto amateurismo imperante, ventajas comparativas con respecto a otros países: a la hora de viajar y ausentarse de las tareas por tres meses, sólo el Estado podía otorgar licencias extraordinarias de ese tipo a los jugadores.

Este trabajo muestra que las rupturas dentro del batllismo encuentran una continuidad en la dirigencia del fútbol. La Asociación Uruguaya de Football (con el colegialista batllista Narancio y el club Nacional a la cabeza), se enfrenta a la Federación Uruguaya de Football (que quedaba con Julio María Sosa y Peñarol a su frente). Julio María Sosa, como presidente de la FUF, quería eliminar la posibilidad de que un equipo de la AUF concurriera al torneo mundial de fútbol organizado por la FIFA dentro del marco de los Juegos Olímpicos de París de 1924.

La ruptura del año 1924 entre la AUF, la FUF y el COI es una continuidad de los enfrentamientos políticos a la interna del batllismo. Sosa tenía, en este período, un choque con sus correligionarios batllistas. Hay que tener en cuenta que Atilio Narancio, el presidente de la AUF en 1924, era junto con el propio Sosa, el representante del batllismo en el Consejo Nacional de Administración; y Francisco Ghigliani, el director de *El Día de la tarde*, era uno de sus grandes rivales en la Convención Batllista. La desmedida ambición de Sosa y su proyección a querer lograr ser candidato a la Presidencia de la República para las elecciones de 1926 llevaron a un enfrentamiento con Batlle y Ordóñez. Y a su posterior desvinculación de la fracción batllista. Esta desvinculación terminará concretándose en la nueva fracción colorada Partido Colorado por la Tradición, en la que Sosa era líder indiscutido.

En el laudo Serrato encontramos la importancia de los neutrales en el conflicto de las diferentes fracciones que se desprendían del batllismo. La figura del presidente Serrato, colorado neutral electo Presidente de la República en 1922, es clave en la unificación de la FUF y la AUF con su laudo inapelable.

Encontramos que en ese Consejo Provisorio emergente que nacía en 1926 (luego de laudado el fallo de la unificación) comienza a destacar la figura de Héctor Rivadavia Gómez. El dirigente deportivo había sido, como vimos, periodista destacado de la naciente página deportiva del diario *El Día*, presidente de la AUF de 1907 a 1912, fundador de la CSF en 1916, diputado colorado batllista (luego riverista), director del diario riverista *La Mañana*, etcétera. Este hombre de confianza de Manini Ríos comienza a despegar y hacerle una verdadera sombra a Atilio Narancio, el emblemático dirigente batllista de la AUF, y a César Batlle Pacheco, el hijo de Batlle, que había sido presidente de Peñarol y era el segundo de Narancio en la AUF.

Es la figura emergente de Raúl Jude la que vuelve a equilibrar las cosas. Político vierista, ministro de Instrucción Pública en 1924, era también dirigente destacado del Peñarol de Sosa. Con importantes cargos, es la cara visible de la FUF en las negociaciones con la AUF en el laudo Serrato de 1925. Es precisamente a partir de este año que el vierismo pierde toda importancia en el Partido Colorado, luego de la muerte de Feliciano Viera. Encontramos que los pocos políticos y dirigentes vieristas quedaron como una

suerte de colorados neutrales en esa formidable puja por el poder entre el batllismo, el sosismo y el riverismo. Esta posición dentro del Partido Colorado le ayuda en su proyección como futuro presidente de la AUF. En 1928, es el presidente de la AUF en ejercicio y también durante el Mundial de 1930. Su figura es la que entra en la historia de la FIFA al ser el presidente de la asociación que organizó el primer Mundial de la historia.

El Mundial de 1930 muestra el momento en que la relación del fútbol con la Cancillería y el Ministerio de Relaciones Exteriores funciona en forma más aceptada. La labor desempeñada por Enrique Buero (ministro plenipotenciario de Uruguay en Bélgica y vicepresidente de la FIFA hacia 1928) es decisiva a la hora de realizar junto a la FIFA la convocatoria de la mayor parte de países al mega acontecimiento. Encontramos que su correspondencia con la AUF, con Jude y con la propia FIFA son una permanente lucha por enfrentar la organización de un campeonato que contaba con un creciente boicot europeo. Y que enfrentaba una vez más la tendencia panamericana enfrentada a la paneuropea del fútbol.

### *1.2-Con el Partido Nacional*

La disputa de los triunfos con los blancos adquiere distintos matices. Como hemos visto, un antibatllismo militante movía al sector liderado por el caudillo blanco Herrera. En la década de los veinte hay una verdadera disputa por los símbolos y las tradiciones con el Partido Colorado, de la que forma parte por ejemplo la disputa por el calendario y los feriados. Encontramos que la lucha por el pasado y por la tradición entre los colorados y los blancos que se da en el período, lleva a una diferente apropiación simbólica de los triunfos del fútbol. En 1924, en 1928 y en 1930 hay una glorificación de la gesta deportiva por un lado, pero un fuerte cuestionamiento a toda la dirigencia del fútbol sin excepción. En 1930, cuando los colorados se apropian del Mundial como fiesta del Centenario de 1830, los blancos, al cuestionar permanentemente a la dirigencia, cuestionan la propia organización y viabilidad del Campeonato.

Por otro lado, también encontramos una disputa en la forma de captar lectores a través del fútbol. Si bien en 1924 los periódicos blancos marchaban a la saga del Partido Colorado en la forma de cubrir el acontecimiento, en 1928 y en 1930 hay una verdadera

paridad tecnológica y una lucha por la hegemonía cultural en el campo periodístico deportivo.

### *1.2- Con las izquierdas*

Las diferentes izquierdas (Partido Comunista, Partido Socialista, el anarquismo, etcétera) compartieron el rechazo a la xenofobia nacionalista desatada por la prensa del poder luego de los triunfos. La diferencia estuvo en que, mientras los comunistas intentaron crear una Liga Roja obrera de Fútbol paralela, los socialistas y los anarquistas se fueron retirando paulatinamente del tema a lo largo del período.

En el caso del recién fundado Partido Comunista del Uruguay encontramos que en el momento del triunfo de 1924 hay una oposición al nacionalismo desatado por el triunfo. Se buscaba crear un deporte y un fútbol alternativo. Es por eso que se resaltaba la importancia de apoyar a su Liga Roja del Deporte y no a glorificar al fútbol de la burguesía. La burguesía era para el Partido Comunista Uruguayo, los dirigentes deportivos colorados que llevaban adelante por intermedio de la AUF o la FUF un fútbol que a través del chovinismo alejaba a los obreros de la consciencia de clase. Y también la prensa burguesa tanto de los colorados como de los blancos. En 1928 y en 1930 es cuando el tema adquiere rebates más escandalosos. Encontramos que en 1928 se opone a la Olimpiada burguesa de Ámsterdam la Espartakiada obrera de Moscú (además de continuar resaltando la importancia de seguir a los equipos de la Liga Roja). Para el Mundial de 1930 se organiza todo un boicot y una campaña de denuncia de la utilización política del mismo. Encontramos que lo que hay es un rechazo a todo culto a la tradición y al nacionalismo en su conjunto.

## **2-Las relaciones entre el fútbol y la identidad nacional**

### *2.1-Con el panamericanismo y el hispanoamericanismo*

El panamericanismo por un lado y el hispanoamericanismo por el otro, a veces enfrentados, a veces juntos, eran dos formas distintas de construir identidad nacional. En

los discursos del fútbol, ambas posturas están muy presentes a la hora de narrar las copas y campeonatos ganados. El fútbol es apropiado como una tradición más en este período y en los discursos del triunfo se comenzaba a construir la idea de que era lo que hacía ser “uruguayos” a los habitantes de la República. Es en el *Ariel*, de José Enrique Rodó, que hemos encontrado la influencia más grande de los discursos que giran alrededor de las victorias.

En la conquista de 1924 se construye la idea de que un equipo formado por hispano-latinos, fundamentalmente conformado por jugadores de origen español e italiano, había mostrado superioridad y había vencido a representaciones nacionales de países del tronco anglosajón como Holanda, Estados Unidos o Suiza. Con orgullo se decía que el equipo que había conquistado la medalla de oro hablaba en español. En 1928, la construcción de la identidad se realiza en círculos concéntricos. Con los triunfos contra Holanda y Alemania se parte una vez más de la idea de la superioridad de lo hispano-latino sobre lo anglosajón en el fútbol. Pero luego de derrotar a Italia (en donde el enfrentamiento es tomado como un choque entre dos potencias del fútbol latino), la alteridad básica pasa a ser la de América contra Europa. Haber derrotado a algunas de las principales potencias europeas era una muestra de la superioridad de una América joven y vital contra una Europa vieja y enferma de tradiciones ancestrales. Esta América incluía tanto los países de la América anglosajona como los de América Latina. Es en estos discursos que encontramos que aparece con fuerza la idea panamericana.

## *2.2-Con lo rioplatense*

También encontramos en el fútbol del período (y, sobre todo, en los discursos periodísticos en torno a las dos finales con Argentina de 1928 y de 1930) un espacio privilegiado para entender lo rioplatense. En 1928 los discursos trabajan todo lo que une a las dos orillas del Plata, haciendo referencia sobre todo al aluvión italiano y español y a expresiones culturales como el tango. En 1930, en cambio, los discursos son de enfrentamiento. Se encuentra permanentemente una relación de amor y odio, de acercamiento y alejamiento, que lleva a que siempre uno de los resortes más importantes

de la identidad nacional uruguaya sea la alteridad con Argentina. Argentina, desde la historia patria hasta la producción de sentido en la vida cotidiana uruguaya, funciona siempre como el “otro” cercano con el que hay que buscar diferenciarse. El mundo del fútbol forma parte de esta alteridad.

### *2.3-Con la geografía*

Encontramos que los triunfos de 1924 y 1928 son una forma de hacer entrar a Uruguay en la geografía del mundo. Es por eso que en este período el fútbol adquiere una importancia tan grande para el país. El fútbol llevó a que Uruguay tuviera peso de decisión en federaciones y confederaciones de corte internacional. Se alcanzaba una figuración mundial que no tenía correspondencia con el peso económico o demográfico del país. El desfase entre los logros en el fútbol internacional y el tamaño del país será una continuidad y una permanencia en la historia del fútbol uruguayo.

Por último, nos acercamos específicamente al fútbol uruguayo del período cronológico de estudio de la tesis. Los grandes triunfos de 1916 a 1930 encontraron siempre en el periodismo deportivo un espacio para relatar los momentos de gloria. Haber encontrado una gran diversidad de miradas nos ha permitido ver ópticas totalmente diferentes a las triunfalistas. La historia la hacen los vencedores; la historia del fútbol uruguayo fue la historia de su versión oficial, la visión de los vencedores. Rastrear la mirada de los que en ese momento eran los perdedores políticos (los blancos y las izquierdas) así como también la de los que habían perdido en el fútbol (los argentinos) lleva necesariamente a ver cómo han quedado ocultas. Es en el ocultamiento en donde siempre el poder se ejerce en su forma más impune.

### VIII-Referencias bibliográficas

- Achugar, Hugo (2006) “Adn Uruguayo. Sociedad registrada” en *Rumbo Sur*, Montevideo, 29 de junio de 2006; pp.26-29.
- AA.VV. (1925) *El libro del Centenario*, Montevideo, Capurro & Cía.
- AA.VV. (1930) *El Estadio Centenario*, Montevideo, Urta y Curbelo.
- AA.VV. (1969-1970) *100 años de fútbol*, Montevideo, Editores Reunidos.
- AA.VV. (1981) *Biblioteca total del fútbol. El deporte en los cinco continentes*, Barcelona, Océano.
- AA.VV. (1983) *El Estadio Centenario de Montevideo. Monumento histórico del fútbol, 1930-18 de julio-1983*, Montevideo, AUF-CAFO.
- AA.VV. (1990) *Salto de ayer. Crónicas y documentos*, Salto, ANEP.
- AA.VV. (1994) *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, de la Piqueta.
- AA.VV. (1995) *Nación y Modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- AA.VV. (2000) *Antropología social y cultural en Uruguay*, Montevideo, FHCE-Nordan Comunidad.
- AA.VV. (2004) *FIFA 1904-2004. Un siglo de fútbol*, Madrid, Pearson Educación.
- AA.VV. (2006) *Histoire politique des coupes du monde de football*, Paris, Vuibert.
- AA.VV. (2008) *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Montevideo, Banda Oriental.
- Acevedo, Eduardo (1933-1936) *Anales históricos del Uruguay*, 6 vol., Montevideo.ador)  
(1998) *La fundación por la palabra*, Montevideo, FHCE.
- Achugar, Hugo (compilador) (2002) *Derechos de memoria. Nación e Independencia en América Latina*, Montevideo, FHCE, 2002.
- Achugar, Hugo y Gerardo Caetano (compiladores) (1992) *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce.
- Aguiar, Ximena (2009) “Un club que forjó buena parte de la historia del deporte uruguayo. La ACJ festeja sus 100 años”, *El País*, Montevideo, 15 de abril de 2009, p. 3.
- Alabarces, Pablo (2001) *Fútbol y patria, el fútbol y las narrativas de la nación en la*

- Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- Alabarces, Pablo (compilador) (2003a) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- Alabarces, Pablo (compilador) (2003b) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- Alabarces, Pablo, Roberto Di Giano y Julio Frydenberg (1996) *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Altamirano, Carlos (2002) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- Althusser, Louis (1969) “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI, 1974; pp. 102-151.
- Altoberro, Raúl (1945) *El Estadio Centenario. Síntesis de un anhelo popular*, Montevideo.
- Álvarez, Luciano (2004) *Historia de Peñarol*, Montevideo, Aguilar.
- Álvarez, Miguel y José María Montero (2002) *Nuestro Patrimonio. Monumentos históricos de Montevideo y otros sitios destacados de la ciudad*, Montevideo, El País.
- Andacht, Fernando (1992) *Signos reales del Uruguay imaginario*, Montevideo, Trilce.
- Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.
- Ántola, Susana y Cecilia Ponte (2000) “La nación en bronce, mármol y hormigón armado” en Caetano, (compilador), Montevideo, Taurus; pp. 180-194.
- Arbena, Joseph (2009) “El mapa deportivo de América Latina” en [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), año, número 34, junio de 1999.
- Archambault, Fabien (2010) “Partidos de fútbol y revueltas urbanas en la Italia de la posguerra” en Frydenberg y Daskal (2010) *Fútbol, Historia y Política*, Buenos Aires, Aurelia, 2010; 40-64-.
- Archetti, Eduardo (1995) “Estilos y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo Económico*, volumen 35, n° 139, Buenos Aires, Ides.
- Archetti, Eduardo (1997) *Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico*

- del fútbol y el polo en Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Quilmes, UNQ.
- Archetti, Eduardo (2001) *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, FCE.
- Archetti, Eduardo (2003) *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003.
- Armstrong, Gary y Richard Giulianotti (1997) *Entering the field. New perspectives on World Football*, London, Berg.
- Baczco, Bronislav (1991) *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Barbero, José Ignacio (1993) "Introducción" en AA. VV. (1993) *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid, de la Piqueta; pp. 2-12.
- Barrán, José Pedro (1964) "Carlos Real de Azúa", en Real de Azúa, Carlos (1964) *El impulso y su freno y otras páginas*, Montevideo, Banda Oriental, 2007.
- Barrán, José Pedro (1990) *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, tomo II, *El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo, Banda Oriental-FHCE.
- Barrán, José Pedro (1992) "Introducción" en Caetano, Gerardo (1992-1993) *La república conservadora*, Montevideo, Fin de Siglo., p.2-6
- Barrán, José Pedro (1998) *Apogeo del Uruguay pastoril y caudillesco*, Montevideo, Banda Oriental-La República.
- Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum (1967) *Historia rural del Uruguay moderno*, Montevideo, Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum (1979) *El Uruguay del Novecientos*, Montevideo, Banda Oriental.
- Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum (1979-1984) *Battle, los estancieros y el imperio británico* (tomos I al VI), Montevideo, Banda Oriental, 1985.
- Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum (1983) *Las primeras reformas, 1903-1911*, Montevideo, Banda Oriental.
- Bauzá, Francisco (1880-1882) *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Montevideo, Clásicos Uruguayos, 1954.
- Bayce, Rafael (1983) "Deporte y sociedad (1958-1983)", en AA.VV. *El Uruguay de nuestro tiempo*, volumen nº 3, Montevideo, CLAEH; pp.49-72.

- Bayce, Rafael (1990) *Cultura política uruguaya. Desde Batlle hasta 1988*, Montevideo, FCU.
- Bayce, Rafael (1991) “Fútbol uruguayo, economía, política y cultura”, en *Nunca más campeón mundial. Uruguay: fútbol, deporte... alternativas*, Montevideo, Fesur.
- Bayce, Rafael (2003) “Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos. Preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo” en Alabarces (compilador) *Futbologías, Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2003; pp. 163-177.
- Bayce, Rafael (2003b) “¿Batlle=Peñarol y Saravia=Nacional? Un gran paso atrás en el tema”, en *Caras y Caretas*, Montevideo, noviembre de 2003; pp. 40-41
- Bayce, Rafael (1970) *La evolución de los sistemas de juego en AAVV 100 años de fútbol*, Montevideo, Reunidos, 1969-1970, pp.507-526..
- Benedetti, Mario (1960) *El país de la cola de paja*, Montevideo, Arca.
- Bhabha, Homi (1990) *Nación y narración*, Buenos Aires, Manantial, 2002
- Bhabha, Homi (1994) *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.
- Blanco Acevedo, Pablo (1925) *Centenario de la Independencia. Informe sobre la fecha de celebración*, Montevideo, Impresora Uruguaya.
- Bourdieu, Pierre (1966) *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 2003.
- Bourdieu, Pierre (1988) “Programa para una sociología del deporte” en *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- Brohm, Jean Marie (2006) *La tyrannie sportive. Théorie critique d'un opium du peuple*, Paris, Beauchesne.
- Bromberger, Cristhian (1994) *Lo spettacolo delle partite di calcio. Alcune indicazioni di analisi etnologica* en Lanfranchi, Pietro *El calcio e il suo pubblico*, Nápoles, Ediciones Scientifiche Italiane, 1994.
- Bromberger, Cristhian (2002) “El fútbol como visión del mundo”, [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), Buenos Aires, Año 8, n° 47, abril de 2002.
- Buero, Enrique (1932) *Negociaciones internacionales*, Bruselas, s/e.
- Burke, Peter (1987) *Sociología e historia*, Madrid, Alianza.

- Burke, Peter (1997) *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Caetano, Gerardo (1983) *La agonía del reformismo. La consolidación de los sectores conservadores (1916-1925)*, Montevideo, CLAEH, serie investigaciones n° 36 y 37.
- Caetano, Gerardo (1985a) *El asedio conservador*, Montevideo, CLAEH..
- Caetano, Gerardo (1985b) *De la tradición a la crisis*, Montevideo, CLAEH-Banda Oriental.
- Caetano, Gerardo (1992-1993) *La república conservadora* (2 volúmenes), Montevideo, Fin de Siglo.
- Caetano, Gerardo (1997) “Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario”, en AA.VV. (1997) *Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*, Montevideo, Banda Oriental-Taurus; pp. 12-42.
- Caetano, Gerardo (1998) “Recuerdos del futuro”, *Brecha*, Montevideo, 23 de diciembre de 1998; p. 11.
- Caetano, Gerardo (2000) *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación*, Montevideo, Taurus.
- Caetano, Gerardo (2002) Apuntes del curso *Problemas de investigación en historia del Uruguay contemporáneo*, curso organizado por el CLAEH, noviembre-diciembre de 2002; inédito.
- Caetano, Gerardo (2006) “Ambigüedades del espejo argentino” en *Ñ, Revista de Cultura*, Buenos Aires, 14 de enero de 2006; pp. 7-8.
- Caetano, Gerardo y José Rilla (1986) *El Joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica*, Montevideo, Banda Oriental.
- Caetano, Gerardo y José Rilla (2005) *Historia Contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Siglo XXI*, Montevideo, CLAEH-Fin de Siglo.
- Caetano, Gerardo y Milita Alfaro (1995) *Historia del Uruguay contemporáneo. Materiales para el debate*. Montevideo, Cuadernos de Ciencia Política, FCU, ICP.
- Caetano, Gerardo y Raúl Jacob (1989-1991) *El nacimiento del terrismo 1930-1933* (3 volúmenes publicados), Montevideo, Banda Oriental.
- Caetano, Gerardo, Javier Gallardo y José Rilla (1995) *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Montevideo, Trilce.

- Caetano, Gerardo, José Rilla y Romeo Pérez (1988) *La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos*, Montevideo, Cuadernos del CLAEH n° 44, segunda serie, año 13.
- Campione, Daniel (2007) *Para leer a Gramsci*, Buenos Aires, Ediciones del CCC.
- Carbonell Debali, Arturo (1930) *Álbum Primer Campeonato Mundial de Football*, Montevideo, Impresora Uruguaya.
- Carmagnani, Marcello (1982) *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*, Barcelona, Crítica.
- Carrión, Jorge y Ana María Herrera (2006) *Ellos me hicieron así 1916-1929*, Montevideo, Tradinco.
- Chasqueti, Daniel (2003) “El proceso constiucional del Uruguay del siglo XX” en *El Uruguay del siglo XX*, Montevideo, ICP-Banda Oriental, pp-78-88.
- Chiaromonte, José Carlos (1989) *Formas de Identidad en el Río de la Plata luego de 1810* en *Boletín Número 1* del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Buenos Aires.
- Chiaromonte, José Carlos, Carlos Marichal y Aimer Granados (compiladores) (2008) *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Connell Smith, Gordon (1982) *El sistema interamericano*, México, FCE.
- Cosse, Isabella y Vania Markarian (1994) *Memorias de la historia. Una aproximación al estudio de la conciencia histórica nacional*, Montevideo, Trilce.
- Cosse, Isabella y Vania Markarian (1996) *1975, año de la orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*, Montevideo, Trilce.
- D'Ambrosio Leticia (2009) “Cuando el esqueleto humano reemplaza al bronce. Repensando las imágenes y los abordajes de la identidad nacional en la Escuela”, en Romano y Bordoli (organizadores) *Pensar la escuela como proyecto [político] pedagógico*, Montevideo, FHCE-Psicolibros; pp. 71-84.
- Da Matta, Roberto (compilador) (1982) *Universo do Futebol: Esporte e sociedade brasileira*, Rio de Janeiro, Pinakoteke.
- Demasi, Carlos (2004) *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay (1920-*

1930), Montevideo, Trilce.

- Di Giano, Roberto (2010) *Fútbol, poder y discriminación social*, Buenos Aires, Leviathan.
- Díaz, Esther (2000) *Posmodernidad*, Buenos Aires, Biblos.
- Dunning, Eric (1993) “Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización”, en AA. VV. (1993) *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid, de la Piqueta; pp. 40-60.
- Dutrénit, Silvia (2002) “Uruguay: Golpe malo, golpe bueno: Los reajustes del sistema político después de 1930”, en Ansaldi (2002) *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*, La Plata-Buenos Aires, Ediciones Al Margen; pp. 240-262.
- Elias, Norbert y Eric Dunning (1992) *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, FCE.
- Errandonea, Alfredo(1994) *El sistema político uruguayo. Análisis de 78 años del sistema político uruguayo*, Montevideo, La República.
- Faccio, Florencia (2008) “Conflictos y violencia en el fútbol uruguayo. Tipología de los hechos violentos relacionados con los espectáculos de fútbol”, [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), año 13, n° 122, julio de 2008.
- Faccio, Florencia, Adamo, Gustavo, Morales. Andrés (2003) *Los campeones del centenario*, Montevideo, Central de Impresiones.
- Ferraro, Sergio (1998) *Argentina en los Mundiales*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Finch, Henry (1980) *Historia económica del Uruguay contemporáneo*, Montevideo, Banda Oriental.
- Frega, Ana (coordinadora) (2011) *Historia regional e independencia del Uruguay. Proceso histórico y revisión crítica de sus relatos*, Montevideo, Banda Oriental.
- Frydenberg, Julio (2011) *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo (1968) *Su Majestad el fútbol*, Montevideo, Arca.
- Galeano, Eduardo (1995) *El fútbol a sol y sombra*, Montevideo, del Chanchito.
- Gallardo, César L. (1969) *El fútbol del 12*, en AAVV *100 años de fútbol*, Montevideo, Editores Reunidos, 1969-1970, pp.51-70.
- García Canclini, Néstor (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la*

*modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Garrido, Atilio (2000) *100 años de gloria*, Montevideo, El País-Tenfield.

Geertz, Clifford (1973) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

Gellner, Ernest (1983) *Nación y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1997.

Gil, Gastón Julián (2002) *Fútbol e identidades locales. Dilemas de fundación y conflictos latentes en una ciudad feliz*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Giménez, Alejandro (2007) *La pasión laica*, Montevideo, Editorial Rumbo.

Giudice, Roberto y Efraín González Conzi (1959) *Batlle y el batllismo*, Montevideo, Editorial Medina.

Gomensoro, Arnaldo (2004) “El Borrascoso nacimiento del Comité Olímpico Uruguayo”, *ISEF Digital*, agosto de 2004.

Gómez, Juan Carlos (1878) *La Unión del Plata. El Uruguay y sus problemas en el siglo XIX*, Montevideo, Capítulo Oriental.

Graff, H. J. (1987) *Los legados de la literatura*, Indiana, Indiana University Press.

Gramsci, Antonio (1975) *Cuadernos de la cárcel*, México, ERA, 2000.

Gramsci, Antonio (1978) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablo Editor.

Guerra, Francisco Javier (1997) “La nación en América Hispánica. El problema de los orígenes”, en Gauchet, Marcel, Pierre Manent y Pierre Rosanvallon (directores) (1997) *Nación y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp,80-92.

Gunther, John (1938) *El drama de América Latina*, Buenos Aires, Claridad.

Gutiérrez Cortinas, Eduardo (1969) “Uruguayos y argentinos”, en AA.VV. (1969-1970) *100 años de fútbol*, nº 5, Montevideo, Editores Reunidos.

Gutiérrez Cortinas, Eduardo (1970) “Los negros en el fútbol uruguayo”, en AA.VV. (1969-1970) *100 años de fútbol*, nº 10, Montevideo, Editores Reunidos.

Gutiérrez Cortinas, Eduardo (1980) *Medio Siglo del Estadio Centenario*, Montevideo, IMM.

Habermas, Jürgen (1998) *Identidades Nacionales y post-nacionales*, Madrid, Tecnos.

Helal, Ronaldo, Antonio Soares y Hugo Lovisoló (2001) *A invenção do país futebol*, Río de Janeiro, Maud, 2001.

- Hermano Damasceno (1955) *Ensayo de Historia Patria*, Montevideo, Barreiro y Ramos.
- Herrera, Ariel (2003) *Un siglo de fútbol del interior. Memorias del país profundo*, Montevideo, Mimeográfica Pesce.
- Hobsbawm, Eric (1989) *La Era del Imperio*, Barcelona, Labor.
- Hobsbawm, Eric (1991) *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1998.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (editores) (1983) *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Hudson, William Henry (1875) *La tierra purpúrea*, Montevideo, Banda Oriental, 2009.
- Huizinga, Johan (1919) *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1932.
- Huizinga, Johan (1938) *Homo ludens*, Buenos Aires, Emecé, 1968.
- Ibáñez, Roberto (1969) *La cultura del 900*, Montevideo, Enciclopedia Uruguay n° 31, Editores Reunidos-Arca.
- Jacob, Raúl (1983) *El Uruguay de Terra* Montevideo, Banda Oriental.
- Kumlien, N. y Emile André (1957) *Gimnasia sueca al alcance de todos*, Buenos Aires, Caijmi.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2004.
- Lanzaro, Jorge (1986) *Sindicatos y sistema político*, Montevideo, FCU.
- Leone, Verónica (2000) “Manuales escolares e imaginario social en el Uruguay del Centenario”, en Caetano, (compilador) (2000) *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, Montevideo, Santillana; pp. 220-244.
- Lezama, Antonio (2008) *La historia que nos parió*, Montevideo, Linardi y Risso.
- Lindhal, Goran (1968) *Battle, fundador de la democracia*, Montevideo, Arca, 1971.
- Lindhal, Goran (1977) *La segunda Constitución 1919-1933*, Montevideo, Arca.
- Loedel Carlos (1969-1970) “Los campeonatos sudamericanos”, en AA.VV. (1969-1970) *100 años de fútbol*, Montevideo, Editores Reunidos; pp. .
- Lombardo, Ricardo (1993) *Donde se cuentan proezas. Fútbol uruguayo 1920-1930*, Montevideo, Banda Oriental, 1993.
- López, Fernando (1990) *Historia de la izquierda uruguaya. La izquierda durante el*

- batllismo* 1911-1919 (tomos 1 y 2), Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo.
- Louis, Julio (1969) *Batlle y Ordóñez. Apogeo y muerte de la democracia burguesa*, Montevideo, Natura libros.
- Luzuriaga, Juan Carlos (2009) *El football del novecientos*, Montevideo, Taurus.
- Maeso, Carlos (1910) *El Uruguay a través de un siglo*, Montevideo, Tipografía y Litografía Moderna, pp.387-407.
- Maguire, Joseph (2005) “Poder y deporte global: zonas de prestigio, émulo y resistencia” en [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com) , Revista digital, Buenos Aires, año 10, n° 80, enero de 2005.
- Maiztegui, Lincoln (1997) “Uruguay, un cielo azul que avanza” en *Mi tierra Uruguay*, Montevideo, El Observador.
- Mandell, Richard (1986) *Historia Cultural del deporte*, Barcelona, Bellaterra.
- Mangan, J. A. (1996) *Tribal Identities. Nationalism, Europe, Sport*, Londres, Frank Cass.
- Manini Ríos, Carlos (1970a) *Anoche me llamó Batlle*, Montevideo, Impresora Letras.
- Manini Ríos, Carlos (1970b) *1924: Colombes*, Montevideo, 100 años de Fútbol, número 7, Editorial Reunidos.
- Manini Ríos, Carlos (1972) *Una nave en la tormenta*, Montevideo, Impresora Letras.
- Manini Ríos, Carlos (1973) *La Cerrillada*, Montevideo, Impresora Letras.
- Montiel Ballesteros, Adolfo (1930) “Montevideo de ayer y de hoy”, en *Mundo Uruguayo*, Montevideo, 17 de julio de 1930.
- Morales, Andrés (2002) “Fútbol, política y sociedad. Las relaciones entre el poder político y el fútbol en Uruguay” en *La Gaceta n° 24*, revista de la APHU, Montevideo, agosto de 2002.,pp.2-18
- Morales, Andrés (2003) “Batllismo y fútbol”, en [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), año 9, n° 62, julio de 2003.
- Morales, Andrés (2004) “Identidad Nacional y monumentos. El caso del Estadio Centenario”, en [www.efdeportes.com](http://www.efdeportes.com), año 10, n° 80.
- Morales, Andrés (2005) “Maracaná, el mito”, ponencia presentada en la *Semana de Estudios Brasileños*, organizada por el SLEM (FHCE), el PROPDUL, 7 al 11 de noviembre de 2005.

- Morales, Franklin (1969a) *Fútbol, mito y realidad*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- Morales, Franklin (1969b) *La garra celeste*, Montevideo, Editores Reunidos.
- Morales, Franklin (1969c) “Los albores del fútbol uruguayo”, en AA. VV. (1969) *100 años de fútbol*, Montevideo, Editores Reunidos.
- Morales, Franklin (1994) *Enviado Especial 1. ¿Vengados para siempre?*, Montevideo, Fundación Banco de Boston.
- Morales, Franklin (2000) *Maracaná, los laberintos del carácter*, Montevideo, Santillana.
- Morales, Franklin (2002) *Andrade, el rey negro de París*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Morales, Franklin (2003) *Peñarol, Nacional, ignorada herencia de Batlle y Aparicio*, Montevideo, Arca, 2003.
- Morales, Franklin (2004) *Reyes, príncipes y escuderos. Del fútbol nuestro desde los años 40*, tomo 1, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2005.
- Moreira, Fabián (2006) “El Mundial de 1929, el Mundial de 1930: Una historia de diplomáticos, ilusiones y ausencias en el Uruguay del Centenario”, en *La Gaceta. Revista de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay*, n °43, Montevideo, octubre 2006; pp. 18-24.
- Nahum, Benjamín (1975) *Historia uruguaya, Tomo 6, 1905-1929. La época batllista*, Montevideo, Banda Oriental, 1987.
- Nahum, Benjamín (1995) *Manual de Historia del Uruguay*, Montevideo, Banda Oriental.
- Nin y Silva, Celedonio (1930) *La República Oriental del Uruguay en su primer centenario, 1830-1930*, Montevideo, Sureda.
- Núñez, Jorgelina (2008) “La república inarticulada. Centralismo versus aislamiento cultural” en *Ñ, Revista de Cultura*, Buenos Aires, Clarín, 30 de agosto de 2008.
- Oliven, Ruben y Arlei Damo (2001) *Fútbol y cultura*, Buenos Aires, Norma.
- Panizza, Francisco (1990) *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Montevideo, Banda Oriental.
- Pedemonte, Juan Carlos (1950) “El monumento de Artigas en su llegada al Uruguay y en la inauguración en 1923”, en *Mundo Uruguayo*, Montevideo, 28 de setiembre de 1950.
- Pelúas, Daniel *et al.* (2000) *Coparticipación y Coalición. 164 años de acuerdos entre*

*Blancos y Colorados*, Montevideo, Arca-Humus.

- Peluffo Linari, Gabriel (1996) “Construcción y crisis de la privacidad en la iconografía del novecientos” en Barrán, Caetano y Porzecanski (compiladores) (1996) *Historia de la vida privada, tomo 3* Montevideo, Santillana; pp. 188-199.
- Peluffo Linari, Gabriel (2000) *Historia de la pintura uruguaya*. Tomo 1. *El imaginario nacional-regional (1830-1930)*, Montevideo, Banda Oriental.
- Perelli, Carina y Juan Rial (1986) *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después*, Montevideo, Banda Oriental.
- Pivel Devoto, Juan (1981) “Los poetas del Parnaso” en Lira, Luciano (1981) *El Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, Clásicos Uruguayos.
- Potasch, Robert (1971) *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Prats, Luis (2000) *La crónica celeste. Historia de la selección uruguaya de fútbol: triunfos, derrotas, mitos y polémicas*, Montevideo, Fin de siglo.
- Prats, Luis (2007) *Montevideo. La ciudad del fútbol. Historias de barrios, clubes, canchas y estadios*, Montevideo, Banda Oriental.
- Rama, Ángel (1984) *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998.
- Rama, Germán (1987) *La democracia en Uruguay*, Buenos Aires, Cuadernos del Rial, Grupo Editor Latinoamericano.
- Real de Azúa, Carlos (1964) *El impulso y su freno. Tres décadas del batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*, Montevideo, Banda Oriental, 2007.
- Real de Azúa, Carlos (1969a) “Ejército y política en el Uruguay” en *Cuadernos de Marcha, El Militarismo*, Montevideo, marzo de 1969.
- Real de Azúa, Carlos (1969b) *La clase dirigente*, Montevideo, Nuestra Tierra n° 34.
- Real de Azúa, Carlos (1984) *Uruguay. ¿Una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, Banda Oriental.
- Real de Azúa, Carlos (1990) *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca
- Reyes Abadie, Washington y Tabaré Melogno (1995) *Crónica general del Uruguay. Volumen 7: El siglo XX, tomo 2*, Banda Oriental, 2001.

- Reynoso, Carlos (2008) *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, Barcelona, Gedisa.
- Rilla, José (2006) “Virtudes y defectos del país donde ‘naides es más que naides’” en *Rumbo Sur*, N° 12, Montevideo, 29 de junio de 2006; p. 28.
- Rilla, José (2008) *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rimet, Jules (1954) *Fútbol, la Copa del mundo*, Barcelona, Juventud, 1955.
- Rocca, Pablo (1990) *Literatura y fútbol*, Montevideo, Arca.
- Rocca, Pablo (2000) “Los destinos de la nación. El imaginario nacionalista en la escritura de Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo y su época” en Achugar, Hugo y Mabel Moraña (editores) (2000) *Uruguay: imaginarios culturales. Tomo 1. Desde las huellas indígenas a la modernidad*, Montevideo, Trilce; pp. 241-257.
- Rodríguez, Ana María (1996) *Selección de informes de los representantes diplomáticos de los Estados Unidos en el Uruguay*, tomo 1: 1930-1933, Montevideo, FHCE.
- Rosenberg, Joel (1999) *Un grito de gol. La historia del relato de fútbol en la radio uruguaya*, Montevideo, Aguilar.
- Said, Edward (1996) *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- San Román, Gustavo (2007) *Soy celeste. Investigación sobre la identidad de los uruguayos*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Sarlo, Beatriz (1998) *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1845) *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas*, Barcelona, Altaya, 1995.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1850) *Argirópolis*, Buenos Aires, Claridad, 1945.
- Scasso, Juan A. (1941) *Espacios verdes*, Montevideo, Tipografía Atlántida.
- Sebreli, Juan José (1981) *Fútbol y masas*, Buenos Aires, Galerna.
- Sebreli, Juan José (1983) *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa.
- Sebreli, Juan José (1998) *La era del fútbol*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Trigo, Abril (2000) “La república de los sentimientos: la sensibilidad romántica al servicio de la imaginación nacional”, en Achugar y Moraña (editores) (2000) *Uruguay:*

- imaginarios culturales. Tomo 1. Desde las huellas indígenas a la modernidad*, Montevideo, Trilce; pp. 147-176.
- Turcatti, Dante (1981) *El equilibrio difícil. La política internacional del batllismo*, Montevideo, Arca.
- Vanger, Milton (1963) *José Batlle y Ordóñez, El creador de su época (1902-1907)*, Montevideo, Banda Oriental, 1992.
- Vanger, Milton (1983) *El país modelo. José Batlle y Ordóñez 1907-1915*, Montevideo, Banda Oriental-Arca.
- Vasconcelos, José (1925) *La raza cósmica. La misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur*, Barcelona, Agencia Mundial de Librerías, s/f.
- Vázquez Franco, Guillermo (1994) *La historia y sus mitos*, Montevideo, Cal y Canto.
- Vázquez Franco, Guillermo (2001) “Las vueltas de la vida. El pasado y el futuro”, en *Brecha*, Montevideo, 13 de julio de 2001; pp. 4-5.
- Vázquez Franco, Guillermo (2010) *Francisco Berra: La historia prohibida*, Montevideo, El Mendrugo, 2011.
- Vidal Jiménez, Rafael (1999) “La Historia y la posmodernidad”, en *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*, N° 13, noviembre de 1999; s/p. Disponible en: [www.ucm.es/info/especulo/numero13/fin](http://www.ucm.es/info/especulo/numero13/fin).
- Villena, Sergio (2002) “Fútbol y nación”, ponencia inédita realizada en el encuentro *Fútbol, globalización y medios de comunicación*, del grupo Deporte y Sociedad de Clacso, Montevideo, UCUDAL, 2002.
- Vinnai, Gerhard (1970) *Fussballsport als ideologie*, Frankfurt, Europäische, 1970.
- Vovelle, Michelle (1985) *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel.
- Wahl, Alfred (1990) *Historia del fútbol, del juego al deporte*, Barcelona, Ediciones B, 1997.
- Williams, Raymond (2001) *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- Winn, Peter (1998) *Inglaterra y la tierra purpúrea*, Montevideo, FHCE, 1998.
- Zorrilla de San Martín, Juan (1888) *Tabaré*, Buenos Aires, Latino Americana, 1950.
- Zorrilla de San Martín, Juan (1968) *Selección de prosa*, Montevideo, Capítulo Oriental.
- Zubillaga, Carlos (1966) *Proceso al fútbol*, Montevideo, Ediciones de la Botica, 1968.

- Zubillaga, Carlos (1979) “El batllismo, una expresión populista” en Balbis, Caetano *et al.* (1979) *El primer batllismo. Cinco enfoques polémicos*, Montevideo, Banda Oriental-CLAEH.
- Zubillaga, Carlos (1979a) “El batllismo, una expresión populista”, en Balbis, Jorge, Gerardo Caetano *et al.* (1979) *El primer batllismo. Cinco enfoques polémicos*, Montevideo, Banda Oriental-CLAEH; pp 16-45.
- Zubillaga, Carlos (1979b) *Las disidencias del tradicionalismo. El radicalismo blanco*, Montevideo, Arca-CLAEH.
- Zubillaga, Carlos (1998) *La utopía cosmopolita. Tres perspectivas de la inmigración masiva en Uruguay*, Montevideo, FHCE.
- Zubillaga, Carlos y Mario Cayota (1988) *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*, Montevideo, CLAEH-Banda Oriental.

## **IX-Otras fuentes consultadas**

### **Diarios y semanarios**

*Acción*, 1931-1933.

*El Bien Público*, 1924-1930.

*El Debate*, 1930-1930.

*El Día*, 1924-1930.

*El Nacional*, 1930-1931.

*El País*, 1924-1930.

*El Plata*, 1924-1930.

*El Pueblo*, 1932-1930.

*El Sol*, 1924-1930.

*Justicia*, 1924-1930.

*La Mañana*, 1924-1930.

*La Tribuna Popular*, 1924-1930.

*Crítica*, Buenos Aires, 1930.

*El Gráfico*, Buenos Aires, 1928-1996.

*La Nación*, Buenos Aires, 1930.

*La Razón*, Buenos Aires, 1930.

*Diario de Noticias*, Lisboa, 1930.

*Brecha*, 1998 y 2001.

*El Observador*, agosto de 2010.

### **Revistas**

*Mundo Uruguayo*, Montevideo, 1924-1930.

*Partisans*, Paris, 1963-1973.

## **Publicaciones**

*El Álbum del mundial de 1930*, Montevideo, Asociación Uruguaya de Fútbol, julio de 1930.

Folletería de inauguración del Estadio Centenario, 1930.

## **Fotografías**

Archivo de CAFO, Fotografías sobre la construcción e inauguración del estadio Centenario.

Archivo fotográfico de la IMM, Fotografías sobre avenidas y monumentos de la ciudad de Montevideo durante las décadas del veinte y del treinta. Fotografías sobre el Mundial de 1930.

## **Sesiones del Parlamento**

*Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores*, 1924, 1928, 1930.

*Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes*, 1924, 1928, 1930, .

## **Fuentes inéditas**

Archivo de la Asociación Uruguaya de Fútbol, *Actas de la asamblea de clubes*, Correspondencia entre la AUF y el AMREU, 1924-1930.

Archivo Histórico Diplomático. Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Serie Uruguay. Correspondencia entre Enrique Buero y el canciller Rufino T. Domínguez, 1930; Correspondencia diplomática entre el Consulado Uruguayo en Argentina y el canciller Rufino T. Domínguez.